

El vino de los sueños

BRIAN CRAIG



WARHAMMER

Lectulandia

El arma salió disparada de la mano de Reinmar, cuyos pies perdieron contacto con el suelo; en ese momento sólo tuvo tiempo para pensar que al aterrizar de espaldas quedaría indefenso ante el ataque de una daga o de unos dientes, y que sería aún peor si se golpeaba la cabeza y perdía el conocimiento. Cuando el hombre bestia saltó, un brazo de Sigurd trazó precipitadamente un enorme arco horizontal, con la mano extendida. Ésta impactó contra el cuello del hombre bestia y Reinmar escuchó el chasquido de la columna de la criatura al partirse. Todo acabó de repente. No obstante no era una victoria, pues ahora no cabía duda de que había monstruos sueltos por las colinas.

En las profundidades del umbroso pie de las Montañas Grises, un joven e inocente comerciante descubre un oscuro y mortal complot. Una misteriosa desconocida conduce al joven Reinmar Weiland a un lugar donde tropieza con los secretos del mundo subterráneo oculto debajo de los mismísimos cimientos del desprevenido imperio, y se entera de arcanos conocimientos relacionados con un elixir legendario: el vino de los sueños.

Lectulandia

Brian Craig

El vino de los sueños

Warhammer

ePub r1.0

epublector 11.06.14



Título original: *The Wine of Dream*

Brian Craig, 2000

Traducción: Diana Falcón

Ilustraciones: Paul Dainton

Editor digital: epublector

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Graham, un día éste será el nombre para los héroes, y no simplemente el nombre de los héroes.

Con mi gratitud a Jules, McCabe, Marc Harrison, y en recuerdo del Trigésimo.

Uno

Una de las cosas que había aprendido Reinmar Wieland tras asumir sus responsabilidades de adulto era que las primeras horas de la tarde resultaban siempre un momento tranquilo en la tienda de un comerciante de vinos. Eilhart era un pueblo dominado por las convenciones, y las convenciones dictaban que las amas de casa de la población hicieran las compras a hora temprana, cuando la leche y la carne estaban todavía frescas y aún podían encontrarse las mejores verduras y frutas en los puestos de la plaza del mercado.

Por supuesto, no era necesario comprar el vino fresco; de hecho, se trataba más bien de lo contrario. La primerísima de las muchas máximas que su padre, Gottfried, estaba intentando meterle en la cabeza era que «el buen vino envejece bien». Al igual que todas las máximas, ésta estaba sujeta a toda clase de excepciones, ya que el valor de una botella concreta dependía de su origen, así como de la edad; pero eso no le impedía a Gottfried Wieland entonar las palabras como si fueran un mandato sagrado. Y tampoco era óbice para que las amas de casa de Eilhart adquirieran sus botellas de vino blanco del Reik en el mismo momento en que salían a comprar todas las provisiones del día, a primeras horas de la mañana.

A consecuencia de ese hábito, Reinmar tenía que levantarse a las seis de la mañana y ocupar su sitio ante el mostrador antes de que la campana de la torre del mercado de maíz diera las siete. Esto no habría sido tan terrible si hubiese podido echar cerrojo a la puerta de la tienda cuando los dueños de los tenderetes del mercado empaquetaban sus mercancías, caballetes y tablas, y se marchaban a casa, cosa que hacían inevitablemente antes de las cuatro de la tarde. Por desgracia, el comercio de vinos siempre tenía un segundo período de actividad al caer la noche, cuando obreros, jornaleros y aprendices emprendían el camino a casa desde sus diferentes lugares de trabajo. Todos los que no tenían compromisos —los solteros y viudos, y los que se hospedaban en lugares que no incluían comida— se aprovisionaban por su cuenta al caer la noche.

Para los clientes de la segunda tanda, el vino era dos veces más importante que para los miembros de casas más grandes y cuidadosamente administradas, porque tenían que alimentarse con las peores carnes y las verduras y frutas más comidas por los gusanos. Un sorbo de vino entre bocados hacía más apetitosos los alimentos.

En las grandes ciudades del Imperio, según le había informado a Reinmar su padre, había toda clase de especias con las que disfrazar la podredumbre de la carne mala; sin embargo, conseguir semejantes lujos era más difícil en Eilhart que en Altdorf o Marienburgo.

—Por lo que tú y yo debemos estar profundamente agradecidos —había añadido Gottfried Wieland—, ya que eso aumenta la demanda de nuestros productos y, por tanto, su valor. Sin duda, oirás a otros comerciantes que se preguntan por qué los Wieland nunca hemos intentado ampliar la envergadura de nuestro negocio más allá de Holthusen, pero a las ciudades que están más abajo en el curso del Schilder llegan fácilmente los barcos fluviales que ofrecen su cargamento a lo largo del Reik, y se encuentran por tanto en el límite de un mercado mucho más grande y competitivo.

»Siempre que oigas a nuestros barqueros renegar a causa de la dificultad de llevar las gabarras por las esclusas que hay entre Eilhart y Holthusen, y los oirás cuando aprendas ese aspecto del negocio, debes dar gracias porque eso asegura nuestro práctico monopolio del comercio de la zona y mantiene a distancia las especias que reducirían la demanda.

Pero, ¡ay!, a Reinmar le resultaba difícil sentirse agradecido cuando el efecto principal de ese problema era la segunda ola de clientes que cada día demoraba la hora de cierre hasta que él estaba deshecho de cansancio. No era tan malo en invierno, cuando la noche caía antes de que la campana del mercado diera las cinco; pero en verano la luz reinaba durante las tres cuartas partes del día, y los que trabajaban en exteriores lo hacían con tanto ahínco que entraban dando traspies por la puerta —con una sed inevitablemente aterradora—, incluso cuando sólo faltaban tres horas para medianoche. Por supuesto, Reinmar le había sugerido a su padre que, en verano, la tienda podía cerrarse unas horas más temprano sin que se produjera una pérdida apreciable de beneficios, pero Gottfried Wieland no era el tipo de hombre que podía tomarse a bien semejante sugerencia.

—¡Cerrar la tienda! —había exclamado como si la idea fuese la peor de las herejías—. ¡Sin pérdida apreciable de los beneficios! ¿Qué clase de comerciantes seríamos si no estuviésemos disponibles para nuestros clientes a cualquier hora que les viniese en gana llamar a nuestra puerta? Esto es el Imperio, muchacho mío, no Estalia ni Tilea. Somos gente civilizada e industrial. Es posible que pienses que la vida es dura porque a veces debes permanecer detrás del mostrador durante quince horas en un día. Pero ¿qué me dices de los hombres que se afanan en los campos y las forjas? ¿Qué me dices de los que cargan y descargan las gabarras, o de los que suben a los bosques para cortar leña y hacer carbón? Nuestra vida, Reinmar, es extraordinariamente buena y cómoda en comparación con la que lleva la gran mayoría de los hombres, y ha sido el afán honrado lo que la ha hecho así. No somos aristócratas, eso es seguro; no obstante, en el comercio hay una dignidad y un propósito que nunca podrán

valorarse demasiado. Los carpinteros hacen mesas, los zapateros hacen botas y los curtidores hacen sillas de montar, pero los comerciantes hacemos dinero. En el mundo exterior hay hombres que están resentidos con los comerciantes y dicen despreciarlos porque son usureros disfrazados; nosotros, sin embargo, tenemos la gran fortuna de vivir en Eilhart, donde incluso la gente ordinaria reconoce que lo mejor que puede decirse de un hombre es que «hace dinero». Y de todas las mercancías con las que un hombre puede comerciar, no existe ninguna de mayor excelencia que el vino. El vino barato hace tolerable la vida de los pobres, y el buen vino es el mejor de todos los placeres de que disponen los de posición desahogada.

Gottfried Wieland hacía hincapié en la primera palabra siempre que pronunciaba la sentencia «buen vino». Estaba tan obcecado ante su mercancía que parecía considerar que sus mejores caldos eran la virtud en estado líquido. Se sabía que los policías locales y el magistrado del pueblo tenían un punto de vista distinto acerca de los caldos de peor calidad que prefería la fracción indudablemente pequeña de delincuentes, pero sus bajas opiniones no impresionaban en lo más mínimo a Gottfried.

—Los borrachos beben cualquier cosa —decía con tono irascible—. Mejor es que se emborrachen con honrado vino que con cualquier otra cosa peor.

Reinmar no sabía muy bien qué se suponía que significaban las palabras «cualquier otra cosa peor», pero sí sabía que la tienda de los Wieland no despachaba schnapps, y que Gottfried siempre pronunciaba las palabras «brandy bretoniano» como si escupiese ácido. Para Reinmar, Bretonia era un lugar fabuloso, material de los relatos de los viajeros. Sus fronteras se encontraban a no más de cuarenta leguas al sur a vuelo de pájaro, pero era necesario ser un pájaro para llegar hasta ellas, porque las Montañas Grises resultaban prácticamente infranqueables en aquella zona. Por las proximidades, no había ningún paso conveniente que no fuera el del Mordisco del Hacha, que estaba a cuarenta leguas al este.

Reinmar sabía que algún día tal vez bajaría por el río hasta la confluencia del Schilder con el Reik, pero no más allá de ese punto si se contentaba con ser un hijo obediente. Sin embargo, en las ensoñaciones con las que se entretenía durante las tranquilas tardes, a menudo jugaba con la idea de que una vez que se hubiese alejado tanto de casa resultaría bastante fácil coger una barca que se dirigiera hacia el oeste, hasta Marienbeg, o hacia el este, hasta Altdorf. Tal vez jamás vería Bretonia, pero sí la civilización en su esplendor: un mundo en el que un hombre libre podría sacar el máximo partido de su libertad.

En sus fantasías, Reinmar anhelaba ser libre. Ansiaba un mundo mejor que el que conocía, en el que los logros de un hombre eran medidos por su afán honrado, y la virtud por el vino que prefería.

La esperanza de que un día sería capaz de desafiar el más severo consejo de su

padre era lo que ocupaba a Reinmar durante todas las solitarias horas que tenía que pasar detrás del mostrador de la tienda vacía, y esa esperanza aumentaba con cada año mientras transcurrían su decimocuarto, decimoquinto y decimosexto cumpleaños. A medida que crecía, sus deberes se incrementaban y, con ellos, la intensidad de su frustración.

—Siempre es así —decía su abuelo cuando iba a verlo para quejarse.

Incluso el abuelo, que parecía estar reñido de continuo con el padre de Reinmar, se había vuelto cicatero con las manifestaciones compasivas, aunque se trataba de un anciano enfermo, que, por lo general, demandaba más conmiseración de la que estaba dispuesto a dar. La vecina más próxima de Reinmar, y su mejor amiga de infancia, Margarita, era infinitamente más generosa, pero en los últimos tiempos se había vuelto mucho menos imaginativa.

—Pero si siempre es así —le decía—. Así es la vida.

* * *

El decimoséptimo cumpleaños de Reinmar fue el primero en que el cuidado de la tienda se convirtió en una ocupación de jornada completa, lo que no le dejaba tiempo para la educación. Incluso su entrenamiento en las artes de la autodefensa, del que siempre había disfrutado, se consideró entonces acabado. A partir de ese momento, si Gottfried Wieland se salía con la suya, la vida de Reinmar sería exclusivamente el trabajo. A veces, el muchacho se preguntaba si no era preferible marcharse con sus destrezas a la ciudad y hacerse soldado de la Guardia del Reik. Por supuesto, Reinmar siempre había sabido que el negocio de la familia se convertiría en su trabajo, pero mientras tuvo oportunidades para jugar no fue capaz de comprender el demoledor peso con que las responsabilidades iban a aplastarlo. A medida que los días de su decimoséptimo año de vida se alargaban desde el invierno a la primavera y de la primavera al verano, su imaginación transformó la tienda en una prisión, y comenzó a temer que una vez que estuviese totalmente dedicado a ella, ya jamás recobraría la libertad.

Sin embargo, aparte de las ensoñaciones, había una perspectiva que podía aguardar con ilusión, y la expectativa evitó que se desesperase. Cuando las plantaciones hubiesen madurado al sol del verano y hubiese concluido la cosecha, él subiría a las colinas con Godrich, el mayordomo de su padre, y por primera vez, en solitario, asumiría la responsabilidad de adquirir el vino de aquel año.

Pronto llegó el momento en que empezó a contar los días que faltaban para la expedición, y la cuenta atrás le pareció, de modo inevitable, extremadamente lenta. Para Reinmar, ése iba a ser inexcusablemente un tiempo de decisiones, pues tendría

que resolver de una vez por todas si aceptaba la vida que le había preparado su padre, o si lo dejaba todo para seguir uno u otro de sus especulativos sueños.

Cuando le daba vueltas al asunto, suponía que la elección sería sólo suya y que la tomaría con entera libertad. Pero no había conocido otra existencia que la vida cotidiana de los habitantes del pueblo de Eilhart, e inocentemente había dado por sentado que una vida de ese tipo constituía un ritual invariable e inalterable, a salvo de todo desbaratamiento.

Ciertamente, esa suposición era falsa por completo.

La tarde en que la cuenta atrás de Reinmar llegó por primera vez a números de una sola cifra fue una jornada particularmente fastidiosa. El calor y el bochorno eran tremendos, y la atmósfera de la tienda parecía espesa como una sopa. La concurrencia de la mañana había acabado temprano porque las amas de casa no querían demorarse fuera del hogar en un día semejante.

Para empeorar aún más las cosas, Reinmar había ofendido a Margarita dos días antes. La había acusado de «importunarlo con trivialidades» y sabía, por larga experiencia, que a menos que interviniera algún motivo poderoso, ella lo evitaría durante tres días por lo menos. Aunque él y Margarita habían sido muy buenos amigos desde que él tenía memoria, Reinmar no estaba ni mucho menos seguro de querer que su amistad avanzara por el camino que todos parecían esperar; Margarita, la primera. Sin duda, era una muchacha bonita, pero su estilo suave y rubio no le parecía tan atractivo como las morenas muchachas con ojos exóticos que Reinmar veía a menudo en la plaza, los días de mercado, vendiendo baratijas metálicas y amuletos medicinales.

Sin embargo, mientras Margarita se mantuviera a distancia, Reinmar no podría aliviar su aburrimiento con nada más que las ensoñaciones, e incluso éstas parecían haberse vuelto rancias a causa de la reciente sobredosis. El consuelo que, por lo general, hallaba en las fantasías de huida y aventura no iba a encontrarlo ese día, lo que lo volvía irritable y desesperado. Para cuando el cliente entró en la tienda vacía — una circunstancia que debería haber alegrado a Reinmar por la distracción que suponía—, su humor era demasiado malo para que pudiese aligerarlo algo tan insignificante.

Si el cliente hubiese sido más interesante, tal vez Reinmar habría logrado vencer su malhumor; pero lo único que tenía de interesante, a primera vista, era el hecho de ser forastero. Reinmar tuvo tiempo de sobra para estudiarlo mientras el hombre se paseaba ante los botelleros y miraba las mercancías. Era bajo, apenas medio palmo más alto que Reinmar, y algo corpulento. Tenía el cabello oscuro, aunque no uniformemente negro, y su rostro estaba sombreado por una barba de dos días. La calidad de sus prendas de vestir sugería que probablemente había llegado a Eilhart en una gabarra, aunque no iba vestido como los estibadores. Sus manos no parecían

marcadas por el uso habitual de maromas o herramientas, ni su semblante tenía la sana apariencia que confería la exposición al sol, aunque resultaba indudable que su aspecto difería del de un caballero.

Reinmar no era bueno para calcular la edad de ningún hombre, y aquél constituía un enigma particular: podía tener cualquier edad entre los treinta y los sesenta años. Sus ojos eran estrechos y de color marrón oscuro, pero poseían un brillo sorprendente cuando reflejaban los rayos de sol que entraban a través de las angostas ventanas.

El desconocido parecía ser el tipo de cliente que sabe con total exactitud lo que busca, aunque resultaba obvio que no lo encontraba en los botelleros; no obstante, Reinmar estaba de tan malhumor que dejó que el hombre continuara buscando durante cinco minutos antes de que se le acabara la paciencia.

—¿Puedo ayudarte, señor? —preguntó Reinmar cuatro minutos después de lo que exigían la cortesía y la estrategia del buen comerciante.

—Tal vez —respondió el desconocido, que se aproximó al mostrador en cuanto le hizo la oferta—, si puedes ir a buscar a Luther Wieland.

Reinmar parpadeó, atónito. Luther era su abuelo, a quien su mala salud había obligado a dejar el negocio en manos de Gottfried antes de que naciera Reinmar. El anciano había estado postrado en cama durante los últimos seis años.

—Eso no puedo hacerlo —respondió Reinmar—. Mi padre, el hijo de Luther Wieland, está ahora a cargo de la tienda, y ni siquiera él se encuentra en este momento en casa. Me temo que nadie más que yo podrá ayudarte, pero si tienes la amabilidad de decirme qué quieres, estoy seguro de que podré encontrarlo. Conozco las bodegas.

El desconocido fijó en él una mirada que no era hostil, sino más bien desconcertada.

—El hijo de Gottfried —murmuró con aire pensativo—. El hijo de Gottfried, ya casi un hombre. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Reinmar.

—Reinmar, ¿eh? Muy bien, Reinmar..., ¿estás diciéndome que Luther está muerto y enterrado?

—No, señor; pero hace mucho tiempo que tiene mala salud. No participa activamente en el negocio.

—¿Y qué hay de Albrecht?

Reinmar volvió a parpadear. Albrecht era el hermano de Luther, aunque Reinmar apenas podía recordar la última ocasión en que lo había visto en la tienda. Además, Gottfried raras veces visitaba su casa, que se encontraba algo apartada del pueblo. Sin duda, había habido algún problema entre ellos, aunque Reinmar no tenía ni idea de qué lo había causado. A su padre parecía no gustarle Albrecht, pero Reinmar no sabía

por qué, dado que Gottfried nunca mencionaba el tema.

—Albrecht no participa en el negocio —le respondió Reinmar al desconocido, con incomodidad.

—Pero tiene intereses en él, ¿no es cierto? —dijo de inmediato el hombre—. Albrecht es dueño de una parte de la tienda.

—Creo que lo fue en otros tiempos, hace muchos años —admitió Reinmar—, pero hasta donde yo sé, mi abuelo compró la parte de su hermano mucho antes de que yo naciera. Tengo entendido que, cuando mi abuelo muera, mi padre lo heredará todo..., todo lo que hay en esta casa, quiero decir. Albrecht tiene su propia casa. Me parece que vive solo, excepto por una vieja gitana que trabaja como ama de llaves. Estoy seguro de que me habría enterado si hubiese muerto, así que supongo que podrás encontrarlo en su casa si quieres verlo, aunque es todavía más viejo que mi abuelo y su salud podría ser igual de mala. No lo he visto desde que yo tenía nueve o diez años, y dudo que lo reconociera si me lo encontrara en el mercado.

—Una familia unida —observó el desconocido—. ¡Qué maravilla de inflexibilidad son estas pequeñas poblaciones provincianas! Las riñas pueden durar toda una vida, y los viejos amigos pasan uno junto a otro por la calle, cada día, y se niegan la palabra a causa de algún insulto olvidado hace mucho y que a la gente de la gran ciudad le parecería de lo más trivial.

El desprecio que contenía su voz no era lo más adecuado para mejorar el humor de Reinmar.

—¿Qué quieres, señor? —preguntó Reinmar, que pronunció la última palabra como si fuese una ofensa más que una cortesía.

El desconocido avanzó un paso más y se inclinó sobre el mostrador con aire confidencial.

—Lo que necesito —declaró con una voz apenas más alta que un susurro— es una botella de vino oscuro.

Dos

—Estoy dispuesto a pagar el precio de mercado, dado que parece necesario —añadió el desconocido, cuyo tono de voz cuestionaba, sin embargo, tal necesidad.

—No sé qué quieres decir con «vino oscuro» —le respondió Reinmar, sin más.

—Dijiste que conocías las bodegas —contestó el desconocido con resentimiento.

—Y así es —replicó Reinmar con igual aspereza.

En realidad, no conocía las bodegas tan bien como su padre imaginaba, pero estaba seguro de que Gottfried nunca había hablado de «vino oscuro». Los vinos de Bretonia, según se decía, eran rojos en lugar de blancos, pero nadie de Eilhart se habría dignado jamás beber vino de Bretonia mientras hubiese buenos vinos blancos del Reik. Los vinos con más color que había en la tienda eran los dulces para postres, hechos con uva que había permanecido en la vid hasta que la piel se había arrugado y había alcanzado un tono marrón pasa; pero éstos eran de color paja, y Reinmar jamás había pensado en ellos como «oscuros» ni había oído que nadie los describiera de ese modo.

El desconocido se había retirado un poco ante la incertidumbre de Reinmar.

—Muchacho o no —dijo con voz grave—, parece que eres el heredero. Deberías conocer tu mercancía.

—Y la conozco —insistió Reinmar.

—No tienes nada que temer —declaró el desconocido al mismo tiempo que volvía a inclinarse sobre el mostrador. Sus ojos relumbraban con un brillo que sin duda era antinatural, si se consideraba que tenía párpados tan pesados—. Soy tu primo, por si no lo has adivinado..., o el primo de tu padre, en cualquier caso.

—Mi padre no tiene primos —le contestó Reinmar, a quien el fastidio le confirió una firmeza que en otro caso podría no haber mostrado—. Mi abuelo no tiene más que un hermano, y mi abuela era hija única. Albrecht nunca se casó.

—No —respondió el desconocido, en cuyos labios apareció una irónica sonrisa—, mi padre no era de los que se casaban..., pero me reconoció, de todas formas. Si no soy conocido aquí, ni siquiera por rumores, debe ser que Luther lo mantuvo en secreto, porque estoy seguro de que mi padre le escribió desde Marienburgo para darle la noticia. Aunque ciertamente soy tu primo ya te he dicho que estoy dispuesto a pagar el precio de mercado por las mercancías. Si no puedes traerme a Luther, debes

llevarme hasta su presencia. Él te tranquilizará.

—No lo hará —dijo una tercera voz desde la puerta que comunicaba la tienda con la morada.

Reinmar y el desconocido giraron la cabeza al mismo tiempo, y el primero se sorprendió al ver a su padre, pues había esperado que permaneciese fuera durante al menos dos horas más, ocupado en asuntos del negocio.

—Primo Gottfried —dijo el desconocido con afabilidad—. Me alegro de conocerte, por fin.

—Yo no tengo ningún primo —replicó Gottfried con frialdad—. ¿Qué quieres?

—Ha pedido vino oscuro —intervino Reinmar, ansioso por evitar cualquier acusación que pudiera surgir sobre su aparente incapacidad para hacer bien el trabajo—. Le dije que no sabía qué quería decir.

—Lo cual era verdad —declaró Gottfried, que aún hablaba con la frialdad que solía reservar para sus sirvientes cuando éstos se hacían acreedores de su más profunda desaprobación, y en ocasiones para su hijo cuando éste hacía algo que él creía muy equivocado—. No tenemos nada semejante en nuestras bodegas.

—Vamos, primo —insistió el desconocido con tono dócil—. Te aseguro que puedes confiar en mí..., y si tienes dudas, hay cosas que podría decirle al tío Luther que le proporcionarían tranquilidad. ¿Tendré que regresar acompañado de mi padre cuando yo había esperado llegar a su casa con un regalo adecuado? Traigo noticias..., malas noticias, por desgracia; sin embargo, tenéis que oírlas.

—No disponemos del vino que tú quieres —respondió Gottfried con firmeza—. Hace veinte años o más que no lo tenemos. Ya no lo tiene nadie en Eilhart. No podrás conseguirlo en ninguna parte en diez leguas a la redonda.

—Me disculparás si me permito dudar de eso —replicó el desconocido, sonriendo—. Tal vez debería llevarle las noticias a alguien que agradezca la advertencia.

Reinmar puso gran atención al oír la palabra advertencia, pero Gottfried no pareció tentado ni intimidado.

—No te disculparé —respondió con su típica severidad—. Nadie en Eilhart duda de mi palabra, y espero una cortesía similar por parte de los desconocidos. Te estaré enormemente agradecido, señor, si te marchas de mi tienda y no vuelves nunca más. Aquí no hay nada para ti; nada. Somos comerciantes respetables.

El desconocido murmuró algo que ni siquiera Reinmar pudo entender, aunque quizás incluyera la frase «una contradicción de términos», y se retiró con bastante rapidez. Luego, se volvió hacia la puerta que conducía a la calle.

—Muy bien, primo Gottfried —concluyó mientras la abría y se disponía a salir—. Tendré que ir a ver a mi padre con las manos vacías..., pero si no vuelves a verme nunca más, será como resultado de una orden suya, no por mi deseo. ¿Me dirás cómo llegar a su casa?

—Si con ello me libro de ti, me alegrará hacerlo —contestó Gottfried, descortés—. Sube la ladera hasta dejar atrás los límites del pueblo, y luego sigue el sendero que va hacia la derecha. Pasa entre las dos granjas y continúa unos quinientos pasos. Verás el tejado de pizarra de la casa de Albrecht sobre la colina superior, entre abetos. Si pierdes el sendero podrás ir a campo través con facilidad... El terreno no es traicionero.

—Gracias, primo —respondió el hombre moreno—. Lamentó que no hayas querido oír las noticias que traigo. Buenos días, Reinmar.

Tal vez Reinmar habría respondido de no haber visto los ojos de su padre, pero la réplica murió en sus labios. El desconocido salió a la calle y cerró la puerta con suavidad. Reinmar descubrió, asombrado, que el malhumor se había evaporado y había sido reemplazado por una ferviente curiosidad. Era la sensación más emocionante que jamás lo había invadido desde que tenía memoria.

El silencio que se hizo cuando los pasos del desconocido se apagaron en la distancia fue profundo. Reinmar resistió la tentación de pedirle a su padre una explicación inmediata, y se contentó con observarlo mientras Gottfried se movía fingiendo mirar los botelleros para hacer inventario. Durante varios minutos, Reinmar supuso que su padre finalmente cedería, pero aunque el cuerpo fue perdiendo la tensión, él continuó en silencio.

La madre de Reinmar había muerto cuando él era un niño, y el muchacho siempre había creído que la falta de emociones de Gottfried era una máscara impuesta por la pérdida de su esposa; no obstante, entonces se preguntaba si esa gelidez podría haberla adoptado mucho tiempo antes. Al fin, Reinmar ya no pudo contenerse más.

—¿El tío abuelo Albrecht tuvo un hijo cuando vivía en Marienburgo? —preguntó—. ¿Ese hombre podría ser tu primo?

—Nadie de Eilhart sabe, ni le interesa, lo que Albrecht hizo cuando estuvo en Marienbeg —replicó Gottfried con brusquedad—. Somos gente respetable.

Reinmar apenas tenía una vaga idea de cuándo Albrecht se había marchado a Marienbeg y cuándo había regresado, ya que ambas cosas habían sucedido antes de que él naciera. Nadie le había contado jamás con claridad por qué habían reñido Albrecht y Luther, pero él sospechaba que tenía que haber sido por causa del negocio. Presumiblemente, Albrecht había pensado que la vida era algo más que la existencia de un tendero, y se había marchado en busca de fortuna y había dejado que fuese Luther quien aprendiera los pormenores del oficio, como entonces lo hacía Reinmar. Si en verdad había sucedido de ese modo, a Reinmar le resultaría fácil simpatizar con Albrecht; pero él no tenía ningún hermano, y su padre se alegraría enormemente de recordarle que Albrecht, al final, no había hallado ni había hecho fortuna. Después de un tiempo, el pródigo debió regresar a vivir en Eilhart, aunque ya no tenía ninguna participación económica en el negocio ni le quedaban amigos en el pueblo, donde

tuvo que instalarse como si fuese un absoluto desconocido. En ese momento era un recluso; aunque Reinmar pudiese haberlo reconocido, la probabilidad de que se topara con él en la plaza del mercado era ínfima.

—¿Qué es ese vino oscuro que quería comprar? —quiso saber Reinmar—. ¿Tenemos alguna botella en la bodega?

—No, no tenemos —replicó Gottfried, cuya frialdad se transformó en apasionado fervor con una rapidez alarmante—. Mejor habría sido que nunca hubieses oído hablar de él, pero ya que lo has oído, debes creerme si te digo que no ha habido ni una sola botella de ese producto en esta casa desde hace veinte años. No lo tenemos y nunca lo tendremos.

—¿Por qué? ¿Porque es bretoniano?

—¡Bretoniano! Es algo peor que eso, Reinmar. Nosotros no tenemos un licor semejante.

—Pero en otra época sí que lo tuvisteis —señaló Reinmar, que había deducido lo obvio—. O lo tuvo el abuelo en la época en que tú eras su aprendiz.

—Lo que hiciera mi padre cuando yo tenía tu edad, no te concierne —replicó Gottfried con firmeza—. Entre estas paredes nunca ha habido nada que pudiera manchar tu vida o dañar tu alma, y así continuará siendo mientras quede un soplo de aliento en mi cuerpo. No puedo negar que existe tu tío abuelo, puesto que vive a poco más de una hora a pie de aquí, pero su relación con esta casa quedó rota hace muchos años y jamás se reanuda. No tiene ningún descendiente legítimo, así que nosotros, según la ley, no tenemos primos..., y ésta es una casa en la que la ley recibe el respeto debido.

—¿Estás diciendo que en la casa del tío Albrecht no se respeta la ley? —preguntó Reinmar con curiosidad.

—Estoy diciendo que en el pasado muerto no tiene por qué preocuparte —repitió Gottfried—. No tenemos la mercancía por la que preguntaba ese hombre. Si regresa mientras yo esté fuera, dile que se marche de inmediato. No debe permitírsele que ande dando vueltas por aquí, y tampoco que vea a mi padre. ¿Lo has entendido?

—Realmente, no —respondió Reinmar.

—En ese caso, debes obedecerme sin entender —dijo. Sin duda, respuesta absolutamente típica—. Ya he dicho lo que tenía que decir.

Y para dejar eso claro por completo, Gottfried regresó con pasos sonoros hasta la puerta que daba a la escalera que conducía a los dormitorios del piso de arriba, y la cerró de un portazo a su espalda.

Reinmar alzó una mano para tironearse del cuello con gesto ausente. Tenía la garganta seca, y el aire cálido era tan bochornoso que parecía necesario hacer un esfuerzo adicional para llenar los pulmones. No estaba en absoluto sorprendido por la reticencia de su padre a contarle algo más sobre aquel asunto, porque había una

enorme cantidad de cosas acerca de las que Gottfried Wieland era propenso a dar opiniones como si estuviesen más allá de toda posible discusión. No obstante, normalmente se trataba de cuestiones de corrección y etiqueta. Ésa era la primera vez que Reinmar se encaraba de frente con la certeza de que su familia tenía secretos, aunque entonces que se veía obligado a considerar esa circunstancia, se dio cuenta de que había otros indicios que podría haber advertido antes de haber sido más observador.

El hecho de que casi nunca se mencionara a Albrecht no le había parecido algo particularmente significativo, pero después de que el tema había surgido de manera tan repentina, la omisión adquiría una importancia nueva en los pensamientos de Reinmar. También estaba el asunto de la enfermedad de su abuelo. No había nada insólito en que el anciano fuese un inválido que nunca salía de su habitación, pues en el vecindario había al menos otras cuatro casas con buhardillas que albergaban ancianos cuyos nombres se habían convertido en leyenda. Sin embargo, desde que había asumido sus nuevos deberes, Reinmar había observado que cuando los clientes de más edad se sentían obligados a preguntar por la salud de Luther asomaba una ligera incomodidad o azoramiento en la pronunciación del nombre. Aunque los clientes siempre tenían buen cuidado de decir que se alegraban de cuando él les informaba de que su abuelo no había empeorado, no siempre lograban que la expresión de sus rostros concordara con sus palabras. Reinmar tenía la impresión de que no era que su abuelo no les gustase, sino más bien que le tenían miedo.

Por lo que respectaba al misterio del vino oscuro, Reinmar no tenía ni la más remota idea de qué podía haber detrás del mismo. ¿Qué habría querido decir su padre con «peor que bretoniano»? ¿Por qué el desconocido había insistido tanto en que estaba dispuesto a pagar el precio de mercado por ese producto? ¿Cuáles eran las noticias que Gottfried se había negado a oír, y por qué había una advertencia en ellas?

Reinmar aún estaba rumiando esos misterios cuando se abrió la puerta de la tienda y entró un segundo desconocido. Era mucho más alto y pálido que el primero, y llevaba ropas de mejor calidad, aunque de color más apagado, casi negras del todo. Tenía ojos azules, y su nariz ligeramente aguileña le confería un aspecto águilino. Reinmar nunca había visto un águila de cerca, pero el hombre parecía tener algo de esa rapaz.

Este segundo hombre apenas si miró en torno antes de acercarse al mostrador, y luego metió una mano en el zurrón y sacó un pergamino doblado. Levantó una de las esquinas inferiores para dejar a la vista una zona de cera de color rojo oscuro, en la que habían impreso un sello.

—¿Reconoces esto? —preguntó.

—No —replicó Reinmar.

—Es el sello del Gran Teogonista Volkmar —informó el desconocido con aire

altivo.

Reinmar había oído antes el nombre de Volkmar, aunque tenía sólo una ligera idea de qué podía ser un Gran Teogonista. Volkmar, según lo que sabía, era un famoso guerrero que cabalgaba a la batalla sobre el altar de guerra de Sigmar. Se lo conocía como la segunda persona más importante del Imperio, después del mismísimo Emperador Karl Franz. Así, presumiblemente, cualquier documento en que estuviese estampado su sello confería una autoridad considerable a su portador. Por tanto, el desconocido de nariz aguileña intentaba decirle a Reinmar que él era un hombre de gran importancia..., ciertamente muy superior al burgomaestre de Eilhart, y con toda probabilidad superior al barón en cuyo feudo se hallaba el pueblo. Reinmar jamás había visto al barón, que al parecer pasaba todo su tiempo en Altdorf.

—¿Ah, sí? —fue la única respuesta que logró darle.

Aunque no quería parecer escéptico, el desconocido de negro se mostró molesto.

—¡Sigmar me proteja de la ignorancia de los campesinos! —exclamó con un gesto de profundo cansancio—. ¿Cómo te llamas?

Reinmar sintió que sería imprudente señalar que él no era un campesino. Resultaba obvio que el desconocido ya sabía con total precisión qué clase de hombre era.

—Soy Reinmar Wieland —replicó con tanta cortesía como pudo—. ¿Quieres que vaya a buscar a mi padre, señor? Creo que está en casa.

—¿Has estado todo el día ante este mostrador? —preguntó el desconocido.

—Sí, señor —admitió Reinmar.

—En ese caso, es de ti de quien quiero respuestas, Reinmar Wieland. Ya que no parece significar nada para ti, debo explicarte que este mandato me da derecho a exigir respuestas sinceras, y que el no darlas será castigado con las penas más severas. Soy el agente especial del Gran Teogonista. Me llamo Machar von Spurzheim. Piensa con cuidado antes de responderme. ¿Esta tienda ha sido visitada hoy por un hombre desconocido en estos lugares, tal vez medio palmo más alto que tú y más bien corpulento, con cabello casi negro y complexión morena?

Reinmar aprovechó al máximo la invitación a pensar con cuidado antes de replicar.

—Sí —dijo al fin.

—¿Cuándo?

Von Spurzheim disparó la pregunta como un arquero suelta una flecha.

—Hace tal vez media hora —respondió Reinmar.

—¿Qué quería?

Reinmar había previsto esa pregunta y había decidido que no iba a dudar.

—Preguntó por el vino oscuro —dijo—. Nunca había oído hablar de algo así. Mi padre entró mientras yo estaba explicándole eso, y le dijo que no teníamos nada

semejante.

Sabía que estaba mostrándose ligeramente económico con la verdad, pero instintivamente le pareció la manera más segura de tratar con un agente especial del Gran Teogonista.

—¿Es verdad que no tenéis vino oscuro? —preguntó el hombre vestido de negro.

—Lo es —confirmó Reinmar—. Le pregunté a mi padre qué era el vino oscuro, y no quiso decírmelo, pero afirmó que era algo con lo que nosotros no comerciábamos y jamás lo haríamos. Se mostró muy firme en eso.

—¿De verdad? ¿Y le dijo al hombre en qué otro lugar podría obtener lo que buscaba?

—No, señor. Le dijo que no lo encontraría en ningún otro lugar. No hay más comerciantes de vino por los alrededores... La bodega más cercana está en Holthusen, y también es nuestra. Algunos de los vitivinicultores que nos abastecen a nosotros les venden vino directamente a sus vecinos y visitantes ocasionales, pero nunca he oído hablar de ninguno que produzca vino oscuro, y he pasado toda la vida entre esta tienda y el piso superior.

—¡Quince años! —se mofó Von Spurzheim.

—Dieciséis, señor —lo corrigió Reinmar—, y nueve meses.

—¿Sabes adonde fue ese hombre cuando se marchó de aquí?

—Oí que sus pasos se alejaban por la calle —respondió Reinmar con un cuidado exquisito—. Giró a la izquierda al salir por la puerta y se fue colina arriba, en dirección opuesta a la plaza del mercado.

Hasta el momento le había dicho la verdad más absoluta.

—Bien —dijo el agente del Gran Teogonista—. Me alojo en la casa del burgomaestre. Si vuelves a ver a ese hombre, envíame mensaje a mí o al sargento que está al mando de los soldados que se alojan en la posada de la plaza del mercado..., o bien, si todo eso falla, a la policía local.

Dicho eso, giró sobre los talones y se marchó.

Tres

Reinmar no perdió un instante para correr al piso de arriba en busca de su padre, pero éste insistió en bajar con él antes de oír lo que tenía que decirle. Gottfried Wieland era muy respetuoso con las reglas, y la regla cardinal de llevar una tienda consistía en no dejar nunca la tienda sin atención. No obstante, una vez que ambos se encontraron nuevamente entre la exposición de mercancías, el padre escuchó con gran interés la narración de Reinmar acerca del segundo visitante, y el muchacho observó que el semblante de su padre se volvía mortalmente pálido.

—Un cazador de brujas —replicó Gottfried en voz baja—; un cazador de brujas importante si lleva el sello del Gran Teogonista, aunque dudo que lo obtuviera de manos del propio Volkmar. Es bastante malo que en Altdorf tengan algún interés en este asunto, aunque supongo que los de allí siempre se muestran interesados cuando se trata de la malignidad de Marienburgo. Nadie de los que quedan con vida recuerda la secesión ante la que permanece siempre vigilante el heredero de Wilhelm. ¿Dijo el cazador de brujas cuántos guardias ha traído consigo? No, por supuesto que no..., pero si puede alojarlos en la posada, no deben ser muchos. Aunque podrían acudir más, ahora que sabe que está sobre la pista correcta. ¿Mencionaste a Luther o Albrecht?

—No —replicó Reinmar—. No quise decirle que el desconocido me había llamado primo. ¿He hecho bien?

—Has hecho bien —confirmó Gottfried, aunque sin que pudiera detectarse ni una pizca de orgullo paternal—, pero si acorrala a su presa, la relación saldrá a la luz de todas formas, y sólo haría falta una palabra malintencionada...

Se interrumpió en seco cuando la puerta de la bodega se abrió una vez más. En esa ocasión fue Margarita quien entró. Había hallado una razón para interrumpir la cuarentena a la que sus sentimientos heridos tenían sometido a Reinmar.

—¡Reinmar! —dijo sin aliento—. Hay soldados en la plaza... Llegaron en grandes caballos negros. ¡Se dice que vienen con un cazador de brujas y que persiguen a un mago maligno que iba escondido en una gabarra que llegó de Holthusen! ¡El que salió de aquí hace unos minutos era el mismísimo cazador de brujas!

Reinmar no supo muy bien qué responder a eso, pero de todos modos era probable que no pudiese haber dicho más de dos palabras antes de que hubiese

intervenido su padre.

—Te agradeceré que no traigas chismorreos a la tienda, jovencita —dijo Gottfried—, y que no hables de nuestros clientes, cuyos asuntos no nos conciernen.

Margarita pareció momentáneamente abatida, pero su entusiasmo era irreprimible.

—¿Habló contigo, Reinmar? —preguntó, jadeante.

—Sí —replicó Reinmar, que no tuvo tiempo de añadir nada más.

—Eso no es asunto tuyo —intervino Gottfried—. Y los asuntos del cazador de brujas no son cosa nuestra, afortunadamente.

No obstante, al parecer, estaba equivocado. Margarita aún sujetaba la puerta —se había quedado en el umbral, dudosa de ser bien recibida por Gottfried, de pie junto a Reinmar— cuando fue apartada a un lado, con suavidad pero firmeza, por dos hombres armados que entraron en la bodega. Reinmar no reconoció los colores del uniforme; lo único que sabía era que no eran los del barón.

—¿Gottfried Wieland? —preguntó uno de los hombres, con tono bastante cortés.

—Soy yo —dijo Gottfried.

—¿Podrías acompañarnos a la casa del burgomaestre, señor? —El soldado continuaba hablando con una cortesía que parecía por completo sincera—. A mi sargento, Matthias Vaedecker, le gustaría hablar contigo, si no te importa.

—¿Estoy arrestado? —preguntó Gottfried con inquietud.

—En absoluto, señor —se apresuró a responder el soldado—. Pero al sargento Vaedecker le han dado tu nombre como el de alguien que podría ser capaz de ayudarlo y que estaría más que dispuesto a hacerlo. ¿Vendrás?

No había ni el más leve rastro de amenaza en su voz pero, por el acento del hombre, Reinmar sabía que era de la gran ciudad, y muy a menudo le habían dicho que los hombres de la gran ciudad no siempre dicen lo que quieren decir ni dejan que sus intenciones se manifiesten en sus modales.

—Sí —respondió Gottfried—. Os acompañaré. Reinmar, asegúrate de mantener abierta la bodega hasta la caída de la noche. No debes abandonar el mostrador bajo ninguna circunstancia. ¿Me has entendido?

—Sí, padre —le aseguró.

No obstante, Reinmar se preguntaba si había entendido. Ya sabía que debía mantener la tienda abierta hasta la caída de la noche y no abandonar el mostrador. El hecho de que su padre se hubiese tomado la molestia de darle esa instrucción de modo explícito y hacer tanto hincapié en ella tenía que tener algún otro significado... De hecho, debía haberlo dicho para que lo oyeran los soldados más que él.

Reinmar y Margarita observaron en silencio cómo Gottfried salía con los dos hombres armados. Los tres giraron a la derecha después de que el bodeguero cerró la puerta.

—¿Por qué piensan que puede ayudarlos? —le preguntó Margarita a Reinmar cuando el silencio se hizo insoportable.

—No lo sé —replicó Reinmar—. Pero ¿quién sabe más sobre un pueblo que su único comerciante de vinos? ¿Quién mejor para ser consultado acerca de los secretos de por aquí?

—Eilhart no tiene ningún secreto —declaró Margarita, repitiendo con fe la opinión general de la región—. Es un pueblo agradable. No lo hay más bonito ni seguro en todo el Imperio.

La muchacha hablaba como si fuese innecesario decir que no podía haber nada más agradable ni seguro fuera de las fronteras del Imperio.

A Reinmar estar en el pueblo más agradable y seguro del mundo siempre le había dado la impresión de que convertía su prisión en algo aún más traicionero, y aumentaba la sensación que tenía desde hacía más de un año de que se encontraba atrapado en una vida para la que él podría ser muy inadecuado.

—Sí que lo es —asintió—. Siempre lo ha sido, y probablemente siempre lo será.



Reinmar apenas podía esperar a que cayera la noche para escabullirse escaleras arriba hasta la habitación de su abuelo; quería interrogarlo. Mientras tanto, se debatía entre la esperanza de que Gottfried permaneciese fuera de casa el tiempo suficiente para conocer lo que Luther quisiera contarle y el temor de que su padre pudiese no regresar nunca más porque lo hubiesen metido en la cárcel bajo sospecha de haber tenido tratos con magos malignos.

Margarita se quedó con él durante una hora, charlando sobre las posibilidades que se abrían ante la llegada del cazador de brujas y su escolta, pero Reinmar resistió sin problemas la tentación de contarle que el misterioso desconocido al que perseguían era primo de su padre. Ella se marchó sin tener ocasión de sentirse otra vez ofendida por el trato que le daba el muchacho. Después, la segunda oleada de clientes comenzó a llegar a la bodega, tan interesada en intercambiar rumores como en comprar vino.

Reinmar era demasiado prudente para fiarse de los rumores que llevaban y traían los jornaleros, que raras veces sabían nada seguro y siempre eran propensos a fantasear. Sin embargo, sufría punzadas de ansiedad cuando le aseguraban que el polizonte llegado en la gabarra era un nigromante de los Pantanos Malditos, situados al oeste de Marienburgo, o un marinero que se había vuelto loco al naufragar y quedar abandonado en un islote del Mar de las Garras, o un demonólogo de las Colinas Aullantes que había dejado en libertad a una hueste de espíritus malignos por las calles de Altdorf. No tenía ni idea de qué eran un nigromante o un demonólogo, y

sospechaba que sus informadores de ojos muy abiertos no estaban mejor enterados que él, pero esos títulos parecían preñados de horribles desastres.

Justo en el momento en que la afluencia de gente comenzaba a mermar un poco, Machar von Spurzheim regresó acompañado por cuatro hombres armados, uno de los cuales le fue presentado a Reinmar como el sargento Matthias Vaedecker.

—Tu padre ha tenido la amabilidad de permitir que registremos sus existencias — le informó a Reinmar el cazador de brujas—. Nos ha asegurado que jamás ha guardado vino oscuro en sus bodegas, y le creemos, pero comparte con nosotros la ansiedad de que pueda haber algún rincón oculto en el que haya escondida una antigua reserva de la que él nada sepa.

La afirmación era, por supuesto, absurda. Gottfried Wieland conocía todas las jarras, jarros, barriles y botellas de sus bodegas, y no era un hombre que pudiese tolerar la existencia de rincones ocultos o mercancía sin inventariar. Si Gottfried le había dado permiso a Von Spurzheim para registrar la casa, su intención tenía que ser la de despejar cualquier ligera sombra de duda que pudiese quedar en la mente del cazador de brujas respecto a su inocencia en el tráfico de vino oscuro.

—Os mostraré el camino —replicó Reinmar.

Lo hizo, y encendió todas las lámparas que estaban agrupadas al pie de la escalera de piedra, para que pudiesen iluminar a voluntad hasta el último rincón de las laberínticas bodegas. Se quedó a observar, como Gottfried habría querido que hiciera, mientras los cinco hombres miraban los cargados botelleros, quitaban los tapones de las jarras de piedra para oler el contenido y abrían las espitas de los barriles de madera para que cayeran unas gotas en la palma de la mano. No derramaron cantidades innecesarias ni su cata condujo a la más mínima ebriedad.

El registro habría sido más rápido si todos los vinos de la bodega se hubiesen guardado en botellas transparentes, pero sólo los mejores caldos eran dignificados con envases semejantes y, por lo general, sólo cuando estaban en la tienda. El vidrio era demasiado escaso para malgastarlo, y a los clientes que se retrasaban en la devolución de las botellas vacías para su reutilización se los trataba con prevención. Gottfried Wieland era bien conocido por su severidad a la hora de llevar la cuenta de tales pecados de omisión y por la infalibilidad de su memoria.

Machar von Spurzheim insistió en que Reinmar abriera cada armario y cajonera, mientras el sargento Vaedecker usaba la empuñadura de la daga para golpear todas las paredes al mismo tiempo que escuchaba por si se producía algún eco que indicara un espacio vacío. La totalidad del proceso duró casi dos horas, pero al final los visitantes parecían satisfechos.

—Vuestras reservas están agotándose —comentó Spurzheim mientras Reinmar abría la marcha escaleras arriba—, y sin embargo los barriles y las jarras se encuentran agrupados. Hay muchísimo espacio libre.

—Es verdad, señor —asintió Reinmar—. Hemos hecho espacio para la nueva cosecha. Dentro de nueve días, Godrich y yo saldremos de viaje para adquirir nuevas existencias. Iremos por carreta hacia el sur hasta llegar a las colinas, y visitaremos una docena de viñedos, de los que regresaremos cargados.

—¿Quién es Godrich? —quiso saber el cazador de brujas.

—El mayordomo de mi padre. Uno de los sirvientes vendrá con nosotros para encargarse de los caballos y guardar nuestro dinero y mercancías.

—¿Con uno bastará? —preguntó Vaedecker, solícito—. ¿No hay gitanos y bandoleros en las colinas?

—Mi padre ha hecho al menos un centenar de expediciones como ésa —le dijo Reinmar—, y nunca ha perdido un cargamento. Se han producido raterías insignificantes, de las que los gitanos quizá sean responsables, pero suelen culparlos de todas las desgracias de los alrededores, tanto si son culpables como si no. Siempre corren historias sobre bandoleros, y a veces también sobre monstruos, pero mi padre dice que no son más que tonterías.

—¡Ojalá lo fueran! —le aseguró Von Spurzheim con tono sombrío—. Corren malos tiempos, y allí afuera hay malignidad en todos los rincones del Imperio. Toda la gente con la que hablo por aquí me asegura que Eilhart es el lugar más benigno y seguro que pueda imaginarse, pero mi experiencia me ha enseñado que uno de los trucos favoritos del mal es darles a sus víctimas potenciales una falsa sensación de seguridad.

Para cuando concluyó este discurso, el grupo se encontraba de vuelta en la tienda, y el sargento ya había quitado el cerrojo a la puerta. El aire nocturno que entró al abrirla no era inapropiadamente frío, pero despejó en pocos segundos el bochorno acumulado durante el día.

—Gracias, maese Wieland —dijo Von Spurzheim—. Has aquietado nuestros temores.

—¿Cuándo podré volver a ver a mi padre? —preguntó Reinmar.

—Pronto —le aseguró el cazador de brujas—. Tengo algunas preguntas más que hacerle, pero estará de regreso al amanecer. Comprendemos lo ansioso que está por reanudar su rutina cotidiana.

En cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos, Reinmar bajó a las bodegas para apagar las lámparas, y luego apagó las luces de la tienda. Estaba tan impaciente por consultar a su abuelo que subió corriendo hasta el último piso de la casa, donde Luther Wieland tenía una de las habitaciones situadas bajo el tejado.

La estancia estaba iluminada por una sola vela, que una de las doncellas de la servidumbre había llevado allí junto con la cena del anciano. Era tan tarde que Luther debería haberla apagado para ponerse a dormir, pero había oído demasiada conmoción y, sin duda, le habían informado de que antes habían entrado y salido

soldados de la vinería.

—¿Qué está pasando? —preguntó en cuanto apareció Reinmar—. ¿Por qué nadie se molesta en decirme lo que está pasando en mi propia casa?

El hecho de que la bandeja de la cena de Luther se encontrara sobre la mesa situada junto a su cama sugería que tenía que haber recibido noticias, pero lo que le hubiese contado la muchacha de la cocina no había hecho más que aumentar su curiosidad.

—Todos hemos estado ocupados —le respondió Reinmar—. Godrich está abajo, en el almacén del muelle, y mi padre, en casa del burgomaestre. Yo he estado en las bodegas vigilando a unos soldados y un cazador de brujas mientras hacían un registro.

—¿Qué buscaba el cazador de brujas? —quiso saber Luther, aunque el tono cauteloso de su voz sugería que era probable que lo supiera muy bien.

—Vino oscuro —respondió Reinmar al mismo tiempo que lo observaba con atención para ver cómo reaccionaba ante esa información; sin embargo, se sintió decepcionado.

El arrugado semblante del anciano permaneció completamente impasible, y sus ojos no se estrecharon. Los cabellos blancos quedaban casi ocultos del todo, metidos dentro de un gorro de lana, y la camisa de dormir había sido lavada ese día, por lo que todo su aspecto resultaba insólitamente pulcro; sus modales eran igualmente immaculados. Las manos nudosas yacían quietas sobre la colcha, con los dedos relajados.

—No lo encontraron, por supuesto —dijo Luther.

—Por supuesto —repitió Reinmar—. Tampoco esperaban encontrarlo..., a diferencia del hombre que vino a la tienda esta tarde. Parece que el cazador de brujas está persiguiéndolo, aunque no me dijo qué se supone que ha hecho ese tipo, y el hombre no quiso contarnos las noticias que traía porque pensó que no queríamos servirlo. Corren rumores disparatados de nigromantes de los Pantanos Malditos y demonólogos de las Colinas Aullantes, pero a mí el hombre me pareció completamente normal... excepto porque afirmó que era tu sobrino.

Luther tampoco pareció sorprendido por eso. Era evidente que los sirvientes de la casa estaban mejor informados de lo que tenían derecho a estarlo, y obviamente la doncella de la cocina no había dudado en compartir su conocimiento con el hombre a quien le gustaba que lo consideraran el máximo señor de la casa.

—¿Le contaste al cazador de brujas que el otro hombre afirmaba ser mi sobrino? —preguntó Luther.

—No —replicó Reinmar—, pero acabará por averiguarlo. Si lo encuentran en casa del tío abuelo Albrecht, el cazador de brujas regresará aquí, y tal vez la próxima vez sus hombres no sean tan cuidadosos para no derramar el vino.

—Albrecht tiene la suficiente sensatez como para no alojar al muchacho en su casa —le aseguró Luther—. Encontrará alguna clase de escondite para él, si no puede persuadirlo de que se marche.

—Según mi padre —observó Reinmar—, Albrecht no tuvo ningún hijo.

—Nunca me pareció conveniente, y mucho menos ejemplar, contarle nada a tu padre —admitió Luther—. Tiene el tipo de mente que no puede tolerar demasiadas confusiones. Tú, por otro lado, es probable que hayas sido maldecido con demasiada imaginación. Sí, Albrecht tuvo un hijo, aunque nunca se casó. En cuanto a si ese hombre es realmente su hijo... es otra cuestión. ¿Le dijiste dónde podía encontrar a Albrecht?

—Se lo dijo mi padre. ¿Hizo mal?

—No. Si es quien dice ser, supongo que Albrecht podría alegrarse de verlo.

Reinmar reparó en que su abuelo había usado el condicional podría, pero tenía en mente temas más urgentes que las probables emociones de su tío abuelo al encontrarse ante un hijo bastardo perdido hacía mucho tiempo.

—¿Qué es el vino oscuro, abuelo? —preguntó Reinmar—. Papá dijo que hace veinte años solíamos tenerlo.

—Y así fue —admitió Luther—. Y de él sacamos muy buenos beneficios. Es un caldo delicioso, tomado con moderación... aunque por aquí había pocos hombres con bolsillos lo bastante bien provistos como para tomarlo de otro modo que no fuese con extrema moderación. Hace mucho tiempo generó una buena corriente del oro de Marienburgo hacia el oeste, pero esa corriente disminuyó en la confusión posterior a la secesión y jamás se recobró por completo. Mi padre nunca se cansaba de contarme cómo esa tormenta en un vaso de agua lo había arruinado todo. Continuaba habiendo demanda, claro está, pero la cadena de suministro quedó interrumpida.

»El vino oscuro se transformó en un peón del juego político, acusado de ser un agente del mal debido a los sueños que inducía. De acuerdo con los sacerdotes de la ley, estimulaba el apetito por lujos antinaturales que debían ser aplastados. ¿Puedes creerlo? Todos los vinos embriagan, y todos los licores estimulan apetito de otras cosas..., ¿y por qué tendría que objetar nadie eso? Los sueños enriquecen la vida con independencia de lo que puedan pensar los hombres intransigentes como tu padre, y puesto que nunca ha existido un hombre que no se deleitara con el lujo, ¿cómo puede nadie decir que el lujo es antinatural? Créeme, Reinmar, ¡no hay locura mayor que la locura de la razón excesiva!

La voz de Luther había ido debilitándose a causa del esfuerzo, y su cabeza cayó sobre la almohada; pero Reinmar estaba decidido a escuchar mientras tuviese la oportunidad. Puso agua de la jarra que había sobre la mesita de noche en el vaso de su abuelo, y luego lo acercó a los labios resquebrajados del anciano.

—Gracias —le dijo Luther—. ¡Qué maldición es la vejez! De haberlo sabido,

habría...

Se interrumpió con aire de culpabilidad, como si hubiese estado a punto de decir algo prohibido.

Reinmar no quería presionarlo demasiado mientras estuviese dispuesto a contarle una historia. Le resultaba difícil ser paciente, pero sabía que debía lograr que el anciano comenzase a hablar otra vez, y abrigaba la esperanza de que el flujo de la conversación recobrar su ímpetu, así que volvió a acercar el vaso a la boca del hombre.

—No te preocupes, abuelo. Tenemos todo el tiempo del mundo —mintió.

Cuatro

—En cualquier caso —prosiguió Luther cuando pudo volver a hablar—, río abajo se hicieron intentos de acabar con el comercio de vino oscuro, y nosotros pensamos que lo más prudente era abandonarlo. En Marienburgo continuaba habiendo demanda, y podríamos haber sacado buenos beneficios del abastecimiento de esa demanda siempre y cuando lo hubiésemos hecho con discreción, aunque tu padre jamás tuvo sentido alguno de la aventura. Si yo no hubiese caído enfermo habría corrido ese riesgo, pero tu padre veía las cosas de manera diferente. Se había casado y quería formar una familia. Sabía que yo mismo tomaba un poco de ese vino de vez en cuando, pero eso sólo logró fortalecer su determinación. Ahora supongo que estará más convencido que nunca de que tenía razón.

—Le dijo al cazador de brujas que en diez leguas a la redonda no había ningún sitio donde se pudiera comprar —observó Reinmar—. ¿Es cierto?

—¿Cómo puedo saberlo postrado en la cama como estoy? No lo había para mí, en cualquier caso, y dudo que Albrecht tenga aún alguna reserva, dado el grado de su sed. No sé dónde fue escondido y almacenado ese vino, y siempre lo embotellaban antes de entregármelo, pero el hecho de que sus productores usaran a nuestra familia como agente sugiere que Eilhajt quedaba en la ruta más conveniente hacia el Reik. Si el vino oscuro y su gente ya no usan el Schilder como conducto, deben utilizar otra ruta, aunque no puedo decirte a qué distancia está. Si eran verdaderos ciertos rumores que decían que los vinos llegaban desde Bretonia a través de un paso secreto en las montañas, puede ser que los vitivinicultores hayan tenido que desplazarse veinte o treinta leguas al este o el oeste en busca de ese paso, pero nunca he confiado en ese tipo de rumores. Siempre he sospechado que el origen se encontraba mucho más cerca de aquí, en cuyo caso es probable que la actual ruta de distribución pase a un día de marcha de nuestro pueblo.

—¿Tal vez tan cerca como la casa del tío Albrecht? —sugirió Reinmar.

Esa pregunta causó una inmediata reacción en el anciano. La mano derecha se crispó antes de cerrarse en un puño.

—No creo que esté tan cerca como eso —replicó Luther en voz baja—. Albrecht nunca estuvo hecho para el comercio del vino, y te aseguro que la última vez que lo vi no tenía el aspecto de un bebedor habitual.

—¿Por qué no estaba hecho para el comercio del vino? —quiso saber Reinmar, que tenía serios recelos acerca de su propia capacidad para vivir de cualquier tipo de comercio—. ¿Y qué aspecto tiene un bebedor habitual de vino oscuro?

Luther decidió responder a la primera pregunta y hacer caso omiso de la segunda.

—Albrecht no tenía la cualidad de la moderación —declaró Luther con severidad—. Puede que el negocio del vino no requiera la disciplina férrea que le aplica tu padre, pero sí que exige moderación.

—¿Por eso reñisteis? ¿Por qué se bebía los beneficios?

—¿Eso te ha dicho tu padre? —lo atajó el anciano.

Era obvio que la conversación había derivado demasiado profundamente hacia temas de los que, al parecer, a Luther le habían prohibido hablar, presumiblemente Gottfried.

—Papá nunca me cuenta nada que no esté estrictamente relacionado con la dirección del negocio —respondió Reinmar con bastante amargura—. Sólo lo he supuesto.

—No es una suposición demasiado mala —admitió Luther—. Fue algo mucho más complicado, por supuesto; pero eso formaba parte del problema. Albrecht siempre tuvo una gran sed, tanto de conocimiento como de vino. Tenía la ambición de ser un erudito, y más aún. Eilhart nunca fue suficiente para él. Quería ser un gentilhombre de ciudad, pero su pasión de prosperidad siempre superó a la paciencia con la que podría haberla conseguido.

—¿Es tan terrible desear algo más de lo que Eilhart tiene para ofrecer? —preguntó Reinmar, vacilante.

—Tal vez, no —replicó Luther con cautela—; sin embargo, no existe ningún atajo fiable que conduzca a la prosperidad, como no lo hay hacia la sabiduría.

—Y sin duda, es el motivo por el que los respetuosos burgueses y amas de casa de Eilhart son tan presuntuosos, pese a su ignorancia, su mente estrecha y la extremada urgencia de su deseo por obtener medidas colmadas de los comerciantes locales —comentó Reinmar.

Luther rio entre dientes. Reinmar podía recordar una época en que la risa del anciano había sido más que robusta, cuando atronaba procedente de su vientre en lugar de rechinar en su garganta; pero el tiempo había ido causando un deterioro constante del cuerpo, que se marchitaba con lentitud. El médico de la familia había intentado desesperadamente encontrar algún tratamiento que acabara por ralentizar el avance de la enfermedad, que lo consumía de modo gradual pero inevitable.

—Sin duda —asintió el anciano, cuya gorra negra se bamboleó sobre la cabeza, que se movió de arriba abajo—. Sin embargo, fue una suerte que yo, al final, me negara a ser tan temerario como Albrecht, ya que, de lo contrario, tú no hubieses tenido nada que heredar, a despecho de la industriiosidad y tacañería de Gottfried.

Albrecht nunca me lo perdonó, pero yo tenía razón.

Se produjo una pausa mientras Luther reflexionaba sobre la importancia de esa conclusión. Continuaba asintiendo con la cabeza, aunque de modo mucho más lento que antes.

—¿Qué quiere de nosotros ese hombre que nos llama primos, abuelo? —inquirió Reinmar cuando la gorra negra, al fin, dejó de bambolearse.

—No lo sé —respondió Luther—. Si es quien dice ser, es probable que el vino le interese más para servir a su propio apetito que para venderlo...; pero si se trata de un agente secreto del cazador de brujas, estará buscando el mal para descubrirlo y arrancarlo de raíz. Los hombres como él, a veces, hallan lo que buscan, aunque en realidad no exista.

—¿Qué debo hacer yo? —quiso saber Reinmar.

—Tu padre, desde luego, te dirá que no hagas nada, o menos que nada —observó Luther con tono especulativo—. Y no me agradecería que yo te diera un consejo diferente de éste.

—Yo sí que te lo agradecería —le aseguró Reinmar.

—No te apresures tanto a decir eso —le advirtió Luther—. Pero, si quieres, podrías ir a visitar a tu tío abuelo. Con independencia de cuál sea la situación, Albrecht, sin duda, se alegrará de que alguien le avise de que hay cazadores de brujas en el pueblo, y dudo que nadie más se moleste en ir a decírselo. Si el hombre que afirma ser su hijo está con él, puede ser que también se alegre de recibir la advertencia..., y ciertamente es el más indicado para explicar por qué razón podría estar buscándolo un hombre como Machar von Spurzheim.

Reinmar estaba dispuesto a considerar la posibilidad que se le había planteado, pero aún quedaba una pregunta que deseaba formular.

—Si alguien tuviese una botella de vino oscuro —dijo con un tono de indiferencia—, ¿cuánto costaría hoy en día? El misterioso visitante no se mostró muy entusiasta respecto a pagar el precio de mercado, pero dijo que estaba dispuesto a hacerlo.

Luther profirió un sonido que casi fue una carcajada, aunque no del todo.

—Hace diez años que no manejo dinero —respondió—, y hace veinte que no veo una botella de vino oscuro. ¿Cómo voy a saber qué precio tiene en los mercados de Schilderheim y Marienburgo? Podría ser el doble de lo que cobra Gottfried por una botella de la mejor cosecha, o podría costar cien veces más... Pero puede ser que tu cliente no estuviese pensando en términos monetarios. Si llegó aquí buscándome a mí tanto como a Albrecht, es posible que piense que soy un hombre que le tenía demasiado aprecio al dinero durante la juventud para pagar un precio mayor por lo que quiere. Si vuelves a verlo, tal vez decida explicarse..., pero en caso contrario, quizá sea mejor para ti no saber más. Ciertamente, Gottfried te diría eso, y le debo demasiado para ir en contra de sus deseos. Tú, claro está, puedes tomar tu propia

decisión.

—He venido a verte en busca de respuestas —dijo Reinmar—, no de más enigmas, pues cada uno es más desconcertante que el anterior.

—No siempre podemos obtener lo que queremos —susurró Luther al mismo tiempo que dejaba caer la cabeza otra vez sobre la almohada—. Esa debería ser la primera lección que todos los hombres aprendieran en la vida..., porque bien podría ser la última si la aprenden demasiado tarde.

Sus ojos se cerraron y Reinmar supo que aquella noche no lograría sacarle más información al anciano. También sabía que tendría que estar de vuelta tras el mostrador a una hora incómodamente temprana..., pero si posponía hasta la noche siguiente la visita a su tío abuelo Albrecht era probable que ya no tuviese sentido ir a verlo. Machar von Spurzheim tendría a su disposición todas las horas del día, y sin duda haría buen uso de ellas. Si quería llegar hasta Albrecht antes de que lo hiciera el cazador de brujas, tendría que ir a verlo esa misma noche.



Cuando Reinmar se escabulló en silencio de la habitación de Luther era tan tarde que la mayoría de los habitantes del pueblo se habían acostado, aunque él estaba aún colmado por la emoción de aquel día extraordinario y ni siquiera se detuvo a preguntarse si Albrecht estaría plácidamente dormido o no. No se atrevió a dejar la puerta de la bodega sin cerrojo, así que se valió de una vía de escape que había utilizado durante la infancia: salió por la estrecha ventana de su dormitorio a la terraza que quedaba sobre la tienda, y, luego, descendió por una serie de apoyos para pies y manos que había hecho quitando el mortero de las rendijas que quedaban entre los bloques de piedra gris que formaban las paredes de la casa.

El descenso le parecía cada vez más peligroso, pero el muchacho aún era lo bastante ligero y ágil para bajar sin riesgos.

Gottfried había dicho que la casa de Albrecht estaba a «poco más de una hora a pie» de la tienda, pero probablemente se había referido a dar un paseo tranquilo. Aunque para guiarse no tenía más luz que el resplandor de las estrellas y no estaba familiarizado con la ruta, Reinmar logró hacer el recorrido en unos minutos menos de la hora prevista y llegó en el momento en que la campana del mercado daba la medianoche.

No habría sido fácil encontrar la casa en medio de los abetos si ésta no hubiese estado iluminada, pero en una habitación de la planta superior ardía una lámpara con potente brillo entre las cónicas copas de los árboles, la cual guio a Reinmar en la parte más difícil del recorrido.

Cuando golpeó la puerta con el puño no hubo respuesta inmediata, y la impaciencia hizo que volviera a llamar antes de que quitaran la barra de la puerta y ésta se abriera apenas. No era el ama de llaves gitana quien había acudido a abrir, sino el propio Albrecht.

Albrecht Wieland ya debía de ser más alto que su hermano menor cuando ambos eran jóvenes, pero Luther estaba tan consumido por la enfermedad que entonces Albrecht parecía el doble de grande que el abuelo de Reinmar. No era tan alto como el cazador de brujas, pero de todas formas se veía enorme al lado del muchacho. Resultaba evidente que no estaba habituado a tener visitas; llevaba un candelabro en una mano y una porra en la otra.

—¿Quién eres? —preguntó con rudeza.

Adelantó el candelabro para que el rostro de Reinmar quedara iluminado; resultaba obvio que no había reconocido a su sobrino nieto.

—Soy yo, tío abuelo. Reinmar.

Albrecht pareció sobresaltado por la información, y ligeramente consternado.

—¿El hijo de Gottfried? ¿Qué quieres? ¿Acaso mi hermano ha muerto?

—No. ¿No hay nadie más aquí? ¿No has tenido ninguna visita, hoy?

Albrecht aún no se había apartado para permitir que Reinmar entrara en su casa, y la perplejidad de su rostro indicaba que no tenía ni idea de qué estaba hablando Reinmar. Si el hombre que afirmaba ser el hijo de Albrecht había partido en la dirección indicada por Gottfried, no parecía haber concluido el recorrido.

—Nunca recibo visitas —declaró Albrecht en tono terminante.

—Tendrás alguna mañana, tío abuelo —le aseguró Reinmar—. Hay un cazador de brujas en el pueblo. Sus hombres se llevaron a mi padre y, luego, fueron a registrar la bodega. ¿Puedo entrar?

Ante la mención del cazador de brujas, el semblante mal iluminado de Albrecht había cambiado de expresión; en un instante, el desconcierto quedó desplazado por la ansiedad. Ya había comenzado a abrir la puerta de par en par para que entrara Reinmar, y miró con temor hacia la oscuridad antes de volver a cerrarla y colocar la barra en las abrazaderas.

—Allí —dijo.

Albrecht señaló la más pobre de dos sillas desvencijadas que se encontraban ante una mesa sembrada de restos de las últimas tres comidas, media docena de platillos con charcos de cera de vela hollinienta y varios pergaminos apolillados, que, en otra época, podrían haber sido relatos de hechos, cartas o páginas arrancadas de un libro. Reinmar se sentó con cuidado y balanceó la silla a un lado y otro, hasta averiguar sobre qué combinación de tres patas estaría más cómodo. El aire de la habitación estaba impregnado de un fuerte olor a animal, aunque el flaco gato que dormía junto al hogar apenas parecía lo bastante grande como para ser la fuente del mismo. El ama

de llaves de Albrecht —de la que continuaba sin verse rastro alguno— no daba la impresión de ser excesivamente solícita en el cumplimiento de sus deberes.

Albrecht ocupó la otra silla, que era algo más sólida y estaba provista de posabrazos.

—¿Qué podría querer de mí un cazador de brujas? —preguntó con tono exigente.

—El hombre al que está persiguiendo me dijo que era tu hijo —explicó Reinmar—. También me dijo que vendría a verte, aunque al parecer aún no ha llegado.

—¿Wirnt? —Albrecht parecía completamente atónito—. ¿Wirnt está en Eilhart?

—No me dijo cómo se llamaba —respondió Reinmar—. ¿Así que es cierto que tienes un hijo? Mi padre parecía no saberlo. El desconocido llegó a la tienda preguntando si teníamos vino oscuro, y se mostró decepcionado cuando mi padre le dijo que no teníamos ni una botella. Tal vez fuese lo mejor, ya que el cazador de brujas llegó poco después, pisándole los talones. Los soldados del cazador de brujas registraron las bodegas, aunque no puedo imaginar que haya brujería en el vino.

—Todo el vino es brujería —murmuró Albrecht, que, sin embargo, parecía tener la mente en otra parte—. ¿Qué otra cosa es la borrachera sino una forma suave de magia, un trastorno placentero?

—Según mi padre —le respondió Reinmar a su anciano pariente—, el buen vino es la encarnación de la virtud, e incluso el vino malo es un acompañamiento útil para la mala comida. Soy su aprendiz, pero nunca me ha dicho una sola palabra acerca de que existiera un vino maligno. Es el motivo, supongo, por el que ese misterioso licor es oscuro.

—El vino tiene más colores de los que imaginan los burgueses de Eilhart y Holthusen —le dijo Albrecht, que aún hablaba de un modo algo distraído mientras se preocupaba por posibilidades que todavía no se sentía seguro de mencionar—, y los sueños que estimula son mucho más complejos y variados de lo que pueden suponer tu padre y sus vecinos. Luther lo sabe..., pero siempre fue un debilucho y un cobarde. No hay mal ninguno en el vino, pero sí que lo hay en los hombres, y a veces el mejor de los caldos puede hacer que aflore. El vino de los sueños puede revelar más cosas de las que a algunos hombres les resulta cómodo saber. Los cazadores de brujas y los sacerdotes de la ley siempre culpan a la magia en lugar de al hombre, pero los eruditos ven las cosas de otro modo.

—En Eilhart —observó Reinmar—, el tipo de sabiduría que tú llamas erudición es mirada con mucha más suspicacia que el vino.

Esa observación hizo que la mente de Albrecht regresara al momento presente.

—¿Crees que hace falta que me cuenten eso? —preguntó de modo cortante—. Fue para escapar de una ignorancia semejante por lo que me marché a Marienburgo y dejé que mi hermano me robara mi parte de la preciosa tienda mediante malas artes. Si tu padre cree que puede enviar un cazador de brujas tras el tunante de la familia al

mismo tiempo que mantiene su casa limpia, se equivoca. Si yo soy culpable a los ojos del cazador de brujas, y te aseguro que soy inocente según mi propia opinión, entonces Luther también será culpable, y si mi pasado me da alcance, vuestro precioso negocio está condenado a verse arrastrado a la pesquisa. Si Wirnt tiene una sola pizca de sensatez...

La interrupción de la frase causó en Reinmar un cierto fastidio.

—No entiendo qué está pasando, tío abuelo —dijo—. Mi padre se niega a explicármelo, y mi abuelo insiste en respetar los deseos de mi padre, por el momento..., aunque sugirió que debía renunciar a mis preciosas horas de sueño para advertirte que el cazador de brujas estaba en el pueblo. ¿No crees que tengo derecho de saber en qué peligro me encuentro?

Albrecht se contrajo ligeramente ante esa arremetida, pero parecía hecho de un material más fuerte que Luther. Separó los labios para dejar a la vista sus amarillentos dientes y recorrió minuciosamente los incisivos con la lengua mientras meditaba sobre el asunto.

—Aunque no lo creerías si escucharas los chismorreos de la plaza del mercado, vivimos tiempos tranquilos en un lugar privilegiado —dijo, al fin, el anciano—. Los comerciantes de Reikland siempre refunfuñan, pero no tienen ni idea de lo dura que es la vida en zonas menos prósperas del Imperio, ni de lo desesperada que fue la existencia en Reikland durante otras épocas de nuestra historia. Corren rumores de acontecimientos terribles en remotos rincones del Imperio, y de horrores en la mismísima Altdorf, pero a lo largo de mi vida no ha sucedido nada comparable con los tremendos conflictos del pasado. El cerco de Praag ha sido siempre una leyenda en Reikland, y los condes vampiros de sylvania son cocos apropiados sólo para asustar a los niños traviesos en estas tierras; sin embargo, tú y yo tenemos todas las razones del mundo para dar gracias por no haber nacido en un lugar peor o en una época anterior. No tienes ni idea de lo espantosa que es la realidad en áreas menos favorecidas, ni de los males que acechan en los desiertos del lejano norte.

—Entonces, cuéntamelo —sugirió Reinmar.

Albrecht vaciló.

—Tu educación es responsabilidad de tu padre —respondió pasados unos instantes.

—Tu hermano opina lo mismo —observó Reinmar—. Es demasiado viejo y demasiado débil para pensar siquiera en desafiar a su hijo y contarme lo que mi padre prefiere que desconozca. Pero por eso he recurrido a ti, porque eres un erudito y aún puedes mantenerte en pie. Mi primo ha llegado a Eilhart con un cazador de brujas pisándole los talones. Parece que estamos todos bajo sospecha. Se han llevado a mi padre, y tú eres el único que puede contarme qué pasa. Eres el erudito de la familia, ¿no?

Reinmar había oído decir que los halagos podrían llevar a un hombre a cualquier parte, y fue el halago de oírse llamar «erudito de la familia» lo que soltó la lengua de su tío abuelo.

—Muy bien —decidió Albrecht—. Tal vez haya llegado el momento de que el hijo de mi sobrino conozca los secretos de la familia... y creo que de mis labios oirá un relato más sincero que de labios de mi hermano o de los del hijo de Luther. ¡Escucha, pues!

Reinmar escuchó con mucho más entusiasmo del que jamás había puesto en cualquiera de los sermones que le daba su padre.

Cinco

—La paz relativa de que disfrutamos no fue lograda con facilidad —le dijo Albrecht a Reinmar—. El precio que pagó la generación de mi padre fue una feroz represión. Si los eruditos de Marienbeg no se equivocan respecto a la historia del mundo, una gran parte de aquella represión fue necesaria y estuvo plenamente justificada; pero las fuerzas represivas nunca saben cuándo parar o ceder. El comercio del vino de los sueños, que no es el único vino oscuro sino el que se consume con más frecuencia y al que hacen referencia la mayoría de los hombres cuando usan ese nombre, hacía siglos que estaba establecido antes de que mi padre naciera, pero cuando lo investigaron los agentes de Magnus el Piadoso y sus teogonistas rápidamente quedó limitado su consumo, y al fin acabaron por prohibirlo.

»La supresión de ese comercio no fue en absoluto bien recibida en Marienburgo, e incluso es posible que desempeñara un pequeño papel en los acontecimientos que desembocaron en la secesión; pero eso sucedió antes de mis tiempos. El tráfico de vino oscuro pasó, entonces, a la clandestinidad, al menos en las zonas del Reik inferior, aunque era tolerado por la gente de la localidad, para quien constituía una costumbre. El principal efecto de esa prohibición nacional fue que, de hecho, entre los que comerciaban con vino aumentó la curiosidad respecto al motivo de la mala reputación de aquel caldo. Sí, yo mismo he bebido vino oscuro, con más liberalidad que Luther, me atrevería a decir, y habría continuado bebiéndolo si hubiese podido quedarme en Marienburgo o asegurarme el suministro cuando regresé a Eilhart. Sin embargo, una vez que nuestra familia dejó de traficar con él, me resultó tan difícil de conseguir como a cualquier otra persona, y actualmente soy demasiado pobre para permitirme hábitos costosos.

»Si Wirnt ha huido de Marienburgo, deben de haber surgido nuevos problemas en la ciudad que han interrumpido del todo el suministro de vino oscuro. Si un cazador de brujas y sus soldados lo siguen a pocas horas de distancia, el problema en cuestión probablemente sea algún tipo de cruzada. Con independencia de lo que Wirnt haya podido decirte, dudo que sea el afecto filial lo que lo ha traído hasta aquí. Lo más probable es que esté buscando el lugar donde comienza el tráfico del vino de los sueños. Incluso es posible que abrigue la esperanza de que Luther le diga dónde proseguir la búsqueda.

—Preguntó por Luther antes de preguntar por ti —confirmó Reinmar.

—Probablemente, también vendrá aquí —dijo Albrecht con tristeza—. Será capaz de ir a cualquier parte en busca de una pista y arrastrará al cazador de brujas tras él. Sólo espero que alguien pueda convencerlo de que el secreto reside detrás de las montañas. Causaría menos mal por aquí si fuera en busca del famoso paso secreto sin demorarse de manera innecesaria.

—Mi abuelo no cree que exista ningún paso semejante —comentó Reinmar.

—Ni tampoco lo cree ningún hombre que conozca las montañas —asintió Albrecht—. Pero durante siglos ha sido una ficción conveniente... y la verdad es que nadie sabe dónde hacen el vino de los sueños y los otros caldos del mismo tipo, ni quién los hace, ni qué proceso se emplea para ello. Quienes lo producen guardan bien el secreto, y es una sabia medida.

—¿Qué otros caldos? —preguntó Reinmar—. ¿En qué son diferentes del vino de los sueños los otros vinos oscuros?

—El vino de los sueños es uno entre las varias clases que supuestamente producen los mismos vitivinicultores —respondió Albrecht con inquietud—, pero los otros son aún más raros, y están destinados a abastecer los gustos más exóticos.

—Mi padre piensa, al parecer, que el vino oscuro es realmente maligno —dijo Reinmar con la esperanza de provocar más revelaciones.

—Tu padre nunca lo ha probado —contestó Albrecht con un suspiro—. Tal vez sea sabio por ello, aunque yo nunca he admirado el tipo de prudencia que deriva de una mente estrecha. Es una suerte que te haya mantenido apartado de ese vino si hay cazadores de brujas en campaña. Tal vez Luther sería hoy un hombre más fuerte si nunca lo hubiese bebido, pero yo no puedo lamentar las visiones que obtuve con él. Soy un erudito de la cabeza a los pies, y siempre he estado dispuesto a pagar un precio a cambio de la penetración y la inspiración. El cazador de brujas no encontrará nada aquí si viene a verme, y mis crímenes, si es que lo fueron, quedan ahora demasiado lejos en el tiempo como para que le interesen. Si vuelves a ver a Wirnt, dile que me alegraría verlo..., pero ruégale que tenga cuidado, por el bien de todos nosotros. Ahora será mejor que te marches. Si los hombres honrados no están en la cama a la hora esperada, despiertan sospechas, y me atrevería a decir que tienes obligaciones con las que cumplir durante el día.

—Así es —asintió Reinmar con tristeza.

Había abrigado la esperanza de averiguar más cosas, pero no disponía del tiempo necesario.

—Regresa cuando todo esto haya acabado. Sé que tu padre tiene mala opinión de mí, pero somos de la misma familia, y esa opinión es peor de la que merezco.

Albrecht se levantó mientras hablaba, y su sobrino lo imitó y se dejó conducir hasta la puerta.

El propio Reinmar retiró la barra, aunque había visto que el anciano la levantaba sin ninguna dificultad.

—Volveré —prometió—. Si se produce alguna novedad, vendré a contártela.

—Ten cuidado —le aconsejó Albrecht—. ¿Podrás hallar el camino a la luz de las estrellas? Las lunas están apenas en el comienzo de la fase creciente.

—Tengo buena vista —le aseguró el muchacho—, y cuando vuelva a estar entre las casas, habrá bastante luz.

Siguió el consejo que le había dado su tío y avanzó con precaución hasta estar seguro del camino, e incluso entonces tuvo buen cuidado de avanzar discretamente por si había alguien en las proximidades a quien le hubiesen ordenado hacer guardia y tomar nota de sus movimientos. No vio a nadie, pero el bosque era lo bastante denso como para ocultar a una docena de ojos vigilantes.

Cuando llegó a su hogar, la casa parecía silenciosa. El ascenso hasta la ventana del primer piso fue tan difícil como el descenso, pero logró deslizarse a través de la abertura sin estropearse demasiado el justillo.

Uno de los sirvientes había colocado una lámpara junto a la cama, aunque la mecha estaba tan escondida que la llama azul era apenas más brillante que las estrellas del exterior. Reinmar ya había decidido irse directamente a dormir, así que no se molestó en aumentar la luz; sin embargo, acababa de arrodillarse para desatarse las botas cuando oyó unos pasos silenciosos en el piso de arriba.

Lo primero que pensó fue que tenía que tratarse de Godrich o de alguno de los sirvientes, aunque de todas formas avanzó hasta la puerta y se deslizó hacia el corredor con la esperanza de oír mejor desde allí. Cerró la puerta tras él para que no saliera al pasillo el resplandor interior y se quedó por completo inmóvil mientras escuchaba con atención.

La calidad de los pasos cambió cuando quienquiera que estuviese en la planta de arriba llegó a la parte superior de la escalera que conducía al primer piso. En ese momento, Reinmar dedujo que la persona que descendía tenía unos andares más inseguros que cualquiera de los criados. Además, un sirviente que estuviese cumpliendo con un cometido habría llevado una vela, y la persona que bajaba por la escalera lo hacía a oscuras.

Reinmar no sabía qué hacer. Si se quedaba donde estaba, el intruso —si lo era— tendría que pasar ante él para llegar a la escalera que descendía hasta la tienda. Con toda probabilidad, el hombre —si era un hombre— se tropezaría con él. Estuvo tentado de gritar para despertar a los ocupantes de la casa, pero no le gustaba hacerlo sin tener ni idea de lo que sucedía; así pues, aguardó mientras los pasos se le aproximaban.

Aunque no se movió, no podía dejar de respirar, y los pasos se detuvieron de modo repentino cuando el otro se encontraba a menos de dos metros de Reinmar. En

el extremo opuesto del corredor, había una tronera, pero la débil luz que entraba era insuficiente para que pudiera distinguir nada, a menos que el otro se situara directamente en línea con ella. La figura, sin embargo, se mantuvo contra la pared, que usaba para guiarse.

Al fin, Reinmar ya no pudo soportar el suspenso.

—¿Quién anda ahí?

Se sintió muy estúpido porque era improbable que fuese a obtener una respuesta pacífica si el otro no tenía derecho de estar allí, aunque habría sido peor saltar sobre él y trabarse en una pelea con Godrich o Gottfried.

La respuesta que de hecho obtuvo fue un urgente ¡chist!, y no servía para dilucidar el acento de la voz. Al cabo de uno o dos segundos, Reinmar sintió que unas manos buscaban su cuello. Al temer que estuviesen a punto de estrangularlo, Reinmar intentó luchar, pero el hombre era mucho más fuerte que él y, en sólo tres segundos, lo tuvo bien sujeto y le tapó la boca con una mano.

—No es necesario despertar a los criados, primo —le siseó una voz al oído—. Cuanta menos gente sepa que estoy aquí, mucho mejor. ¿Dónde está la puerta de tu habitación?

La mano se relajó a fin de permitir que respondiera, aunque permaneció donde estaba para taponarle la boca de nuevo en caso de que intentara gritar.

—Sólo tenemos que dar un paso, primo Wirnt —le aseguró Reinmar a su captor, y tendió la mano libre para empujar la puerta hacia adentro.

Una vez en el interior, Wirnt lo soltó. Comparada con la oscuridad del corredor, la luz de la lámpara no parecía tan mortecina, aunque le confería un tinte inquietante al rostro del hombre.

—¿Quién te ha dicho mi nombre? —quiso saber de inmediato.

—El tío abuelo Albrecht —respondió Reinmar—. ¿No te dijo mi abuelo que había ido a ponerlo sobre aviso?

—El tío Luther me dijo mucho menos de lo que yo esperaba —respondió Wirnt con amargura—. Está medio muerto de miedo, tal vez porque Von Spurzheim aún retiene a tu padre. ¿Cómo han logrado darme alcance con tanta rapidez? Esa gabarra debía de ser más lenta de lo que parecía, y Von Spurzheim debe haber alquilado caballos para que él y sus favoritos pudieran adelantarse al grueso de la tropa. ¿Sabes cuántas esclusas hay desde aquí a Holthusen?

Reinmar sabía con total exactitud cuántas esclusas había entre Eilhart y Holthusen, pues el hecho de haber dominado la corriente del río era algo que enorgullecía a la ciudad, pero no se molestó en decirlo.

—Debes marcharte —declaró—. El tío abuelo Albrecht dijo que se alegraría de verte en otras circunstancias, pero que no puede proporcionarte lo que buscas ni darte la información que quieres. Si te marchas a las colinas, te resultará muy fácil

perderte. Cuando el cazador de brujas se haya marchado, habrá tiempo más que suficiente para renovar viejas relaciones.

—Renovar viejas relaciones —repitió el hombre moreno con tono de burla—. No he venido hasta aquí para eso, primo..., ni para oír estupideces sobre pasos secretos hacia Bretonia. Debo establecer contacto con los vitivinicultores, tanto por el bien de ellos como por el mío. El pelotón de Vaedecker es la avanzadilla de una compañía mucho mayor, y los espías de Von Spurzheim ya andan sueltos por la región. En Marienburgo se ha cometido traición, y ahora las autoridades de allí saben demasiado..., más que yo, y más de lo que tu abuelo está dispuesto a admitir.

—Aquí no estás a salvo —le dijo Reinmar, testarudo—. Y mientras permanezcas en este lugar, tampoco lo estaremos nosotros. Debes marcharte.

La expresión de Wirnt se contorsionó a causa del miedo y la ansiedad, y por un momento Reinmar pensó que iba a negarse a partir; pero luego se relajó.

—Sí —murmuró—. Debo marcharme. ¿Bajarás conmigo para dejarme salir y barrar la puerta? Subí por el mismo sitio que te vi bajar, pero estuve a punto de quedar atascado en la ventana y no me gustaría intentarlo de nuevo.

—Con placer —le aseguró Reinmar, aunque no era cierto, y cogió la lámpara—. Espero que no te lo tomes a mal si te digo que confío en no volver a verte durante algún tiempo.

El otro hombre profirió una risa seca.

—No, primo —respondió mientras seguía a Reinmar hacia el exterior de la habitación—, no me lo tomaré a mal. Ahora que he visto al tío Luther, sé cómo están las cosas... Pero no creas que este asunto acabará cuando cierres la puerta a mis espaldas. Von Spurzheim no dejará de buscar, y no resultará fácil convencerlo de que ninguno de vosotros puede señalarle la dirección correcta. Os vigilarán, así que será mejor que no des ningún paso en falso.

—¿Cómo podría hacerlo —protestó Reinmar mientras avanzaba hacia la puerta de la tienda— cuando no sé nada?

—Puede ser que eso no te salve —observó Wirnt mientras esperaba a que Reinmar retirase la barra de la puerta—. Cuando comienzan las cacerías de brujas, afloran toda clase de viejos resentimientos. Vuestros vecinos podrían estar denunciándoos a los tres como adictos al vino o hechiceros activos en este preciso momento. Quizá dentro de poco tengas que revisar tu opinión respecto a quiénes son tus amigos... y podrías lamentar la rudeza con que me has tratado.

En ese instante, Reinmar decidió que el primo Wirnt no le gustaba, y lamentó haberle mostrado, por accidente, una vía de entrada en la casa, vía que obviamente podía utilizar a despecho de su generosa cintura.

—Nosotros somos comerciantes honrados —dijo con tono tenso mientras mantenía la puerta abierta para que saliera el visitante indeseado.

—Me aseguraré de recordarlo —prometió Wirnt.

La promesa, no obstante, resultaba una burla, algo inadecuado para un hombre que acababa de poner en peligro a su familia y que se había negado a advertirles del riesgo cuando había tenido la oportunidad de hacerlo porque no pudieron proporcionarle lo que buscaba. Reinmar lo observó hasta que se desvaneció en la noche, y luego se fue con rapidez a la cama.

A pesar de lo cansado que estaba, no podía dormir. Le parecía que en el plazo de unas pocas horas, la totalidad de su mundo se había vuelto del revés. Todo era diferente: su padre, su abuelo, Eilhart y el comercio del vino. Lo que hasta el amanecer se le había antojado muy sencillo —aburrido, asentado y seguro—, entonces, bajo una mirada de soslayo, dejaba ver un aspecto subterráneo, oscuro, tan ominoso como cargado de misterio. ¿Cómo influiría eso en su vida? ¿Y cómo influiría en sus sueños? ¿Había esperanza, además de peligro, en aquel repentino surgimiento del misterio? ¿Habría una oportunidad, además de amenaza?

De algo estaba seguro: tenía que averiguar más cosas, y eso no debía hacerlo con mansedumbre, esperando a que los demás le contaran lo que quisieran cuando les diera la gana. Debía trabajar por su cuenta, con sus propias metas y ambiciones. Ya no era un niño, y debía establecer una relación propia con el enigmático vino de los sueños y los otros caldos afines, aún más oscuros. No daría nada por supuesto ni tomaría la palabra de ningún hombre como algo definitivo. Debía ser independiente..., pero tenía que averiguar más cosas si quería ser el tipo de hombre en que ansiaba convertirse.

Seis

A despecho del insomnio provocado por todas las ideas que le daban vueltas por la cabeza, Reinmar logró levantarse a tiempo para abrir la tienda a la hora indicada, y casi de inmediato, el local se llenó de clientes cuyo propósito era algo más que el simple intercambio de monedas por jarras de vino. Varios de ellos le aseguraron que hacía años que esperaban eso, aunque se mostraban reacios a especificar a qué se referían. Nadie mencionó el vino oscuro abiertamente, pero más de uno se compadeció de que el legado de los pecados de Luther recayese entonces sobre su hijo y su nieto.

—No es que el viejo haya querido nunca causar ningún daño —le aseguró frau Walther—, ni tampoco ese hermano loco que tiene..., pero no querer causar daño no es lo mismo que no hacerlo, y las gallinas siempre vuelven a casa a descansar. Ahora hay cosas malignas en el bosque, según dicen. Los cazadores furtivos siempre dicen eso, por supuesto, pero cuando también lo dicen los leñadores, hay que tomárselo en serio. No te salgas del camino cuando vayas a recorrer las viñas, y ten cuidado con los gitanos.

—Vienen más soldados —le dijo la esposa de uno de los policías—. Todo eso es muy bueno para vuestro comercio, supongo, pero cuando hay soldados, hay problemas. Pasarán de largo, al parecer, en cuanto averigüen adonde deben dirigirse, pero regresarán cuando hayan hecho lo que han venido a hacer y arrastrarán los problemas tras ellos. Estar en el límite de navegabilidad del río tiene sus ventajas, ya sabes... Éste ha sido siempre un pueblo muy decente. Aquí nunca hemos necesitado a los soldados. Nunca.

Gottfried aún no había regresado cuando acabó la primera oleada, y Reinmar comenzaba a preocuparse, aunque uno de los clientes leales le había asegurado que le haría llegar la noticia en caso de que su padre fuese arrestado. Cuando apareció Margarita, sedienta de noticias, él no tenía ni idea de qué contarle.

—La gente dice que es culpa de tu abuelo —le informó la muchacha, vacilante—. Dicen que se puso enfermo por meterse con la magia. Algunos incluso dicen que tu tío abuelo Albrecht es una especie de nigromante, y que su ama de llaves es bruja.

—Eso es una estupidez —le aseguró Reinmar—. Albrecht no es más que un anciano inofensivo. Puede ser que su ama de llaves sea una gitana, pero no es más que

un ama de llaves. Mi abuelo simplemente se puso enfermo... la magia no tuvo nada que ver con eso.

—No creo que debas salir con la carreta la semana que viene —dijo ella—. Puede ser peligroso.

—Somos comerciantes de vino —explicó Reinmar con paciencia—. La uva de este año ya habrá sido pisada, y el vino, metido en barriles, y la del año anterior ya habrá fermentado en la madera. Tenemos que reaprovisionar la bodega. No haremos más que realizar el recorrido habitual para llenar la carreta. Godrich vendrá conmigo, y nos acompañará uno de los trabajadores... probablemente Sigurd. Tanto Godrich como yo hemos sido entrenados con la espada, y Sigurd es prácticamente un gigante. Nadie va a atacarnos... y si en la región hay caballería e infantería de la Guardia del Reik, los caminos serán aún más seguros de lo normal. Regresaré en dos semanas.

—Se cuenta que hay monstruos en los bosques —insistió Margarita.

—Siempre se ha contado que hay monstruos en los bosques —respondió Reinmar— y monstruos en las montañas, y monstruos en cualquier otra parte, pero ¿a quién conoces que haya sido herido alguna vez por uno de ellos? Todos los viajeros cuentan historias exageradas, Margarita, y es probable que yo mismo me traiga de vuelta un par de ellas, pero el hecho de que siempre vivan para contarlas sugiere que el peligro no es tan terrible como lo pintan. No me pasará nada.

Posiblemente, Margarita hubiese dicho algo más, pero en ese momento volvió a abrirse la puerta de la tienda y, cuando vio que era Gottfried, recordó, de pronto, el recado que iba a hacer para su madre y se retiró con prisa para dejar a solas a padre e hijo.

—¿Te han dejado salir? —preguntó Reinmar, incómodo.

—No me arrestaron en ningún momento —se apresuró a decir Gottfried—. Deseaban mi consejo y se lo di con total libertad.

—Vinieron a registrar las bodegas —señaló Reinmar.

—Como les invité a hacer. No tengo nada que ocultar..., nada. Quería dejar eso claro.

—Todos dicen que vienen hacia aquí más soldados —dijo Reinmar, cauteloso—. ¿Sabes por qué?

—Política —fue la sucinta respuesta de Gottfried—. Hay problemas en Marienburgo. Incluso después de tanto tiempo, continúa la resaca de la secesión. En Altdorf, muchos recibirían con gran alegría la vuelta de Marienburgo al Imperio, aunque tuvieran que comprarla con sangre. Al parecer, el cazador de brujas tiene amigos en la Guardia del Reik que están dispuestos a complacer sus caprichos, y piensa que por esta zona podría encontrar algo que le proporcionaría una útil influencia sobre los habitantes de Schilderheim y Marienburgo.

—El misterioso lugar de origen del vino oscuro, con el que nosotros no

comerciamos —dijo Reinmar.

Gottfried le lanzó una mirada penetrante.

—Has estado hablando con mi padre —dijo con aversión—. ¿Qué te ha contado?

—Que no existe ningún paso secreto en las montañas —respondió Reinmar despreocupadamente—, y que el vino oscuro no es tan negro como a algunos les gusta pintarlo.

—Viejo estúpido —dijo Gottfried con el entrecejo fruncido—. He decidido adelantar tu viaje. Saldrás mañana. Hemos tenido un buen verano, así que la cosecha debe de haberse hecho a tiempo, y los vitivinicultores más industriosos adelantarán la producción. No te esperarán tan pronto, así que Godrich tal vez tenga que improvisar un poco, pero esta noche él y yo planificaremos la ruta.

—Quieres quitarme de en medio —comentó Reinmar sin más.

Gottfried vaciló por un momento, pero luego asintió con la cabeza.

—Sí, es verdad —admitió—. No tenemos nada que ocultar y no deberíamos sentirnos temerosos, pero la gente de por aquí goza de buena memoria y lengua ágil. Von Spurzheim querrá hablar con Luther, y también con Albrecht..., y puede ser que a ninguno de los dos le resulte fácil persuadirlo de que no pueden ayudarlo. Las viejas animadversiones podrían reavivarse, y las cosas ponerse desagradables. No creo que vaya a suceder nada malo, pero, por si acaso, prefiero que estés fuera del asunto.

—Quiero saber de qué va todo esto —le dijo Reinmar con firmeza—. Si soy lo bastante mayor como para tomar parte activa en el negocio, también lo soy para conocer todos sus secretos.

—No hay ningún secreto.

—Sí que lo hay —insistió Reinmar—, o al menos lo hubo en otra época..., y por muy muerto y enterrado que pareciese ayer a esta hora, es evidente que ya no está ni muerto ni enterrado. Tal vez puedas evitar que Luther hable conmigo, pero no puedes impedirselo a Albrecht y Wirnt..., y si tú no me dices de qué va todo esto, ellos lo harán.

—¿Quién es Wirnt?

—Tu primo, el hijo de Albrecht.

Gottfried alzó una ceja inquisitiva y pareció a punto de preguntar cómo sabía Reinmar eso, pero ya había deducido que el muchacho había estado hablando con Luther. Al fin, suspiró.

—Yo mismo nunca he conocido ni la mitad de la historia, y siempre me he alegrado de que así fuera..., pero creo que ha llegado un momento en que podría ser más peligroso ignorar que conocer lo que sabe mi padre, y también quizá lo que sabe Albrecht. Parece ser que las autoridades de Marienburgo han aplastado un extremo del tráfico de vino oscuro, al menos por el momento, pero no se contentan con eso. Quieren eliminar el origen, y tras haber seguido la pista hasta aquí, no están

dispuestas a detenerse tan cerca de la meta. Si nosotros no podemos ayudarlas, es probable que supongan que el «no poder» en realidad es un «no querer», así que debemos abrigar la esperanza de que seremos capaces de hacerlo. Será mejor que me acompañes a hablar con mi padre; Godrich puede ocuparse de la tienda durante una hora o dos, ya que está tan tranquila.

Reinmar experimentó un estremecimiento de triunfo al darse cuenta de que, por primera vez en la vida, se había impuesto a su padre. Ascendió la escalera con mucha más ligereza de la que era capaz su progenitor, de pesado andar, a pesar de que había descansado un poco menos que Gottfried.

Luther pareció claramente incómodo cuando su hijo y su nieto se encararon con él, cosa nada sorprendente habida cuenta de que Gottfried estaba de muy malhumor. La mirada del anciano iba con inquietud de uno a otro.

—No pude evitarlo —dijo a la defensiva, mientras se encogía bajo la ropa de cama—. No fui yo quien lo dejó entrar.

Gottfried se mostró asombrado, aunque no completamente atónito.

—El corpulento desconocido regresó —dedujo de inmediato—. El crío de Albrecht. No acepta un no por respuesta; no, de mí, al menos. Espero que no esté aún aquí.

—No, no está —replicó Reinmar—. Lo vi cuando salía. Ha ido a ocultarse en las colinas..., a menos que haya decidido visitar primero a su padre.

—¿Qué le dijiste? —le preguntó Gottfried a Luther.

—¿Qué podía decirle? —contestó éste, resentido—. No tenemos vino oscuro y no sabemos dónde lo hacen.

—¿Y qué te dijo él? —quiso saber Gottfried.

—Que su madre, cuando la encontró, no parecía lo bastante mayor como para haberlo dado a luz..., pero que lo reconoció, y que continuó visitándola a pesar de que corrían rumores de que ella estaba metida en magia oscura. Al parecer, estaba orgullosa de él, y le dijo que no odiara demasiado a su padre por haberse marchado y haberlo dejado al cuidado de extraños. Ella fue quien le hizo probar el vino. Me dijo que los sueños eran como regresar a casa..., como si llenaran un vacío de su corazón del que antes no había sido del todo consciente, como si nunca hubiese comenzado a vivir de verdad hasta ese momento, como si... Pero tú ya has oído esas cosas antes, y ya entonces no te gustaban.

—Pero yo no —intervino Reinmar con voz queda.

Luther continuaba con la vista clavada en su hijo, en espera del permiso para hablar. Gottfried vaciló un instante.

—Cuéntaselo todo.

Luther asintió y realizó un evidente esfuerzo por rehacerse, tras lo cual desvió la mirada hacia su nieto.

—El vino oscuro es llamado también vino de los sueños —dijo con una voz extrañamente seca y débil—. Existen otros vinos del mismo tipo; todos son de color más oscuro que el más dulce vino del Reik, y todos provocan sueños. Pero los que saben del tema hablan del vino oscuro en singular, al igual que del vino de los sueños. Los pocos que han tenido la oportunidad de aburrirse del vino de los sueños han cultivado el gusto por uno u otro de los peculiares vinos afines, pero el consumo ha sido siempre... esotérico.

Reinmar deseaba que se explayara más sobre ese punto, pero el abuelo no lo hizo.

—El vino de los sueños es el más benigno y generoso de los caldos producidos por sus vitivinicultores —prosiguió Luther—, y los conocedores lo consideran la esencia misma del lujo, porque el mayor lujo de todos es la juventud, y el vino oscuro es un verdadero elixir de juventud. Tiene el poder de preservar la belleza, el entusiasmo, y un tipo particular de inocencia que nadie que no sea culpable puede apreciar. ¿Es magia? Tal vez. ¿Quién puede decir dónde acaba la naturaleza y comienza la magia? Todos los vinos emborrachan, pero sin duda resulta concebible que el vino oscuro sólo sea el mejor y más puro de los vinos. En los tiempos en que Albrecht y yo estábamos aún tan unidos como deben estarlo los hermanos, él solía escribirme que había oído a algunos eruditos jurar que el vino oscuro carecía por completo de magia, mientras que otros lo elogiaban como la más grandiosa magia conocida por el hombre. Otros lo consideraban como una trampa, una atractiva puerta que conducía a males indecibles. Albrecht, sin embargo, nunca frecuentó la compañía de ese tipo de hombres cuando intentaba convertirse en un erudito en Marienburgo, y yo tampoco lo hice en Eilhart.

El anciano hizo una pausa para beber, y Gottfried lo ayudó con la taza. Lo que bebía era vino blanco, pero Luther lo miró como si hubiese preferido algo mucho más fuerte.

—Al mirarme ahora, no pensarías que en otra época fui un hombre de increíble juventud —prosiguió Luther—, pero lo fui. Yo nunca me tuve en mala opinión por eso, aunque mi padre era de la estirpe de mi hijo..., o en cierto sentido, peor, porque nunca permitió que ningún licor pasara entre sus labios. «Se necesita un hombre abstemio para comerciar con vino», solía decir. Si llega a gustarte tu mercancía, acabarás echándote al colete las ganancias. Puede ser que pienses que el amor que siente tu padre por la moderación es muy severo, Reinmar, pero nunca has tenido la oportunidad de compararlo con un auténtico pilar de rectitud.

»Albrecht llevó la peor parte de la cólera y desaprobación de nuestro padre, y eso lo alejó de casa. Yo era más joven y aprendí a ser astuto. Era bebedor mucho antes de que me descubriera, y una vez que hube probado el vino oscuro perdí el apetito por la mayoría de los vicios menores. Pero, ¡ay!, me descubrió, y no era un hombre fácil de vencer en una disputa. Se salió con la suya, aunque tuvo que robarme a mi propio hijo

para asegurarse la victoria final... Y su triunfo fue nuestra pérdida, porque mi padre jamás consideró siquiera la posibilidad de rechazar el comercio de vino oscuro y otros caldos de su clase, cosa que tu querido padre hizo en cuanto tuvo el látigo en la mano.

—Era la única manera —murmuró Gottfried.

—¿Lo era? —preguntó Luther con escepticismo—. ¡Qué consternación debía producirse en Marienbeg cuando tomaste esa decisión! Pero sólo por un tiempo. Como descubrieron hace mucho los constructores de esclusas de Schilder, el flujo del río no puede domarse del todo. Cuando el agua del deshielo baja desde las montañas, hay que abrir completamente las compuertas, y las peores inundaciones sólo pueden ser desviadas; sólo puedes proteger las tierras de aquí desviando el agua hacia allá. El vino oscuro era como el Schilder: impedido su curso normal, encontró otros canales que lo llevaran al Reik, y una vez allí, se desvaneció en la irresistible corriente del tráfico fluvial.

—Esto no nos sirve de nada —intervino Gottfried—. Necesitamos algo que podamos darle al cazador de brujas. El único modo de quitárnoslo de encima es hacer que siga la pista y se aleje. Tú tienes que tener alguna idea acerca de dónde producen el vino oscuro y quién lo produce.

—No la tengo —respondió Luther, testarudo.

—No te creo —le dijo Gottfried—. Albrecht fue a Marienburgo, pero tú te quedaste aquí. Cada año ibas a las colinas para aprovisionarte, como yo he hecho siempre. No intentes decirme que nunca buscaste el origen del vino oscuro.

—Los agentes de los productores de vino oscuro siempre venían a vernos a nosotros.

—¿Y quiénes eran? ¿Dónde vivían?

—Eran gitanos... itinerantes sin hogar fijo.

—Las gentes de por aquí culpan a esos viajeros de todo lo que sucede —dijo Gottfried con aversión—. Cada vez que roban un niño, se lo han llevado los gitanos. Cada vez que a una vaca se le seca la leche, los gitanos la han maldecido. Si á un hombre le duele el vientre, nunca es porque haya comido manzanas verdes, sino porque una vieja gitana lo miró mal. Ahora tú me dices que los gitanos hacen el vino oscuro..., sin duda, con uvas silvestres recogidas en algún valle secreto, cuyo emplazamiento sólo conocen sus ancianos.

—Yo no he dicho que lo hicieran ellos —señaló Luther—, sino sólo que lo traían del sitio en que era producido..., del cual no tenían nada, o casi nada que decir.

—Pero tú se lo preguntabas —insistió Gottfried—, tan a menudo y con tanta astucia como podías, dado lo mucho que te gustaba. Y dices que no te dijeron casi nada. ¿Por qué ese casi, padre? ¿Qué es lo poco que te dijeron?

Luther dejó caer la cabeza sobre la almohada, pero en su boca apareció una mueca torcida; se dio cuenta de que se había delatado y sabía que no podría refugiarse en su

debilidad.

—Sólo me dijeron que el origen estaba protegido por la magia... y que un hombre podría buscarlo durante años sin atisbarlo siquiera, porque sólo era accesible para aquellos de su pueblo que oían la llamada, y para quienes los acompañaran con el fin de que llegaran sanos y salvos a destino.

—¿Qué llamada?

—¿Cómo voy a saberlo? —protestó con una voz que volvía a debilitarse al encogerse él bajo la feroz mirada de su lujo—. Yo nunca la oí... aunque escuchaba con atención.

—¿Cómo puedo contarle esto al cazador de brujas? —se quejó Gottfried, que habló más para Reinmar que para Luther—. Es el tipo de chismorreos que puede oírse en todas las esquinas. Gitanos y llamadas..., cuentos de vieja, muy probablemente. Es una mentira propagada para distraer a los ingenuos. Tienes que saber algo más.

—Eso fue lo que me dijeron —se quejó Luther—. Nunca les creí del todo, pero las investigaciones que hice no bastaron para averiguar nada más. Aunque corrían otros rumores acerca de monasterios construidos sobre profundas cavernas y extrañas flores que crecían bajo tierra, nunca los tomé en consideración. El vino de los sueños no es producto de la uva, al menos no del todo, pero ninguna fruta puede madurar si no está al sol. Si existe un valle cuya entrada no se halla oculta por magia, tiene que estar muy bien escondido de algún otro modo. Tal vez, Albrecht sepa algo más. Ha tenido tiempo de investigar desde que regresó de Marienburgo con el rabo entre las piernas. Incluso contrató a una nómada como ama de llaves, quizás a causa de algo que ella conocía y las viejas del pueblo ignoraban. Ahora está retirado en su casa, pero te aseguro que hizo investigaciones cuando regresó y se sintió injustamente desplazado. Por entonces, tenía la ambición de establecerse como competencia, pero me atrevería a decir que los misteriosos productores del vino de los sueños no querían a un hermano mío caído en desgracia como intermediario. Si él no pudo encontrar la fuente de suministro en veinte años de investigación, tu cazador de brujas tiene entre manos una dura tarea. Le deseo suerte.

—Necesito un nombre —dijo Gottfried—; algo que le indique a Von Spurzheim a qué gitanos debe interrogar.

—¿Quién pregunta el nombre de una familia gitana? —contestó Luther—. ¿Quién obtiene una respuesta si lo hace? Los nómadas guardan los secretos de su pueblo. El cazador de brujas sólo cuenta con una ventaja, en mi opinión, y podría no ser suficiente.

—¿Qué ventaja? —exigió Gottfried, exasperado.

—La estación del año. Cualquiera que sea la fruta que le confiere al vino oscuro sus cualidades especiales, sin duda, madura cuando lo hacen otras frutas, y su manufactura debe tener un ciclo. Si todas las cosas vivas son prisioneras del

calendario, la cosecha de este año debería estar lista ahora, y pronto será necesario convocar a los encargados de hacer la recolección. Si los espías de Von Spurzheim pueden encontrar el último eslabón de la cadena que se extiende desde Marienburgo hasta aquí, tienen una posibilidad de que los conduzca hasta el origen..., pero si esa oportunidad es real, sólo durará unos veinte o treinta días.

—Las conjeturas de este tipo no bastan —le respondió Gottfried con aspereza.

—Es lo único que puedo ofrecerte como hombre que ha dedicado la vida al comercio de vino —le contestó Luther con voz distante y muy débil.

La cabeza del anciano cayó sobre la almohada a causa del agotamiento. Resultaba evidente que su cansancio era real.

—Está haciendo lo que puede, padre —murmuró Reinmar—. A él no le gusta más que a ti la perspectiva de ser vigorosamente interrogado por el cazador de brujas. Si ese licor es de verdad tan insidiosamente maligno como tú supones, el punto de origen estará celosamente guardado, ¿no crees?

—Supongo que sí —concedió Gottfried tras suspirar—. Será mejor que averigüe qué tiene que decir Albrecht..., y más vale que tú regreses a la tienda. El negocio continúa, pase lo que pase.

Reinmar estuvo a punto de decirle a su padre que ya había ido a ver a Albrecht, pero se calló. ¿Acaso no estaba entonces jugando su propio juego? ¿No estaba decidido a hacer sus propios descubrimientos para juzgar por sí mismo?

—¿Estamos, realmente, en peligro? —preguntó.

—Espero que no —replicó Gottfried con tono seco—. No obstante, sería mejor para todos los habitantes del pueblo que el cazador de brujas pasara de largo lo antes posible. Debemos esperar que encuentre lo que busca, y que sus asuntos lleguen a una rápida y fructífera conclusión.

Mientras hablaba bajó los ojos hacia Luther, pero el anciano se había encasquetado el gorro negro hasta cubrirse la frente y había cerrado los ojos.

Siete

Reinmar habría preferido acompañar a su padre hasta la casa de Albrecht en lugar de ocuparse de la tienda, pero sabía que sería inútil protestar. Godrich tenía cosas mejores que hacer que quedarse detrás del mostrador, y el muchacho sabía que haría falta mucho más que un cazador de brujas para que Gottfried Wieland consintiera en cerrar durante las horas de trabajo.

Según resultaron las cosas, no obstante, la visita de Gottfried fue inútil. Albrecht no se encontraba en casa porque Machar von Spurzheim había enviado soldados a arrestarlo y lo había encerrado en la cárcel del pueblo. Tenían la intención de arrestar también a su ama de llaves, pero ésta había huido. Los rumores que corrían por la población estaban divididos respecto a si se había marchado por su propia seguridad, o si había ido a advertirles a los secretos vitivinicultores que se avecinaban problemas. En cuanto regresó, Gottfried se lanzó a hacer urgentes preparativos para el inminente viaje comercial de Reinmar.

Tal y como había previsto el muchacho, designó a Sigurd para que lo sirviera, junto con Godrich, y lo protegiera durante la expedición. Sigurd solía trabajar en los muelles, cargando y descargando gabarras, donde había desarrollado una musculatura impresionante. Siempre que los estibadores intervenían en competiciones de lucha contra los labradores locales, Sigurd resultaba el hombre clave, pues inclinaba la balanza de la victoria; además en cualquier concurso local de fuerza individual, era el ganador indudable. Nunca había recibido entrenamiento en el manejo de la espada, pero sabía blandir el cayado con fuerza y astucia terribles, y sus puños eran como cachiporras. Se trataba de un tipo de hombre en cuya compañía se sentiría seguro cualquier mortal inferior, y Reinmar se alegró de ver que aguardaba junto a la carreta cuando bajó con su zurrón del piso de arriba, poco después del amanecer del día siguiente.

No se sintió tan complacido, sin embargo, al ver que Matthias Vaedecker con un zurrón, esperaba junto a Sigurd. No iba ataviado con el uniforme militar, aunque llevaba una ballesta.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Reinmar con franco asombro.

—Me han ordenado que viaje contigo —respondió el sargento, alegremente—. Herr Von Spurzheim está ansioso por tu seguridad. Corren rumores de que en las

colinas andan monstruos sueltos.

Los ojos de Reinmar fueron con rapidez desde el sargento bajo y ancho hasta el gigantesco Sigurd.

—Siempre corren rumores de que hay monstruos en las colinas —dijo—. Los hombres sabios saben que no deben tomarse en serio.

—El hombre sabio de verdad es el que sabe cuándo los rumores que normalmente no deben tomarse en serio comienzan a tener un significado maligno —le informó el sargento con tranquilidad.

A Reinmar le parecía obvio que, en realidad, habían enviado a Vaedecker para que lo espiera, o al menos para que aprovechara la expedición como cobertura que le permitiese espiar a los vitivinicultores que tenían intención de visitar, y a cualquier otro viajero con quien pudiesen encontrarse. Tampoco ignoraba que Vaedecker tenía que ser consciente de que eso resultaba obvio, aunque no estaba autorizado a decirlo en voz alta.

—¿Dónde está tu caballo? —fue cuanto dijo Reinmar.

—Soy soldado de infantería —replicó el sargento con tono agradable—. Los caballos en los que yo y mis compañeros llegamos a Eilhart eran alquilados, pues teníamos poco tiempo y pensábamos que podríamos coger al hombre que estábamos siguiendo antes de que desembarcara. Estaré encantado de ir en la carreta con vosotros.

Cuando Godrich se reunió con ellos, Reinmar le preguntó si su padre estaba enterado de las órdenes que tenía el sargento; pero fue el sargento quien respondió.

—Está completamente de acuerdo —le aseguró Vaedecker.

Godrich confirmó la aseveración con un asentimiento de discreto malhumor.

Gottfried salió de la tienda pocos minutos más tarde para despedirlos, e hizo grandes aspavientos mientras le daba las gracias a Vaedecker por prestarle sus servicios.

—Vivimos tiempos turbulentos —dijo, pasando alegremente por alto el hecho de que el único síntoma de turbulencia visible hasta el momento en Eilhart había sido la llegada de Von Spurzheim—, y me sentiré mucho mejor sabiendo que un soldado veterano acompaña a Reinmar. La combinación de la sabiduría de Godrich, la fuerza de Sigurd y tus habilidades de guerrero asegurarán que regrese sano y salvo, y que la expedición sea provechosa.

—Haré todo lo posible —prometió el soldado— para asegurarme de que el viaje sea tan provechoso como desees.

Cuando el carro estuvo cargado y Godrich cogió el látigo, Gottfried le entregó la bolsa con las monedas que Reinmar debía emplear en la compra de los nuevos suministros.

—Reinmar —dijo—, sé paciente e inteligente para lograr buenos precios. Intenta

no parecer tan duro que provoques resentimiento, pero no olvides nunca que tenemos un monopolio real. Mantén una apariencia generosa, pero asegúrate de que sea sólo la apariencia.

—Haré lo que pueda —prometió Reinmar—. Si alguien intenta aprovecharse de mi juventud e inexperiencia, les diré que estoy tan aterrorizado por mi padre que no me atrevo a ofrecerles un céntimo más de la mínima cifra que puedo calcular, por miedo a que me azotes casi hasta la muerte cuando regrese con la carreta llena a medias y la bolsa vacía. Eso lo creerán con facilidad, ¿no?

—Lo creerán —le aseguró Gottfried, pero su sonrisa no fue tan ancha como debería haberlo sido—. Buena suerte, hijo mío, y regresa sano y salvo.

En circunstancias normales, Reinmar habría charlado con Godrich y Sigurd mientras la carreta salía del pueblo, pero la presencia del soldado era un factor poderosamente inhibitorio. El único tema de conversación que habría en el pueblo aquella mañana sería el arresto de Albrecht Wieland y sus probables consecuencias, pero no era algo que pudiera comentarse sin riesgos ante Vaedecker, y Reinmar no estaba lo bastante desesperado como para buscar un tema inofensivo.

El camino por el que abandonaron la población era bueno, aunque el avance se vio algo ralentizado por el tráfico considerable que había en sentido contrario. Pese a que el día principal de mercado era el siguiente, el flujo de los productos cotidianos como la leche y los huevos se veía aumentado por el movimiento de mercancías más voluminosas en preparación de la desbordante actividad de compra y venta. De hecho, cuanto más se alejaban del pueblo, más tráfico de ese tipo encontraban, y más se estrechaba el camino. Además, dado que iban pendiente arriba, más difícil resultaba avanzar.

Al principio, siguieron el curso del río, que fluía relativamente sin tropiezos a lo largo una legua hasta el lago de Eilhart, aunque allí no era considerado navegable para los cargueros. En el agua había muchos botes de remos y transbordadores de fondo plano que transportaban a carreteros y viajeros desde la otra orilla, donde los senderos eran menos transitables. Al llegar a la confluencia del Schilder con uno de sus afluentes menores, giraron hacia el suroeste, y el camino se hizo más empinado. Los picos de las Montañas Grises eran visibles incluso desde Eilhart, aunque las colinas intermedias tendían una franja verde sobre el inhóspito horizonte; no obstante, cuanto más se adentraban en las boscosas laderas, más zonas grises aparecían en cada cresta, y se hacía mucho más fácil apreciar la verdadera mole de las montañas.

Hacia mediodía, habían dejado atrás las mejores tierras de cultivo y avanzaban hacia el interior de tierras de secano, más adecuadas para las viñas que para los cereales o los tubérculos. Reinmar sabía que en pleno invierno el sol apenas podía alzarse por encima de los lejanos picos, y esas tierras parecían desiertas y

abandonadas; pero cuando el sol estaba más alto y brillaba sobre ellas, los valles tenían un aspecto mucho más fértil. Las mejores viñas crecían en las laderas que miraban al sur, que se encontraban al otro lado de las colinas, así que las pendientes a las que primero llegaron parecían áridas y nada prometedoras. En ellas pastaban rebaños de cabras escuálidas. Cuando la carreta avanzó hasta alcanzar el otro lado, aparecieron los viñedos de la vertiente sur, cada uno dominado por una casa de piedra gris, rodeada por las cabañas de los jornaleros. Algunos de esos grupos de viviendas eran lo bastante grandes como para ser considerados pueblos, con su propia posada y cementerio. La mayoría, sin embargo, estaban situados a una cierta distancia de las viviendas que se hallaban junto a la orilla de arroyos y cerca de los sotos, donde crecían árboles frutales y se reunían los guardabosques.

Reinmar hizo la primera compra cuando ya acababa el día, y esa noche se alojaron en casa del vitivinicultor. Reinmar no dio ninguna explicación acerca de la presencia de Vaedecker, y el vitivinicultor supuso que estaba allí por solicitud de Gottfried, con el fin de proporcionarle mayor protección a su hijo. Esto le permitió a Vaedecker formular algunas sutiles preguntas acerca de las posibles dificultades con que podrían enfrentarse al adentrarse más en las colinas.

—Ninguna de la que pueda dar fe —le aseguró el dueño de la casa—. Se cuentan muchas historias sobre monstruos y magia negra, pero ese tipo de cuentos corre en abundancia cuando la gente de los poblados quiere tener una excusa para acosar a los gitanos. El verano ha sido malo; algunos campesinos han tenido cosechas escasas aunque cualitativamente satisfactorias, mientras que otros han visto las suyas arruinadas por completo a causa de feroces tormentas. Eso ha hecho disminuir la demanda de temporeros, por lo que hay bastantes desempleados recorriendo las tierras en busca de lo que puedan encontrar, y la situación ha inflamado los celos que siempre se enconan entre esas gentes. «¿Por qué yo? —se preguntan los menos afortunados en esas circunstancias—. ¿Por qué yo y no él? ¿Quién me ha maldecido con esta terrible desgracia?». Toda la violencia que despierta en estas situaciones tienden a sufrirla los gitanos, a los que se culpa. Dudo que alguien vaya a molestaros.

A Reinmar, esa explicación le pareció dictada por el buen sentido común, aunque Vaedecker no se veía del todo satisfecho.

Lo que observaron durante los tres días siguientes confirmó, de algún modo, la opinión de Reinmar. Las colinas más altas sufrían a menudo tormentas violentas, aunque localizadas, que podían azotar campos y edificios con granizadas, incluso en los meses más cálidos; semejantes fenómenos destruían, a veces completamente, el fruto de los afanes de un hombre durante un año, y al mismo tiempo dejaban intacta la cosecha del vecino. En los años buenos, los vecinos se ayudaban, y aliviaban el desastre con una porción de los excedentes, pero cuando la producción no llegaba a lo esperado se mostraban menos generosos y se acumulaban los resentimientos. El enojo

reprimido solía estallar de modo que no amenazara las relaciones permanentes, y se descargaba en desconocidos y chivos expiatorios. Siempre que se encontraban con grupos de gitanos, Reinmar percibía claros signos de tensión entre ellos y los pobladores.

Gottfried siempre le había dicho a Reinmar que procurase tratar a los gitanos con la misma cortesía que a cualquier otra persona, dado que el trabajo temporal que aportaban los nómadas era vital para la producción de buenos vinos. Esto se debía, en parte, a que el tiempo constituía un factor importante para la cosecha y el procesado de la uva y, en parte, a que muchos gitanos y gitanas no sólo eran hábiles, sino que tenían una sensibilidad instintiva para el arte de hacer vino. «Sin la contribución de los gitanos —le decía Gottfried a Reinmar—, con frecuencia, los productos que vendemos serían de inferior calidad, y el mayor perjuicio lo sufrirían las mejores cosechas».

Por su parte, Reinmar siempre se había sentido fascinado por los gitanos que acudían al mercado de Eilhart, en especial por aquellos que intentaban ganarse la vida mediante variadas y exóticas actuaciones: leían la buenaventura, tocaban instrumentos musicales inventados y hechos por ellos, y bailaban. Siempre había tenido la sensación de que la música gitana encerraba algo mágico y que, a su manera, era tan embriagadora como el buen vino.

Con todo esto en mente, Reinmar realizó un esfuerzo particular para mostrarse cortés y amistoso con los gitanos con los que se cruzó por el camino, y se sintió ligeramente herido por el hecho de que sus respuestas fuesen, a menudo, breves y suspicaces. Al principio, lo atribuyó al legado de insultos lanzados contra ellos por otras gentes prósperas, pero al final se dio cuenta de que la presencia de Matthias Vaedecker constituía un factor adicional y que causaba tal reacción. Aunque el sargento vestía supuestamente ropas civiles, la falta de uniforme destacaba aún más la ballesta; además, su actitud hacia los gitanos no se veía afectada por las razones que modificaban los modales de sus compañeros de viaje.

Al final, Reinmar decidió reprender a Vaedecker mientras la carreta avanzaba a través de un bosque particularmente sombrío.

—No deberías mirarlos con una hostilidad tan abierta —dijo—. Son gente como tú y como yo, que responden a una sonrisa o una palabra amable tan bien como cualquier otra persona. ¿Cómo te sentirías si en todas partes te recibieran con mirada de pedernal y signos que supuestamente neutralizan el mal de ojo?

—Las tribus nómadas son terreno abonado para el mal —le aseguró Vaedecker—. No digo que sean todos magos, pero sí que cualquiera que desee vender su alma puede encontrar entre ellos, sin problema alguno, recetas para la autodestrucción y profesores de hechicería. Su cultura es corrupta... y si hay que creer a tu padre, ellos son los que saben dónde se hace el vino oscuro.

—Si ése fuera el caso —le informó Reinmar, incapaz de ocultar la irritación—, un espía sabio haría todos los esfuerzos posibles para mostrarse cortés, servicial y alegre.

Para su sorpresa, pareció que Vaedecker se tomaba en serio aquella observación.

—Tienes razón, por supuesto —dijo el sargento con un suspiro—. Este no es el tipo de trabajo para el que fui entrenado. Soy un guerrero, no un agente secreto. Estoy habituado a enfrentarme con el enemigo cara a cara. Soy natural de Reikland de pies a cabeza, pero cuando un hombre ha realizado un largo viaje hacia el norte, donde la vida es dura para todos y el mal se manifiesta de manera clara, el sur acaba por parecer un territorio encalmado, propio de los sueños.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Reinmar, desconcertado por aquel repentino acceso de confidencias.

—La gente que lleva vidas ordenadas y cómodas en pueblos como Eilhart supone que su manera de vivir es como debería vivirse la existencia humana —observó Vaedecker—. Piensan que con que sólo la gente de todas partes fuese como ellos, es decir trabajadores, serios y escrupulosos, el mundo entero sería como Eilhart, tan próspero y feliz como cualquier comunidad tiene derecho a ser. No es así. En el mundo hay lugares, sitios que no sólo se encuentran en las fronteras del Imperio sino también dentro de sus propios límites, donde la actitud trabajadora y seria obtiene por recompensa una muerte prematura e ignominiosa, que sólo puede posponerse si se dedica hasta la última fibra de fuerza y gramo de valentía que posee un hombre a luchar contra los enemigos del orden.

—Eso dicen todas las historias de los viajeros —comentó Reinmar.

Vaedecker no se sintió ofendido por el escepticismo que manifestaba el muchacho.

—Tú oyes historias que dicen que hay monstruos en las colinas, maese Wieland, y tu reacción automática es comentar, entre carcajadas, que siempre corren historias que dicen que hay monstruos en las colinas. Bueno, Reinmar, yo he luchado contra ejércitos enteros de monstruos que tenían dardos y flechas, espadas y garrotes..., y a veces, al final, iban armados sólo con las manos desnudas y ensangrentadas. Los monstruos han estado tan cerca de desgarrarme la garganta que nunca puedo reír cuando oigo esa palabra. Los he visto formar en tan terribles centenares ante las picas de mis compañeros y las lanzas de la guardia que me pone enfermo y me descorazona oír que hombres como tú suponen con indiferencia que sólo los estúpidos creen que semejantes cosas son un peligro. Soy una especie de viajero, pero te aseguro que las historias que podría contarte son verdaderas, y aún más espantosas de lo que parecen. El mundo no es como Eilhart, amigo mío..., y si el estado de cosas que reina en otros lugares llegara a extenderse hasta Eilhart, podrías encontrarte con que despiertas de ese encantador sueño en el que has vivido toda tu existencia a una realidad de pesadilla.

Si esas palabras hubiesen sido dichas cuando la carreta estaba bañada por la luz del sol, o mientras los cuatro hombres que viajaban en ella se encontraban sentados en torno al ardiente fuego del hogar de un próspero vitivinicultor, no habrían parecido tan amenazadoras. De hecho, el cielo, casi invisible tras las ramas de las enormes coníferas, estaba azul sólo en el norte. Las cumbres de las montañas del sur se encontraban envueltas en espesas capas de nubes grises, cuyos bordes, que avanzaban, se extendían sobre sus cabezas como toldos ominosos.

En esas circunstancias, Reinmar apenas pudo reprimir un estremecimiento mientras las palabras del sargento lo atravesaban y le penetraban en el corazón. No se le ocurrió ninguna réplica adecuada.

—Así que, como comprenderás —añadió Vaedecker—, no puedo mirar a los gitanos con unos ojos tan generosos y confiados como los tuyos. No dudo que tienes razón, y que muchos de ellos son almas buenas y honradas que no nos desean ningún mal..., pero el conocimiento de que uno de cada cien no lo es basta para inquietar a un hombre como yo. No obstante, seguiré tu consejo e intentaré reprimir mis sentimientos, no porque sea una actitud cortés, sino porque es diplomática. Soy, como has tenido la amabilidad de recordarme, un espía, y debo hacer todo lo posible por observar a la gente con la que nos encontremos con tanta atención como te vigilo a ti.

La última frase, que contenía una acusación velada, contribuyó a que Reinmar superara el azotamiento. Vio que Godrich volvía la cabeza y reparó en la mirada de advertencia de su criado, pero hizo caso omiso del silencioso consejo.

—Para un guerrero como tú, debe ser una indignidad verse reducido a hacer de espía —observó Reinmar—. En efecto, tiene que ser una humillación tremenda para un osado héroe habituado a luchar con legiones de monstruos que lo manden a perseguir a contrabandistas de licor por las tierras más felices del reino.

—¿Tiene que serlo? —contestó Vaedecker—. Me he encontrado cara a cara con hombres bestia y ogros, y he deseado estar en cualquier otra parte del mundo, dedicado a cualquier otro tipo de trabajo. El deber no siempre nos impulsa a realizar proezas espectaculares. Siempre he empleado mis fuerzas al servicio de la virtud, por servil que fuese la tarea..., aunque no puedo esperar que eso impresione a hombres cuya noción del trabajo está completamente determinada por su experiencia en levantar y trasladar barriles de vino.

Incluso Sigurd frunció el entrecejo al oír eso, aunque afortunadamente no era la clase de hombre que reacciona ante naderías. Si no tenía intención de moverse con fuerza demoledora, no se movía en absoluto.

—Paz, amigos —intervino Godrich al mismo tiempo que se volvía en su asiento—. La carreta ni siquiera está llena hasta la mitad, y aún nos queda mucho camino por delante. El tiempo pasará con más facilidad si podemos evitar las querellas. No somos

adversarios. En este asunto del vino oscuro, estamos todos del mismo lado.

«¿Lo estamos?», se preguntó Reinmar; pero refrenó la lengua. Se obligó a asentir con la cabeza y a suavizar la expresión del rostro. No era una disculpa, pero sí un gesto, y Matthias Vaedecker, que tal vez pensaba que él mismo había hablado con demasiada franqueza, estaba dispuesto a hacer algo más que igualarlo.

—Sí —dijo—. Tu hombre tiene razón. No estoy habituado a alejarme de los míos de esta manera y me siento inquieto. No tenía intención de ofenderte.

—Tampoco yo —se vio obligado a responder Reinmar—. Ya había estado aquí antes, pero siempre con mi padre para guiarme. Supongo que también yo estoy un poco inquieto..., y no me gusta ver esas nubes que se están reuniendo alrededor de los picos de las montañas. Fue una borrasca como ésa la que desató las tormentas que han causado tantas desdichas por esta zona.

—No pasará nada hasta la caída de la noche —le aseguró Godrich, que se mostró rápido en aprovechar la oportunidad para cambiar de tema—. Más adelante hay un pueblo que tiene una posada y un herrero que podrá cuidar de los caballos, así que estaremos abrigados en cualquier caso. Con un poco de suerte, el cielo estará despejado por la mañana.

«Y sin suerte —pensó Reinmar—, algunos podrían estar buscando a alguien a quien culpar por el granizo que caiga sobre nuestras desdichadas cabezas».

Ocho

Según quiso la mala fortuna, las cosas comenzaron a ir mal mucho antes del anochecer. El pueblo que Godrich había considerado como refugio potencial tenía una posada y una fragua, en efecto, e incluso una especie de plaza de mercado entre el patio de la posada y la fuente del pueblo. No obstante, cuando la carreta se detuvo en la plaza, el lugar parecía cualquier cosa menos un puesto avanzado de la civilización de Reikland.

Era probable que el conflicto que estaba en pleno apogeo sobre el empedrado fuera una mera reyerta para el sargento curtido en la batalla, pero a Reinmar le pareció bastante sangriento y amargo. No se blandía ninguna arma más letal que una horca, pero sabía que los garrotes podían hacer un tremendo daño si se los descargaba con el vigor suficiente, y no podía dudarse del entusiasmo de los guardabosques y los jornaleros, que asestaban golpes a diestra y siniestra con maravillosa furia.

El objeto de la ira de los hombres del pueblo era un grupo de gitanos, no más de una docena, incluidos tres mujeres y dos niños pequeños. El ardor que mostraban no lograba compensar, sin embargo, su desventaja numérica. La lucha había comenzado presumiblemente en medio de la plaza, pero los gitanos ya se habían visto obligados a retroceder contra la pared de la posada. Tenían tan poco espacio para continuar maniobrando que sus intentos por permanecer juntos en una formación cuadrada que les permitiera hacer lo posible por cubrirse mutuamente las espaldas resultaban fútiles.

Los estaban reduciendo a una hilera, sin espacio alguno para retroceder. Ya habían caído dos, y uno era un chico de no más de doce años. Los adversarios los tenían acorralados, y daba la impresión de que caerían uno tras otro y que todos serían golpeados por cayados, botas y mangos de rastrillo, hasta quedar negros y azules.

Reinmar no supuso que los atacantes de los gitanos tuviesen realmente la intención de asesinarlos, pero no se necesitaba más que una mirada para ver que era muy improbable que fuesen escrupulosos a la hora de juzgar la extensión del castigo que estaban infligiendo, ni siquiera en el caso de las mujeres y los niños.

Tras ponerse impulsivamente de pie, Reinmar se llenó los pulmones, preparado para gritar con todas sus fuerzas la orden de que se detuvieran; pero Godrich fue

demasiado rápido para él. Muy consciente de su deber, el hombre aferró con fuerza al hijo de su señor y le plantó una mano cubierta por el guantelete en la parte inferior del rostro, con los dedos extendidos para ahogar el grito. Furioso, el muchacho alzó una mano con el fin de apartar el guantelete, pero el mayordomo tenía tanta fuerza como determinación. Sin embargo, Godrich era lo bastante sensible respecto a las necesidades diplomáticas de la situación, y se volvió hacia el sargento Vaedecker.

—¡Soldado! —dijo—. Hablas mucho del deber y de la necesidad de mantener el orden. ¡Ejercita tus poderes de disciplina!

Resultaba obvio que Vaedecker era reacio a actuar, pero su expresión demostró claramente que la apelación a su sentido del deber no había sido inútil. Sin embargo, mientras él vacilaba, Sigurd actuó.

El gigante no saltó de inmediato del carro, tal vez por pensar que al encontrarse sobre él su estatura inmensa parecería claramente sobrenatural a primera vista. Para aumentar aún más el efecto, levantó los enormes brazos por encima de la cabeza y sujetó su cayado de un metro ochenta en posición horizontal.

—¡Basta! —bramó—. ¡En nombre de la ley!

Por supuesto, no tenía ninguna autoridad real para hablar en nombre de la ley, pero la aldea no era lo bastante grande como para tener un policía, así que resultaba difícil que en el grupo hubiese alguien que gozara de una posición que lo autorizara a discutirle ese derecho.

El volumen del grito de Sigurd fue notable, pero ni con mucho tan notable como el eco que rebotó de un lado a otro contra las paredes de la posada y los establos, la forja y el granero de enfrente y, aunque parezca imposible, los picos de las Montañas Grises.

El efecto inmediato de la orden fue tan impresionante como Reinmar podría haber deseado. La pelea cesó al instante, pues todos los combatientes se detuvieron y volvieron la cabeza para ver quién había hablado.

Si sólo hubiesen visto a cuatro hombres en una carreta cargada a medias y tirada por dos caballos exhaustos, tal vez los guardabosques y los jornaleros habrían vuelto a golpear sin más demora, pero Sigurd no tenía la apariencia de un simple hombre. En la luz crepuscular y con aquella postura de brazos alzados hacia el cielo bajo cargado de nubes, a cualquiera con imaginación debió parecerle que era la reencarnación de Sigmar, el Portador del Martillo.

—¡Tirad las armas! —gritó Sigurd, aprovechando la ventaja.

Media docena de cayados y mangos de hacha del grupo atacante repiquetearon en el suelo. Los gitanos, en general, no estaban ni tan sorprendidos ni tan impresionados, y eso les proporcionó una fracción de segundo para reconsiderar sus opciones.

—¡Corred! —gritó uno de ellos, un hombre cuya tronante voz resonó de una manera casi tan impresionante como la de Sigurd.

Fue una decisión sabia. Cualquier ventaja que los gitanos hubiesen aprovechado para emprender una acción violenta ante el desconcierto de sus atacantes, habría sido muy breve y habría provocado una reacción aún más fuerte. La huida, por otro lado, no originó ninguna respuesta refleja.

Si los gitanos hubiesen tenido más espacio para maniobrar, tal vez habrían logrado ejecutar una retirada sin problemas, e incluso podrían haberse detenido para recoger a sus caídos. A pesar de todo, el hombre que había gritado la orden consiguió recoger al niño que yacía en el suelo y abrirse paso a empujones, mientras cinco o seis de sus compañeros también lograban deslizarse de lado y salir de la línea de batalla antes de que nadie pensara en preguntarse si valía la pena el intento de detenerlos. Por desgracia, cuatro gitanos que se encontraban más alejados del borde de la pared de la posada no tenían ninguna vía de escape obvia. Debido a que ocupaban el centro del grupo, los adversarios estaban apiñados en mayor número ante ellos y tenían el paso cerrado por cuerpos en todas direcciones.

Durante los cinco o seis segundos posteriores al primer grito de Sigurd, nadie intentó derribar a los gitanos restantes; sin embargo, ese instante no fue lo bastante largo como para que pudieran encontrar un modo de escapar, y cuando los atacantes se dieron cuenta de que los objetos de su odio estaban huyendo, aún les quedaba dentro el enojo suficiente para volverlos testarudos.

Nadie gritó que los detuvieran porque no necesitaban hacerlo; la curiosa conciencia colectiva que a veces parecen adquirir las turbas les devolvió a todos y cada uno de ellos un sentido del propósito similar. Palos, puños y botas volvieron a alzarse, y esa vez la pelea se dividió en tres. Un grupo de gitanos corrió hacia la derecha y fue perseguido; otro se dirigió hacia la izquierda y también fue perseguido. El tercero, ante la imposibilidad de escapar, se defendió con las pocas fuerzas que lograron reunir sus miembros.

Dada la desigual distribución de la fuerza atacante, era inevitable que los tres grupos en los que se dividió distasen mucho de ser iguales. Los cuatro gitanos que corrieron hacia la derecha fueron perseguidos por cinco guardabosques; a los tres que corrieron hacia la izquierda —uno de ellos con el niño en brazos— los persiguieron cuatro jornaleros. Los cuatro que se quedaron a resistir se encontraron superados en número casi por cuatro a uno por varios oponentes de abundante musculatura. Aquélla habría sido una pelea muy breve en verdad si Sigurd y Matthias Vaedecker no hubiesen decidido que había llegado el momento de imponer personalmente su autoridad.

Sigurd volvió a gritar para repetir la orden de que tiraran las armas, pero entonces había saltado al suelo, y el segundo grito, proferido por el gitano, había demostrado sobradamente que la multiplicación de su voz no era, sobrenatural. También Vaedecker gritó invocando los nombres de Sigmar, Magnus, el Emperador y la

Guardia del Reik, pero cualquier efecto que pudiesen haber causado esos augustos nombres se vio estropeado por los cacofónicos ecos, que despojaron de sentido lo que acababa de decir.

Ni Sigurd ni Vaedecker hicieron el más ligero intento de partir cabezas o derribar hombres. Se contentaron con apartar a sus oponentes a tirones y empujones, pero cualquiera que fuese empujado a un lado por el gigante se quedaba donde se había detenido, y Vaedecker sabía cómo manejar a los hombres con firmeza sin causarles ningún daño permanente. Necesitaron menos de tres minutos para dispersar al resto de la turba como espigas bajo la trilladora, pero para cuando lograron llegar hasta la gente que estaba de espaldas contra la pared, no quedaba ni uno de pie. Sólo dos pudieron incorporarse dolorosamente en el momento en que la plaza volvió a quedar en silencio.

Sigurd llamó con un gesto a Godrich, que, por fin, destapó la boca de Reinmar.

—Lo siento, señor —murmuró el mayordomo—. Te ruego que recuerdes que estamos aquí para hacer negocios y debemos tener cuidado.

Dicho eso, se encaminó directamente hacia uno de los cuerpos caídos, el de una mujer, que causaba la obvia preocupación de Sigurd. Vaedecker estaba examinando las heridas del otro caído, un hombre, así que Reinmar se encaminó hacia uno de los que se habían puesto de pie.

—Gracias, señor —dijo el gitano, mientras se palpaba el brazo izquierdo con los dedos de la mano derecha para comprobar si lo tenía fracturado—. Nos habrían matado con toda seguridad de 110 ser por vuestra llegada. Eres el hijo de Gottfried el Comerciante, ¿verdad? Me llamo Rollo... Tu padre me habría reconocido.

—¿Qué motivó la pelea? —le preguntó Reinmar.

—Lo de siempre: trabajo y brujería. Nosotros hemos producido el vino de la hacienda que está situada al sur del pueblo, y la producción ha sido mejor de lo que merecía, mientras que la mayoría de las granjas han tenido un mal año. Las gallinas no ponen huevos y hace semanas que los lazos de los cazadores están vacíos. Durante todo el verano, han estado susurrando que hemos comprado nuestra suerte a costa de la suya, que estamos confabulados con los monstruos de los bosques que han acabado con la caza. Nos pagaron ayer y pensábamos gastar dinero en la posada, como muestra de nuestras buenas intenciones; ha sido estúpido pensar que una gente así podría entender un gesto generoso.

Mientras hablaba, el hombre avanzó para reunirse con su otro compañero y Godrich, que se encontraban ansiosamente arrodillados junto a la mujer sin conocimiento. Sigurd se apartó para dejarles espacio, y Reinmar pensó que sería mejor retroceder un paso..., un paso que lo hizo colisionar con Matthias Vaedecker.

Reinmar se disculpó, pero el soldado ya le había perdonado la torpeza.

—El muchacho se pondrá bien —opinó el sargento, haciendo referencia a la otra

baja aparentemente grave—. Las porras lo dejaron sin aliento y le quedarán feos cardenales, pero, por lo visto no tiene nada roto. Tal vez sea mejor así... No creo que haya ningún reductor de fracturas en ningún sitio más cercano que Eilhart, ni siquiera un barbero, y permitir que el herrero lo trate probablemente le haría más mal que bien; por accidente, no de manera intencionada.

—Me atrevería a decir que tú puedes arreglar un hueso roto si tienes que hacerlo —dijo Reinmar con la mente puesta aún en la mujer—. En caso contrario, Godrich puede arreglarlo casi todo.

—Nunca he conocido a un mayordomo que no se creyera espadachín y cirujano —murmuró Vaedecker—, pero cuando más útiles son es cuando sirven y esperan.

Era obvio que el gitano que había hablado con Reinmar tenía más fe en el juicio del mayordomo, porque le imploraba ansiosamente a Godrich un veredicto acerca del estado físico de la muchacha.

—No está bien, me temo —dijo Godrich—. Le han dado un mal golpe en la cabeza. Tenemos que llevarla dentro de la posada y acomodarla sobre un colchón. Después, no podremos hacer mucho más que esperar.

—¡Esperar! —exclamó Rollo—. ¡No podemos esperar aquí!; no, después de lo ocurrido.

—Esta noche no sufriréis ningún mal —le aseguró el mayordomo—. No tenéis nada que temer mientras estemos con vosotros. Mañana..., consideraremos las alternativas.

Rollo y su otro amigo se alejaron de inmediato un par de pasos de sus rescatadores, e hicieron un aparte. Pasados unos dos minutos, volvieron a separarse.

—Tam y yo tenemos que encontrar a los otros para contarles lo que está sucediendo y averiguar qué quieren que hagamos —dijo Rollo—. Regresaré lo antes posible después del alba. Si queréis cuidar del chico y la muchacha hasta entonces, os estaremos agradecidos..., pero después tendremos que marcharnos. Esos patanes tal vez continúen pensando que tienen una cuenta que saldar.

—Los mantendremos a salvo por esta noche —se apresuró a prometer Reinmar por temor a que el sargento Vaedecker tuviese otras ideas—. Os esperaremos por la mañana, antes de ir a catar el vino que habéis producido.

—Gracias, señor —respondió el gitano—. Sin duda, es una buena cosecha, y me alegro de que vayáis a beneficiaros de ella. Os veré por la mañana..., pero no es necesario que esperéis. Os encontraremos con facilidad allá donde estéis, y preferiría no tener que volver aquí.

Mientras tanto, Sigurd se había acercado a la puerta de la posada, que había permanecido cerrada con llave y barrada durante la pelea. En aquel momento, la estaban aporreando.

El posadero tenía que haber estado mirando por la ventana, al igual que

cualquiera del pueblo que tuviese esa oportunidad, pero cuando abrió la puerta fingió quedarse atónito ante lo que veía.

—¡Godrich! —exclamó como un hombre que saludase a un primo perdido hacía mucho tiempo, «y tal vez con tono más generoso aún», pensó Reinmar, que hacía poco había visto la recepción que su padre le daba a un verdadero primo perdido mucho tiempo antes—. Este año os habéis adelantado. ¡Pasad, pasad!

—Ayúdame con la muchacha, Sigurd —pidió Godrich—. Tenemos que levantarla con mucho cuidado, sujetándole la cabeza, y hay que tenderla con toda la suavidad posible.

Reinmar, si tú y el sargento Vaedecker traéis al chico, ahorraremos tiempo.

El posadero no exageró la actuación hasta el punto de preguntar qué había sucedido o quiénes eran los heridos; se apartó para permitir que los inesperados huéspedes transportaran a sus propios inesperados huéspedes a la sala de estar.

—Enviaré al muchacho para que se haga cargo de los caballos y la carreta —ofreció el posadero cuando ambos heridos estuvieron acostados.

—Eres muy amable —dijo Godrich—, pero Sigurd y yo nos encargaremos de eso. Ya sabes lo mucho que nos preocupamos de que nuestro cargamento no sufra ningún daño.

—Por supuesto —asintió el posadero—. Veré qué puedo encontrar en mis bodegas..., pero me temo que la comida es escasa. La caza ha ido fatal durante todo el verano, y apenas ha merecido la pena mantener el mercado. Es probable que tenga que traer suministros de las tierras bajas para pasar el invierno..., y eso no le sentará bien a la gente de la región.

—Nosotros tenemos provisiones —le aseguró Godrich con un suspiro algo fingido—, y te invitamos a compartirlas esta noche, por supuesto.

—Muy amable —respondió el posadero—, muy amable.

—Ni la mitad de demasiado amable —le murmuró Matthias Vaedecker a Reinmar—. Considerando el número de amigos que habéis perdido al interrumpir esa pelea, darle una tajada de jamón a nuestro anfitrión no servirá ni para empezar a arreglar las cosas.

—Ahora es demasiado tarde para arrepentirse —observó Reinmar con tono seco—. En el momento de la pelea, hiciste lo correcto.

—Así es —asintió el sargento—. Pero ¿y tú? Yo no soy más que un soldado de paso, pero tú eres un comerciante de vino. Aunque debe de ser difícil sentirse obligado a apoyar a ambos bandos en una pelea como ésa.

—Resulta bastante fácil —le aseguró Reinmar— si te atienes a los principios del sentido común y la decencia.

Esperaba que Vaedecker frunciera el entrecejo, pero el sargento sonrió y le dio una palmada en un hombro.

—Ya basta por un día, amigo mío —dijo—. Vayamos a descansar un poco y a comer algo. No hay nada como una buena pelea para despertar el apetito, aunque esa farsa de ahí afuera no se parecía en nada a una buena pelea.

Reinmar lo miró con suspicacia, pero no vio ningún significado oculto en aquel intento de chiste, así que, condescendió en sonreír y asentir con la cabeza. Luego, se encaminó hacia el jergón que se hallaba junto al fuego, y sobre el cual Sigurd y Godrich habían tendido a la muchacha.

Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo hermosa que era; pero entonces, mientras que la luz de la lámpara se reflejaba de pleno en el rostro, vio que resultaba excepcional. En general, era del mismo estilo que las muchachas que había visto a menudo bailando en la plaza del mercado de Eilhart para que les arrojaran monedas, con lustroso cabello negro como la brea, compleción morena y labios llenos, pero parecía más delicada y exquisita que las robustas y ligeramente toscas mozas que bailaban. Aunque estaba sin sentido, sus músculos faciales no se habían relajado. De hecho, su expresión era de angustia, como si al dormirse hubiese entrado en un sueño perturbador.

Lejos de hacer que la joven resultase menos atractiva, aquella expresión despertó en Reinmar una ferviente compasión, y deseó zambullirse en el sueño para rescatarla de las atroces amenazas. Mientras la observaba vio que movía los labios, y por un momento pensó que estaba a punto de despertar; pero cualesquiera que fuesen las palabras que intentaba pronunciar permanecieron latentes.

Reinmar se arrodilló junto a la muchacha nómada e inclinó la cabeza sobre ella, pero no había nada que oír. Desde ese ángulo, no obstante, pudo ver la sangre que le apelmazaba el cabello en el lugar donde había recibido el garrotazo, y distinguió el contorno del feo chichón que abultaba bajo la mancha de sangre. Supuso que si tenía el cráneo partido moriría sin remedio..., pero las cabezas humanas eran famosas por su dureza y resistencia, y quizás la joven fuese menos frágil de lo que parecía. Al menos, así lo esperaba.

—No tengas miedo —susurró—. No te sucederá nada malo. Te lo juro.

—No jures —murmuró Godrich—. Está muy mal.

Reinmar temió que tuviese razón. A pesar de todo, estaba dispuesto a prometer cualquier cosa que estuviese en su poder.

Nueve

Como siempre, Godrich le dijo a Sigurd que durmiera en la carreta. Como la caballeriza del posadero estaba a una distancia considerable de la posada y el riesgo para las mercancías era mucho mayor que en la mayoría de las noches, el mayordomo decidió quedarse con el estibador. Se disculpó con Reinmar por dejarlo solo con el soldado para cuidar a los gitanos, pero le aseguró que estaría preparado para acudir en ayuda de ambos al momento, del mismo modo que Vaedecker, sin duda, estaría dispuesto a socorrerlos a ellos.

Cuando Reinmar pidió otros dos colchones para que él y Vaedecker pudiesen dormir junto a los dos heridos, el posadero se encogió de hombros y envió al mozo a rellenar con paja un par de sacos de tela. No se disculpó por la calidad de la paja, ni le dijo que estaría dispuesto a responder al momento a cualquier otro deseo. Este fallo del servicio al cliente, presumiblemente, reflejaba la sospecha de que los acontecimientos de la noche podrían dejar un poso de resentimiento en algunos de sus clientes habituales.

—Teníamos que interrumpir la pelea —dijo Reinmar con tono defensivo cuando él y Vaedecker quedaron a solas.

—Estoy de acuerdo —respondió el sargento, incondicional—. No soy un hombre tan apegado a las reglas para pensar que las peleas deban quedar totalmente reservadas a los soldados, pero no puedo soportar ver a la gente empeñada en ello sin pizca de disciplina. Me recuerdan a las criaturas ingobernables con las que, a veces, tenemos que enfrentarnos en las campañas del norte. Si la gente como nosotros no puede hacer lo que le corresponde por mantener el orden, ¿quién puede hacerlo?

Aunque el tono de su voz hizo que las palabras pareciesen algo menos que serias, Reinmar sospechaba que hablaba completamente en serio.

—Hablas de criaturas, monstruos y ogros —dijo—. ¿Nunca tienes oportunidad de luchar con hombres cuando andas de aventura?

—Ya lo creo que sí —respondió Vaedecker—. Básicamente hombres..., pero la distinción no siempre es tan clara como te imaginas. Los hombres pueden estar marcados, ¿sabes?, cuando se vuelven contra los ideales de la civilización, el orden y el Imperio. Es como si comenzaran a convertirse en criaturas tan pronto como reniegan de la disciplina del ser humano. Cuanto más avanzan por el camino de la oposición a

los ideales del orden y la armonía, más bestiales se vuelven..., y al final no queda nada de ellos que no sea un monstruo. Algunos lo comparan con deslizarse por una ladera resbaladiza, pero a un comerciante como tú puede resultarle más fácil si imagina que alguien encuentra los impuestos de la sociedad humana demasiado agobiantes, y la evasión de esos impuestos, poco a poco, acaba por convertirse en un claro fraude.

:—Los comerciantes no te gustan mucho, ¿verdad?

—Eso, ni lo pienses, muchacho —respondió Vaedecker—. Conozco tan bien como cualquiera los beneficios que el Imperio obtiene del sano comercio del Reik. Lo que me preocupa es que esa gente, a menudo, llega a considerarse inmune a las amenazas y las tentaciones que nos afligen a todos los demás, y no lo es. La gente como tu abuelo y su hermano piensan que pueden jugar con la magia negra del mismo modo como juegan con la evasión de impuestos, pero no tienen ni idea de con qué están jugando. No se dan cuenta de que los riesgos que corren no sólo los afectan a ellos, sino también al resto de nosotros. Ya es bastante malo que los nómadas y gitanos jueguen con la magia, pero al menos ellos se encuentran en la periferia de la sociedad, no forman realmente parte de su estructura. Cuando estaba en la flor de la edad, Luther Wieland se hallaba en el corazón mismo de la sociedad de Eilhart, y su corrupción podría haber sido un asunto muy, pero que muy serio. No puedes imaginar la enorme deuda que tiene con tu padre por su fuerza de determinación. Si él no hubiese purgado vuestro negocio del vino oscuro, la totalidad de Eilhart podría estar ahora tan enferma, frágil y demente como el anciano.

—No es un demente —[^]protestó Reinmar—; sólo es viejo.

—Más viejo de lo que sería si nunca hubiese bebido un sorbo del vino de los sueños —opinó Vaedecker—. Pero la falsa juventud que hubiera obtenido en caso de continuar bebiéndolo, habría sido comprada a un precio terrible, pagada por todos aquellos con los que él hubiese entrado en contacto..., incluido tú.

—Eso dices tú —contraatacó Reinmar, pues las críticas habían provocado su natural testarudez—, pero oigo constantemente cosas como ésa, y ninguna concuerda con mi realidad. Oigo decir que hay monstruos en las colinas; pero los únicos monstruos que he visto aquí son brutos que atacan a mujeres y niños con garrotes, rastrillos y horcas. Tú me has contado que el norte tiene tantos monstruos que se reúnen en ejércitos para acosar a la Guardia del Reik y los caballeros de todas las órdenes habidas y por haber; pero la única acción militar en que te he visto fue el registro de las bodegas de mi padre. Los cuentos que se narran acerca de la gloriosa historia del Imperio divagan sobre la gran guerra librada contra los skavens, la gran guerra contra los condes vampiros de Sylvania y la legendaria victoria de Magnus el Piadoso sobre una horda de monstruos ante las puertas de Kislev; pero ¿hay ahora skavens o condes vampiros en el mundo? ¿Y qué es Kislev sino un estado vecino con el que comerciamos? ¿Ves cuál es mi dificultad, sargento?

—Demasiado bien —le aseguró Vaedecker—. Pero tú no ves cuál es la mía. No sé con seguridad si ahora hay vampiros en el mundo, pero lo creo. Por lo que respecta a los skavens, si es el nombre que define a los hombres convertidos en bestias que adquieren su estigma de la rata común, entonces sí, ahora hay skavens en el mundo, y yo mismo he derramado su sangre. En cuanto a Kislev, es una especie de estado, donde los hombres luchan duramente a fin de hacer lo que sea necesario para conservar la vida, incluido el comercio; pero se trata de un estado que está bajo el asedio permanente de toda clase de malignidades que tú no parece comprender. Supongo que debería abrigar la esperanza de que el velo de la inocencia nunca caiga de tus ojos, pero no puedo hacerlo. Si fueras mi hijo, Reinmar Wieland, yo querría que entendieras qué tipo de mundo es éste en el que vives, por dura que fuese la lección.

—Bravo —dijo una voz débil—. ¿Podrías darme un poco de agua?

Era el chico gitano que, obviamente, había recobrado el conocimiento hacía un rato y había aguardado la oportunidad para hacerse oír.

Reinmar llenó un vaso de cuero con el agua que había en una jarra que el posadero había dejado para ellos sobre la mesa.

Cuando lo hubo vaciado, al mismo tiempo que hacía muecas de dolor a cada movimiento de cabeza, el chico reparó en la muchacha herida.

—¡Marcilla! —dijo con enojo—. ¿Qué te han...?

No pudo acabar la frase.

—Aún está viva —se apresuró a decir Vaedecker—. Ha recibido menos golpes en el cuerpo que tú. Cuando despierte del que recibió en la cabeza y la dejó sin conocimiento, probablemente estará bien. —Estaba prometiendo en exceso, pero resultaba evidente que no quería que el muchacho se agitara en exceso. A modo de distracción, le formuló una pregunta—. ¿Es tu hermana?

El muchacho iba a asentir con la cabeza, pero se contuvo.

—Sí —susurró—. Somos mellizos, pero no idénticos..., aunque nos parecemos bastante, tanto que yo podría haberme desmayado por el golpe recibido por ella, sin que me hicieran ni siquiera un rasguño en la cabeza.

Mientras hablaba, el chico se valió de los brazos para arrastrarse por el suelo sin que intentara gatear siquiera, y menos aún caminar. Cuando llegó hasta donde yacía su hermana, le tocó la frente con el reverso de la mano, con suavidad.

—Lo sabía —dijo—. Tiene fiebre. La mitad de mi dolor de cabeza es de ella. Puedo sentir la furia de sus sueños y... —se interrumpió de modo repentino.

—¿Y qué? —preguntó Vaedecker con dulzura.

El muchacho no contestó. Sin embargo, en respuesta a su contacto la muchacha se removió ligeramente. Si, como decía el chico, el estado de la joven se sumaba al suyo, la ligera mejoría de la condición del hermano tenía que reflejarse en la de ella. Los

globos oculares de la gitana se movían con rapidez de un lado a otro por debajo de los párpados cerrados; de sus labios temblorosos escapó el murmullo de unas pocas palabras, demasiado mal pronunciadas para resultar comprensibles, excepto, quizás, una de ellas.

Al principio, Reinmar se sintió del todo seguro (aunque las profundas dudas no tardaron más de dos segundos en regresar) de que una de las palabras que había dicho era llamada.

«Incluso aunque lo sea —se dijo a sí mismo con seriedad—, podría no significar nada». Era una palabra completamente cotidiana, de significado corriente. «Y puede ser que no haya dicho llamada, la palabra podría haberla conjurado mi propia imaginación a causa de lo que nos dijo mi abuelo en la víspera de la partida».

Podría haberse dicho más cosas, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. Matthias Vaedecker lo había aferrado por un brazo y se lo apretaba con fuerza.

—¿Qué ha dicho, maese Reinmar? —exigió—. ¿Qué ha dicho?

«Lo sabe —fue la respuesta refleja interna de Reinmar—. Sabe lo que significa para los gitanos oír una llamada».

—No lo sé, sargento —fue lo que dijo, en cambio, en voz alta—. Mi oído estaba apenas un poco más cerca de ella que el tuyo.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Vaedecker al chico.

—Está soñando —fue cuanto dijo el gitano—. Está herida... Pero tienes razón: no puede morir; no se permitirá que muera.

Reinmar advirtió que el primer impulso de Vaedecker era exigir más explicaciones de esa última frase, pero vio que cerraba la boca como si reaccionara ante el recordatorio de que entonces era un espía obligado por el deber a desarrollar un juego lento y cuidadoso.

Cuando el sargento le soltó el brazo, Reinmar tendió la mano para tocar al muchacho del modo más tranquilizador posible.

—Si tu melliza es tan sensible a tu estado como tú lo eres al suyo —dijo—, ¿no sería una buena idea dejar que descansa tu cuerpo magullado y dormir un poco?

El chico se volvió a mirarlo, evidentemente sorprendido por su perspicacia, o tal vez por su preocupación.

—Sí —susurró—. ¿Mi padre está herido? ¿Por qué estamos aquí?

—Tus compañeros fueron lo bastante sabios como para retroceder ante la superioridad numérica —le explicó Vaedecker—. Los persiguieron, pero sospecho que son rápidos e inteligentes, y habrán logrado escapar. Un hombre recogió y se llevó a un niño más pequeño. ¿Podría ser tu padre?

El chico asintió con cautela, aunque el gesto le resultó doloroso de modo obvio.

—La pelea se habría puesto mucho peor para vosotros si no hubiésemos llegado a tiempo —añadió el soldado—. Nosotros la interrumpimos y evitamos unos cuantos

centenares de magulladuras y, tal vez, salvamos una o dos vidas. Otros dos que quedaban en pie y que se llamaban entre sí Rollo y Tam juzgaron que éramos gente apropiada para cuidar de vosotros y defenderos de futuros males. Prometieron regresar por la mañana. Hasta entonces, estaréis a salvo; tienes mi palabra de que será así. No soy un caballero, pero sí un soldado, y estoy seguro de que tu padre reconocería a este hombre, aunque tú no lo conozcas. Es Reinmar Wieland, hijo del comerciante de vino Gottfried Wieland, cuyos vinos vosotros contribuís a producir y mejorar.

El muchacho asentía en ese momento con más tranquilidad, y el gesto no parecía causarle demasiado dolor.

—He oído hablar de ti, maese Wieland —confirmó—. Puede ser que también te haya visto en alguna ocasión cuando ambos éramos pequeños, pero no lo recuerdo. Me llamo Ulick.

—Me ocuparé de tu seguridad, Ulick —prometió Reinmar—. Y también de la de tu hermana. Y ahora, ¿seguirás mi consejo?

El chico estuvo a punto de asentir de nuevo con la cabeza, pero esa vez pensó que incluso un dolor suave era innecesario.

—Sí —dijo.

Con cierto esfuerzo, logró ponerse de rodillas y gatear de vuelta a su colchón. Se tendió con un profundo suspiro, al parecer convencido de que podía confiar en que sus compañeros cumplieran con la palabra dada.

—Será mejor que nosotros hagamos lo mismo —murmuró Vaedecker, y Reinmar asintió.

Todas las confusas ambiciones de Reinmar habían vuelto a despertar por la sospecha de que los delirantes murmullos de la muchacha estaban relacionados con el extraño relato que su abuelo le había contado antes del comienzo del viaje; pero no había posibilidad de mantener el sueño a distancia tras el agotamiento y las privaciones de los días pasados. Se sumió en la inconsciencia tan pronto como descansó la cabeza, aunque tuvo extravagantes sueños mientras dormía y despertó antes que cualquiera de sus compañeros, inundado ya por una sensación de urgencia y expectación.

Ulick y Marcilla parecían profunda y plácidamente dormidos, aunque el muchacho daba la impresión de estar muy frío. La mirada de Reinmar se detuvo mucho más en la chica, en cuyas facciones había entonces una serenidad que él jamás había visto antes en un rostro femenino. Su piel era muy suave, casi inmaculada en todos los sentidos.

La piel de Margarita tenía la habitual lozanía de la juventud, pero la inspección detallada revelaba una hueste de diminutas imperfecciones: pecas, pequeñas zonas de piel muerta, poros tapados y vello ingobernable y un poco más oscuro que el de la

cabeza. La belleza de Marcilla no se hallaba sujeta a ninguno de esos minúsculos defectos. Estaba tan perfectamente formada, tan aparentemente pulida, que a Reinmar le resultaba difícil creer que fuese un producto de la naturaleza. Se parecía más a una estatua que hubiese cobrado vida; no a uno de los memoriales militares tallados en piedra gris o hecho de bronce fundido, que, al parecer, podían verse en el exterior de los ayuntamientos de todos los puertos del Schilder, sino a algo bellamente cincelado en mármol tileano, como los antiguos bustos que en ocasiones se exponían dentro de los ayuntamientos, como tesoros saqueados en el curso de expediciones llevadas a cabo hacía siglos.

La indefensión de la joven aumentaba su encanto, y manto más la miraba Reinmar, más protector se sentía hacia ella. Tendió una mano para acariciarle el rostro, y sus párpados se alzaron con lentitud para dejar a la vista un par de ojos tan maravillosamente oscuros que casi eran negros en lugar de pardos. Los ojos lo miraban con fijeza, pero Reinmar no estaba convencido de que la chica hubiese despertado de verdad. En su mirada carente de curiosidad había poca conciencia o ninguna, y tuvo la extraña sensación de que alguna otra cosa que no era la mente de la muchacha podría estar usando sus ojos para estudiarlo.

Al parecer, pasó la prueba, porque una ligera sonrisa comenzó a alzar las comisuras de la boca de ella.

—Tranquila —le dijo él—. Estás a salvo.

Los labios de la joven se estremecieron tan levemente —habría supuesto él en una situación normal— que de ellos apenas salió alguna palabra audible. No obstante, oyó palabras, ya fuesen dichas o imaginadas.

—He oído la llamada —le pareció que decía la chica—. Debo obedecerla.

—Debes hacerlo —murmuró él.

Los ojos de la gitana volvieron a cerrarse, y ella se relajó para entrar de nuevo en el mundo de los sueños; pero mientras continuaba acariciándole la mejilla, se dio cuenta de que la invadía un repentino helor. Recogió la capa que la tapaba y, con ella, arrojó a la muchacha.

Matthias Vaedecker alzó la cabeza en ese momento, y sus ojos se vieron, de inmediato, atraídos por el movimiento de la capa.

—¿Está despierta? —preguntó.

—Aún no —replicó Reinmar—. Parece que está bien, dada la gravedad de la herida. Creo que sobrevivirá si se le deja el tiempo suficiente para recuperarse.

—Me alegro —respondió el sargento. Frunció apenas el entrecejo y añadió—: Supongo que si su gente no puede recogerla, se nos complicarán las cosas.

Reinmar se encaminó hacia el retrete situado detrás de la posada para orinar, y luego continuó hasta la cuadra para ver si Godrich y Sigurd estaban despiertos. Lo estaban, y Sigurd ya se encontraba charlando con uno de los gitanos de la noche

anterior. Discutían, aunque no con enojo.

—Reinmar —dijo Godrich en cuanto posó los ojos sobre su joven señor—. Rollo ha regresado. Al parecer, los dos de dentro son hermanos, y tienen un primo aún más pequeño que también resultó herido anoche. El padre de los chicos ha enviado a Rollo para preguntar si nosotros podemos quedarnos con los dos chavales hasta que nos encontremos lejos del pueblo, para que pueda recogerlos en un lugar mucho más seguro. Eso le permitiría evitar cualquier futuro problema con la gente de aquí que aún tenga la intención de apalear al resto de la familia. Sin embargo, no estoy muy seguro de que la muchacha esté lo bastante bien como para viajar por caminos tan malos como los de esta región en una carreta que ya va sobrecargada. La verdad es que sería mejor no tener que moverla.

Era obvio que Godrich buscaba que él apoyara esa opinión, pero Reinmar sabía que, en ocasiones, aparentar candidez podía constituir una ventaja, así que fingió no entender lo que se esperaba de él.

—Pienso que el chico estará mucho mejor hoy —dijo—. En cuanto a la muchacha, no llevamos más que la mitad de la carga que podemos transportar, por lo que creo que podemos hacer sitio para ella. En cualquier caso, como los caminos son tan malos, tal vez sería mejor que Sigurd, el sargento y yo vayamos caminando detrás. Podemos proteger a la muchacha de modo que no se golpee con cada traqueteo.

—Tenemos negocios que hacer —protestó Godrich—. No somos niñeras... y la chica está realmente malherida.

—Salvamos a esta gente de ser asesinada —declaró Reinmar—. Tenemos la obligación de asegurarnos de que permanecerán a salvo de sus atacantes. Los tendremos con nosotros hasta que podamos dejar que se marchen sin peligro, aunque eso requiera que les demos cobijo durante varios días.

Si el mayordomo esperaba obtener apoyo de Matthias Vaedecker, se llevó una gran decepción. El sargento había entrado en la cuadra mientras hablaban para decirles que el posadero había llevado agua fresca del pozo y una barra de pan pretendidamente fresca. Al oír lo que decía Reinmar, asumió un aire pensativo, pero cuando el mayordomo recurrió a él, se apresuró a manifestar su acuerdo.

—Maese Wieland tiene razón —dijo—. Es probable que los canallas que anoche atacaron a esta gente estén acechando entre los pinos, meditando sobre su derrota y esperando su oportunidad. Tenemos que quedarnos con los chicos hasta que nos hayamos alejado bien de aquí. —Sin aguardar a que Godrich hiciese algún comentario, se dirigió directamente a Rollo—. Diles a tus ancianos que cuidaremos de ellos hasta que podáis recogerlos sin peligro alguno.

Parecía una actitud generosa, pero Reinmar sabía que no era así. El sargento se había enterado, a través del cazador de brujas, de lo que Luther le había dicho a Reinmar: que el lugar de producción del vino oscuro podía estar protegido por magia,

pero que el camino hasta él podría estar abierto para aquellos que «oyeran una llamada» y cualquiera que los acompañara «para que llegaran sanos y salvos a destino».

Reinmar no se sintió autorizado a criticar al soldado por aquel disimulo, dado que él mismo ocultaba sus propias motivaciones, aunque pensaba que estas últimas eran mucho más puras que las del sargento. Quería averiguar a qué obedecían tantos aspavientos, y estaba decidido a mantener la mente abierta ante todas las cosas de las que Vaedecker parecía tan terriblemente seguro.

—Muy bien —concluyó Godrich tras aceptar la derrota—. Supongo que podremos hacer igualmente bien los negocios que nos han traído hasta aquí..., y si debemos hacer caso de lo que aseguras, nuestros huéspedes ya han desempeñado un importante papel para garantizarnos una buena mercancía en esta zona. Nos complacerá hacer lo que nos pides, Rollo.

—Un millón de gracias —dijo el gitano—. Sois buenos hombres, y no lo olvidaremos.

—¿Cómo está realmente la muchacha? —le preguntó Godrich al sargento cuando Rollo se hubo marchado.

—Muy mal —admitió Vaedecker—, pero quizá Reinmar tenga razón. Si podemos envolverla bien, tal vez estará más segura con nosotros durante uno o dos días que en cualquier otra parte de esta tierra traicionera..., y es una belleza excepcional.

Tras la última frase, le lanzó una significativa mirada de soslayo a Reinmar, pero el joven miró hacia otra parte y fingió no haberlo oído.

Diez

Para cuando los caballos fueron alimentados, abrevados y uncidos a la carreta, Reinmar pudo ver que el humor de Godrich se había vuelto algo sombrío. El desayuno que habían tomado, aunque no podía considerarse bueno, debería haber hecho que se sintiera mejor; sin embargo, cualquier efecto positivo que pudiese haber tenido, había sido más que superado por la contemplación del tenebroso cielo matinal. Por el norte, del que aún no habían desaparecido del todo los últimos rastros de la noche, el tiempo estaba despejado, aunque el toldo gris que había descendido sobre los picos de las montañas durante la víspera se había espesado aún más. Hacia el oeste se veía tan oscuro que parecía negro incluso a la luz del día; en el este, con el sol directamente detrás, la plomiza oscuridad estaba apenas matizada por una tonalidad ocre amarillenta.

—Se preparan tormentas —declaró el mayordomo—. Las nubes las escupirán como grandes flemas de catarro. Si nos tropezamos con una esta tarde, después de salir de los viñedos...

—Nos cobijaremos entre los pinos y pondremos la lona de la carreta —dijo Reinmar.

En la parte de abajo del vehículo había tres bandas de hierro que podían quitarse y colocarse arqueadas sobre la caja del vehículo. Encajadas en las ranuras laterales, formaban el soporte de una lona protectora capaz de resistir un viento potente siempre que su fuerza fuese amortiguada por los árboles circundantes; además, los protegería de la lluvia y el granizo si contaba con un poco de ayuda de las copas de coníferas añosas.

—Sería mucho mejor que no tuviéramos necesidad de hacerlo —murmuró el mayordomo—. De todas fórmase las tormentas son siempre localizadas y, por lo general, breves. Es probable que ni siquiera coincidamos con una, pero si tenemos mala suerte, lo cierto es que no duran demasiado.

Aunque Reinmar se había sentido obligado a ofrecerse para caminar junto a Sigurd y el sargento Vaedecker con el fin de aligerar la carga del tiro de caballos, no le entusiasmaba hacerlo. Se sintió aliviado cuando el soldado le aseguró que entre él y Sigurd sumaban un peso lo bastante considerable como para hacer que el suyo resultase insignificante. Ulick también declaró que era capaz de caminar, pero

Vaedecker tampoco estuvo de acuerdo con eso. Así pues, Reinmar y el chico gitano acabaron sentados a ambos lados de la inconsciente Marcilla para impedir que se zarandeara de un lado a otro cuando las ruedas de la carreta se deslizaban por las roderas, o pasaban por encima de una rama caída.

Ya habían ascendido tanto por las colinas que los carros eran relativamente escasos, y los que usaban los granjeros de la localidad eran todos de fabricación casera, sin muchas consideraciones hacia las normas de anchura del Imperio. A consecuencia de ello, las profundas roderas abiertas por los carros de construcción convencional en los caminos convencionales y que el tráfico corriente seguía como si se tratase de vías, habían sido allí reemplazadas por una confusión de huellas de ruedas distintas. Pero ni siquiera eso habría sido tan malo si el camino no hubiese sido usado principalmente por jinetes y personas que viajaban a pie y cuyas huellas desdibujaban e interrumpían las roderas. Aunque las caravanas de animales de carga eran poco frecuentes en aquel lugar tan alejado del paso de montaña más cercano, su tránsito ocasional había causado aún más estragos en la superficie del camino, ya que el peso que llevaban los animales había hecho enterrar profundamente los cascos herrados de las mulas en el suelo ablandado por la lluvia, lo cual creaba una desordenada y vasta extensión de pozos someros. De ese modo, al tiro de caballos le resultaba aún más duro arrastrar la carreta de Reinmar, por lo que la tarea de Godrich como conductor fue cuatro o cinco veces más difícil de lo que ya era en el mejor de los caminos.

La constante amenaza del cielo, probablemente, habría hecho que el humor del mayordomo se ensombreciera de verdad a primeras horas de la tarde si la mañana pasada en los viñedos no hubiese sido tan buena. Como había prometido Rollo, la cosecha había sido más abundante de lo que podía esperarse del reciente verano, y el trabajo dedicado a producir el vino había sido artístico y con el tiempo muy bien cronometrado.

—Este vino madurará realmente muy bien —le aseguró el mayordomo a Reinmar—. Las bodegas se inventaron para cosechas como ésta. Será una buena inversión.

También el vitivinicultor lo sabía, pero Reinmar no había olvidado lo que le había dicho su padre sobre el valor del virtual monopolio de la familia. Pensó que ya había dado bastante rienda suelta a su generosidad por un día, así que logró lo que le pareció —y a Godrich también— un precio excepcionalmente bueno a cambio de una compra de gran volumen.

El éxito requirió una buena cantidad de reorganización de la carga a fin de que Marcilla pudiese continuar viajando con comodidad, lo que se consiguió sin tener que recurrir demasiado a los poderosos hombros de Sigurd. Unas horas después de mediodía, el grupo volvía a ponerse en marcha.

A esas alturas, la muchacha parecía estar un poco mejor, y Reinmar se reafirmó en

el convencimiento de que había hecho lo correcto. Marcilla abrió los ojos por un instante cuando Ulick le dio un poco de agua, pero aún no estaba preparada para tomar alimentos sólidos. No vieron ni rastro de sus otros parientes.

—¿Adonde iréis a pasar el invierno cuando volváis a reunirlos? —le preguntó Reinmar al chico mientras avanzaban otra vez hacia el sur para llegar al viñado más lejano al que acudirían.

—No lo sé —replicó Ulick—. A veces, montamos un campamento de invierno y nos aprovisionamos antes de las primeras nieves; pero la caza ha sido tan escasa este año que de todas formas tendremos poca carne para salar. Puede ser que nos marchemos al noroeste para reunirnos con otros miembros del clan, o tal vez vayamos hacia el norte, hasta las tierras bajas, para buscar alojamiento en los pueblos. A la gente de allí no le caemos bien, pero no es tan violenta como esos locos de anoche.

El chico no parecía seguro de ninguno de esos objetivos, y Reinmar se quedó con la sensación de que había omitido cuidadosamente otras posibilidades.

—Los inviernos suelen ser suaves en Eilhart —observó Reinmar—. Sin embargo, si hace mal tiempo en las tierras altas, nosotros sentimos sus efectos en primavera, cuando el agua de las nieves hace que aumente el caudal del Schilder. El tráfico del río puede interrumpirse durante varios días seguidos, y si el deshielo se produce con rapidez en las colinas, el río siempre se desborda en alguna parte. Mi padre y yo nunca hemos sufrido las inundaciones, pero a veces las zonas del pueblo cercanas a los muelles quedan anegadas. ¿Todavía puedes saber si tu hermana está soñando?

Ulick le lanzó una mirada penetrante, pero aceptó la pregunta como originada en la normal curiosidad.

—Está tranquila —dijo—, excepto...

—¿Excepto qué? —preguntó Reinmar tras unos instantes de silencio.

El muchacho sacudió la cabeza, pero era obvio que no ignoraba lo descortés que parecería si no daba una respuesta, así que cambió de opinión.

—Hay algo que ella y yo tendremos que hacer cuando se haya recuperado lo suficiente.

Reinmar sabía que era arriesgado, pero decidió mostrarse atrevido.

—Ella ha oído la llamada —dijo—. Tú y ella aún tenéis trabajo que hacer; tenéis que ocuparos de otra cosecha.

El muchacho le lanzó una mirada suspicaz.

—Estoy en el comercio del vino —le recordó Reinmar—. Mi abuelo es Luther Wieland, cuya tarea en otros tiempos fue la de ocuparse del inicio del largo viaje del vino de los sueños hasta Marienburgo a través del Schilder y el Reik. Mi tío abuelo se marchó a Marienburgo para convertirse en erudito, una ambición cuyo guía fue el vino oscuro.

—¿Por qué va con vosotros ese soldado? —preguntó el chico.

—Mi padre pensó que la carreta necesitaba más protección. Corren rumores de que andan monstruos sueltos por las colinas.

Durante un momento, temió que el chico fuese a rechazar los rumores, y con ellos la razón, pero la reacción de Ulick acabó siendo aún más sorprendente.

—Sí —dijo—. Supongo que ha sido una medida prudente. Parece que nosotros tenemos tanto que temer como cualquier otro, aunque no sé por qué están reuniéndose. ¿Lo sabes tú?

—¿Que si sé por qué se están reuniendo los monstruos? —repitió Reinmar, que no estaba seguro de haber comprendido bien el significado de la pregunta—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Tal vez nadie lo sepa —dijo Ulick al mismo tiempo que se encogía de hombros—. Marcilla está bastante tranquila, supongo. Creo que si tuviéramos algo que temer, ella lo percibiría..., aunque no nos hizo ninguna advertencia respecto a la turba de anoche. Tal vez se haya vuelto sorda para todo lo demás desde que oyó la llamada.

—¿Qué clase de monstruos están reuniéndose? —preguntó Reinmar—. Los rumores que han llegado a Eilhart son vagos.

—Del tipo que no puede verse sin correr peligro, excepto en el límite del campo visual —replicó el muchacho, críptico. No obstante, luego añadió—: Hombres bestia de la clase de los lobos. Resultan más peligrosos en manada que los que no tienen ninguna disciplina, aunque no son tan temerarios. A fin de cuentas, estamos en tierras de viñedos, en el corazón mismo de ellas.

—¿Tú los has visto? —inquirió Reinmar al mismo tiempo que se preguntaba por qué, de pronto, sentía la mandíbula ligeramente agarrotada.

—Sólo en sueños —replicó el chico con tono sombrío—, que, según algunos, es el peor sitio para verlos, porque no podría contemplarlos tan claramente en los sueños si no estuviera destinado a mirar sus rostros en la realidad. Creo que lo mejor sería que pudiésemos obedecer a la llamada con rapidez, pero Marcilla está herida, y mi padre no ha conseguido darnos alcance. ¿Quién habría pensado que unos guardabosques con mangos de hachas y unos muchachos campesinos con rastrillos y horcas iban a ser capaces de desbaratar los planes de unos señores como los nuestros? ¡Vaya un mundo en que vivimos!

—¡Vaya un mundo! —asintió Reinmar.

Se le había secado tanto la boca que tuvo que beber agua de la jarra que tenía a su lado. Se la ofreció a Ulick, pero él sacudió la cabeza y señaló a su hermana, así que Reinmar asintió e intentó acercar el pico de la jarra a los labios de ella.

Marcilla ya había reaccionado antes, aunque débilmente, Esa vez hizo algo más que separar los labios por reflejo: cuando el agua cayó sobre sus dientes, abrió los ojos y logró levantar apenas la cabeza. Reinmar tendió de inmediato una mano para

ayudarla, y con el apoyo de él la joven consiguió incorporarse un poco más para beber más abundante y cómodamente. Para cuando hubo apagado su sed, estaba despierta del todo.

No intentó decir nada, pero alzó la mirada hacia el rostro de Reinmar, fijó la vista en sus ojos y no la apartó. Lo miraba como si lo conociera de toda la vida y confiara en él desde siempre. De hecho, a Reinmar le pareció que lo miraba como si lo amase.

Él sabía que podía tratarse de algo ilusorio, pero estaba convencido de que no lo era en su totalidad. La verdad es que ella lo miraba con languidez y mucha ternura. Sintió que el corazón le daba un salto y se le hacía un nudo en la garganta, y supo que también él la amaba. Si así se sentía uno cuando era víctima de un hechizo, no estaba tan mal..., aunque no creía que realmente pudiera considerarse el amor como un tipo de magia.

—Estamos a salvo, Marcilla —dijo Ulick—. Éste es Reinmar Wieland, hijo del comerciante a quien le estaba prometido el vino que ayudamos a preparar. Ha ido a recoger su parte de la cosecha después de que nos salvó cuando los patanes del pueblo nos atacaron anoche. Papá nos recogerá en cuanto pueda, pero de momento estamos en manos buenas y compasivas. Haremos lo que tenemos que hacer cuando podamos.

Marcilla sonrió, pero esperó un momento más antes de hacer el intento de hablar.

—Lo he visto en mis sueños —fue lo que murmuró.

Lo dijo con despreocupación, como si tuviese poca importancia, pero Reinmar acababa de escuchar lo que Ulick había dicho sobre el posible significado de los sueños de su hermana.

—Bueno —dijo—, ahora puedes verme en persona. El sueño se ha hecho realidad.

—Aún no —murmuró ella.

Lo que Reinmar infirió de esa frase fue que en los sueños había visto algo más que su rostro. Por muy sorda que la llamada la hubiese dejado ante otras influencias, era evidente que no la había cegado a nuevas posibilidades.

—No tienes nada que temer —le aseguró Reinmar—. Mientras estéis conmigo, haré todo lo posible para asegurarme de que no sufráis ningún mal, y si deseáis ir a alguna parte, haré todo lo que pueda por garantizar que lleguéis sanos y salvos a destino.

—Gracias —replicó ella con voz débil—, pero ahora no tengo que ir tan lejos, y todavía no hay prisa.

Su rostro parecía perfecto, incluso bajo aquella luz tan poco benévola, pero de pronto se vio manchado por una gota de lluvia que cayó en una de sus mejillas. Mientras ésta corría como si fuese una lágrima, le cayó otra en la frente.

Reinmar reprimió una imprecación al mismo tiempo que alzaba la vista, alarmado. Las nubes que tenían encima parecían tan indistintamente plomizas como antes, pero vio que unos jirones más oscuros avanzaban por el cielo procedentes del

sur, arrastrados por algún caprichoso viento en altura, así que dedujo lo que estaba a punto de suceder. El mayordomo también lo advirtió.

Godrich detuvo a los caballos de inmediato y miró de un lado a otro en busca de un espeso soto. La cuesta por la que ascendían no era demasiado empinada, pero la lluvia los había pillado en un montículo y, a ambos lados del camino, el terreno era muy irregular. Se encontraban en una especie de bosque, pero los árboles eran escuálidos y estaban muy separados. En el terreno dominaba un espeso sotobosque de helechos y pasturas.

Sigurd y Vaedecker ya habían corrido hasta situarse junto al asiento del conductor.

—¡Sigamos adelante! —dijo el sargento—. Es de esperar que más adelante encontremos un territorio mejor.

—Tienes razón —asintió Godrich de inmediato—. Tenemos que encontrar un sitio donde podamos cobijarnos sin peligro..., pero mientras avanzamos hemos de hacer el intento de colocar la lona.

—Conseguiremos ponerla —le aseguró Sigurd que ya se había agachado bajo la carreta para soltar las bandas de hierro que darían soporte a la lona.

Cuando Godrich hizo que los caballos volvieran a avanzar, el gigante comenzó a curvar las bandas sobre la carreta, una a una.

Pudo flexionar las dos primeras con bastante facilidad, pero la tercera se había vuelto frágil a causa del óxido y se partió en cuanto Sigurd aplicó fuerza sobre ella. El extremo que estaba alojado en una ranura salió disparado como un resorte y se alejó volando de la carreta, dejando al sorprendido gigante con el otro extremo en las manos, como si fuese un absurdo espadón. Sigurd profirió una imprecación y lo dejó caer.

—De todas formas, deberíamos tender la lona, si podemos —dijo Reinmar, que ya había sacado la tela de la caja situada debajo del asiento de Godrich.

—Allá delante hay un bosque mejor —anunció el mayordomo—. Esperemos que haya un sitio hasta el que pueda hacer rodar la carreta sin problemas. —El vehículo había coronado la elevación, y se había deslizado un poco lateralmente sobre el fango formado por la lluvia—. Creo que podremos llegar hasta él si no nos quedamos atascados —añadió Godrich.

Reinmar se dio cuenta de que quedar atascados era un peligro real, pues la lluvia se había intensificado tanto en menos de un minuto que caía del cielo como un diluvio.

Ulick cubrió la cabeza de Marcilla con la capa que le había servido de manta y le dijo que se acurrucara, lo que ella hizo. Luego, el chico se cubrió la cabeza con los brazos mientras Reinmar y Vaedecker luchaban con la lona.

El viento se había hecho más fuerte, pero aún no lo era tanto como para

arrancarles la tela de las manos y lograron tenderla sobre los dos arcos que Sigurd había conseguido formar. Se hundía por la parte posterior, pero la aseguraron con barriles de vino para impedir que volara como una vela y embolsara el caprichoso viento. El golpeteo de la lluvia sobre la lona tensada era atronador, y el trueno de verdad se le unió pronto después de que el penumbroso interior de la carreta se vio brevemente iluminado por la luz de un relámpago lejano.

Sigurd se había reunido con ellos, por lo que se encontraban muy apiñados, pero estando la lona colocada, Marcilla pudo salir de debajo de la capa y desplazar las piernas para dejar un poco más de espacio.

La carreta continuaba avanzando sin tropiezo, aunque la lluvia reducía la visibilidad hasta el punto de que Reinmar no podía distinguir el bosque que había visto Godrich, ni tampoco el camino que los llevaría hasta él si todo iba bien.

—Creo que no habrá problema —gritó Godrich por encima del hombro—. Hay una brecha entre los árboles por la que probablemente pasará la carreta, y el suelo parece bastante bueno. Vamos a sacudirnos un poco pero... ¡Malditos seáis! ¿Qué pasa?

Reinmar necesitó uno o dos segundos para darse cuenta de que esta última frase iba dirigida a los caballos, que relinchaban e intentaban detenerse.

—¡Ahora no, estúpidos! —protestó Godrich—. Ahí encontraremos refugio, tanto para vosotros como para... ¡Ay, no! ¡En el nombre de Sigmar, no!

El terror que se manifestó en la voz del mayordomo hizo que Reinmar se irguiera a la velocidad del rayo, y que Vaedecker se apresurara a buscar sus armas.

Reinmar llevaba su espada encima, pero Sigurd había guardado sus cosas y tuvo que rebuscar entre la carga mientras sus enormes hombros empujaban la lona mal sujeta. Incluso Ulick recogió por reflejo la media banda de hierro que Sigurd había dejado caer a sus pies, y sujetó como si fuese una daga.

Reinmar logró desplazarse lo suficiente para mirar por encima del asiento de Godrich, pero a través de la torrencial lluvia resultaba difícil distinguir algo más que los lomos de los caballos. Los animales, normalmente tan plácidos y bien dispuestos, levantaban las patas delanteras y luchaban contra los arreos que los sujetaban a las lanzas de la carreta.

A treinta o cuarenta pasos de distancia, había árboles de tronco recto, cuyas altas copas se perdían en las nubes bajas, pero no era fácil distinguir qué se movía entre los troncos.

Las siluetas parecían casi humanas, aunque no lo suficiente. Reinmar recordó con demasiada claridad lo que Ulick había dicho acerca de «hombres bestia de la clase de los lobos».

Vaedecker imprecó al ocupar una posición junto a Reinmar y apoyar la ballesta sobre el respaldo de madera del asiento para asegurar su puntería.

—¡Quédate quieto! —le murmuró a Godrich mientras colocaba la flecha y se disponía a disparar. Apuntó con cuidado antes de hacerlo, y ese intervalo le dio a Reinmar la ocasión de observar con mayor atención los rostros que emergían del bosque. Deberían haber sido humanos de haber concordado con los andares de las criaturas, pero, en cambio, eran peludos y alargados, y estaban llenos de bestial crueldad.

Informado por Ulick, Reinmar pudo dar nombre a lo que veía ante sí.

—¡Hombres bestia!

En ese momento, Vaedecker accionó el mecanismo de la ballesta. El proyectil hizo blanco y se desataron los infiernos.

Once

Los hombres bestia acometieron en grupo, aunque a Reinmar le resultaba imposible saber con exactitud cuántos eran; «al menos, siete —pensó—, y tal vez incluso diez». Algunos avanzaron por la derecha de los caballos y otros por la izquierda, pero uno saltó entre ambos animales, se detuvo para recobrar el equilibrio sobre el yugo que unía los collares y usó los lomos lustrosos de lluvia como si fueran las piedras de un río, para lanzarse hacia Godrich.

El mayordomo había soltado las riendas, pero no había tenido tiempo de aflojar el cordel que sujetaba la espada dentro de la vaina, y el hombre bestia llegó hasta él cuando aún no había sacado el arma. El hombre cayó de espaldas por encima del respaldo del asiento del conductor y se golpeó la cabeza con la parte superior del arco de hierro que Sigurd había colocado para sujetar la lona. De repente, el hombre bestia estaba dentro de la carreta con ellos, y ya no quedó ninguna duda acerca de su naturaleza monstruosa.

Los brazos de la criatura, aunque muy peludos, eran fundamentalmente humanoides, al igual que sus velludas piernas, pero los enormes pies estaban rematados por garras. Su cabeza no era del todo la de un lobo, aunque, sin duda, tenía la ferocidad de dicho animal cuyos colmillos y babeantes mandíbulas poseía. Los ojos, en cambio, estaban situados en una posición más frontal que los de un lobo, y las orejas se parecían más a las de un gato. El hocico se asemejaba al de un cerdo, y lucía dos cuernos incipientes en la frente peluda.

Si sólo hubiese tenido garras y dientes como armas, el hombre bestia habría sido un oponente formidable, pero además llevaba un arma artificial en cada mano: un cuchillo de gruesa hoja en la derecha y un garrote en la izquierda. No obstante, tal vez eso no le confería una auténtica ventaja porque, al caer Godrich y quedar atontado por el golpe recibido en la cabeza, quizá habría tenido tiempo de desgarrarle la garganta con aquellos terribles colmillos, pero, en lugar de hacer eso, la criatura alzó el cuchillo, dispuesta a destriparlo de un tajo.

Ese intervalo de tiempo fue cuanto necesitó Sigurd. El hombre bestia no había hecho sonido alguno, pero Sigurd profirió un aullido mucho más largo y potente del que podría emitir cualquier animal, y su mano salió disparada para aferrar por la peluda garganta al hombre bestia que había invadido la carreta. Al cerrar la mano

sobre el cuello de la criatura, Sigurd se incorporó hasta ponerse de pie.

La lona se rajó al ser atravesada por la cabeza y los enormes hombros del gigante, y la rotura se extendió hacia adelante y hacia atrás, hasta quedar partida en dos mitades lo bastante elásticas como para salir disparadas hacia los rostros de los hombres bestia que se habían situado a ambos lados del vehículo.

El hombre bestia al que Sigurd había cogido era tan grande como Reinmar y de constitución más robusta, pero el gigante lo levantó en el aire con despectiva facilidad y le aplastó la garganta con los dedos. Cuando su brazo se hubo estirado por encima de su cabeza, sujetaba ya un mero trofeo, que exhibió hacia el lluvioso cielo y los hombres bestia, que habían retrocedido ante los ondeantes trozos de lona.

Era un espectáculo verdaderamente aterrador, pero Reinmar pensó que aquella dignidad había quedado más que un poco estropeada cuando los relajados intestinos del hombre bestia muerto descargaron una buena cantidad de mierda maloliente, que cayó sobre la espalda de Matthias Vaedecker y sobre una docena de barriles que entrechocaban. Vaedecker no reaccionó como lo habría hecho Reinmar, porque estaba demasiado ocupado en apuntar la segunda flecha que había colocado en la ballesta.

Reinmar no dudaba que el segundo disparo habría hecho blanco si la situación hubiese permanecido como estaba, pero los aterrorizados caballos se dieron cuenta entonces de que los seres que los asustaban se habían desplazado del frente a los flancos, y decidieron aprovechar la oportunidad que eso les proporcionó. Nadie sujetaba las riendas, pero si Reinmar hubiese conseguido cogerlas, de nada habría servido, porque se necesitaba más que la mera fuerza humana para detener la huida de los animales.

Godrich había alineado la carreta con la brecha que se abría entre los árboles y hacia la que había tenido intención de avanzar en busca de cobijo, pero no tuvo tiempo de determinar si el terreno era lo bastante plano como para pasar por él sin peligro. En ese momento, se hizo evidente que no lo era.

Al salir corriendo los caballos con la carreta detrás, el conjunto cayó en un agujero y volvió a salir de él, lo que sacudió los barriles con tal fuerza que las cuerdas que los sujetaban crujieron a causa de la tensión. También fueron sacudidos Reinmar, Ulick y Marcilla, con mayor violencia y resultados mucho más dolorosos.

La flecha de Matthias Vaedecker erró el blanco, e incluso Sigurd perdió el equilibrio. Si el carro no hubiese estado cargado, tal vez el gigante lo habría recobrado con un simple ajuste de postura, pero tenía ambos pies apoyados en espacios estrechos, con barriles y cajas a un lado y cuerpos caídos al otro. Se tambaleó, tropezó y acabó por aceptar que no podía permanecer donde estaba.

En lugar de caer en el sitio, el hombretón arrojó el cadáver del hombre bestia por encima de un flanco de la carreta y aprovechó el impulso que eso le daba para

desplazarse hacia el lado contrario y saltar al aire. Era evidente que tenía la intención de salvar el flanco de la carreta y caer sobre ambos pies, pero la sacudida del vehículo había afectado en exceso su coordinación. Uno de sus pies chocó contra el borde de la carreta al saltar, así que tropezó y salió por el aire agitando los brazos, con el obvio convencimiento de que estaba condenado a darse un porrazo.

La carreta continuó corriendo mientras las ruedas pasaban sobre más salientes y depresiones sin orden ni concierto.

Reinmar sabía que sería un milagro si no se rompía ninguna de ellas, pero vio que había peligros más inmediatos cuando los caballos se adentraron entre los árboles. Sin nadie que los guiara y sin ningún conocimiento natural de los márgenes laterales y arcos de giro, y dado que eran incapaces de comunicarse para cambiar de rumbo al mismo tiempo, los animales, aterrorizados, arrastraron el lateral izquierdo de la carreta contra el tronco de un árbol. La áspera corteza arañó lodo el costado del vehículo, rajó varias tablas y arrancó los trozos de lona que colgaban por ese lado.

Las dos bandas de hierro fueron arrancadas de las ranuras donde se alojaban, salieron disparadas y volaron en la dirección contraria antes de que los espantados caballos provocaran otra colisión, aún más brutal que la primera, entre el flanco derecho de la carreta y el tronco de otro árbol.

Este segundo choque detuvo la carreta en seco, las clavijas que sujetaban los arneses de los caballos saltaron de sus ranuras de madera y los animales quedaron separados del vehículo. Una de las lanzas del carro se partió, y los caballos desaparecieron bosque adentro y se separaron el uno del otro, ya que los destrozados restos de los arneses no fueron lo bastante fuertes como para mantenerlos unidos.

Por un momento, Reinmar se sintió aliviado, no sólo porque la carga aún estaba asegurada, sino por las cuatro personas que habrían acabado muy vapuleadas y magulladas si hubiese continuado la loca carrera.

Luego, se acordó de los hombres bestia. Momentáneamente dejados atrás cuando los caballos se espantaron, se hallaban a menos de treinta metros de distancia y, entonces, avanzaban hacia su presa. El primer objetivo era el caído Sigurd, que aún no se había levantado tras el tremendo golpe.

Reinmar oyó que Matthias Vaedecker volvía a imprecicar, pero el sargento no dudó ante lo que debía hacerse. Con Godrich también fuera de combate, al menos por el momento, no había manera de que ellos tres pudiesen contener a ocho o nueve hombres bestia. Para tener la más mínima probabilidad de supervivencia, debían contar con Sigurd, y eso significaba que debían defenderlo mientras continuara tendido en el suelo para darle tiempo a levantar su enorme corpachón y comenzar a golpear con aquellos enormes puños.

Vaedecker arrojó a un lado la ballesta, desenvainó la espada, saltó al suelo por la parte trasera de la carreta y cargó sin esperar a ver si alguien lo seguía. Al cargar,

profirió un aterrador grito de guerra, que, sin duda, habría hecho vacilar a un enemigo humano, pero que no pareció impresionar lo más mínimo a los hombres bestia.

—Vamos —le dijo Reinmar a Ulick mientras saltaba al suelo tras el soldado y lo seguía hacia la lucha.

Al igual que Vaedecker, tampoco esperó a ver si Ulick respondía a su instancia, pero por el rabillo del ojo vio que el chico lo seguía, aunque estaba armado sólo con un trozo de metal retorcido y herrumbrado.

Era dudoso que los hombres bestia llegaran hasta el caído Sigurd antes que Vaedecker, y ambos grupos pusieron todo su empeño en ganar la carrera, que acabó prácticamente en un empate.

Los hombres bestia tenían la superioridad numérica a su favor, pero Vaedecker contaba con su entrenamiento y un arma mucho mejor que cualquiera de las que tenía el enemigo. El sargento ya barría el aire con un amplio arco horizontal cuando llegó junto a Sigurd, y los hombres bestia corrían a demasiada velocidad como para detenerse y saltar hacia atrás. Lo único que pudieron hacer fue separarse hacia ambos lados, pero los dos que iban en cabeza no lograron hacerlo con la velocidad suficiente para evitar la hoja del arma que les abrió tajos de través en el torso. Aunque las costillas los protegieron de una herida mortal, de los largos cortes brotaron manantiales de sangre.

No le resultó tan fácil invertir la dirección del barrido cuando llegó la segunda oleada de hombres bestia. Uno de ellos logró agacharse, y pasar por debajo de la guardia del soldado y lanzarse contra él como si quisiera derribarlo. Si el sargento hubiese retrocedido por reflejo, habría caído sin remedio; no obstante, el entrenamiento de soldado de infantería le había enseñado a mantenerse firme con independencia de lo que sucediera, así que Vaedecker contuvo al hombre bestia con brutal tenacidad y estrelló un puño contra el feo rostro animal.

El hombre bestia no era precisamente frágil, aunque la corpulencia no bastaba para ganar ese tipo de enfrentamientos, así que se apartó de un salto. Había otros dos preparados para intervenir tras el primero, pero para entonces ya habían llegado Reinmar y Ulick, que atacaron a dos blancos distintos.

La espada de Reinmar era corta y ligera, hecha más para la estocada que para asestar tajos con ella, y él recordaba su entrenamiento lo bastante bien como para no intentar ningún movimiento para el que el arma no estuviese diseñada. Aunque el hombre bestia al que atacó logró evitar la hoja, tuvo que arrojarse a un lado para lograrlo, con lo cual perdió el equilibrio y cayó sobre las cuatro extremidades.

El trozo de hierro de Ulick no servía en absoluto para asestar estocadas, y el chico era más ligero que Reinmar, pero también él disfrutó de un cierto éxito. Le asestó a su enemigo un golpe muy doloroso en el brazo que tenía levantado, lo que no sólo lo

hizo chillar, sino también levantar el otro brazo para defenderse, cosa que impidió que pudiera atacar con él a Vaedecker.

No obstante, cuando esos golpes concluyeron, los defensores de la carreta habían hecho todo lo que podían por el momento, y aún avanzaban hacia ellos tres hombres bestia.

Reinmar se dio cuenta de que sencillamente no tenía ni tiempo ni espacio para enfrentarse con tales oponentes. Las armas que llevaban las criaturas eran deficientes, pero había demasiados hombres bestia. Tres hombres no podrían resistir ante ellos más que unos pocos minutos.

Sin embargo, cuatro sí que podían hacerlo; al menos, si el cuarto era Sigurd. El gigante debía haberse quedado sin respiración a causa del impacto de la caída, y probablemente tenía alguna magulladura, pero no era el tipo de hombre que se preocupaba por los cardenales. Una vez que logró llenar de aire sus pulmones, estuvo listo para unirse a la refriegas; lo único que tenía que hacer era ponerse de pie.

Eso no resultaba tan fácil como parecía, dado que tenía defensores de pie a su lado y atacantes ansiosos por desplazarlos, pero las cuestiones de conveniencia no podían tenerse en cuenta. Era evidente que Sigurd estaba decidido a ponerse de pie en cuanto pudiera, y supuso que sus amigos se apartarían en el momento en que vieran que se movía.

Por desgracia, tampoco eso resultaba tan sencillo como parecía. Sigurd se incorporó en medio de la lucha y encajó su enorme corpachón en un espacio que sencillamente no existía. Sus puños salieron disparados en dos direcciones, dirigidos, por supuesto, hacia los hombres bestia, al mismo tiempo que movía los hombros para despejar el espacio que necesitaba. No menos de tres hombres bestia salieron rodando, pero lo mismo le sucedió a Reinmar, que por el rabillo del ojo vio que Ulick se agachaba por debajo de uno de los brazos del gigante, y que Vaedecker se desplazaba a otra posición con una determinación pasmosa, aunque un puño veloz lo golpeó bajo el mentón y lo hizo volar por el aire.

El arma salió despedida de la mano de Reinmar, cuyos pies perdieron contacto con el suelo. En ese momento, sólo tuvo tiempo para pensar que al aterrizar de espaldas quedaría indefenso ante el ataque de una daga o de unos dientes destellantes, y sería aún peor si se golpeaba la cabeza y perdía el conocimiento.

Tal vez tuvo tiempo de reaccionar ante este pensamiento o quizá se debió a la suerte ciega, pero al final cayó sobre los hombros sin golpearse la cabeza contra el suelo. En efecto, quedó desprotegido ante cualquier ataque, pero no perdió el sentido y conservó todas sus facultades.

Vio que un hombre bestia hacía amago de echársele encima y por una fracción de segundo pensó que estaba perdido, pero Sigurd también era consciente de que acababa de derribar al hombre cuya seguridad le habían confiado, y el buen criado no

estaba dispuesto a que su error se convirtiera en fatal. Cuando el hombre bestia saltó, un brazo de Sigurd recorrió precipitadamente un enorme arco horizontal con la palma de la mano abierta. Ésta impactó contra el cuello del hombre bestia, y Reinmar oyó el chasquido que produjo la columna de la criatura al partirse.

Y con esa misma rapidez, todo acabó. De repente, ya no quedaron enemigos contra los que luchar. Ya no saltaba sobre ellos ningún hombre bestia con intenciones asesinas. Aparte del que acababa de caer y que no volvería a levantarse nunca más, los ocho o nueve restantes huían a la carrera y se dispersaban en todas direcciones. Habían estado ansiosos por luchar con tres hombres, aunque dos de ellos tuvieran espadas; pero no estaban dispuestos a hacerlo también contra un cuarto que, habiendo caído, se acababa de levantar, y menos si este último era Sigurd.

No obstante, no era una victoria. Aunque ninguno de los defensores de la carreta había resultado herido de gravedad y entonces estaban todos preparados para reemprender la lucha en caso necesario, se encontraban varados. Los caballos habían huido bajo la lluvia torrencial, y la carreta había recibido tantos golpes que sería un milagro que aún sirviese para viajar. Con casi total seguridad necesitaría ser reparada, y haría falta, además, apresar de nuevo a los caballos... y todo ello no podría lograrse sin dividir al grupo.

Entonces ya no cabía duda alguna de que había monstruos sueltos por las colinas; por una vez, los rumores eran veraces. Si el mundo de Reinmar ya no hubiese dado un vuelco, lo habría dado en ese momento; sin embargo, según estaban las cosas, el asombro no tenía cabida en su tenebroso estado de ánimo. Había iniciado aquel viaje decidido a hacer sus propios descubrimientos, y los había hecho. Sospechaba que en ese momento sabía más que cualquiera de sus compañeros, incluido Vaedecker, acerca de lo que estaba sucediendo y de lo que podía significar. Se sentía orgulloso de ello y tenía la intención de conservar la ventaja que eso le proporcionaba.

—¿Por qué nos atacaron? —preguntó Ulick.

Era de suponer que la pregunta le parecería al sargento Vaedecker más inocente que a Reinmar, dado que el primero no había participado en la conversación que el chico había mantenido antes con el joven Wieland.

—No lo hicieron —elijo Vaedecker con el entrecejo fruncido al mismo tiempo que con la punta de la bota daba la vuelta al cadáver del segundo monstruo que había matado Sigurd—. Para ser fieles a la realidad, nosotros los atacamos a ellos. Debieron refugiarse en el soto cuando empezó a llover, y luego llegamos nosotros y nos lanzamos hacia ellos como locos. Si yo no hubiese disparado la primera flecha, tal vez habrían huido sin luchar..., pero cuando maté al primero, tuvieron que reaccionar. Matamos a otros dos y herimos, al menos, a tres más. Ahora, o bien estarán demasiado aterrorizados para acercársenos a un kilómetro de distancia, o estarán tan furiosos que vendrán en nuestra búsqueda con verdadera determinación. ¡Ojalá sea lo

primero! La pregunta importante es: ¿por qué están aquí? Tengo entendido que los bosques de esta zona no suelen estar habitados por hombres bestia.

—No —respondió Reinmar—, la verdad es que no.

—Puede ser que no te haya gustado que unos rudos soldados aparecieran en tu bonito y próspero pueblo, maese Reinmar —comentó Vaedecker con cierto regodeo—, pero tengo la sagaz sospecha de que dentro de poco te alegrarás de que hayamos llegado. Me parece que vais a necesitarnos. Esta expedición acaba aquí; regresaremos a Eilhart tan pronto como podamos, aunque en primer lugar tenemos que recuperar los caballos.

—Y arreglar la carreta —dijo Reinmar—. Esperemos que Godrich esté lo bastante bien como para echarnos una mano; es el único que tiene los conocimientos y las habilidades necesarios para repararla.

—Pero primero necesitamos los caballos —insistió Vaedecker—. Tenemos que encontrarlos antes de que lo hagan los hombres bestia, y traerlos aquí sanos y salvos. ¡Sigurd!

El gigante no tenía obligación de obedecer las órdenes del soldado, pero ni siquiera miró a Reinmar en busca de confirmación.

—Sí —dijo—. Yo iré. Tú tendrás que vigilar la carreta.

Reinmar sabía que Sigurd no se refería en realidad al vehículo, sino a que confiaba en que Vaedecker cuidaría de su señor y del otro servidor de éste.

—Llévate al chico —ordenó Vaedecker—. Tal vez necesites más de dos manos.

Ulick no estaba a las órdenes de nadie, y Reinmar pensó que protestaría para decir que debía quedarse con su hermana, pero el gitano asintió con docilidad. También él se daba cuenta de la necesidad de reunir lo que necesitaban con la máxima rapidez posible, antes de que los hombres bestia pudieran reagruparse y planear otro ataque.

Sigurd se alejó de inmediato en la dirección que habían seguido los caballos, y el chico gitano se apresuró tras él.

—¿Qué hacemos con eso? —preguntó Reinmar al mismo tiempo que señalaba al hombre bestia que tenía el cuello partido.

—Nada —replicó Vaedecker—. A quien tenemos que atender es a Godrich. Como bien has dicho, sus conocimientos y habilidades nos permitirán reparar la carreta, si es que puede repararse.

Como si la crudeza de su tono no les hubiese conferido a las palabras la fuerza suficiente, un rayo destelló sobre los distantes picos de las montañas situadas al sur, y luego la bóveda celeste se encendió una y otra vez; los relámpagos caían ya por toda la cadena montañosa. El cielo se llenó con el restallar del trueno lejano y, cuando por fin cesó, el susurro de la lluvia pareció dos veces más sonoro que antes.

—Ya está, Reinmar —dijo Matthias Vaedecker—. Ahora es cuando empieza.

—¿Cuando empieza qué? —quiso saber Reinmar.

—La realidad —respondió el sargento—. El sueño se disuelve y comienza la pesadilla. Ahora tendrás la ocasión de descubrir cuál es la realidad del mundo.

Doce

Las nubes de tormenta ya se habían disipado, y la lluvia había cesado con la misma brusquedad con que comenzó, pero la mitad sur del cielo aún estaba encapotada. La luz del sol empezaba su lento desvanecimiento hacia la noche.

Reinmar y Vaedecker envainaron sus espadas y avanzaron trabajosamente hasta la carreta, donde encontraron a Godrich sentado y con la cabeza cogida entre las manos. Parecía muy aturdido, pero cuando Reinmar subió de nuevo al vehículo de madera, el mayordomo reaccionó.

—Sólo tengo un chichón en la cabeza y una torcedura de tobillo. Sobreviviré — anunció.

Entretanto, comenzó a mirar a su alrededor para valorar la extensión de los daños sufridos por la carreta y la carga. Las apariencias no eran alentadoras, aunque la expresión del hombre sugería que había esperado que fuesen peores.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Vaedecker, de pronto.

A Reinmar le sorprendió la urgencia del tono del sargento, ya que no había pensado que fuese un hombre solícito.

Godrich miró de nuevo a su alrededor con incertidumbre, mientras Vaedecker alzaba con brusquedad la capa bajo la cual la joven gitana había estado acurrucada y la sacudía como si de algún modo pudiese haberse quedado atrapada dentro del forro. Fue Reinmar quien la divisó, ya a unos cuarenta o cincuenta pasos de la carreta, y la habría perdido entre los árboles de no haber captado aquel breve atisbo de ella.

—¡Allí! —dijo a la vez que señalaba con un dedo.

Marcilla desapareció casi con tanta rapidez como él habló, pero Reinmar tuvo tiempo de advertir que sus pasos eran tan seguros que parecían antinaturalmente mecánicos y medidos, como si se hallara en trance.

Vaedecker profirió imprecaciones casi tan abundantes como durante la lucha.

—Cuida bien de la carreta, mayordomo —gruñó, aunque Reinmar tuvo la sensación de que en ese momento no le preocupaba en exceso el estado de la carreta —. Vamos, Reinmar.

Reinmar se sorprendió, pero obedeció con presteza. Saltó del vehículo, fue tras el sargento y se alejó hacia el lugar por donde había desaparecido la muchacha, que formaba un ángulo recto con la dirección seguida por los caballos. Había avanzado

unos doce pasos cuando se dio cuenta de que el soldado no estaba en absoluto preocupado por el bienestar de Marcilla. Vaedecker la seguía porque había oído la palabra llamada cuando ella deliraba y sabía el significado que el vocablo podía tener en el contexto de su misión de espía.

No volvieron a verla tan rápidamente como podrían haber esperado, y se apartaron con lentitud a fin de cubrir más terreno, aunque el sargento gritó una advertencia por temor a que se perdieran de vista el uno al otro.

Para cuando volvió a atisbar a la esbelta figura que se deslizaba entre los árboles, Reinmar comenzaba a preguntarse si sería capaz de hallar el camino de regreso a la carreta. Resultaba imposible seguir un rumbo recto al avanzar entre maleza y ramas caídas, y ya no confiaba en su orientación, aunque Marcilla parecía bastante segura de la suya y continuaba avanzando, indiferente a cualquier amenaza que pudieran entrañar las criaturas inhumanas de la clase que fuese.

Reinmar nunca les había tenido ningún miedo especial a los bosques que poblaban el pie de las Montañas Grises, aunque podían ser tenebrosos y reinar en ellos un ominoso silencio. Había dormido bajo los árboles en expediciones anteriores que había hecho con su padre, y no habría vacilado en volver a hacerlo durante ese viaje en caso necesario, incluso en aquella región relativamente sombría que no conocía bien; sin embargo, después de saber que de verdad había monstruos en las colinas, cada paso que lo separaba de la carreta era un paso hacia un desconocido mundo peligroso.

Lo más extraño, no obstante, era que Reinmar temía más por Marcilla que por sí mismo. La muchacha gitana debía de haber dormido al raso con más frecuencia que él y en lugares peores que ése, pero estaba herida y empapada de pies a cabeza, a pesar de la capa con que él había cubierto su cuerpo dormido. Mientras permaneciera en ese trance, podría encontrarse con una zanja y sufrir una caída grave; además, no podría hacer nada para defenderse de un hombre bestia. El suelo por el que avanzaban era demasiado escabroso.

Cuando Vaedecker gritó, Reinmar se dio cuenta de que se habían perdido de vista el uno al otro, pero, al replicar, ambos lograron orientar sus pasos al instante hacia cursos convergentes.

El sonido de la llamada de respuesta de Reinmar pareció despertar ligeramente a Marcilla de su estado de sonámbula; se detuvo durante una fracción de segundo, pero no se volvió. Cualquiera que fuese la fuerza que la tenía en su poder, pareció estrecharla más en respuesta a su vacilación y se negó a liberarla. Los indistintos ecos de ambos gritos resonaron en el aire durante uno o dos segundos, como si a Vaedecker le hubiesen respondido una docena de voces lejanas que emanaban de la parte más oscura del bosque, situada al sudeste.

En ese momento se encontraban a no más de quince pasos de Marcilla. Ya no

corrían riesgo de perderla de vista, pero Reinmar apresuró el paso con el fin de darle alcance, y Vaedecker lo imitó.

Reinmar volvió a llamar, esa vez dirigiéndose directamente a la muchacha, pero la única respuesta que recibió procedía del extraño eco. Se apresuró aún más y, al cabo de poco, se encontraba junto a la gitana, pero Vaedecker le susurró una advertencia.

—No la toques —dijo el sargento—. Déjala ir adonde quiera... y que nos lleve con ella.

Esa frase disipó cualquier duda que a Reinmar pudiera quedarle respecto al propósito que movía al sargento. De una u otra forma, Machar von Spurzheim había descubierto lo poco que Luther Wieland sabía sobre el origen del vino oscuro, y el sargento no iba a desaprovechar el golpe de buena suerte que había puesto a Marcilla bajo su cuidado precisamente en el momento más oportuno. Esa era su misión, y disponía de una inesperada posibilidad de cumplirla con éxito. Por supuesto, no era la misión de Reinmar, y el muchacho sabía a la perfección lo que diría Gottfried cuando se enterase, si se enteraba, de que su hijo había vagado por el bosque tras una gitana sonámbula en lugar de quedarse con la carga, pero apartó de sí el pensamiento. Había tomado a la muchacha bajo su protectora ala, y estaba decidido a cuidar de ella. No podría haberla dejado vagar por el bosque a solas o sin más guardián que un soldado que sólo deseaba usarla para que lo guiara hasta un lugar secreto.

En cualquier caso, la curiosidad del propio Reinmar había sido avivada por las historias oídas acerca del vino de los sueños. ¿Qué no habrían dado Luther o Albrecht por tener la oportunidad que casualmente había caído en sus manos? ¿Cuántas expediciones de ese tipo tenía que haber emprendido Luther en su juventud sin haber tenido jamás un golpe de suerte tan inaudito como ése?

Reinmar había vuelto a situarse junto a Marcilla, y podía verle el rostro; había esperado un semblante inexpresivo, pero no fue eso lo que halló. Vio que la muchacha parecía tremendamente ansiosa y agitada, como si se encontrara perdida en un torbellino interior que no podía disipar.

—No la toques —volvió a advertirle Vaedecker—. No sé qué la trastorna, pero no es un sueño.

—Eso no lo sabemos —murmuró Reinmar, aunque mantuvo las manos a ambos lados del cuerpo.

—¿A dónde vamos, maese Wieland? —le preguntó el sargento—. Tú conoces esta zona mejor que yo. ¿Qué hay al otro lado de este bosque?

Reinmar miró a su alrededor a pesar de que sabía muy bien que no tenía esperanza de ver ninguna característica del terreno que le resultase conocida. Avanzaban más o menos hacia el este y ascendían una cuesta, pero no tenía la más mínima noción de lo que podía haber en esa dirección ni al otro lado de la cresta que, presumiblemente, coronarían llegado el momento.

—No tengo ni idea —confesó—. Yo diría que por esta zona hay granjas y caseríos a los que no se puede llegar en carro. El terreno es demasiado escabroso para que puedan abrirse caminos. Incluso un hombre a caballo tendría grandes dificultades para seguir las pistas de los ciervos a través de un bosque como éste. Es un territorio para caminantes, y cualquier cosa que se produzca aquí tendrá que seguir una ruta larga y tortuosa hasta llegar a un lugar que se parezca a un mercado. ¿Has visto algún signo de que la zona esté poblada desde que dejamos la carreta, como marcas de hacha de leñador o trampas de cazadores?

—Ninguno —admitió el soldado—. Pero el camino no puede encontrarse a más de unos pocos centenares de pasos, y ésta es una tierra habitable..., o lo sería si en sus sotos no acecharan monstruos semihumanos.

—¿Qué vamos a hacer cuando caiga la noche? —le preguntó Reinmar, que tácitamente aceptaba el hecho de que seguirían a la muchacha adondequiera que fuese y durante todo el tiempo necesario, y dejarían la carreta y su carga al cuidado de Godrich y Sigurd—. No tenemos faroles. Sin las mochilas, de hecho, no contamos más que con el contenido de los zurrones, nuestras armas y la ropa empapada..., y la tuya, si me perdonas la observación, huele a rayos.

—Lo menos que la lluvia podría haber hecho por nuestra causa es lavarme la ropa hasta quitarle el mal olor —convino Vaedecker con expresión ceñuda—. Pero falta un rato para que nos quedemos sin luz, y con independencia de qué magia esté guiando sus pasos, la muchacha continuará necesitando los ojos para saber dónde pone los pies. Si no llega a destino antes de que caiga la noche, tendrá que detenerse y esperar.

Se hizo un largo silencio mientras caminaban, pero la agitación del alma semieclipsada de Marcilla comenzaba a contagiársele a Reinmar, y no quería quedar a merced de las horrorosas incertidumbres de ese estado.

—¿Por qué me pediste que te acompañara? —le preguntó al soldado—. Pensaba que no te fiabas de mí.

—¿Por qué me acompañaste? —preguntó Vaedecker a su vez—. Yo sé que no te fías de mí.

Reinmar se sintió un poco desconcertado, en especial, por la respuesta que se le venía a los labios.

—No quería que la muchacha sufriera daño alguno —dijo al fin—; por ninguna causa.

Vaedecker profirió una carcajada seca.

—Los jóvenes se enamoran con demasiada facilidad —observó—. Muéstrales una cara bonita y un cuerpo indefenso, y estarán perdidos. De todos modos, es mejor eso que el atractivo del vino oscuro. Prefiero que estés aquí como héroe que como comerciante, pero cualesquiera que sean tus motivos, es mejor que no te pierda de vista. Soy soldado, no estúpido; si el misterioso origen del vino oscuro está protegido

por monstruos que cazan en manada, no quiero tener que enfrentarme a ellos sin un amigo que me cubra las espaldas.

—¿Un amigo? —preguntó Reinmar.

—¿Acaso no somos amigos, maese Wieland? Supongo que esta mañana, al despertar, no éramos amigos, pero esta tarde hemos luchado codo con codo contra los monstruos. Ahora tenemos una base para la amistad, ¿no te parece?

—Supongo que sí —concedió Reinmar, aunque pensaba que Vaedecker tenía sus propias razones para hacer esa afirmación.

Aún avanzaban ladera arriba sin ver señales de su fin, aunque en aquella zona los árboles eran mucho más altos y tenían copas más espesas. Todavía podían verse algunas coníferas típicas de las zonas más abiertas, pero la mayoría de la vegetación era caduca, y las hojas ya habían comenzado a amarillear en las ramas. El sotobosque formado por helechos era abonado por el rico humus de las hojas caídas, lo que permitía que crecieran hasta la altura de un hombre, aunque no dificultaban demasiado el avance.

Reinmar se dio cuenta de que los árboles entre los que pasaban tenían que ser muy añosos. Habían tenido el dominio del terreno durante tanto tiempo que hacía treinta años o más que ningún arbolillo joven encontraba espacio para crecer. Los bosques cercanos a los caminos eran ampliamente trabajados por los leñadores, y siempre tenían árboles jóvenes mezclados con los viejos; no obstante, resultaba obvio que a aquel sitio acudían pocos hombres, y ninguno llevaba hacha.

El paso de Marcilla había comenzado a vacilar; no debido a la falta de resolución, sino porque estaba casi exhausta. No había bebido agua desde que la lluvia le mojó los labios, y hacía demasiado que no comía nada. El golpe recibido en la cabeza la había debilitado mucho.

Mientras Reinmar vacilaba sin saber si debía intervenir o no, ella tropezó y habría caído si él no hubiese avanzado con rapidez para sujetarla.

La habría ayudado a recobrar el paso de marcha si hubiese podido, pero en cuanto su avance se vio interrumpido, la muchacha se desplomó como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos, y Reinmar se encontró con la joven sujeta entre los brazos. Aunque estaba profundamente dormida, continuaba soñando, ya que sus ojos se movían bajo los párpados cerrados y su expresión no era en absoluto serena. Vaedecker volvió a imprecicar.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Reinmar—. ¿Esperamos hasta la mañana? No tenemos ni comida ni agua para ayudarla a recuperar fuerzas. Podría haberse recobrado si se hubiera quedado en la carreta, pero ahora se encuentra mucho peor.

—La llamada que ha oído no puede hacer concesiones a su estado físico —murmuró el soldado—. La magia, si es que se trata de magia, no puede saber que le han golpeado la cabeza y la han atontado, o tal vez no le importa. Si no estuviéramos

aquí, probablemente quedaría tendida y moriría, pero dado que estás tú para llevarla en brazos, aún queda una posibilidad de que sobreviva. Sigamos el mismo rumbo que llevaba mientras podamos, al menos hasta llegar al final de esta condenada cuesta. Una vez en lo alto, subiré a la copa de uno de estos gigantes de madera y veré qué hay en el territorio del otro lado.

Reinmar acomodó a Marcilla lo mejor que pudo en sus brazos antes de ponerse en movimiento, tras el sargento. La muchacha le había parecido bastante ligera cuando se movía por propia voluntad, pero entonces que estaba relajada resultaba realmente muy pesada, y Reinmar creía que no podría cargar con ella durante mucho rato sin desplomarse.

Por suerte, el final de la ladera no se encontraba muy lejos, y cuando lo alcanzaron, Vaedecker trepó de inmediato a un árbol. Reinmar miró en torno para buscar un sitio en que depositar la carga, pero en el suelo abundaban raíces que sobresalían y los pocos espacios que había se encontraban cubiertos de helechos. La vegetación estaba aún muy mojada y no se secaría antes del anochecer, al igual que la ropa de Marcilla. Reinmar posó los ojos en lo alto de la cabeza de la muchacha, y vio que desde ese ángulo resultaba muy visible la herida que había sufrido.

El joven Wieland volvió la vista en la dirección por la que habían llegado e intentó calcular qué distancia los separaba de la carreta. En ella no hallarían refugio, pero algunas de las prendas de recambio que llevaban en las mochilas estarían razonablemente secas, y en el vehículo había comida y agua, además de mucho vino. ¿Sería demasiado malo si él y Vaedecker perdían la única oportunidad de ser admitidos en el lugar donde se fermentaba el vino de los sueños? Negarse a retroceder, dadas las circunstancias, podría significar sufrir voluntariamente una enorme cantidad de penurias y esfuerzos.

Matthias Vaedecker se dejó caer desde las ramas inferiores del árbol al que había trepado.

—Buenas noticias —anunció—. En el valle que hay al otro lado se ven dos grupos de edificios. El bosque es menos espeso, y hay un lago. Las aguas parecen grises y oscuras bajo esta luz, pero me atrevería a decir que es un sitio bastante agradable cuando brilla el sol. Los edificios también son grises. El grupo más grande se encuentra en la orilla y parece tener la suficiente capacidad como para alojar a toda una comunidad. El otro grupo está más cerca de la linde del bosque, justo en el camino de cualquiera que se dirija hacia el lago o al grupo de edificios más grande. El grupo de edificios más cercano parece una granja corriente, con sus cobertizos, dos graneros y tal vez un gallinero, pero no pude ver ningún trabajador ni ganado. Sería un buen refugio si pudiéramos estar seguros de que te acogerán bien.

—¿Si pudiéramos estarlo? —repitió Reinmar con tono de duda.

—Bueno, maese Wieland —dijo el sargento resueltamente—, supongo que te

corresponde a ti averiguar si obtienes una buena acogida. Si apareces en el umbral con una muchacha en los brazos, inconsciente y al borde de la muerte en los brazos, es improbable que te den con la puerta en las narices, y si te preguntan quién eres y a qué te dedicas, eres Reinmar Wieland, nieto de Luther Wieland, el conocido comerciante de vinos, que busca renovar sus bodegas. Creo que estarán dispuestos a recibirte, con independencia de quiénes sean.

—¿Y qué harás tú? —quiso saber Reinmar, sólo levemente resentido por el modo como el otro intentaba manipularlo. Después de todo, también él tenía sus propios planes, y era el que se encontraba en mejor posición para hacer más averiguaciones y descubrimientos.

—Soy un soldado —respondió Vaedecker—. Puedo cuidar de mí mismo por un rato..., y ahora que estamos aquí, si éste es el lugar al que intentábamos llegar, es necesario que eche un vistazo por los alrededores. Preferiría que nadie supiera que estoy aquí, más aún si es verdad lo que dice el rumor respecto a que los desconocidos no deberían hallar el camino hasta aquí sin ayuda sobrenatural. Los espías trabajan mejor cuando no los esperan.

—¿No te preocupa dejarme a solas? —preguntó Reinmar, cauteloso.

—Estaré cerca hasta que te encuentres a salvo y bajo techo —le aseguró el soldado—. Después de eso, tendré que confiar en que cuides de los intereses de todos de la mejor manera posible.

Reinmar sólo vaciló un momento antes de asentir para mostrar su acuerdo con el plan. En efecto, era mucho más probable que a él y la muchacha les dispensaran una buena acogida si no los acompañaba otro hombre. Aunque sus anfitriones se mostraran suspicaces ante su presencia, tendrían para con él una deuda de gratitud al darse cuenta de que ella no podría haber concluido el viaje por sus propios medios, y tal vez se alegrarían al oír su nombre. Si eran los productores del vino oscuro, o incluso si eran meros distribuidores, los Wieland habían sido sus aliados en otros tiempos, y si se habían enterado de las proezas de Von Spurzheim en Marienburgo, muy bien podrían pensar que entonces necesitaban aliados con más desesperación que nunca.

Reacomodó a Marcilla en sus brazos, de modo que, cuando echó a andar otra vez, la tenía bastante bien equilibrada. Como descendía la ladera en lugar de subirla, le parecía que avanzaba con mayor facilidad, aunque debía tener cuidado para no tropezar con una raíz a flor de tierra o resbalar en las zonas de fango.

El bosque era más denso a medida que bajaba la ladera, pero logró hallar un sendero que lo atravesaba, sin perder la orientación. Cuando Vaedecker desapareció entre los árboles, apenas lo advirtió. Aunque de vez en cuando volvía la vista atrás con la esperanza de ver dónde estaba el soldado, Reinmar no pudo captar ni un atisbo de él, aunque supuso que el otro podía observarlo.

Dado que Reinmar descendía hacia el valle, el sol —que estaba poniéndose tras las nubes— se escondió un poco antes de lo que él había previsto; comenzó a preguntarse si tendría luz crepuscular durante el tiempo necesario, pero antes de que se pusiera más nervioso el bosque empezó a abrirse otra vez. Se sintió profundamente contento cuando aparecieron ante él las ventanas iluminadas y le proporcionaron un punto hacia el que avanzar.

—Bueno —dijo para sí en un susurro—, aquí estoy. Siempre he ansiado correr una aventura y ahora me encuentro en medio de una. Esperemos que logre desenvolverme de tal forma que pueda recordarla con alegría durante toda mi vida.

Trece

En la oscuridad creciente, Reinmar no podía determinar con exactitud qué tipo de granja constituían aquellos edificios y sus tierras circundantes, pero estaba demasiado cansado para preocuparse indebidamente por los detalles. Percibía en el olor del humo de las chimeneas un ligero matiz de comida reciente. También podía oír los cacareos de los pollos a cierta distancia, a la derecha de la casa, un sonido que le resultó muy tranquilizador.

La puerta de la vivienda se abrió mucho antes de que tuviese oportunidad de anunciar su presencia, y un hombre de constitución robusta, presumiblemente el granjero, salió a observarlo mientras se aproximaba. El hombre no llevaba arma ninguna, pero había una tensión notable en su actitud. Tras estudiar a Reinmar de la cabeza a los pies tanto como se lo permitió la escasa luz, y habida cuenta de que la muchacha que llevaba en brazos lo ocultaba en parte, el granjero se relajó un poco, aunque sólo un poco.

—Soy Reinmar Wieland, comerciante de vino —le dijo el joven.

—¿De verdad lo eres? —preguntó el granjero—. Me llamo Zygmund. ¿Qué te trae por aquí?

—Anoche me alojé en un pueblo que está a medio día a caballo hacia el este —explicó Reinmar— con mi mayordomo y un sirviente. Salvamos las vidas de una muchacha gitana y su hermano, que habían sido atacados por los rufianes del pueblo, pero no llegamos a tiempo de evitarles una buena paliza. Cuando la carreta quedó atascada a causa de una tormenta repentina, la muchacha se alejó. Deliraba debido a un golpe que recibió en la cabeza, y no sabía lo que hacía. La seguí hasta que cayó completamente exhausta..., pero ahora es demasiado tarde para regresar a la carreta, y no tengo ni comida ni agua. Si pudieras darnos un poco y dejar que descansáramos ante el fuego hasta que se nos seque la ropa, te estaría muy agradecido. Temo que la muchacha muera en mis brazos si no puedo acostarla pronto.

Se produjo poco cambio en los modales del hombre, que continuaba tenso y suspicaz, y Reinmar se puso igualmente tenso mientras aguardaba una respuesta.

—¿Wieland has dicho? —preguntó el granjero al fin, como si luchase por recuperar algún borrado recuerdo de su juventud, perdida mucho tiempo antes—. Creo que conozco ese apellido. Entra... y sé bienvenido.

La adición retardada de la última parte de la frase alivió un poco la ansiedad de Reinmar, a pesar de que no pareció pronunciada con total sinceridad.

La sala principal de la vivienda estaba más ordenada que aquella en la que Reinmar había hablado con Albrecht, pero las paredes encaladas y muebles rústicos se parecían mucho a los que había visto en la casa de su tío. Reinmar depositó a la muchacha sobre la alfombra del hogar, y Marcilla se estiró para recibir el calor del fuego, aunque continuó dormida y soñando.

Zygmund tenía una esposa tan robusta como él, que desapareció en dirección a la cocina cuando el hombre le pidió que trajese comida mientras él salía en busca de más leños para alimentar el fuego. El día no había llegado a entibiarse y la tormenta había enfriado considerablemente la atmósfera, así que se percibía un helor en el aire húmedo, aunque éste desapareció cuando regresó el granjero e hizo que volvieran a alzarse llamas en el hogar.

El anfitrión volvió a desaparecer para regresar al cabo de poco rato con un colchón escasamente relleno y dos mantas gruesas.

—No es demasiado blando —se disculpó—, pero la paja está limpia y razonablemente libre de parásitos. Las mantas la mantendrán abrigada si le quitas la ropa mojada. Tú tendrás que sentarte junto al fuego hasta que se te seque la ropa sobre el cuerpo.

Reinmar aceptó con agradecimiento lo que le ofrecía. Le quitó el vestido a Marcilla tras haberla cubierto con una de las mantas para proteger su honestidad, y lo colgó sobre el brazo de una silla.

La esposa del granjero llegó con media barra de pan y los restos de una pierna de venado, y Reinmar comenzó, de inmediato, a cortar rebanadas de carne con su cuchillo, para luego partir el pan en trozos más pequeños. Para cuando hubo acabado con esos preparativos, junto al hogar habían dejado dos vasos de vino. Reinmar cogió uno y lo probó. Al principio se sorprendió de encontrarlo razonablemente bueno, hasta que se dio cuenta de que debían de haberlo obtenido en los mismos viñedos que él había visitado ese día.

—No es para nada la peor de las cosechas —murmuró.

El granjero había vuelto a marcharse y no pudo oírlo... De hecho, Reinmar comprendió que debía de haber salido de la casa otra vez. La mujer les llevó una jarra de agua.

—¿Quieres que te ayude a alimentar a la doncella? —le preguntó—. La pobrecilla parece agotada.

Reinmar sacudió la cabeza, y lamentó amargamente el que Marcilla estuviese mucho peor que agotada.

—Me pareció ver otro edificio en el valle, ¿estoy en lo cierto? —preguntó, distraído.

—Sí —replicó la mujer con lentitud—. Es el monasterio. Zygmund ha ido allí en busca de ayuda para la doncella. Los monjes tienen algunos conocimientos de sanación.

—¿Un monasterio? —inquirió Reinmar al recordar lo que le había dicho Luther sobre otros rumores relacionados con el origen del vino oscuro—. ¿Cuántos monjes viven allí?

—No lo sé seguro. No más de sesenta, calculo.

¡Sesenta! Era un número mayor del que Reinmar había esperado oír. Hasta donde él sabía, los monjes eran más dados a hacer cerveza que vino, pero forzosamente debían ser capaces de emplearse en cualquier cosa... y se decía que los monjes habían sido los primeros en descubrir el secreto de la destilación que permitía transformar el vino en licores más fuertes. Resultaba plausible que el vino de los sueños pudiese ser invento de monjes, pero... ¿sería al bendito Sigmar a quien adoraban estos monjes o a alguna otra deidad? ¿Y cuántas otras verdades podría haber en las historias que Luther Wieland había recogido cuando buscaba el origen del vino de los sueños?

Reinmar advirtió que la mujer lo estudiaba con una curiosa expresión, en la que había una mezcla de ansiedad, y de perplejidad. Apartó la cabeza con la esperanza de que no pareciese un gesto culpable. En cualquier caso, ella lo interpretó como una invitación para que se marchara, y él continuó ingiriendo trozos de pan y tajadas de venado. Consiguió que Marcilla bebiera un poco de agua, a pesar de su inconsciencia, e incluso un poco de vino, pero cuando mojó un trozo de pan en agua, no logró metérselo en la boca.

Aunque estaba preocupado y no se sentía para nada seguro, Reinmar se dio cuenta de que iba relajándose y de que el cansancio mermaba su estado de vigilia. Una vez que hubo acabado con la media barra de pan, se habría quedado dormido si no hubiese oído que la puerta de la casa volvía a abrirse.

Alzó una mirada borrosa esperando ver a Zygmund, pero el granjero no se encontraba con los dos monjes que entraron. Iban ataviados con hábitos monacales y llevaban un zurrón colgado del hombro. Debían de haber estado fuera durante la tormenta de lluvia, porque sus hábitos aún estaban mojados. La humedad de la tela de color gris oscuro desprendía un olor mohoso que no se parecía a nada que Reinmar conociera.

Eran ambos altos y de rostro delgado, y cuando se echaron hacia atrás las capuchas húmedas que cubrían la zona tonsurada de su cabello espeso y negro como la brea, Reinmar vio que ambos tenían unos ojos tan insólitamente brillantes como oscuros. Había algo peculiar en aquella brillantez, pero Reinmar no pudo determinar con precisión de qué se trataba.

Los dos recién llegados recorrieron la sala con una rápida mirada, y luego se aproximaron al hogar junto al que Reinmar se encontraba sentado al lado de Marcilla.

Tras hacerle apenas un gesto con la cabeza a Reinmar, uno de los monjes dejó el zurrón a un lado y se arrodilló junto a la muchacha. Le posó una mano en la frente y, luego, en una mejilla. Parecía preocupado de verdad, pero su compañero estudiaba a Reinmar con gran atención y obvia curiosidad.

—Tiene fiebre —informó el monje que estaba arrodillado—. El golpe que recibió en la cabeza la ha dejado malherida. Has hecho bien en buscar refugio, joven... Sólo espero y ruego que no sea demasiado tarde para salvarla. ¿Has tenido que llevarla en brazos durante mucho tiempo?

—Bastante —respondió Reinmar, cuya ansiedad había aumentado de modo considerable ante el vago diagnóstico del monje—. Tuve mucha suerte de dar con esta granja, porque me encontraba completamente perdido. Estoy seguro de que no podría haber hallado el camino de vuelta a mi carreta. ¿Está muy mal? Mi mayordomo pensaba que se recuperaría, aunque eso fue antes de que se marchara después de la tormenta que le empapó la ropa.

Dejó más espacio para que los dos monjes pudiesen secarse las vestiduras al calor de las llamas, mientras el que había permanecido de pie echaba más leña al fuego.

—Es mal día para andar por ahí —comentó el monje que estaba arrodillado—. Parece que la tormenta nos pilló a todos por sorpresa, y desde luego no le ha hecho ningún bien a tu amiga. Se ha empapado, y luego se agotó caminando. Si antes no estaba en peligro de muerte, lo está ahora. Soy el hermano Noel, por cierto, y mi compañero es el hermano Almeric. Nuestra casa se encuentra al otro lado del lago. Tal vez la viste cuando bajabas la ladera. —El tono era bastante amistoso, aunque algo precavido.

Reinmar no ignoraba que los dos hombres no sabían muy bien qué pensar de él y, aunque Zygmund tenía que haberles dicho cuál era su nombre y qué profesión tenía, repitió ambas cosas tanto para conferirles más fuerza como para mostrarse cortés.

—Soy Reinmar Wieland, comerciante de vinos de Eilhart. La muchacha se llama Marcilla, según me dijo su hermano. Ella apenas ha pronunciado dos palabras desde que la rescatamos de los patanes que la atacaron en el pueblo cercano.

Bajó los ojos con temor, pues sabía que carecía de toda experiencia en la que basarse para hacer una valoración precisa del estado de la joven.

—¿Wieland el vinatero? —preguntó el hermano Almeric con aire pensativo—. Hace tiempo, nosotros conocíamos a un hombre que tenía ese apellido, ¿no es cierto, hermano Noel?

—Así es —confirmó su compañero.

Reinmar se preguntó si el nosotros se refería a los dos monjes presentes o a toda su comunidad.

—Mi abuelo Luther solía visitar con regularidad esta zona —informó Reinmar. A despecho de su preocupación por Marcilla, sabía que no debía olvidar que tenía otros

planes que llevar a cabo—. Por desgracia, cayó enfermo y tuvo que dejar la dirección del negocio en manos de mi padre, Gottfried, antes de que éste hubiese aprendido del todo el oficio, y perdió contacto con algunas de nuestras anteriores fuentes de suministro. Ahora que yo soy lo bastante mayor para tomar parte en el negocio, esperamos restablecer relaciones con algunos de los proveedores que perdimos.

—¿De verdad? —preguntó el hermano Noel—. Me temo que carecemos de experiencia en los asuntos del comercio. Nosotros, personalmente, tenemos pocas relaciones con los aldeanos de los valles vecinos, aunque el hombre en cuya casa nos encontramos ha sido siempre un buen vecino. Hace una buena cantidad de trueques para nosotros, y tenemos otros amigos en la región.

Hablaba con un tono tan sincero como el que había empleado Reinmar, pero el joven estaba seguro de que sabía con total exactitud qué podía significar la frase «los proveedores que perdimos».

—Me temo que me he comido todo el pan —dijo Reinmar—, pero queda un poco de carne, y el vaso de vino que la esposa del granjero trajo para Marcilla está prácticamente intacto.

Continuaba mirando con ansiedad a la muchacha, y tendió una mano para tocar su rostro angustiado cuando pronunció su nombre. Tenía mucha fiebre; el fuego había vuelto a calentarla.

—Hemos traído nuestro pan —contestó Almeric con brusquedad—, y también vino, un vino mejor que éste.

—¿De verdad? —preguntó Reinmar—. Pensaba que ésta era una cosecha insólitamente buena. Esta misma mañana compré una buena parte de la producción del viñedo del que procede. —Vaciló apenas un instante antes de añadir—: Si tenéis uno mejor, me encantaría probarlo.

Al hermano Almeric no parecía entusiasmado en complacer esa solicitud, pero miró a su compañero en busca de consejo.

—¿Por casualidad has acudido aquí en busca del monasterio, maese Wieland? —preguntó el hermano Noel, con tono tranquilo pero cauteloso—. En otros tiempos, nuestros vinos tuvieron una cierta reputación tanto entre los expertos en licores como entre aquellos que conocían su valor medicinal.

—No tenía ni idea de que existiera el monasterio —les aseguró Reinmar—. Si la muchacha gitana no me hubiese obligado a seguirla, habría pasado de largo sin saber siquiera que existía este valle... Pero siempre estoy interesado en los buenos vinos. Soy, como ya os habréis dado cuenta, un mero aprendiz, aunque ansioso por aumentar el negocio familiar hasta que sea tan provechoso y estimado como antes. ¿Podrís ayudarla? Zygmund dijo que teníais algunos conocimientos de sanación... Por eso os fue a buscar, ¿verdad?

Mientras Reinmar hacía su cuidadoso discurso, Almeric había abierto el zurrón y

había sacado de dentro una fina barra de pan algo sucia, y una pequeña botella de piedra. El tapón de la botella estaba sujeto con alambre de plomo.

—Podemos ayudarla —respondió Noel— si consientes que el hermano Almeric le dé a la muchacha una pequeña cantidad de este licor. No creo que eso le permita recobrar ahora el sentido, pero a la larga la beneficiará. Tiene notables poderes de reanimación, y los miembros de nuestra orden siempre han disfrutado de una salud insólitamente buena.

Reinmar no comprendió plenamente el significado de esas palabras hasta que acabaron de ser pronunciadas. Había estado representando su papel a despecho de la ansiedad que sentía, y se había metido en la trampa. Sin duda, lo que le estaban ofreciendo a Marcilla era uno de los vinos oscuros. Si podía confiarse en el juicio de Gottfried Wieland y Machar von Spurzheim, los monjes le estaban pidiendo que les dejara darle una dosis de la esencia misma del mal. Por otro lado, pensó que las únicas personas que conocía que realmente habían probado alguna vez el vino oscuro eran Luther y Albrecht, quienes hablaban de él en términos mucho más positivos y aún estaban vivos para contarlo. Ninguno de ellos, al parecer, se había convertido en un adicto sin remedio, y ninguno de los dos había sufrido daño repentino o permanente como consecuencia de su consumo.

Durante varios segundos sufrió una agonía de indecisión tan intensa que no pudo pronunciar una sola sílaba para protestar cuando le arrebataron la decisión de las manos. Almeric se arrodilló junto a su compañero, que se apartó, y posó el cuello de la botella ya abierta sobre la boca de Marcilla.

La muchacha había sido incapaz de beber más que un pequeño sorbito de agua o vino corriente, pero en cuanto el licor tocó sus labios alzó ligeramente la cabeza y, cuando el líquido entró en su boca, lo bebió con ansia. Reinmar extendió un brazo como si intentara detener al monje, pero no había verdadera fuerza en el gesto, y el hermano Noel le sujetó la muñeca con suavidad pero firmemente.

—Lo necesita, maese Wieland —dijo Noel con voz queda—. Créeme, te lo ruego; lo necesita de verdad.

Los ojos de Marcilla se habían abierto, aunque sólo por un momento, y suspiró profundamente al cerrarlos otra vez para luego dejar caer la cabeza y volver a dormirse. La verdad era que parecía más tranquila y no estaba tan afiebrada.

—¿Lo ves? —dijo el hermano Noel—. Realmente lo necesitaba. No digo que vaya a curarla, pero hará que se sienta mucho mejor.

El tono de su voz no había variado en lo más mínimo, pero a Reinmar le pareció que sus palabras habían adquirido un claro matiz ominoso.

—Gracias —respondió Reinmar con incertidumbre—. Sois muy amables.

—Si quieres, tú mismo puedes probar el vino —prosiguió Noel—. Es probable que lo encuentres más fuerte y dulce que cualquiera que hayas probado antes, pero creo

que te hará bien. Es evidente que tu compañera tiene mucha más necesidad de él, pero tú también pareces haber sufrido un poco. Es una maravillosa ayuda para la recuperación. No puede curar una herida, pero sí reanimar el espíritu y aliviar la angustia, y tú pareces necesitar ese tipo de tratamiento. En el peor de los casos, te resultará interesante para tu experiencia profesional.

Reinmar tragó con dificultad. La ansiedad le había secado la garganta y desde luego que tenía sed, pero estaba seguro de que ése era el vino con el que su padre siempre se había negado a comerciar. Los argumentos que le habían venido a la cabeza cuando se ofrecieron a darle el vino a Marcilla, volvieron entonces con tanto poder como antes, y sabía que no podría mantener el fingimiento de comprador potencial del vino si se negaba a probarlo siquiera, aunque no ignoraba que ese momento de decisión podría ser el más crucial con el que jamás tendría que enfrentarse.

Sabía que su padre habría insistido en que lo rechazara, y también sabía que su abuelo le habría instado a probarlo. Al final, sin embargo, era una decisión que debía tomar él y nadie más.

—Tengo que limpiarme el paladar —dijo al fin.

Con cuidado, acabó con el vino que quedaba en el vaso que le había llevado la esposa del granjero. Después se sirvió un poco de agua, con la que se enjuagó la boca como lo habría hecho cualquier experto antes de catar un caldo nuevo. Por este procedimiento, demostró que sólo tenía intención de probar el vino que le ofrecían, y que luego lo escupiría.

El hermano Almeric le quitó el tapón a la botella por segunda vez, y escanció un poco dentro del vaso con gesto parsimonioso.

Reinmar miró el interior del recipiente de madera, pero estaba tan manchado que resultaba imposible juzgar el color del líquido que entonces contenía, aunque era un poco viscoso y tenía una fragancia notablemente fuerte —dulce aunque más bien empalagosa—, que no le resultó del todo agradable.

«Soy un hombre independiente —se dijo—. A partir de ahora tomo mis propias decisiones y permanezco fiel a mis sueños».

A continuación, bebió un diminuto sorbo del vino oscuro, y lo dejó reposar durante un momento sobre la lengua.

Catorce

En realidad, Reinmar pensaba escupir el vino al fuego en cuanto lo hubiese catado, pero al desarrollarse su sabor y extenderse la inesperada complejidad de la sensación, sintió una auténtica descarga de placer. Dejó que el líquido descansara sobre su lengua un momento más, y luego otro, hasta que su tibieza y fragancia le inundaron la totalidad de la boca.

Cuando finalmente escupió, apenas quedaba nada, y la gota que siseó brevemente en el fuego pareció casi ridícula.

El regusto que el licor le dejó en la lengua le recordó el aroma de ciertas flores exóticas que los jardines de Eilhart recibían en forma de bulbos y semillas procedentes de la lejana Tilea, en cuyas ciudades se decía que las compraban las caravanas de especias. Decidió que era mucho más agradable de lo que había previsto, y pudo imaginar con facilidad por qué algunos hombres pensaban que se trataba de un sabor por el que merecía la pena recapitular.

—Es bastante bueno, ¿verdad? —preguntó Noel—. Es un vino que en otros tiempos fue muy apreciado en muchas de las más nobles casas del Imperio, aunque los problemas que ahora afligen al reino han casi destruido el comercio regular que manteníamos en otras épocas. Nadie de fuera del monasterio conoce el secreto de su producción.

Reinmar inhaló profundamente para que el aire le refrescara la lengua y para llenarse los pulmones con una última inspiración de aquella curiosa fragancia. Entonces, experimentó un acceso de breve embriaguez que no se parecía a nada que hubiese sentido antes. No sabía muy bien qué decir, pero pensaba que era necesario hacer algún comentario.

—Es muy inusual —murmuró, pero de inmediato sintió vergüenza por lo inadecuado del adjetivo. Para ocultar su azoramiento, añadió—: Me sorprende que no sea más conocido en Eilhart.

—Habíamos supuesto que aún lo valoraban allí —murmuró el hermano Almeric—, pero llevamos vidas recogidas.

«¿Acaso está declarando su inocencia? —se preguntó Reinmar—. ¿Está intentando convencerme de que no sabe absolutamente nada de la reputación que el vino oscuro tiene fuera del valle?».

—No es demasiado sorprendente que no conozcas este vino, aunque seas un vinatero —intervino Noel, como si deseara aclarar ese punto—. En el aislamiento de nuestro valle, hemos perdido todo sentido real de la extensión y complejidad del mundo. Dejamos en manos de otros el distribuir como crean conveniente los escasos excedentes que producimos, aunque obtenemos de él un verdadero beneficio como ayuda para la meditación y la comunión con el dios a cuyo servicio está dedicada nuestra orden. A un comerciante próspero como tú, nuestro valle oculto y nuestros pequeños secretos deben parecerle algo íntimo y remoto, apenas digno de interés en el sentido comercial.

—Yo no diría eso —respondió Reinmar, pensando que tal vez sería mejor mostrarse osado—. La casualidad y la desventura me trajeron hasta aquí, pero el producto de vuestro secreto proceso aún podría trocar la desdicha en ventaja para mí y para vosotros.

El hermano Almeric no parecía convencido de la sinceridad de Reinmar, pero el hermano Noel continuaba mirándolo con aparente benevolencia.

—Te invitamos a visitar el monasterio mañana, maese vinatero, si tienes tiempo para ello —dijo—. Espero que la doncella no esté tan malherida como parece, pero si por casualidad tuvieras que permanecer aquí más tiempo...

—Me complacería visitaros —respondió Reinmar.

El hermano Noel y el hermano Almeric le dieron entonces las buenas noches, aunque sus ropas aún no estaban secas, y lo dejaron acurrucado junto al fuego.

En el momento en que ya cerraban la puerta, Noel habló.

—Te veremos mañana, maese Wieland. Volveremos para ver cómo se encuentra la muchacha, y luego te llevaremos a visitar el monasterio, si es que quieres venir.

—Estoy deseoso de acompañaros —aseguró Reinmar.

Tras haber hecho ese comentario, se preguntó si, después de todo, debía considerarse un osado aventurero o algo más parecido a una mosca que se había metido en la tela de una araña. Se recorrió el interior de la boca con la lengua una vez más, pero el sabor del vino oscuro ya se había disipado. Luego, bajó los ojos hacia el adorable rostro de la gitana, que entonces parecía aún más encantador que antes.

Ella se movió ligeramente, pero no como si estuviese angustiada o ansiosa. Si aún soñaba, los sueños debían de haberse vuelto mucho más tranquilos, aunque la herida de su cabeza parecía más fea que antes, y el muchacho se dio cuenta de que Noel tenía razón al decir que se encontraba peor de lo que Godrich había diagnosticado.

—Duerme bien, amor mío —dijo con osadía—. Has hecho lo que debías hacer, y sólo puedo rezar para que estés a salvo.

Después de unos minutos de silencio, Marcilla volvió a removerse, esa vez con mayor vigor. Reinmar se inclinó sobre ella con ansiedad, pero no parecía haber ningún motivo de alarma. Los ojos de la muchacha se abrieron y lo miraron con

atención, como si Marcilla estuviese intentando recordar quién era él. Luego, desvió la vista hacia el fuego, y a continuación la bajó hacia la alfombra sobre la que yacía. Reinmar había tendido el colchón junto a ella, pero aún no había tenido la oportunidad de acostarla.

—Tuvimos que buscar refugio —le explicó él—. Estamos en una granja situada en un valle, no lejos de un monasterio.

Ella asintió como si le respondiera, pero Reinmar no quedó convencido de que entendiera lo que acababa de decirle. La mención del monasterio, desde luego, no provocó en ella reacción alguna.

—Dos monjes te han traído una medicina que te han dado a beber —prosiguió el joven—. Parece que te ha puesto un poco mejor.

La mención de algo para beber provocó una reacción más positiva, y la muchacha gitana giró la cabeza hasta que sus ojos se animaron al posarse sobre el vaso. Reinmar vertió en él un poco de agua y se lo ofreció. Ella fue capaz de cogerlo con una mano y llevárselo a los labios. Debido a que lo había visto verter el agua, se detuvo con sorpresa al beber el primer sorbo. El joven Wieland supuso que debía quedar un resto del vino de los monjes adherido a las paredes del vaso, y el agua lo había disuelto. Marcilla bebió más golosamente, y Reinmar observó cómo la sorpresa inicial era reemplazada por la insatisfacción.

—¿No hay más? —inquirió ella con voz débil.

Él cogió la jarra de agua, pero ella no se refería a eso, así que sacudió la cabeza.

—Te dieron una especie de vino dulce —explicó él, cauteloso—. Yo nunca lo había probado antes.

—Es muy dulce —murmuró la muchacha al mismo tiempo que se pasaba la lengua por el interior de la boca—. En verdad muy dulce.

Le devolvió el vaso vacío, y él lo dejó a un lado. Parecía muy aturdida, como si su mente se balanceara al borde mismo de la realidad. La convenció para que rodara hasta situarse sobre el colchón. Le habría gustado hablar más con ella, pero para cuando se hubo puesto más cómoda, ya comenzaba a dormirse otra vez. Reinmar mismo estaba tan cansado que no pudo lamentar la necesidad de posponer la conversación hasta la mañana siguiente. Se tumbó junto a ella, sobre la alfombra, sin importarle que el cuerpo de la muchacha impidiera que le llegase el calor directo del fuego, y se quedó dormido casi de inmediato.

A pesar de que durmió tan profundamente como podría haberse esperado dado su extraordinario agotamiento, Reinmar se vio agitado por sueños desde el principio.

Mientras corría las otras aventuras del día, había apartado con firmeza de su mente el enfrentamiento con los hombres bestia, pero al quedarse dormido cayeron las defensas tras las cuales había encerrado ese recuerdo, y en cuanto empezó a soñar revivió los horrores del día pasado.

Recordó la espantosa visión de aquel primer rostro bestial, cosa que se unió al conocimiento de que había toda una manada de semejantes criaturas, avanzadillas de exploradores de un ejército monstruoso.

Recordó el salto que había llevado al hombre bestia a chocar con el mayordomo de su padre, y el desagradable golpe sordo de la cabeza de Godrich contra la banda de hierro que daba soporte a la lona mal sujeta.

Recordó el modo como los intestinos del hombre bestia se habían descargado cuando Sigurd apretó al máximo con su poderosa mano, y la forma en que la camisa de Matthias Vaedecker había absorbido el hedor de la extraña criatura.

Comenzó a evocar todas esas cosas a la vez, de manera que los recuerdos se apilaron como un montón de hojas en otoño, dejadas caer por las experiencias del día, pero que aún no se habían deshecho en el fango de la experiencia vital. Uno a uno ya habían sido bastante difíciles de soportar, pero separados del tiempo y arrojados a una confusión tan horrible, parecían diez veces peores. Le dijeron no sólo que su vida ya no volvería a ser la misma nunca más, sino que los dieciséis años que había vivido hasta ese momento los había pasado tras los muros de la ignorancia, muros que siempre habían estado asediados por todas las monstruosas lujurias y los monstruosos peligros del mundo, aunque él no lo supiera.

Reinmar se resistió a las imágenes lo mejor que pudo por el sistema de concentrar toda su voluntad en recordar el hermoso, inocente y dormido rostro de Marcilla, pero lo único que consiguió fue interponer un velo frágil y translúcido entre sus asustados ojos y el cuadro por el que se movían todos sus horrores.

Comprender su pasado bajo esa nueva luz —o estar a punto de comprenderlo como suele pasar en los sueños— fue casi demasiado para él, así que comenzó a soñar otras cosas: las posibilidades del futuro más que la carga del pasado.

Pero, ¡ay!, los potenciales del futuro habían cambiado junto con los legados del pasado, y los sueños de Reinmar se volvieron aún más fantasmagóricos cuando los encaminó en esa dirección.

Los hombres bestia del primer sueño parecían bastante aterradores, pero eran seres insignificantes comparados con las quimeras de los sueños siguientes; tenían cabezas astadas como toros o bisontes, y brazos adicionales que acababan en zarpas en lugar de manos. No obstante, lo más aterrador era algo que no podía ver, sino sólo sospechar: los seres de ese tipo escondían una pasmosa inteligencia bajo sus cabezas de monstruo y eran capaces de oír las palabras dichas en cualquier parte, dentro y fuera del mundo.

Continuó intentando con todas sus fuerzas recurrir a imágenes más reconfortantes como medio para alejar el horror, pero cada vez que trataba de conjurar la belleza de Marcilla, ésta permanecía apenas un instante antes de metamorfosearse en algo mucho más terrible. Sus ojos se inflaban hasta ser enormes y

verdes, la cascada de negros cabellos se volvía de un vivo blanco, y el cuerpo mostraba toda clase de grotescos adornos, tanto tatuados como pintados. Las manos se transformaban en largas pinzas como tijeras, y hacia el final de la columna le crecía una enorme cola, rematada por una punta de flecha.

Era demasiado para que pudiera soportarlo, pero el único modo que tenía de negarse a tolerarlo consistía en destrozar las imágenes en incontables esquirlas de pensamiento, con lo cual reducía la fugitiva coherencia de su consciencia onírica a mero polvo demente... Incluso en la aterrorizada huida entrevió una posibilidad aún más espantosa que cualquiera que hubiese atisbado antes, porque se dio cuenta de que algo similar podía sucederle a su mente consciente. Destrozar las pesadillas no tenía ninguna consecuencia permanente, pero destrozar del mismo modo la mente consciente era dar un paso, de manera irremediable, a la locura.

Reinmar nunca había sospechado que tuviese ninguna tendencia a la demencia, y nunca se había considerado presa probable de tal trastorno, pero entonces sabía que no existía hombre vivo que estuviese libre de ese potencial o que fuese inmune a un destino semejante.

Sus pesadillas subsiguientes fueron tan desordenadas e incomprensibles como sólo pueden serlo las pesadillas. Cuando por fin despertó, ya comenzaban a deslizarse a través de la red de la memoria, aunque había ciertas imágenes que eran lo bastante poderosas como para quedar profundamente grabadas en su mente. Antes de abrir los ojos para saludar al nuevo día, Reinmar recordó con demasiada facilidad algunos de esos fugitivos instantes.

Se acordó de que en un momento de aquel sueño estaba intentando escalar un tosco paso de montaña que llevaba hasta un castillo situado en las nubes. Un viento terrible había dificultado cada paso, como si tironeara de él con salvajes zarpas y le ensangrentara los brazos cuando los alzaba para protegerse.

Estaba seguro de que, más de una vez, había logrado llegar hasta la puerta cerrada de la oscura ciudadela, y había gritado para que lo dejaran entrar sin conseguirlo. En cada ocasión la puerta se había abierto, aunque apenas una rendija para permitir que la brillante luz del interior bañara su rostro. La luz que lo había bañado era fría y cruel, lo hería como las zarpas invisibles que lo habían atacado en el paso de montaña, y lo hacía retroceder. De algún modo, no obstante, había logrado entrar en la enigmática fortaleza y se había escabullido hasta las sombras de un gran salón como un ratón que tuviese miedo del gato de la casa.

Recordaba que en otro momento del sueño una bella mujer había acudido a él cuando estaba tumbado sobre una amplia cama. Tenía un rostro mucho más hermoso que su amada Marcilla, pero eso era algo que cabía esperar, ya que —como había descubierto al volverse hacia ella— no era del todo mujer, sino demonio en parte. Tenía una lengua bifurcada como las serpientes, piernas que acababan en

monstruosas zarpas de dos garras, y su torso estaba cubierto de lustrosas escamas multicolores, cuyos tonos dominantes eran el rosado y el azul. El diablo de cabellos blancos le había implorado a Reinmar —al parecer, con la más grande de las urgencias— que abandonara a su prometida para marcharse con ella a compartir el mejor de los éxtasis.

A pesar de que había sentido la fuerza de la tentación, había resistido. Al menos, al evocar el sueño por la mañana, estaba seguro de que tenía que haber resistido..., aunque no podía recordar del todo lo que le había dicho a la pasmosa sirena, ni qué había hecho para liberarse del placer de su mortal mirada verde y la avidez de sus brazos. Podía recordar el brillo de sus cabellos blanco plateados, como el lustre del ala de un cisne, la exótica promesa de su cimbreado cuerpo voluptuoso y la sonrisa voraz que dejaba ver las puntas de sus dientes perlados, pero por mucho que lo intentaba no lograba recordar cómo había escapado de aquella espantosa situación.

Tampoco era capaz de recordar entonces cómo había escapado de las inevitables zarpas que lo habían acosado sin descanso mientras intentaba llegar a la fortaleza de su deseo, aunque no estaba seguro de que hubiesen permanecido invisibles en todo momento. Podía evocar los más fugaces destellos de quimeras aún peores que las bestias de cabeza de bisonte, compuestas de escorpiones, viles reptiles y extremidades vagamente humanoides.

«¿Será ésta —se preguntó tras despertar, pero antes de abrir los ojos— la clase de sueños que visita a los adultos de vez en cuando, y de los que sólo me ha mantenido a salvo la juventud?». ¿O se trataría de la clase de sueños que sólo tenían los que habían tomado un sorbo de vino oscuro y no habían cumplido con su intención de escupirlo?

La memoria le falló entonces, cuando intentó recordar más detalles del fugitivo sueño, así que consintió en abrir los ojos. Luego, se sentó y se desperezó mientras volvía la cabeza para mirar a la muchacha gitana que yacía a su lado.

Estaba muy quieta y en silencio, y al principio Reinmar pensó que aún sufría los efectos del agotamiento. Poco a poco, se dio cuenta, al hacer el intento de despertarla, de que estaba sumida en un sueño mucho más profundo del que podía provocar cualquier tipo de cansancio. Tenía la piel antinaturalmente fría, a pesar de que las últimas ascuas del fuego aún despedían un poco de calor.

Pasaron varios minutos durante los cuales Reinmar la sacudió cada vez más fuerte y le habló en voz cada vez más alta. El tono debió adquirir un timbre de histeria, porque la esposa de Zygmund entró corriendo en la habitación presa del pánico, como si esperase encontrar el colchón en llamas. La mujer se arrodilló junto a Marcilla y le tocó la frente con la punta de los dedos. Luego, llamó a su esposo, que a su vez irrumpía en la habitación en ese momento.

Reinmar cogió un brazo de Marcilla y lo sujetó por la muñeca, pero no pudo hallarle el pulso.

—Se suponía que debía mejorar —insistió Reinmar—. No puede estar muerta. Sólo tenía frío y estaba mojada..., y la acostamos ante el fuego, abrigada con una manta. Estaba mejorando.

Para entonces, Zygmund también se había arrodillado junto al colchón e intentaba hallar el pulso de la muchacha como había hecho Reinmar, pero al parecer fracasó. Su esposa le entregó una caja de madera lacada, que él lustró con una manga antes de acercarla a los labios de Marcilla, de los cuales la retiró sin empañar.

El granjero se echó hacia atrás sobre los talones para descansar su peso en los tobillos, y posó los ojos sobre el esbelto cuerpo.

—Es gitana —observó, fatalista—. Oyó la llamada, pero el esfuerzo que hizo para obedecerla fue excesivo para ella.

—No puede estar muerta —insistió Reinmar—. ¡No puede! ¡Yo la amo!

—Me temo que sí lo está, tanto si la amas como si no —le dijo Zygmund con voz cansada—. No hay nada que hacer.

Quince

Los minutos siguientes le parecieron a Reinmar una repetición de su pesadilla, al menos de la parte en que el aire y la luz lo herían como cuchillos y no le daban respiro. También en otro sentido se parecieron a un sueño, porque dejaron poca huella permanente en su memoria. Parecieron fluir de un modo muy dislocado, y cuando intentó rehacerse con el fin de hacerse cargo del flujo de acontecimientos, no pudo.

—¡No está muerta! —exclamó, aunque para entonces ya sabía que el hecho de decirlo no haría que fuese realidad.

—¡Ay, hijo mío! —dijo el granjero con dulzura—, sí que lo está.

—Entonces, tiene que haber sido envenenada..., ¡envenenada por ese vaso de vino que le dieron los monjes!

Reinmar sabía que era un pensamiento peligroso para expresarlo en voz alta ante los que estaban presentes, pero era la única causa posible de su terrible pena que su mente trastornada podía encontrar. El granjero sacudió la cabeza, al parecer con más tristeza que enojo.

—Creo que tú mismo bebiste de ese vaso —dijo—. Me temo que la muchacha no era tan fuerte como tú esperabas que fuese. Lo que dejó ese oscuro cardenal en su cabeza la hirió de gravedad. Le ha fallado el corazón, y nada más. Los esfuerzos de ayer tuvieron que agotar sus últimas reservas de fuerza.

A Reinmar se le ocurrió que esa explicación lo convertía a él en culpable, y estaba a punto de negarlo con pasión y declarar que Matthias Vaedecker había insistido en que la dejaran ir adonde quisiera, cuando su sentido común se sobrepuso a la velocidad de su lengua. En un instante, el calor de su enojo se transformó en un gélido frío de desesperación.

Marcilla estaba muerta y, con independencia de cuál fuese el golpe de desgracia que le hubiese arrebatado el alma, la había perdido para siempre. Ésa era toda la verdad. La había perdido para siempre... y había perdido la última oportunidad que había tenido para hablar con ella y, tal vez, hacerle el amor.

Mientras aún estaba sumido en su aflicción, Noel y Almeric regresaron tal y como habían prometido. También ellos examinaron a la muchacha gitana, y Noel confirmó que había muerto. De inmediato, se pusieron a hacer los preparativos para el funeral,

mientras Reinmar permanecía sentado y aturdido, incapaz de ayudarlos o protestar.

Al fin, llegaron otros cuatro monjes con una camilla preparada para llevarse el cuerpo de Marcilla. Con el hermano Noel y el hermano Almeric junto a él, Reinmar los siguió a través de un pequeño bosque hasta la orilla del lago, que luego rodearon camino del camposanto que los monjes habían hecho en el lado más cercano del complejo de edificios que constituía su monasterio.

El tiempo parecía haberse detenido, y Reinmar se sintió como si avanzara por un tipo diferente de sueño, en el que se veía reducido a una total impotencia por el flujo de acontecimientos. Su cuerpo se movía de manera mecánica, como si estuviese en trance, apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor. En algún lugar de sus profundidades había una parte de su alma que estaba más viva y era mucho más consciente, pero no podía tomar el control porque la ataba y sujetaba la congoja.

Otro día, tal vez Reinmar se habría fijado en que el lago era bastante hermoso, de un azul profundo bajo la luz reflejada por el cielo despejado, del que las nubes se habían retirado para amontonarse más apretadamente en torno a los picos de las Montañas Grises. Otro día, habría hallado mucho deleite en los nenúfares y los juncos que crecían profusamente en los bajíos. Entonces, sin embargo, estaba tan ciego para el agua como para los escuálidos campos que la rodeaban.

Ya se había cavado una sepultura a unos diez metros de la resquebrajada y musgosa pared que rodeaba el campo santo, donde los únicos distintivos que señalaban las tumbas eran de madera. El muro incrustado de musgo tenía un olor curiosamente mohoso, que sugería antigüedad y ruina, un hedor sutil, que podría haber resultado más ofensivo de no haber competido con él el olor de la tierra acabada de remover, que a Reinmar le pareció espantosamente fuerte y húmedo. El edificio más cercano al camposanto era un templo, dedicado, según supuso Reinmar, a Morr, señor del mundo subterráneo.

Reinmar observó sin reaccionar mientras el cuerpo amortajado de la muchacha era colocado en la sepultura. No obstante, cuando el entierro hubo concluido, no tenía ni idea de qué hacer con su persona. Aunque se encontraba a un tiro de piedra del monasterio, sus paredes grises parecían atemorizadoras e imponentes como la ominosa ciudadela de su sueño, y ya no deseaba entrar en él aunque el hermano Noel y el hermano Almeric repitieron la invitación de la víspera. Almeric intentó presionarlo, pero Noel se llevó a su compañero.

—El muchacho ha sufrido una conmoción —dijo—. Creo que necesita tiempo para estar a solas.

Almeric concedió, y fue Noel quien le habló luego a Reinmar.

—Tenemos que atender otras tareas. Cuando estés dispuesto, acude a la puerta del edificio principal y pregunta por mí. Dejaré dicho que deben permitirte entrar. Lamentamos mucho tu pérdida.

Reinmar no pudo responder más que con un asentimiento de cabeza, y los monjes se marcharon y lo dejaron a solas en el camposanto. Al cabo de poco rato, decidió que no podía quedarse allí, así que comenzó a volver sobre sus pasos en dirección a la granja. Todos los vagos planes que había trazado durante la noche precedente parecían haberse vuelto fútiles ante la tragedia de la muerte de Marcilla, y el único impulso que le quedaba era regresar a casa, lo cual significaba, en primer lugar, hallar el camino de vuelta a la carreta para reunirse con Godrich y Sigurd.

Sin embargo, apenas había tomado la decisión de que eso era lo que debía hacer cuando se vio otra vez sumido en la confusión. Casi en el mismo momento en que abandonaba la orilla del lago y se adentraba en el pequeño bosque situado al sur de la granja, Matthias Vaedecker lo cogió por los hombros y lo sacó fuera del sendero.

Vaedecker llevó a Reinmar a cubierto de un soto de árboles que crecían muy apretados, al mismo tiempo que miraba a un lado y otro para asegurarse de que nadie los había visto. Los monjes habían regresado a su enorme hogar gris, y no se veía ni rastro de Zygmund, su esposa o los trabajadores que ayudaban a mantener la granja.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber el sargento.

Reinmar apenas había podido hablar con los monjes, pero de pronto le pareció que Vaedecker era un amigo, alguien en quien podía confiar. Su mudez y atontamiento se evaporaron, y comenzó a llorar.

—Una vez que estuvimos en la granja, me pareció que estaba mejorando de nuevo —le dijo Reinmar al sargento al mismo tiempo que intentaba secarse las lágrimas con una manga—, incluso logró decir algunas palabras, pero cuando desperté esta mañana la encontré muy quieta. Creo que su corazón se detuvo mientras la observaba. Los monjes que anoche fueron a la casa le dieron una bebida, supongo que debió ser vino oscuro; en ese momento, pareció que la reanimaba.

—¿Tú también bebiste? —le preguntó Vaedecker con tono seco.

Reinmar tenía una negación en la punta de la lengua, pero su resolución se debilitó ante la penetrante y fija mirada del soldado.

—Apenas un sorbito —admitió—. Les había dicho que era un comerciante de vinos, y difícilmente podría haberme negado a probar el que ellos producen. No me lo tragué.

El regreso de la instintiva actitud de defensa lo hizo sentir como si se encontrara ante su padre e intentara justificar algún insignificante pecado de omisión. Pero al menos esa ilusión tuvo el efecto de interrumpir el embarazoso flujo de lágrimas.

—Perdóname, amigo mío —dijo el sargento, que había tomado debida nota de la congoja del muchacho—, pero debo hacerte estas preguntas. ¿Reconociste el sabor del vino... y soñaste algo después?

—La respuesta a la primera pregunta es no —replicó Reinmar—. Nunca antes había probado nada parecido. La respuesta a la segunda es sí: ya lo creo que soñé,

pero mis sueños fueron pesadillas, en absoluto el tipo de experiencia que despertaría mi deseo por beber más del vino que las causó. De hecho, desearía...

Pero no sabía con exactitud qué deseaba, y la futilidad de aclarar sus confusos deseos lo hizo guardar silencio otra vez.

—Tal vez sea hora de que empecemos a confiar un poco más el uno en el otro —dijo Vaedecker—. ¿Qué te ha contado tu abuelo acerca del vino oscuro, de sus propiedades y su procedencia?

Reinmar profirió una breve carcajada.

—Ni con mucho lo suficiente —respondió—. Ojalá me hubieran contado lo bastante como para darles una respuesta sensata a los clientes que vinieron a buscarlo. Ojalá me hubiesen contado lo suficiente como para darles una respuesta sensata a los cazadores de brujas que vinieron a buscar a los clientes. De hecho, no me contaron nada en absoluto, hasta que incluso mi padre reconoció que mi ignorancia era más peligrosa que un poco de conocimiento. Creo que tú sabes al menos tanto como yo. Entendiste tanto como yo de los delirantes murmullos de Marcilla, así que debes conocer la historia referente a que el origen del vino oscuro sólo puede ser hallada por los que han oído la llamada y por sus acompañantes. Sin duda, habrás oído decir también que provoca una embriaguez especial y conserva la apariencia joven. Si sabes algo más, me alegraré de que compartas conmigo ese conocimiento..., ¿o acaso la confianza de la que hablas es sólo unilateral?

—Eres el único aliado que tengo en este sitio —señaló Vaedecker—. Si no puedo confiar en ti, estoy metido en un problema. No puedo evitar la sensación de que tú podrías correr más peligro que la mayoría de sufrir los peores efectos del vino oscuro, dada tu historia familiar, pero supongo que debo abrigar la esperanza de que te parezcas a tu padre y él sea el hombre que aparenta ser. A mí me han contado algo más, y aunque no me atrevo a considerar como cierta ninguna información, estoy dispuesto a actuar sobre la suposición de que es verdad lo que sé. Hay algo que, sin duda, debo contarte. A despecho de las apariencias, puede ser que la muchacha no esté muerta.

Reinmar se sintió como si lo hubiesen golpeado.

—Si pensabas eso —dijo con una voz terriblemente seca—, ¿por qué no lo dijiste antes de que la sepultaran?

—Si estoy en lo cierto —respondió el sargento con expresión ceñuda—, no permanecerá en la sepultura por mucho tiempo. Creo que esperarán a ver qué haces tú antes de actuar, porque de momento no saben si eres un aliado potencial o un enemigo..., y sospecho que podrían considerarte una presa digna de capturar, aunque haya un cierto riesgo en hacerlo. Verás, no pueden estar seguros de que la muchacha fuese la única guiada hasta aquí por un instinto sobrenatural. Tal vez sospechen, dada tu historia familiar, que tú también podrías haber oído una especie de llamada.

—No la oí —dijo Reinmar sin más.

—Te creo —le aseguró Vaedecker—, pero podría ser buena idea dejar que los monjes piensen que sí la oíste, si quieren.

—¿Y por qué iban a quererlo?

—No sé más que tú acerca de cómo se hace el vino oscuro ni con qué tipo de fruta lo producen —dijo el sargento—, pero Machar von Spurzheim ha tenido motivos para interrogar a muchos gitanos en los últimos años. La magia que atrae a los pocos escogidos hasta el valle no es una mera cuestión de reclutamiento de personas que saquen el vino al mundo. Los gitanos que oyen la llamada son niños especiales, que están marcados para algún tipo de sacrificio. Acuden aquí y no regresan jamás, según me han dicho, pero no mueren..., al menos no como nosotros entendemos normalmente la muerte. Acuden aquí para ser transformados.

—¿En qué?

—En seres no humanos, o humanos sólo en parte.

—¿Como los hombres bestia contra los que luchamos ayer? —preguntó Reinmar con rapidez, pero la imagen que de inmediato acudió a su mente fue la de una de las criaturas que había entrevisto en sus sueños.

—Peor, creo. Aquéllos me parecieron seres capaces de luchar, pero no mucho más. Si tienen algo de demoníaco, la parte demoníaca de su naturaleza no es muy activa. Los reacios informadores de von Spurzheim han hablado de más terribles mezclas de atributos humanos y animales, cuyo aglomerante demoníaco es mucho más poderoso. También hablaron de una segunda fase de metamorfosis, que es fundamental para la manufactura del vino oscuro y otras mezclas igualmente siniestras. ¿Las mencionó tu abuelo?

—Dijo que los productores del vino de los sueños hacían otros licores destinados a gustos más esotéricos.

—¿Esotéricos? ¿Lo dijo con esas palabras? ¿Te dio alguna explicación más?

—No.

—Bueno —dijo Vaedecker—, el vino que es tan popular en ciertos barrios de todas las poblaciones situadas entre Eilhart y Marienburgo, es vendido como el máximo lujo de consumo, y la flor de la juventud que conserva es considerada como el máximo lujo de la vida..., pero los lujos se deslucen al vulgarizarse, y el lujo más grande de todos es el que permanece justo fuera de nuestro alcance. Algunos de éstos para los cuales el vino oscuro se vuelve demasiado habitual acaban por exigir sensaciones más fuertes. Los sueños no bastan. La juventud no es suficiente. Los demonios interiores que los hicieron sentir cada vez más avidez del vino oscuro acaban por hacerles desear algo aún más oscuro. El lujo nunca lleva a la satisfacción, y siempre a la crueldad, y el excesivo abandono a los sueños conduce, al final, a un amor por los horrores. Al menos para algunos de sus consumidores, el vino de los

sueños no es más que la introducción a licores más fuertes..., pero ninguno de los vinos oscuros puede hacerse sin sacrificio humano, y los niños como Marcilla forman parte del precio que pagan los gitanos por el favor de dioses más oscuros que los que adoran los hombres civilizados.

Cuanto más meditaba Reinmar sobre este discurso, menos claro le parecía su significado.

—¿Qué estás diciendo exactamente? —preguntó—. ¿Que los monjes tienen intención de desenterrar a Marcilla y sacarla de un trance que la hace parecer muerta para completar la metamorfosis que la transformará en una especie de monstruo medio humano? ¿Que luego sufrirá otra transformación cuyo curso el vino oscuro será extraído de la sustancia de su cuerpo y la esencia de su alma?

—Eso nos han inducido a creer —confirmó el soldado—. Cabe la posibilidad de que las personas que interrogamos no poseyeran un conocimiento real y tuvieran que inventar algo bajo la presión del interrogatorio. También hablaban de un monasterio y de un secreto que había en sus bodegas, pero no dijeron nada explícito al respecto.

—Mi abuelo me dijo que había oído ese tipo de cosas —admitió Reinmar.

—Oímos mencionar su nombre más de una vez —admitió, entonces, Vaedecker—. Se dice que cuando Luther Wieland se aficionó demasiado al vino oscuro y, en consecuencia, se puso enfermo por la falta del mismo, su padre y su hijo conspiraron para romper un importante eslabón de la línea de suministro que salía de este valle hasta Marienburgo. El eslabón que faltaba fue suplantado con bastante rapidez, pero ahora toda la cadena ha sido destrozada por von Spurzheim y sus aliados, que han ascendido por el río desde Marienburgo. Si los monjes esperan restablecer el tráfico, sólo pueden comenzar desde aquí, y Eilhart es un sitio perfecto como primera base. El padre de Luther murió hace tiempo, y los monjes deben de sentirse atraídos por la idea de establecer una nueva conspiración de abuelo y nieto que deshaga la obra de la anterior.

»Creo que volverán a verte, Reinmar, si tú no vas a verlos a ellos... y que demostrarán mucho más interés del que aparentaron anoche. Es probable que te halaguen y te hagan una propuesta que parezca generosa. Si confías en mi juicio, te aconsejo que finjas sentirte tentado..., pero debes seguirles la corriente hasta cierto punto, no más. Debes ganarte su confianza hasta donde puedas, y luego debes traicionar esa confianza. Nuestro propósito real debe ser averiguar todo lo que podamos sobre lo que sucede aquí, y luego escapar y marcar el sendero a medida que nos alejemos para que ningún simple hechizo de ocultación pueda disimular los accesos cuando regresemos con un ejército detrás de nosotros.

—No pides mucho —observó Reinmar con sarcasmo—. Yo soy un hombre independiente, no el servidor de un cazador de brujas.

—Te pido lo que se me pidió a mí si surgía la oportunidad —replicó Vaedecker

con tono cortante—. La oportunidad ha surgido con mucha mayor rapidez de lo que yo esperaba. Tengo que sacar el máximo partido de ella o caer en el cumplimiento de mi deber..., y no soy el tipo de hombre que tiende a caer en el cumplimiento del deber. Necesito tu ayuda, y te la pido como se la pediría un hombre virtuoso a otro. Eres independiente, pero también eres hijo de tu padre y eres ciudadano del Imperio. Lamento mucho que la muchacha haya llegado a gustarte tanto y luego la vieses morir, pero tengo que cumplir una misión y tú también. ¿Estás conmigo o contra mí?

Reinmar vaciló, aunque no demasiado.

—Si éste lugar es el origen del vino de los sueños —dijo—, tenemos que averiguar todo lo que podamos. Y si existe la más mínima posibilidad de que Marcilla no esté realmente muerta, debemos asegurarnos sin lugar a dudas.

—Bien —concluyó Vaedecker—. Ahora márchate mientras yo vuelvo a esconderme... Pero cuando acudan a ti, ten cuidado. No te separes de la espada.

Cuando Reinmar, finalmente, regresó a la granja, Zygmund y su esposa no le preguntaron si se marcharía pronto. De hecho, parecía que suponía que se quedaría con ellos durante algún tiempo más. La mujer le sirvió una comida algo mejor que el pan y la carne que le había proporcionado cuando llegaron él y Marcilla, y una jarra del mismo buen vino.

Mientras aún estaba comiendo, los dos monjes volvieron a entrar y se sentaron con él.

—Bien —dijo el padre Noel—, ya hemos rezado nuestras plegarias al Dios de la Muerte y los Sueños por la salvación y cuidado de la muchacha gitana. Estamos muy apenados por tu desgracia.

—Es evidente que la joven te causó una profunda impresión y debiste pensar que le habías salvado la vida —añadió Almeric—, que la habías salvado para darle un tipo de vida mejor, tal vez.

Hablaba con un tono bastante frívolo, pero estaba claro que sentía curiosidad por ver cómo reaccionaría Reinmar ante la atormentadora insinuación, y el joven Wieland concluyó que Vaedecker tenía razón. No sabían muy bien qué pensar de él y estaban ansiosos por deshacer la duda. No habían esperado mucho para ver si aceptaba o no la invitación de Noel.

—Me habría llevado a la muchacha conmigo a Eilhart si ella hubiese estado de acuerdo —les informó Reinmar—. Habría continuado protegiéndola. La amaba.

—Estoy seguro de ello —asintió Noel.

—¿Habéis venido a ofrecerme un cargamento de vuestro precioso vino? —le preguntó Reinmar al monje con una leve pero bien calculada nota de interés—. Admito que tenía un buen aroma y una dulzura nada corrientes, pero la promesa de que me haría dormir mejor y me proporcionaría sueños agradables no se cumplió.

—No bebiste lo bastante como para conseguir ese efecto —respondió Noel.

—Tal vez, no —admitió Reinmar—. De todas formas, tras haber pensado en el asunto, me doy cuenta de que no hay mucha demanda de vino dulce en Eilhart ni en Holthusen. Si os comprara un par de barriles de vuestro vino, es probable que tuviese que venderlos más lejos, al menos en alguna población del Reik..., quizás incluso en un sitio tan lejano como Marienburgo.

Reinmar vio que los ojos de Almeric se entrecerraban ante la mención de Marienburgo, y reparó otra vez en el peculiar brillo de los mismos. Cuando volvió a mirar a Noel vio el mismo extraño resplandor en sus ojos, pero éste le dedicó una sonrisa forzada.

—Nuestros agentes han encontrado clientes nuevos desde que tu abuelo perdió el interés en nosotros —declaró Noel con tono neutral—, pero nuestra orden siempre ha valorado la tradición. Aunque sabemos que estás pasando un momento de congoja, tal vez lo mejor para ti sea dejar atrás la pérdida y buscar toda la distracción que puedas en los asuntos del negocio.

—Eso es fácil de decir para ti —observó Reinmar—, pero a mí no me resulta tan fácil conseguirlo.

El hermano Noel no se dejaba desalentar con tanta facilidad.

—Hemos consultado con nuestros compañeros del monasterio —explicó con tono amable—, y nos han autorizado a venderte una pequeña parte de nuestras reservas si estás dispuesto a comprarlas. El apellido Wieland es recordado con cariño por los hermanos de más edad, y a nuestro superior le atrajo la idea de restablecer uno de nuestros más antiguos puentes hacia el mundo exterior. Nos gusta nuestro aislamiento, te lo aseguro; pero ni siquiera para los hombres como nosotros es bueno estar completamente aislados de la sociedad humana. Si nos ponemos de acuerdo en el precio, estamos dispuestos a dejar que te lleves un barril de prueba ya embotellado en buen cristal. Tenemos nuestro propio taller de cristal, y en otros tiempos fuimos casi tan famosos por nuestras botellas como por lo que éstas contenían. Por supuesto, te invitamos a catar otra vez el producto si quieres asegurarte de su calidad, pero si no estás interesado...

—Supongo que podría estarlo —respondió Reinmar con un suspiro fingido—. Pero ahora mismo estoy trabajando sólo como agente de mi padre. Me dijo que fuese muy cuidadoso con su dinero y que me atuviera muy estrictamente a la ruta que él había trazado. Podría no gustarle mucho saber que me he apartado de sus planes y le he comprado vino a alguien diferente de nuestros proveedores habituales.

—En otros tiempos, nos contábamos entre vuestros proveedores habituales —señaló el hermano Almeric—. ¿No es así, hermano Noel?

—Recordamos muy bien el nombre de tu abuelo —confirmó Noel—. Nunca vino aquí, pero solíamos enviar a nuestros emisarios para que hicieran tratos con él. El padre de Zygmund lo conoció, creo..., y tal vez Zygmund lo vio cuando era niño.

—El granjero pareció recordar el apellido Wieland —asintió Reinmar con aire reflexivo—. Pero mi mayordomo debe de estar preocupado por mí, y realmente debería regresar a la carreta antes del anochecer. La verdad es que debería...

Dejó que su voz se apagara con la esperanza de dar la impresión de que realmente no sabía qué debía hacer ni cuáles eran los motivos que lo impulsaban.

—Cualquier negocio que hagamos podría quedar concluido antes de la puesta de sol —observó el hermano Almeric—. El día no está muy avanzado. Tal vez deberías darle otra oportunidad al vino. Cuando lo probaste anoche, las circunstancias estaban lejos de ser las ideales y es evidente que la lamentable muerte de la muchacha te ha trastornado. Si vienes al monasterio, podrás probar varias de las cosechas que tenemos almacenadas. Resulta obvio que eres un hombre que sabe valorar el vino.

Reinmar continuó con su espectáculo de vacilaciones.

—Si al menos mi mayordomo estuviese aquí —dijo al fin—, me sentiría más tranquilo. Ni siquiera sé si mi carreta está a salvo. Fuimos atacados por unas bestias monstruosas, y sufrió daños. Aunque huyeron, podrían haber regresado. ¿Los alrededores del valle están siempre plagados de monstruos?

—Habitualmente, no —dijo Almeric—. Zygmund nos dijo que había oído rumores sobre eso, pero no los tomamos en serio.

—Si deseas comprarnos vino —le aseguró el hermano Noel—, podríamos pedirles a Zygmund y a uno de sus hombres que te lo llevaran hasta la carreta. Son hombres capaces, y estarán encantados de ayudarte con cualquier reparación que sea necesaria. No deberíamos necesitar demasiado tiempo para concluir nuestro trato... y quizás ésta sea una oportunidad que no vuelvas a tener nunca más.

—Bueno —dijo Reinmar con voz queda—. Supongo que eso es verdad.

Dieciséis

Mientras caminaba de regreso al monasterio en compañía del hermano Noel y el hermano Almeric, Reinmar intentó fijarse más cuidadosamente en los alrededores y en los edificios hacia los que se dirigían. Dado que caminaban por el fondo del valle, la perspectiva no era ideal, pero tenía una vista razonablemente buena de las laderas de ambos lados del lago. Estaban cubiertas por un bosque muy denso y no se veía ni rastro de viñas.

El templo que se alzaba junto al camposanto no era muy diferente del templo de Morr que había en Eilhart. La parte principal estaba coronada por una cúpula redondeada, y sus estrechas ventanas se hallaban cubiertas por vitrales emplomados, para que el interior resultase invisible desde fuera, a la vez que era suavemente iluminado por los rayos de sol coloreados por los cristales.

Detrás del templo, había un grupo de edificios anexos, presumiblemente almacenes donde guardaban las herramientas, y tal vez un santuario reservado para las plegarias privadas. Luego, un espacio abierto separaba el templo de un edificio de una sola planta en forma de U, y que Reinmar supuso que era la zona de las habitaciones privadas de los monjes. También éste contaba con un conjunto de edificios anexos de madera, pero la mayoría quedaban ocultos a la vista por la mole del edificio principal.

La piedra gris del templo y del edificio de habitaciones era más oscura que la usada para construir la casa de los Wieland, y el estilo arquitectónico del monasterio más severo y regular que el dedicado a la construcción de las casas más espléndidas de Eilhart. A pesar de todo, no había tanto contraste entre los edificios y su boscoso entorno como Reinmar había esperado. Las piedras que conformaban el templo y los edificios anexos eran cuadradas y plomizas, los árboles estaban verdes y llenos del vivido entusiasmo del verano. Pero había algo en la forma en que los elementos habían desgastado y erosionado el monasterio, a la vez que los musgos y las plantas trepadoras se habían instalado en los muros, que integraba las construcciones del ser humano en su entorno natural.

Mientras caminaba, Reinmar también reparó en que aquélla no era para nada el mismo tipo de tierra boscosa que él y Vaedecker habían atravesado el día anterior. Los árboles eran menos rectos y sus copas más confusas. Las duras bayas que

adornaban los espinosos arbustos mostraban brillantes colores que advertían a los pájaros que tuviesen cuidado.

Reinmar no pudo evitar un estremecimiento cuando los tres pasaron ante el camposanto y fue incapaz de fijar los ojos en la tierra recién removida con la que los monjes habían cubierto el cuerpo de Marcilla.

—Sería mejor que pudieras quitártela de la cabeza —dijo el hermano Noel con voz queda—. Los vivos deben entregarse a la vida, mientras que los muertos tienen sus propios asuntos que atender. Estás triste porque te parecía hermosa, pero los que son escogidos son escogidos, y quienes no lo son deben decidirse a vivir.

—¿Escogidos? —preguntó Reinmar—. ¿Quién la escogió?

Almeric le dirigió una mirada penetrante, pero Noel continuó mostrándose solícito.

—No es más que una manera de hablar —le aseguró el monje—. Todos los hombres y las mujeres nacen con apetitos y potenciales ya implantados en su alma. Tenemos libertad de elección, pero no de deseo. Somos guiados hacia nuestros diferentes destinos por los anhelos, no por nuestras propias obras. Cada uno debe encontrarse a sí mismo, y los que se encuentran a sí mismos en el vino de los sueños son tan afortunados, a su manera, como los que se encuentran a sí mismos en la disciplina monástica o las maquinaciones del comercio.

Mientras pronunciaba ese discurso, Noel condujo a Reinmar al interior de un cuadrángulo que tenía tres laterales protegidos por los lados del edificio en forma de U. Estaba bordeado por claustros por los que caminaban más monjes. La mayoría inclinaron la cabeza para saludar al visitante al pasar, pero ninguno le habló, aunque uno se llevó al hermano Noel a un lado y le susurró algo al oído. A Reinmar le pareció que la noticia que le daba no era bien recibida, porque Noel frunció profundamente el entrecejo antes de reunirse con Almene.

Los dos monjes no llevaron a Reinmar hacia la puerta principal, sino que se encaminaron hacia una más pequeña, situada en una de las alas. No tuvo oportunidad de explorar los laberínticos corredores del interior, porque lo hicieron entrar en la primera habitación que tenía la puerta a la izquierda de la entrada. Dentro halló una mesa sobre la que habían colocado tres pequeños barriles junto con una jarra de agua, tres vasos de vidrio y un cucharón. En el suelo había también un cubo de cuero. Los vasos estaban perfectamente modelados, pero no podía considerárselos ejemplos exquisitos del arte de la vidriería.

—Aquí tienes tres de nuestras cosechas más recientes —le dijo Almeric a Reinmar—. Tenemos poca cantidad de todos ellos, así que no podemos ofrecerte más que una gota de cada para que los cates. Nos veremos obligados a pedirte precios muy altos si deseas comprarlos..., pero creo que ahora estás en mejores condiciones que anoche para apreciar su valor.

Los barriles no tenían espita, pero les habían quitado la parte superior, y Almeric usó el cucharón para sacar apenas un poquitín del primero, que vertió dentro de uno de los vasos. Reinmar lo aceptó y se lo llevó a los labios. Se metió la totalidad dentro de la boca —era poco más que una gota—, y lo dejó descansar sobre la lengua durante un momento, antes de escupirlo dentro del cubo. Sospechaba que querían tentarlo y que los monjes esperaban que mostrara intensos deseos de que le dieran una cantidad más generosa, pero estaba decidido a resistir cualquier tentación de ese tipo. Se enjuagó la boca con agua antes de tomar una segunda gota del segundo vaso; después repitió la secuencia con el tercero.

Los tres barriles contenían el mismo vino dulce, pero Reinmar pudo captar sutiles diferencias conferidas por el envejecimiento, y sin necesidad de que se lo dijeran supo cuál era la cosecha más reciente y cuál la más añeja. Hizo todo lo posible por clasificarlos como lo haría un catador de vinos experto, centrando totalmente la atención en las sensaciones del sabor y dejando a un lado todo pensamiento onírico. Noel lo observó con gran atención durante todo el tiempo, con una expresión nublada por un aire pensativo... y tal vez dubitativo.

—No he visto viñas cuando veníamos hacia el monasterio —comentó Reinmar en tono despreocupado—. Ni tampoco he visto ningún otro signo de cultivo, aparte de las parcelas de hortalizas de Zygmund. ¿Dónde cultiváis la fruta con la que se hace este vino?

—Ése es nuestro secreto —respondió Almeric.

—¿Qué fruta es? —inquirió Reinmar—. Si es uva, no crece en ningún otro punto de las colinas circundantes.

—Eso también forma parte de nuestro secreto, conocido sólo por los miembros de la orden —declaró Almeric—. Lo único que necesitas saber es que el vino es bueno, y que si hay suficiente demanda podemos enviar cargamentos hasta Eilhart tres o cuatro veces al año.

—Normalmente, compramos una vez al año a los productores y guardamos los barriles en nuestras bodegas —explicó Reinmar—. Es lo más conveniente para todos los implicados.

—Para nosotros, no —lo contradujo Almeric—. Preferimos conservar nuestro vino hasta que se lo necesita. Nuestros agentes sólo venden lo que va a consumirse de inmediato.

—No conozco el mercado —respondió Reinmar, dando un cuidadoso primer paso hacia un duro regateo—. No sé quiénes son vuestros clientes habituales ni qué precio suelen pagaros. Correría un riesgo si os hiciera una propuesta por este vino. Mi padre podría enfadarse mucho si yo apareciera con mercancías que él no espera y para las que no tenga compradores inmediatos. Tendré que consultarlo antes de tomar una decisión..., pero me encantaría volver aquí si él piensa que merece la pena

continuar adelante.

—Eso no es posible —le dijo Almeric.

Noel, sin embargo, posó de inmediato una mano sobre el brazo del otro para imponerle silencio.

—¿Te ha gustado mucho el vino, maese Wieland? —preguntó Noel con voz queda—. ¿Qué tal lo has sentido en la lengua? ¿Te sientes aún con sus cualidades especiales?

Parecía decepcionado por la actitud de Reinmar, y la suya propia daba la impresión de haber sufrido un cambio desde que el otro monje le había susurrado al oído. «Si alguien ha traído noticias de Eilhart —pensó Reinmar—, en ellas puede haber algo más que la llegada de Machar von Spurzheim». Pero aunque el mensaje no hubiese llegado desde tan lejos, podría ser que la noticia incluyera que lo habían visto con Matthias Vaedecker, un hombre del cazador de brujas.

No obstante, como Noel había planteado la pregunta, Reinmar se vio obligado a considerarla con seriedad. La verdad era que el vino le gustaba, aunque en la boca no le quedaba nada más que el regusto. La sensación en su lengua había sido muy agradable, como si en él hubiese habido realmente un apetito innato que nunca antes había entendido ni tenido la oportunidad de saciar. Y en efecto, experimentaba afinidad con la perspectiva de lujo que le ofrecía. Pero la sinceridad no era el juego que había ido a jugar allí.

—Es demasiado dulce y complejo para mi gusto —respondió, cauteloso—. La gente de Eilhart está habituada a vinos más sencillos y secos, con sabor intenso y limpio. Son los que me han enseñado a valorar. Si mi propio gusto tuviese que determinar mi decisión, podría no sentirme inclinado a haceros una oferta..., pero admito que el vino es de buena calidad, y desde luego resulta interesante. Sin embargo, me pregunto si no hay demasiados imponderables para permitirme que haga un buen negocio.

Almeric parecía dispuesto a discutir con él, pero la mano de Noel continuaba sobre el brazo de su compañero, y fue Noel quien habló.

—Comprendo tus reticencias —dijo con tono amistoso—. Se necesita una cierta osadía para correr aventuras en el comercio, y resulta evidente que eres un hombre cuidadoso. No te presionaremos. Los productos como el nuestro requieren un distribuidor que les tenga simpatía, y será mejor que busquemos hasta encontrar uno. Ahora debemos despedirnos de ti. Te acompañaré de vuelta a la granja y le pediré a Zygmund que te guíe de regreso a tu carreta.

—Eso no será necesario —le aseguró Reinmar mientras intentaba sobreponerse al asombro causado por el brusco final de las negociaciones—. Puedo encontrar el camino con bastante facilidad, y Zygmund ya ha sido demasiado amable conmigo.

El hermano Noel no protestó.

—Como quieras —dijo—. Lamento que no nos hayamos puesto de acuerdo.

El hermano Almeric no parecía satisfecho, pero adivinaba que se había producido un cambio en la situación desde que los tres salieron de casa de Zygmund, y no dijo nada mientras Noel conducía a Reinmar de vuelta hasta la puerta.

—Estoy seguro de que tenéis asuntos propios que atender, hermano Noel —comentó Reinmar al salir a la luz del sol—. Puedo volver a la granja sin problemas, e iré más deprisa si voy solo. Debo llegar a la carreta antes del anochecer.

—Muy bien —replicó Noel—. Te deseo un viaje bueno y provechoso de regreso a casa, maese Wieland. Lamento de verdad que no hayamos hecho negocios, pero si no puedes comprometerte con este vino, la pérdida será para ti.

—Tal vez volveremos a vernos —aventuró Reinmar.

—Tal vez sí, si es nuestro destino —replicó el hermano Noel, aunque el tono de su voz sugería lo contrario.

Reinmar echó a andar de inmediato hacia la granja, con la intención de pasar de largo sin que lo vieran Zygmund y su esposa, y continuar hacia la entrada del valle, al menos hasta que Matthias Vaedecker se reuniera con él. Esa vez se negó a mirar hacia el interior del camposanto al pasar ante él.

No llegó hasta la granja, porque Vaedecker apareció a su lado casi en el mismo lugar que antes, en los bosques que mediaban entre la granja y el monasterio.

—No deberías arriesgarte a que te vean por aquí —protestó Reinmar.

—Me he equivocado —le dijo Vaedecker sin más preámbulo—. No han esperado para sacar a la muchacha de la fosa poco profunda donde la sepultaron. Casi inmediatamente después de que pasarais ante el camposanto cuando ibas a catar el vino, fueron a buscarla. Es evidente que tienen prisa. ¿Viste algo dentro del edificio grande..., cualquier cosa que a Von Spurzheim le gustaría saber?

—Nada en absoluto. ¿A dónde la han llevado? —quiso saber Reinmar.

—Al templo —replicó Vaedecker con tono malhumorado—. No han vuelto a salir, aunque no vi ni rastro de ellos cuando fui a espirar a través de la puerta que habían dejado entornada. ¿Nada en absoluto, dices?

—Un claustro y una sola habitación —respondió Reinmar—. No me llevaron a ver el monasterio, y cuando establecí el punto de comienzo de lo que esperaba que fuese una larga sesión de regateo, tomaron mi aparente renuencia al pie de la letra. Al parecer, el hermano Noel decidió que prefería verse libre de mí que trabajar para convencerme. Uno de los otros monjes le susurró algo al oído cuando atravesábamos el claustro. Puede ser que los gitanos hayan enviado mensaje para decir que la carreta contaba con un pasajero de más, y que es espía de un cazador de brujas; de ser así, cualquier inclinación a confiar en mí que pudieran tener desapareció al instante.

—Ha sucedido algo —comentó Vaedecker, pensativo—. Tal vez haya sido un mensaje procedente del exterior lo que ha despertado la urgencia en los monjes. Si están desconcertados, eso obrará en beneficio nuestro. Debemos averiguar algo más

mientras aún tenemos la posibilidad de hacerlo.

—Si Marcilla no está muerta —le recordó Reinmar—, no podemos dejarla aquí. Si tienen intención de perjudicarla, debemos hacer lo imposible por salvarla.

—Desde luego, debemos averiguar qué ha sido de ella —asintió Vaedecker—. Si tenemos suerte, podríamos salir de ésta exactamente con lo que quiere Von Spurzheim, y con la respuesta a un enigma que ha permanecido sin resolver durante siglos... Pero será peligroso. No tenemos ni idea de con qué podríamos enfrentarnos. ¿Estás preparado?

—Si existe una sola posibilidad de que Marcilla esté viva —insistió Reinmar—, me arriesgaré a cualquier cosa.

—No es la mejor razón posible —observó Vaedecker—, pero se trata de un empeño correcto. Entonces, ¿somos camaradas de armas? —dijo y le ofreció la mano como prenda del pacto.

—Camaradas —asintió Reinmar mientras le estrechaba la mano con toda la firmeza de que era capaz.

Diecisiete

Vaedecker condujo a Reinmar hasta la linde del bosque, y luego le dijo que esperara mientras él avanzaba para explorar el terreno. En tanto Reinmar lo hacía, elevó una plegaria al Dios de la Muerte y los Sueños para implorarle que concentrara su atención en aquel pequeño lugar del mundo con el Fin de asegurarse de que sus servidores fuesen allí escrupulosos a la hora de atenerse a sus votos. De un modo apropiadamente humilde, Reinmar le sugirió al dios que si en aquel valle había quienes habían traicionado sus votos monacales, entonces Morr podría tal vez destinar una parte de su cólera a ayudar a un hijo de Eilhart en su hora de necesidad.

Reinmar no podía determinar si Morr atendería o no su plegaria, pero fue lo bastante prudente como para ofrecer otras destinadas a Sigmar y la diosa Verena, cuya balanza de justicia era el símbolo del comercio honrado. Esperaba que ella no lo desoyera, aunque nunca había sido tan incondicional en su veneración para considerarse a sí mismo un seguidor devoto.

Vaedecker regresó y le informó de que había miembros de la compañía de monjes trabajando en las huertas del exterior de la muralla, dando de comer a los animales y realizando otras tareas, pero el templo estaba en silencio y parecía vacío.

—Ya no —replicó Reinmar al mismo tiempo que arrastraba a Vaedecker tras el tronco de un árbol y señalaba hacia el monasterio.

Dos monjes encapuchados acababan de salir del templo con palas en la mano. Atravesaron la puerta que conducía al camposanto y se encaminaron de inmediato hacia la tumba que habían vuelto a abrir, que comenzaron a llenar otra vez de tierra. Reinmar los observó con ojos ardientes de paciente cólera, hasta que acabaron y devolvieron las palas a uno de los cobertizos de madera.

—Ahora iremos a ver —dijo Vaedecker cuando ambos monjes regresaron al claustro—. No utilizaremos la puerta delantera; hay otra detrás, en un patio cerrado.

El muro de la parte trasera del templo estaba tan erosionado y cubierto de plantas trepadoras que no tuvieron ninguna dificultad para trepar por encima y dejarse caer en el patio que había al otro lado. La puerta pequeña que encontraron tenía echado el pestillo por dentro, pero entre el gastado borde de la puerta antigua y la pared de piedra quedaba una estrecha rendija, lo que le permitió a Vaedecker levantar el pestillo con la hoja de la espada para entrar.

El corredor que había al otro lado era muy oscuro, aunque los últimos rayos del sol crepuscular filtraban por las estrechas ventanas la luz suficiente como para que Vaedecker hallara el camino, así que se adentró con cautela en las profundidades del edificio al mismo tiempo que prestaba mucha atención por si oía pasos. Reinmar lo siguió.

Habían avanzado apenas unos metros y aún no habían llegado a la puerta que daba paso a la nave del altar cuando Reinmar oyó el sonido de unos pies calzados con zapatillas blandas que se aproximaban desde el otro lado. No había donde esconderse ni tiempo para regresar hasta la puerta por la que habían entrado, así que no se sorprendió al ver que Vaedecker se quedaba donde estaba.

La puerta se abrió. El monje que la traspasó iba encapuchado y llevaba una mecha que ardía sin llama, aunque no tenía ninguna vela o lámpara. Mientras los demás sonidos eran disimulados por el chirrido de la puerta al abrirse sobre los goznes oxidados, Vaedecker avanzó con rapidez hasta el otro lado del monje y le deslizó el brazo izquierdo en torno a la garganta para hacerle una llave de estrangulamiento. En la mano derecha, aún llevaba la espada que había usado para levantar el pasador de la puerta exterior, y posó con delicadeza la punta contra la mejilla del monje en tanto le susurraba al oído para advertirle que guardara silencio.

—Regresa por dónde has venido —murmuró el soldado—, y no profieras ni un sonido porque sería el último.

Empujó al hombre de vuelta a la nave del altar, en el que sobre una mesa, había una vela cuyo pabilo, apagado hacía poco, aún relumbraba débilmente.

—¡Vuelve a encenderla! —le ordenó Vaedecker.

El monje tenía el aliento suficiente como para soplar la mecha hasta avivarla, pero cuando la acercó al pabilo de la vela estaba jadeando de ansiedad y su mano temblaba. Hicieron falta más de diez segundos para calentar la cera hasta que se encendió el pabilo.

Cuando la diminuta llama cobró por fin vida, el monje se volvió a mirar a sus captores.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

La única respuesta de Vaedecker fue echar atrás la cogulla del monje para dejar su rostro a la vista. El hombre era considerablemente más viejo que Vaedecker y mucho más delgado que él; resultaba obvio que no sería capaz de oponer resistencia, ni se sentiría inclinado a intentarlo.

—Necesito dos hábitos como el tuyo —dijo Vaedecker con brusquedad.

—Aquí no hay ninguno —replicó el monje. Sin embargo, sus ojos se habían desviado apenas hacia un armario, y Reinmar avanzó de inmediato hacia él y lo abrió.

Dentro había varios hábitos, la mayoría ceremoniales y ornamentados, pero encontró dos que eran lisos, y los cogió. Le ofreció a Vaedecker el de talla más grande,

y se puso el otro.

—Gracias —le dijo el sargento al monje—. Pero a partir de ahora te exijo que seas sincero, porque de lo contrario me veré obligado a degollarte.

—No tenéis nada que hacer aquí —dijo el monje en voz baja.

—No estoy de acuerdo con eso —replicó Vaedecker—. Vi que desenterrabais un cuerpo, y necesito saber por qué y qué tenéis intención de hacer con él. ¡Muéstrame el camino!

—Ya no podéis hacer nada por ella —declaró el monje, testarudo.

—Si es así —intervino Reinmar—, sólo podemos buscar venganza contra quienes hicieron que fuese así. Pero de todas formas tendrás que mostrarnos el camino.

—No puedo hacerlo —insistió el monje.

Matthias Vaedecker no estaba dispuesto a tolerar negativas, así que presionó un poco con la punta de la espada e hizo que saliera sangre.

—En este lugar, hay un olor —susurró el sargento al oído del cautivo—, que me recuerda el hedor de la nigromancia. Como hombre virtuoso, no vacilo en matar siempre que ese hedor llega hasta mí.

—¡Nigromancia! —exclamó el monje como si reprimiera con dificultad un grito—. ¡Aquí no hay ninguna nigromancia!

Reinmar frunció el entrecejo al oír eso.

—¿Está viva? —siseó—. Dínoslo ahora o mi amigo te degollará. ¿Está viva?

Los ojos del monje se dilataron a causa del miedo, y asintió con la cabeza.

—El vino no mata a sus elegidos —susurró—, aunque detiene sus corazones y los libra de la necesidad de respirar. Pero ella es una elegida. Ha abandonado el mundo de los hombres. Marchaos, os lo ruego... Aquí no tenéis nada que hacer.

Vaedecker presionó más la espada, no de modo letal, pero con la fuerza suficiente como para hacerle un tajo más profundo al atemorizado monje. El hombre jadeó de manera tan temblorosa que Reinmar casi creyó que el sargento le había seccionado la tráquea. Sin embargo, a pesar de lo aterrorizado que estaba, el monje sacudió la cabeza.

—Estoy obligado por votos que no me atrevo a romper —declaró—. No me atrevo.

La forma en que lo dijo sugería que el miedo que le daba violar los votos era casi tan grande como el temor que le inspiraba la hoja de la espada que tenía contra la garganta.

—¿Qué saben los hombres como vosotros del señor que gobierna nuestras vidas y nuestras almas? Marchaos, os lo imploro.

En la voz del hombre había una sinceridad tan espantosa que Reinmar se asustó. A pesar de haberse tomado su tiempo para rezar unas plegarias, al trepar por el muro que rodeaba el templo no había pensado que estaba entrando en los dominios de un

dios. Ahora se enfrentaba con esa idea y con las implicaciones concomitantes, incluida la probabilidad de que ese dominio pudiera pertenecer a un dios aún más severo y oscuro que aquel al que los hombres llamaban Morr. Pero Matthias Vaedecker no vaciló lo más mínimo.

—¡Muéstranos el camino! —volvió a susurrar con voz cargada de amenaza—. Condúcenos y vivirás. ¡Niégate y morirás!

A Reinmar le resultaba obvio que el soldado hablaba en serio, y al monje también. Eso demostró en el momento extremo que el hombre había sobrevalorado su propia capacidad y poder de elección.

—Por aquí —graznó—, pero es un sacrilegio que lamentaréis.

Con los hábitos robados encima de su propia ropa, con los rostros bien ocultos por las cogullas y la espada desnuda de Vaedecker casi oculta por un amplio pliegue del atuendo, los dos intrusos siguieron al monje cautivo. Al pasar ante el altar, Reinmar reparó en un báculo que había allí apoyado, y lo cogió de inmediato. El extremo superior estaba tallado, como suele suceder con los báculos de los sacerdotes; tenía forma de cabeza de cuervo, y el pico extendido en línea con el báculo. A Reinmar no le pareció en absoluto inadecuado para que lo llevara un sacerdote de Morr, pero tampoco era inadecuado para usarlo como arma. Tenía su espada, pero si quería que el disfraz sirviera de algo, podría resultar prudente llevar un arma que pudiese mostrar más abiertamente.

La sala abovedada que había ante el altar estaba desprovista de muebles, según dictaba la costumbre. Resultaba extraña sólo en dos aspectos significativos: primero, las dos grandes puertas de roble que deberían haber estado permanentemente abiertas en un templo dedicado a Morr se encontraban cerradas y barradas; segundo, la parte interior de la cúpula estaba decorada de un modo curioso, que la hacía parecer los pétalos abiertos de una flor gigante. Este parecido se veía aún más realzado por una cuerda de intrincado trenzado, tan gruesa como las que se usaban para arrastrar las gabarras a lo largo del Schilder, que pendía del centro de la cúpula hacia el interior del atrio como si fuese un estilo pendular que alargase el estambre de la flor con el fin de facilitar la polinización.

Delante de las puertas cerradas se encontraba la simbólica entrada que Reinmar habría esperado ver en cualquier templo de Morr, consistente en dos columnas desnudas y un pesado dintel de color negro. Detrás de ella había un tapiz a modo de pantalla que mostraba una escena de cuervos en vuelo contra un cielo tormentoso. Ésos eran los emblemas universales de Morr pero, al verlos allí, Reinmar se dio cuenta de que igualmente podían ser empleados como emblemas de cualquier otro dios de la muerte y los sueños, si había algún otro de ese tipo en el misterioso e incógnito reino de los dioses.

En los templos y santuarios de Morr que Reinmar había tenido la oportunidad de

visitar, el tapiz situado tras la entrada interior nunca estaba descorrido. Por supuesto, no habría tenido ningún sentido que lo estuviera porque en aquellos lugares se encontraba inevitablemente contra una pared desnuda, ya que el propósito de la entrada no era práctico; tales entradas eran un símbolo del umbral de la muerte que podía atravesar el alma, pero no el cuerpo, y los tapices a modo de pantalla simbolizaban la cortina de la ignorancia que se había tendido ante la entrada en cuestión por decreto de los dioses con el fin de que ningún hombre pudiera conocer el destino que le aguardaba en el Gran Más Allá. Supuestamente, era inconcebible que esa cortina pudiese ser desplazada de una manera que permitiera a los vivos atravesar el umbral.

En ese templo, sin embargo, la pantalla colgaba suelta y el monje que los guiaba pudo apartarla a un lado y entrar en un misterioso espacio allende la entrada. Reinmar fue incapaz de no contener la respiración al ver lo que sucedía, pero su paso no vaciló lo más mínimo. Ya sabía que el límite entre la vida y la muerte se encontraba de algún modo desdibujado en aquel misterioso espacio; de hecho, tanto como la alegoría.

Cuando los tres la hubieron traspasado, Vaedecker le quitó la tela de las manos al monje y volvió a cerrarla.

El espacio que había al otro lado era pequeño, no más que un escondite abierto en la pared del templo, que allí parecía hecha con granito de la zona, no con piedras procedentes de una cantera. No tenía piso, y era sencillamente la entrada de una fisura. La fisura no parecía haber sido vaciada a pico y pala, y Reinmar supuso que era natural. El artificio humano, no obstante, le había añadido una escalera en espiral de hierro forjado iluminada por velas montadas sobre picas, tres a cada giro completo de la escalera. Los escalones eran muy empinados, y Reinmar calculó que cada rotación los llevaba a cuatro brazas o más de profundidad hacia el interior de la tierra. La escalera giró no menos de dieciocho veces en torno al pilar central antes de que llegaran a terreno plano.

«Así que los rumores que había oído Luther contenían más verdad que lo que el abuelo había sospechado», pensó Reinmar. «El secreto auténtico de este sitio se encuentra a mucha más profundidad que cualquier bodega».

Al pie de la escalera de espiral había un túnel muy bien hecho y de sección redonda. También aquí Reinmar tuvo la seguridad de que ninguna mano humana había tomado parte en la factura del mismo; era como si un enorme y paciente gusano hubiese horadado la roca un millar o un millón de años antes. No podía imaginar cuántos pares de pies enfundados en zapatillas blandas habían pasado desde entonces por allí, porque aún no habían logrado erosionar el suelo hasta dejar una pista. Al igual que la escalera, el túnel estaba iluminado por velas colocadas sobre picas y separadas entre sí por quince pasos. Reinmar contó diecinueve velas antes de ver, por

encima de los hombros de las dos figuras que caminaban a paso rápido ante él, la luz que señalaba el final del túnel.

Durante un instante de irreflexión, pensó que aquel brillo era de luz diurna..., pero luego recordó que el sol debía estar a punto de ponerse, aunque fuese posible que el túnel los hubiese llevado hasta una ladera situada en algún punto del bosque. Entonces comprendió que fuese lo que fuese ese brillo, no podía tratarse de la generosa luz del día.

Recordó lo que su abuelo había dicho acerca de que la fruta no madura si no está al sol, y se dio cuenta de que el anciano podría haber hecho una suposición errónea. Cuando los dos hombres encapuchados que lo precedían llegaron al final del túnel, Reinmar pudo situarse otra vez junto a ellos.

Habían entrado en un espacio mucho más amplio. Era una caverna vasta, enorme, notablemente más grande que el atrio abovedado del templo que acababan de dejar atrás. El piso de aquella zona pasmosa estaba pulido, pero no era liso, sino que ondulaba como si fuese un conjunto de colinas en miniatura. Las paredes y el techo estaban hechos de un modo aún más peculiar, pues sus ondulaciones eran tan pronunciadas que el techo parecía festoneado por incontables setas bulbosas, aunque Reinmar sólo podía ver esto de modo indistinto porque la luz blanca ardía de manera tan deslumbrante en esas redondeadas protuberancias que los espacios que mediaban entre ellas quedaban ocultos por el resplandor.

«¿Qué luz es ésta?! —pensó Reinmar—. ¿Qué frutas pueden madurar en este resplandor cegador?!».

La respuesta se hizo evidente de inmediato, porque el suelo de la caverna estaba densamente poblado de flores que crecían hasta un tamaño mucho mayor que cualquiera que hubiese visto antes. Ante él las había a centenares, y de varias clases diferentes. Cada una se encontraba en el extremo de un tallo tan grueso como la pierna de un hombre, y en la base del mismo crecían cuatro hojas gigantescas. Las cabezas de las flores eran inmensas y en forma de campanilla, compuestas por ocho, diez o doce pétalos muy juntos entre sí. Todas las que Reinmar podía ver colgaban hacia abajo, con los tallos curvados en forma de garfio invertido.

Si las flores hubiesen estado coloreadas como las que crecían en el mejor jardín de Eilhart, habrían sido realmente muy hermosas; pero no era así. Los colores predominantes eran cuatro: negro azabache, blanco enfermizo, azul pálido y rosado. Algunas eran de un solo color, pero había otras que presentaban combinaciones en listas: el negro con el blanco y el azul con el rosa. Los tallos y las hojas que les daban soporte, en lugar de reproducir los tonos verdes de los bosques de la ladera, eran de un extraño verde cremoso.

El aroma de las flores resultaba más sutil de lo que cabía suponer por su tamaño, pero mientras Reinmar permanecía contemplándolas con asombro, la fragancia llegó

hasta sus fosas nasales y gradualmente le llenó la boca y la garganta con un dulzor nauseabundo. Reconoció el particular buqué del vino que Noel y Almeric le habían hecho catar, aunque en la bebida estaba mezclado con otras esencias que parecían más ásperas y picantes.

Había senderos que discurrían por el bosque de flores; tres partían de la entrada en la que estaban ellos. La vegetación que bordeaba los senderos era abundante y parecía impenetrable. Aunque el piso era muy irregular, lleno de depresiones y acanalado, los tallos de las flores no parecían plantados en agujeros rellenos de tierra. Por el contrario, cada uno de los tallos se enroscaba para formar una compleja base no desemejante de los bucles mediante los cuales las hierbas de río más resistentes se aferraban a las rocas y cantos rodados del Schilder. No resultaba fácil determinarlo desde donde estaban, pero Reinmar pensó que cada tallo era un manojo de cuatro o cinco más finos que se separaban al acercarse al suelo, donde cada uno de ellos se hacía más grueso y pesado, y su textura adoptaba la apariencia de algo petrificado al encontrarse con el suelo pétreo de la caverna y fusionarse con él. El tejido vegetal y la piedra parecían, en definitiva, fundirse uno con otro, sin que se apreciara ninguna juntura visible.

Cuando Reinmar hubo estudiado durante medio minuto esas maravillas vegetales, se convenció de que la luz que iluminaba aquel misterioso mundo subterráneo tenía que tener unas cualidades muy diferentes de la luz solar, o del plateado resplandor de las lunas gemelas o las estrellas. Se trataba de una luz extraña, que no había visto nunca antes.

Las flores con las que estaba familiarizado, alimentadas por el sol, reproducían en sus características algo del color, la tibieza y la dulzura de aquella luz gloriosa. No importaba si crecían silvestres en los umbrosos sotos del bosque o si eran cuidadosamente atendidas en los jardines de Eilhart; la luz que las nutría era la misma. Esas flores, en cambio, tenían un medio de sustento diferente, y evidenciaban esa diferencia en todas sus propiedades. No carecían de color ni de calor, y sin duda no les faltaba dulzura, aunque todas esas cosas eran extrañas y, a los ojos de Reinmar, bastante impropias.

Se hizo evidente que Vaedecker pensaba del mismo modo que él.

—¿Qué lugar es éste, Reinmar? —le susurró con tono de pasmo—. ¿Qué hemos encontrado?

Dieciocho

—Habéis encontrado algo que les está prohibido ver a los hombres como vosotros —siseó el monje cautivo en respuesta a la pregunta de Vaedecker—. Esta invasión no será perdonada.

Vaedecker hizo caso omiso de él, pues aún estaba estudiando el entorno con la mirada. El espacio situado inmediatamente antes de la entrada del túnel pertenecía más al mundo de la superficie que al mundo subterráneo. Se encontraba abarrotado con herramientas y otros objetos de trabajo, incluidas escalerillas de mano, mesas y cajas vacías. Resultaba obvio que allí había mucho trabajo que hacer, aunque en ese momento no se realizaba ninguno, al menos no a la vista de la entrada del mundo subterráneo.

«Éste —decidió Reinmar—, debe ser el lugar donde cultivan la fruta que luego prensan para hacer el vino oscuro, si realmente lo hacen con el jugo de fruta prensada». Pero ¿era así? Dado que el vino oscuro no procedía de ninguna uva corriente, ¿debía suponer que lo hacían mediante un método similar? Después de ver las gigantescas flores que allí crecían, se preguntó si podría ser resultado de un proceso muy diferente. «¿Es posible —se preguntó— que el licor sea en realidad hecho con el néctar procesado de estas flores enormes y extraordinarias?»

Sabía que el néctar lo hacían las flores para atraer y nutrir a los insectos que se llevaban su polen y fertilizaban a sus vecinas. El néctar era la moneda con que las plantas pagaban sus relaciones sexuales, el lubricante de su comercio de semillas de identidad. El néctar era, por otra parte, el lujo de los insectos: el alimento más delicioso imaginable.

Estas flores eran de una clase diferente, ya que en aquel mundo subterráneo no se oía el zumbido de los insectos, así que cabía suponer que los diligentes polinizadores eran humanos: monjes que se contentaban con recoger la recompensa en lugar de comérsela, para transmitir esa moneda y ese lujo al mundo exterior, donde se convertía en un objeto de comercio como cualquier otro, o tal vez muy diferente de cualquier otro.

El monje que los había conducido por la escalera y a través del túnel retrocedió un paso, como si pensara que ya había cumplido con su parte.

—Espera —dijo Vaedecker con voz queda pero cortante—. Necesitamos saber

adónde se han llevado el cuerpo de la muchacha. ¿Por qué sendero debemos ir?

—Ya os he enseñado demasiado —replicó el monje, que tenía el semblante blanco como tiza bajo aquella luz antinatural.

En presencia de las gigantescas flores, parecía más atemorizado por ellas que por la espada de Vaedecker, a pesar de que la sangre continuaba saliendo con lentitud por el corte superficial que tenía en la garganta. No obstante, alzó un brazo para señalar el sendero del centro.

Los ojos de Vaedecker se entrecerraron mientras hacía un cálculo, y luego alzó la espada por encima de la cabeza. El aterrorizado monje se encogió ante el arma, pero al descargarla el soldado se aseguró de que fuese la parte plana de la hoja la que impactara sobre el redondel tonsurado de la coronilla. El primer golpe sólo lo hizo caer de rodillas, pero el segundo lo dejó sin sentido.

Reinmar estaba a punto de arrodillarse para comprobar si el hombre estaba aún vivo cuando el sargento lo aferró por una manga y lo apartó.

—Debernos darnos prisa —dijo. Aún hablaba en voz baja, ansioso por que sus palabras no resonaran en las paredes por si había monjes entre la vegetación, ocultos a la vista por las flores—. Si ha mentido, lo descubriremos muy pronto.

El soldado comenzó a avanzar entre las flores descomunales, pasó bajo un arco formado por dos de ellas, y Reinmar lo siguió. Estaba deseoso de ver la estructura de las mismas con mayor detalle, así que se echó atrás la gran capucha que le había ocultado el rostro mientras él y Vaedecker descendían la escalera. Esto le permitió alzar los ojos hacia las corolas en forma de campanilla para ver qué había dentro de ellas.

No se sorprendió demasiado al ver que cada una tenía un solo estilo pendular, que parecía colgar laxo como la cuerda gruesa que pendía de la cúpula del templo. Sombreados como estaban por las corolas, resultaba difícil saber de qué color podían ser los estilos, pero la mayoría eran pálidos. No pudo ver las glándulas de néctar que supuestamente debían hallarse en la base de los estilos, porque a las zonas más interiores de cada flor no llegaba siquiera luz reflejada.

Tras haber observado esto, volvió a bajar los ojos para estudiar las enredadas estructuras de la base de los tallos. La parte con la que se aferraban al suelo tenía una forma muy irregular, pero en cuanto comenzó a inspeccionarlas con mayor atención detectó, dentro de cada tallo, formas que le recordaron un poco a cuerpos humanos que yacieran decúbito supino y misteriosamente hinchados. Una quinta «prolongación» que había a veces parecía, según esa fantasía, la cabeza de la forma yacente que se había derretido y deformado hasta parecer parte del lecho de roca.

Aunque se maldijo por su estupidez cuando finalmente se dio cuenta de la espantosa realidad, Reinmar necesitó tiempo para aceptar que esta impresión era algo más que una mera fantasía macabra. Podría haber reparado antes de no haber sido

porque algunas de las formas parecían estar muy lejos de ser humanas, pero eso se debía, según comprendió al fin, a que para empezar eran sólo humanas a medias. Las enredadas «raíces» que sujetaban las gigantescas plantas al suelo de la caverna eran realmente cuerpos hinchados y transformados en tejido extraño. Algunos habían sido humanos, pero otros habían sido hombres bestia, cuyas extremidades habían estado rematadas por zarpas en lugar de manos y pies, y cuyas cabezas deformes habían sido astadas.

—¿Ves tú...? —le preguntó a Vaedecker, pero éste no lo dejó terminar.

—Silencio —le contestó con voz ronca—. Veo lo mismo que tú. ¡No dejes de mirar... y mantente en guardia!

Era un buen consejo, ya que, apenas lo había expresado, Reinmar avistó siluetas ataviadas con hábito ante ellos. Vaedecker alzó una mano de inmediato para coger la capucha y volver a echársela sobre la cabeza antes de apartarse a un lado para ocultarse detrás de uno de los enormes tallos. Reinmar lo imitó y se escondió tras un tallo que se hallaba a unos ocho o diez pasos más a la derecha.

Al asomarse desde su escondite, Reinmar vio que había una media docena de monjes reunidos, y que sólo uno estaba vuelto de cara a él. Se oía un suave murmullo de voces susurrantes, pero los monjes permanecían muy quietos. Al parecer, estaban esperando a que sucediera algo importante. Reinmar no podía verle la cara al monje que la tenía vuelta hacia él, pero advirtió que el hombre sujetaba en alto un báculo decorado con la efigie de una flor negra, cuyos «pétalos» tenían forma de alas de cuervo.

Cuando se abrió una momentánea brecha en el grupo, Reinmar pudo ver algo más..., y al hacerlo tuvo que reprimir una exclamación de horror y alarma.

En el espacio que mediaba entre la hilera de seis y el hombre del báculo había sido colocado cuidadosamente el cuerpo desnudo de la muchacha gitana, tendido de espaldas, dentro de una somera depresión del piso de la caverna, que partía del lado izquierdo del sendero que ellos habían estado siguiendo, cerca de la intersección en que éste se cruzaba con otro.

Era casi como si la pulimentada roca estuviera preparándose para abrazarla y recibirla en su diamantino seno.

Después de ver lo que los rodeaba, Reinmar comprendió que algunas de las sujeciones que daban soporte a los tallos de aquellas asombrosas plantas habían sido en otros tiempos los cuerpos de seres humanos: los que habían oído la llamada que los convocaba en aquel lugar. También comprendió que, aunque habían sufrido alguna monstruosa mutación y transfiguración que los había transformado en parte de la piedra y en parte del extraño tejido vegetal, aún retenían débiles ecos de su identidad anterior.

De pronto, experimentó la repentina y horrible certidumbre de que esas

desdichadas personas nunca habían muerto, y que no estaban muertas ni siquiera en ese momento: que sus almas humanas permanecían aún dentro de ellas, aprisionadas para toda la eternidad en un mundo extraño. Supuso que los hombres bestia se encontraban en un estado similar, pero no podía preocuparse demasiado por eso. Marcilla era una cuestión diferente.

—Si esto no es obra tuya, Morr —murmuró en voz no lo bastante alta para que pudiera oírlo Vaedecker, pero tampoco demasiado baja—, te imploro que hagas descender sin demora tu más ferviente cólera contra estas gentes, con independencia de las consecuencias que eso pueda tener para mí.

Pero el Dios de la Muerte y los Sueños, según el invariable hábito de todos los dioses a los que reza el ser humano, no dio muestras de haber oído la plegaria, ni prueba alguna de preocupación.

El monje que había sujetado en alto el báculo por encima del cuerpo desnudo de Marcilla volvió a bajarlo y miró a la joven inmóvil, que yacía indefensa ante él. Luego, se echó hacia atrás la capucha que le cubría la cabeza..., y Reinmar no pudo evitar quedarse mirándolo, conmocionado, porque pudo ver la cara descubierta entre las cabezas de dos de los seis que estaban de espaldas y el modo como reflejaba en ella la luz blanca que caía desde lo alto.

El semblante del monje pareció encenderse con un resplandor similar, como si la luz estuviese adquiriendo sustancia al concentrarse en torno al hombre, y le acariciara amorosamente las mejillas y la frente. Los ojos, en particular, parecían encendidos con una luz abrasadora, y Reinmar comprendió que el misterioso resplandor que había percibido en los ojos del hermano Noel y el hermano Almeric cuando los vio por primera vez no era más que un débil anuncio de aquello en lo que podría convertirse un día. La cabeza del monje era calva y sus facciones parecían anormalmente redondeadas —la nariz como un pomo de puerta y el mentón como un canto rodado desgastado por las mareas—, pero su piel tenía un curioso lustre pulido, como si tuviese tanto la textura como el color de un diente deslustrado.

El oficiante extendió el brazo, y con el extremo inferior del báculo comenzó a hacer una serie de pases sobre el cuerpo desnudo de Marcilla, a la vez que canturreaba una larga secuencia de sílabas líquidas en algún idioma arcano que no se parecía a nada que Reinmar hubiese oído antes. Cuando esa parte del ritual quedó terminada, el monje cambió el modo de aferrar el báculo para sujetarlo cerca del extremo inferior, y acercó la ornamentada cabeza del mismo a la campana de la flor negra que colgaba sobre él.

El tamaño del modelo formado por las alas de cuervo que había en el extremo del báculo no era más que una centésima parte de la gigantesca entidad que pendía en lo alto, pero al acercarse el símbolo también comenzó a moverse hacia él la flor a la que simbolizaba, y descendió con mucha suavidad a causa de la gradual relajación de su

enorme tallo.

El oficiante volvió a realizar una serie de complicados pases en el aire, canturreando sin parar. De vez en cuando, el resto del grupo se unía para añadir sus voces a modo de coro, o para responder a alguna sílaba particular, pero en la posición que estaban tenían pocas probabilidades de ver a ninguno de los huéspedes no invitados.

Cuando el ritual se acercó al final, Reinmar vio que el estilo pendular del interior de la flor se había alargado, de manera que entonces su extremo asomaba fuera del borde de la corola. Eso no lo había hecho mediante un proceso de crecimiento ni desenroscado, sino más bien extendiéndose de una forma elástica. Su color básico no era ámbar, como el muchacho había imaginado en un principio, sino de una tonalidad cremosa casi blanca, similar a la de las hojas que nacían del tallo en forma de abanico, aunque un poco más oscuro porque el blanco tenía suaves listas de color rosado.

El estilo se retorció con mucha lentitud, de un modo que a Reinmar le recordó la cabeza de una desdichada y desconcertada lombriz de tierra que ha salido inesperadamente a la superficie. Marcilla permanecía por completo inmóvil bajo la enorme cúpula de la flor: sin ver, sin sentir, sin respirar.

El sacerdote oficiante comenzó a bajar su ornamentado báculo, y la punta del estilo descendió con más urgencia aún, como si intentara perseguirlo. Pero en ese momento el oficiante se apartó a un lado con tranquilidad para permitir que la corola de la flor continuara su lento descenso.

A Reinmar le pareció que entonces la flor había percibido la fría silueta de Marcilla, y reprimió una exclamación de horror. La punta del estilo se había extendido ya hasta medio metro fuera de la corola, y sus movimientos se habían vuelto más animados. Continuó descendiendo y descendiendo, mientras Reinmar contenía la respiración con expectación aterrorizada.

En el momento en que el lascivo estilo tocó la piel de Marcilla, ella se movió; a Reinmar le dio la impresión de que intentaba apartarse y que se habría movido con mayor urgencia si sus extremidades no hubiesen estado insensibilizadas por la droga que le habían dado. Era como si se moviera en sueños e intentara despertarse de una pesadilla, mientras que todo su cuerpo se había vuelto misteriosamente inamovible.

El estilo volvió a tocarla y recorrió con su punta un brazo de la joven, con tanta lentitud y suavidad como el dedo de un amante. Ella volvió a moverse, inquieta pero impotente. Era como si intentara con todas sus fuerzas despertar, pero no pudiera. Tenía el cuerpo frío y rígido, la piel blanca como el mármol en aquella luz antinatural, y la fuerza de voluntad no bastaba para mover su reacio cuerpo.

Pero resultaba evidente que no estaba muerta. No estaba muerta.

Reinmar apretó fuertemente las mandíbulas, pero su mano derecha aferró con

más fuerza el báculo robado, y cambió la posición de los pies con el fin de prepararse a saltar. No sabía hasta dónde llegaría aquel ritual, pero quería estar preparado para actuar cuando pareciese llegado el momento. Con la mano izquierda manoseó el cordel que sujetaba su espada dentro de la vaina, pero la conmoción de lo que había visto hizo que sus dedos se movieran con torpeza y no logró deshacer el nudo.

La punta del estilo vermiforme acarició el brazo desnudo de Marcilla para luego desplazarse hacia abajo por su torso y a lo largo de un muslo en dirección a la rodilla. Al llegar a la pantorrilla invirtió la marcha y pasó con movimiento lento y lánguido sobre el contorno de su abdomen y pecho, con mucha suavidad y delicadeza. Al parecer, cada caricia la llevaba más cerca de la vida y la vigilia, porque comenzó a proferir sonidos: no gritos de alarma, sino profundos y lentos gemidos.

Reinmar vio que entonces la muchacha podía mover un poco las extremidades. Parecía que el contacto del estilo de la campanilla negra le estaba devolviendo el calor a sus músculos. Reinmar no tenía ninguna duda de que su corazón volvía a latir, aunque no estaba seguro de lo fuerte y rápido que podría ser el pulso.

Reinmar supuso que en algún momento, aquella monstruosa criatura tendría que transmitirle sus semillas al cuerpo de la muchacha gitana. Sabía demasiado bien qué destino le tenían reservado —las semillas arraigarían en su carne, preparadas para comenzar la paciente obra de transformar la sustancia de aquel cuerpo humano—, pero sólo podía conjeturar cuáles serían las etapas intermedias. ¿Le permitirían despertar, ver qué destino le aguardaba? ¿O permanecería prisionera en sus sueños mientras la sangre corría por sus venas y la fiebre aumentaba?

No podía creer que fuesen a permitirle saber qué sucedía en realidad. Se aferró a la esperanza de que el sueño en el que estaba perdida —el mismo producido por el vino de los sueños— fuese un sueño de paraíso, y que, con independencia de lo que le sucediera mientras yacía en la grieta del suelo de la caverna, no conociera otra cosa que la felicidad. Llegado su momento, sin duda, viviría como planta para producir una gloriosa flor propia, y cualquier conciencia que quedase en su cabeza hinchada y petrificada sólo se daría cuenta de la presencia de la brillante y eterna luz.

«¿Es así —se preguntó—, como todas las plantas y las flores del mundo imaginan el paraíso?»

Durante todo ese tiempo, los sacerdotes continuaron entonando el encantamiento, murmurando sílabas líquidas en un idioma que Reinmar no reconocía. Y también durante todo ese tiempo, él intentó liberar la espada con la mano izquierda, pero sus torpes dedos continuaban sin desatar el nudo, y él no se atrevía a soltar el báculo que tenía en la mano derecha.

Marcilla parecía acercarse cada vez más a la conciencia, aunque aún no había llegado a despertar; pero al recobrar más poder de movimiento, la naturaleza de sus movimientos cambió. Mientras el estilo pendular continuaba acariciándola, ella cesó

en sus fútiles intentos de apartarse y se mostró más receptiva, como si el cosquilleante contacto ya no la irritara.

Pero estaba regresando al borde mismo de la vigilia. Reinmar estaba seguro de que llegaría un punto en que no haría falta más que un solo toque del estilo para sacarla del sueño. Si podían rescatarla del borde del desastre en ese propicio momento, tal vez aún podría salvarse. Volvería a estar viva del todo y sus sueños podrían interrumpirse. Si él actuaba exactamente en el instante correcto, todavía podría salvarla. En caso contrario, yacería en aquella depresión somera, sin ataúd y sin sepultura, hasta que la transformación concluyera. Se derretiría para mezclarse con la roca mientras de su ombligo nacía el primer brote de color blanco marfil, que extendería sus hojas para bañarse en el fuego blanco que caía del techo lleno de depresiones y protuberancias de aquel mundo interior en miniatura.

No podía permitir que sucediera eso. Reinmar dejó el nudo que sujetaba su espada y luchó por controlarse, sin ignorar lo difícil que sería llevar a la práctica la línea de acción que acababa de trazarse. Su más urgente necesidad era que Marcilla fuese capaz de escapar con él cuando echara a correr, con el fin de efectuar la osada huida hacia la libertad. Tendrían que ascender la escalera de espiral y salvar los terrenos del tenebroso templo que se alzaba, hosco, sobre ellos, sin demora alguna. Allí había seis hombres a los que derribar, pero otros sesenta o setenta podrían unirse a la persecución en cuanto se diera la alarma. No resultaría fácil dejarlos atrás en el bosque... Y aun en el caso de que lograsen llegar hasta la carreta y de que Godrich y Sigurd hubiesen logrado repararla...

Reinmar volvió la vista hacia Matthias Vaedecker, y el sargento giró de inmediato la cabeza para mirarlo a los ojos; no obstante, el signo que Vaedecker le hizo con un rápido gesto de la mano era una orden de permanecer quieto: «mira y espera».

De momento, Reinmar obedeció, aunque sabía que no podría hacerlo durante mucho tiempo más.

Diecinueve

Reinmar no quería nada más que lanzarse al ataque blandiendo el báculo con fuerza letal, pero se obligó a permanecer inmóvil durante unos minutos más. No ignoraba que Vaedecker tenía razón y que debía aguardar hasta que las caricias de la nauseabunda flor llevaran a Marcilla de vuelta a la vida... pero también sabía que no debía esperar ni un instante de más o todo se perdería. Tenía que adivinar la llegada de aquel precioso momento en que ella fuese más capaz que entonces de pensamiento y movimiento consciente, pero en que aún no se hubiese completado el acto final de polinización que desembocaría en su destrucción inexorable. Aguardó, tenso y rígido en la agonía de la incertidumbre, mientras fue posible hacerlo sin peligro.

Entretanto, el gusano de la boca de la flor, que parecía volverse más rosado cada vez, continuaba con su calculada danza por la tierna carne del cuerpo de Marcilla, explorando sus contornos y animándola con el vivificador efecto de su contacto.

Ella ya era capaz de tender una mano hacia el estilo como si intentara apresararlo cuando pasaba, pero aún tenía los ojos cerrados y sus movimientos eran lentos, mientras que el estilo parecido a un gusano se mostraba rápido e inteligente y evitaba los dedos que lo buscaban a tientas.

Reinmar observaba y esperaba, aunque la tensión de su corazón y extremidades comenzaba a resultar insoportable.

Marcilla comenzó a removerse con más urgencia y ya no cupo duda de que su cuerpo había recobrado la mayor parte de la fuerza, aunque todavía no podía abrir los ojos. Estaba perdida en sueños sin tener la más ligera idea de dónde se encontraba ni qué le estaba sucediendo. «Tal vez —pensó Reinmar—, imagina que estaba aún a salvo ante el hogar de la granja, astutamente complacida por el poder alucinatorio del vino dulce que ha bebido antes de dormirse».

Entonces, por un breve instante, el estilo dejó de acariciarla y se retiró un poco. En ese momento, la punta se dividió para dejar a la vista una estructura interna: el estigma, que presumiblemente contenía las esporas de la destrucción. El estigma era de color amarillo dorado, como el sol veraniego del mundo exterior, y estaba recubierto de un moco brillante.

El tejido del estilo se separó como los párpados cuando ella despertó.

Marcilla abrió, por fin, los ojos y miró hacia el interior de la gran campana negra

de la flor que colgaba sobre ella y al demoníaco ojo ciego que la amenazaba. Abrió la boca con incertidumbre, como si no supiese si proferir un alarido o gritar de deleite, pero de sus temblorosos labios no salió sonido alguno.

Reinmar, tan seguro como podría estarlo cualquier hombre de intervenir entonces o nunca, ni siquiera se molestó en mirar a Matthias Vaedecker para pedir permiso. Profirió un bramido de diabólica alegría al mismo tiempo que saltaba hacia adelante con el báculo en alto para apartar a su amada de las crueles atenciones de su mortal rival.

Los cinco monjes que aún le daban la espalda comenzaron a volverse con alarma en cuanto oyeron el grito de guerra, pero en su confusión tropezaron unos con otros y sus brazos se enredaron al alzarlos para defenderse. El único que no se vio atrapado en esta confusión fue el brujo jefe que había estado oficiando el ritual.

En cuanto se movió, Reinmar sintió la mirada de los ojos antinaturalmente resplandecientes del monje y supo que, por muy atónitos que pudiesen estar los otros, el hombre que había invocado las atenciones de la flor negra era peligroso. Para hacer frente a ese desafío antes de que se le presentara abiertamente, Reinmar cambió la forma en que sujetaba el báculo para empuñarlo como si fuese una lanza, con el cuervo que adornaba el extremo superior dirigido hacia adelante. Cargó contra los cinco adoradores, a los que derribó a los lados sin hacer siquiera un intento para asegurarse de que permanecieran en el suelo una vez caídos, y se lanzó en línea recta hacia su peor enemigo.

El pico de madera de la cabeza del cuervo formaba un ángulo de treinta grados o más con respecto al asta del báculo y no estaba afilado, pero a pesar de todo bastó para atravesar la tosca tela del hábito del hechicero y abrirle una sangrante herida en el pecho al rebotar sobre sus costillas.

El hombre golpeado cayó de espaldas y profirió un grito de dolor patéticamente débil, debido a que sus pulmones se habían vaciado de aire a causa del impacto.

La mano izquierda de Reinmar, que estaba libre, aferró el vermiforme estilo de la flor. Si hubiese comenzado a retraerse hacia el interior de la corola no lo habría logrado, pero la flor no tuvo ninguna reacción defensiva; en todo caso, adelantó su boca abierta hacia él y extendió su lengua hacia el muchacho como si sintiese curiosidad por tocar y saborear al atacante que había aparecido de modo tan inesperado entre sus adoradores.

El dorado estigma se parecía más que nunca a un ojo de mirada fija, pero estaba completamente ciego ante el propósito de Reinmar.

La mente del joven se había aclarado de pronto al descargar la tensión acumulada en forma de acción furiosa. «Tal vez —pensó—, la planta sea por completo ignorante de las costumbres del mundo de la superficie». Quizá no sabía nada de la naturaleza enrojecida de dientes y garras, de la violencia y la depredación, o de la cólera y los

celos. Tal vez, al haber sido amorosamente atendida por los pacientes monjes en aquella profunda caverna secreta donde nunca era de noche, no tenía ninguna experiencia en ataques de cualquier tipo. O quizá, después de todo, era sólo una flor carente de toda inteligencia y reflejos, indefensa en su impotencia vegetal.

Por la razón que fuere, la punta del estilo aún estaba allí para que Reinmar la atrapara y sujetase con la mano que había tendido, y así lo hizo.

Había esperado que fuese pegajoso y frío, pero era sedoso y tibio. Experimentó la más leve de las emociones al tocarlo, como si el estilo estuviese intentando reanimarlo incluso a él, que no había sufrido ninguna muerte simulada.

Reinmar tiró con todas sus fuerzas para sacarlo y tensarlo tanto como pudiera fuera de las fauces de la flor.

—¡Golpea! —le gritó luego a Matthias Vaedecker que en ese momento corría hacia él—. ¡Corta esta cosa de raíz!

Vaedecker parecía enojado y maldecía abundantemente, pero cortó el estilo con un tajo descargado desde lo alto, decidido a cercenarlo de un solo golpe. El tajo tuvo casi demasiado éxito. Estirado como estaba, el peculiar órgano de la flor soportaba ya una tensión considerable y su tejido blando ofreció poca resistencia a la afilada hoja del arma. Se dividió de modo tan repentino que Reinmar estuvo a punto de caer de espaldas, con el trozo cortado envuelto en la mano.

Se tambaleó de tal forma que se golpeó una rodilla contra el suelo, y sólo entonces recordó que se encontraban rodeados de enemigos por todas partes y que esos enemigos estaban ansiosos por aferrarlo y derribarlo. Por fortuna, aún se hallaban confundidos y él tenía el báculo firmemente agarrado. Intentó barrer el aire que lo envolvía con la improvisada arma, como habría hecho Sigurd, pero su fuerza no tenía ningún parecido a la de Sigurd y el báculo carecía del impulso necesario para derribar a alguien. Tuvo suerte de que nadie se lo arrebatara de las manos o lo golpeará cuando aún estaba en el suelo.

La flor, que no podía haber conocido antes lo que eran las lesiones, retrocedió con movimiento espasmódico a causa de la conmoción. Reinmar vio que su enorme tallo, que antes se había movido con tan majestuosa gracilidad, se estremeció por un instante antes de estallar con una convulsión titánica, cuya onda expansiva pilló desprevenidos a un par de sacerdotes, que exclamaron con horror, y los derribó como si fuesen bolos.

La parte del estilo que quedaba en poder de Reinmar se retorció de manera similar, pero no logró apretarle la mano. El joven, contento, lo dejó caer en la depresión, junto al cuerpo de Marcilla, donde continuó estremeciéndose. No vertió ni sangre ni icor, pero la sección del corte era roja y parecía en carne viva comparada con su cápsula de tono más pálido, y el dorado ojo ciego que se había abierto en el extremo se encontraba entonces bien cerrado.

Marcilla estaba despierta, en efecto. Profirió un alarido que tuvo un efecto mucho más tremendo que el de Reinmar o el del sacerdote al que había derribado con su improvisada lanza.

Cuando el grito atravesó la confusión reinante y disipó un poco la salvaje cólera del muchacho, éste se dio cuenta, de pronto, de que la espada de Matthias Vaedecker estaba roja de sangre. El soldado la sujetaba a dos manos, y lo vio asestar un golpe a izquierda primero y luego a derecha con brutal eficacia.

Reinmar vio cómo cortaba en dos la cabeza de un hombre desde la sien a la mandíbula, de modo que el rostro del hombre se desprendió como una máscara. Vio a otro con la garganta abierta que se aferraba el cuello con ambas manos como si pudiese sellar las arterias carótidas y unir su tráquea. Vio que otro saltaba hacia atrás aferrándose el vientre, aunque tenía pocos dedos para detener el flujo de sus intestinos, que se desplegaban al deslizarse a través de una enorme herida abierta en el abdomen. Con efecto retardado se dio cuenta de que Vaedecker lo llamaba estúpido y le gritaba que corriese, y entonces vio que se aproximaban más sacerdotes desde tres direcciones distintas. Llegaban de dos en dos y de tres en tres, pero no tropezaban los unos con los otros a causa de la alarma y la confusión, e iban armados con palas de hoja de hierro, afiladas horcas estañadas y enormes báculos de madera. Si él y Vaedecker aguardaban hasta que se hubiesen reunido, se verían considerablemente superados en número.

Reinmar no se sentía ni conmocionado ni impresionado por la visión de tanta sangre; aún tenía que ejecutar su plan. Los ojos recién abiertos de Marcilla se habían visto deslumbrados por la luz blanca, y ella había alzado una mano para protegérselos, pero resultaba evidente que se daba perfecta cuenta del hecho de que había despertado para encontrarse dentro de una aterradora pesadilla. Su angustia parecía ilimitada. Reinmar, que aún se tambaleaba a causa de la momentánea pérdida de equilibrio, cogió a la muchacha por la muñeca derecha con la mano izquierda e intentó ponerla de pie. Por un espantoso momento pensó que ella no podía levantarse, que no había en ella la vida suficiente para permitirle incorporarse, y mucho menos correr, pero la ferviente insistencia con que tiraba de ella acabó por resultar irresistible.

—¡Soy Reinmar! ¡He venido a salvarte! —le gritó, aun que a esas alturas el alarido de ella se había apagado y no necesitaba chillar para hacerse oír—. ¡Tenemos que correr para salvar nuestra vida!

Después, comenzó a correr al mismo tiempo que mantenía aferrada la muñeca de la joven con tal fuerza que ésta no tuvo más remedio que seguirlo.

De inmediato, se formó ante él una harapienta hilera de tres sacerdotes que acababan de llegar, pero el muchacho llevaba el báculo sujeto hacia adelante como si fuese una lanza y estaba ansioso por asestarles golpes con él. Si hubiesen sido hombres

habitados a la lucha —soldados, rufianes comunes o incluso prudentes comerciantes —, el muchacho no habría tenido ninguna oportunidad de vencer, porque las improvisadas armas que llevaban y que comprendían dos enormes garrotes y un cuchillo oxidado habrían causado muchos más estragos que el delgado báculo de Reinmar; pero aquéllos no eran para nada hombres acostumbrados a las peleas, y la violencia que habían presenciado hasta ese momento tenía que parecerles el más escandaloso de los sacrilegios imaginables. No se trataba de que no quisieran detenerlo y capturarlo; de hecho, probablemente lo deseaban con toda la avidez posible, pero no sabían cómo actuar en concierto para conseguirlo. Ninguno de los tres, al parecer, podía entender del todo la circunstancia de que en ese momento formaba parte de una compañía potencialmente poderosa; a los ojos de cada uno afloraba la conciencia de hallarse cara a cara con un demente armado, y cada uno se vio inundado de vacilación e incertidumbre.

Reinmar los embistió de modo temerario e implacable, y blandió su insignificante arma como si fuera el poderoso martillo de guerra de Sigmar. No le pusieron una sola mano encima cuando pasó entre ellos con la aturdida Marcilla detrás. Una vez que hubo pasado, no obstante, se volvieron con rapidez y se mostraron ansiosos por compensar su fracaso a la hora de contener la carga del muchacho. Reinmar no pudo evitar bramar su exultación al darse cuenta de que él y Marcilla se hallaban libres del peligro inmediato, pero que sólo un grito de exultación momentánea y no de triunfo. Sabía que los sacerdotes iban a perseguirlos y acosarlos aún más por no haberlo detenido cuando tuvieron oportunidad de hacerlo.

Giró para situarse de lado y, con un solo movimiento elegante, se echó a Marcilla sobre un hombro; tal era la fiebre de entusiasmo que lo inundaba que la muchacha no pareció pesar más que cualquiera de los bultos corrientes que transportaba de esta guisa una docena de veces en un día de trabajo. Luego, se puso en marcha para alejarse de los enemigos que aún se agrupaban en torno a Matthias Vaedecker e intentaban esquivar su activa espada.

Mientras corría en lo que parecía ser la dirección más segura, Reinmar fue sólo vagamente consciente de que el sendero que seguía no era el mismo que lo había llevado hasta el lugar donde estaba teniendo lugar la violación de Marcilla. No se trataba de uno de los dos ramales de la bifurcación que lo habría hecho adentrar más en aquel mundo subterráneo, pero sabía que no lo llevaría directamente de vuelta a la entrada. Dado el ángulo en que discurría, sin embargo, estaba seguro de que acabaría por llegar a la pared de la caverna que él y Vaedecker podrían seguir y contra la que podrían resistir en caso necesario. Mientras tanto, Reinmar corría por el serpenteante e incierto sendero con toda la velocidad de que sus piernas eran capaces, saltando por encima de una raíz sobresaliente tras otra como saltaría un venado perseguido a través de los frondosos sotos de un bosque.

Estaba tan completamente absorto en la necesidad de poner distancia entre él y los sacerdotes que lo seguían que debió dar un centenar de largas zancadas antes de percatarse de que Vaedecker no corría detrás de ellos. También comprendió que, cargado como iba con la muchacha, no tenía esperanza de mantener la distancia respecto a sus perseguidores durante más de unos pocos y breves minutos.

En cuanto Reinmar se dio cuenta de que habían quedado separados, gritó el nombre de Matthias Vaedecker, pero los tres sacerdotes que lo seguían levantaban su propio clamor, y los ecos de otros alaridos distantes resonaban contra el techo de brillante iluminación en una confusión tan espantosa que Reinmar no podía saber si su compañero lo oiría o no. No se atrevió a vacilar y se convenció con rapidez de que lo mejor que podía hacer era continuar por el sendero hasta llegar al límite de la caverna, para luego girar a la derecha y seguir el contorno hasta llegar al túnel que llevaba a la escalera de espiral. Sin duda, Vaedecker se abriría paso hasta el mismo lugar.

Reinmar no dudaba que podía vencer en la lucha a sus perseguidores, si no se agotaba con demasiada rapidez. Era joven, estaba bien alimentado y muy habituado al trabajo duro. Aunque su principal cometido en la tienda era ocuparse de la caja registradora, había transportado muchísimos barriles arriba y abajo por la escalera de la bodega de su padre. También lo habían entrenado en la lucha, y aquellos sacerdotes cuyo dios de la muerte y los sueños se les daba a conocer mediante las flores de aquel horrible y antinatural campo de muerte eran mucho más viejos que él, y la delgadez era evidente para las miradas más curiosas. Los dos que llevaban los enormes garrotes —con toda seguridad manos de almirez que normalmente se usaban para machacar pulpa vegetal dentro de un mortero enorme— apenas parecían capaces de levantarlos y no podrían blandidos como cachiporras. Sin duda, los tres se afanaban en el trabajo como cualquier otro hombre, pero sus fuerzas habían sido mermadas por la austeridad de la vida monacal. «El más peligroso —decidió Reinmar— es el que va armado con la cuchilla. Cuando llegue a la pared y tenga que girar —se dijo—, es el primero al que debo dejar fuera de combate».

Durante otras cincuenta zancadas, Reinmar logró mantener la distancia entre él y sus perseguidores, pero, a partir de entonces y a pesar del cansancio que evidenciaban, comenzaron a ganarle terreno. Las piernas del joven empezaban a volverse pesadas, y sabía que pronto se le doblarían las rodillas. Intentó gritar otra vez para llamar a Vaedecker, pero no pudo hacerlo, porque necesitaba el aliento con demasiada desesperación para continuar corriendo. Al recordar que a fin de cuentas era un hombre con las limitaciones de un hombre, comenzó a sentir el verdadero peso de la carga que llevaba sobre el hombro y el auténtico esfuerzo que hacían sus doloridas piernas.

Si en ese momento no hubiese llegado al límite de la caverna, se habría visto

obligado a hacer frente a sus enemigos en medio del sendero y con las cabezas de las espantosas flores meciéndose a su alrededor, pero vio la pared que se encumbraba delante y, aún mejor, vio una abertura en el muro: un umbroso espacio que no estaba iluminado por la espantosa luz blanca de aquel mundo subterráneo, sino por la amarillenta luz de una vela normal.

El primer pensamiento de Reinmar fue que aquella abertura tenía que ser una salida, aunque no se tratase de la misma por la que habían llegado. Al pensarlo mejor, se dio cuenta de que si ofrecía una vía de escape, también debía ofrecer un camino por el que entrar y en el que podría haber más enemigos al acecho esperándolo. Por esta razón, no se encaminó en línea recta hacia ella, sino que decidió presentar batalla con una sólida pared relumbrante a la espalda.

Tendió a Marcilla junto a la pared, le dijo que se estuviera quieta y se volvió de inmediato para enfrentarse con los monjes. En los ojos de entraño resplandor de los enemigos vio expresiones de triunfo cuando convergieron sobre él, pero sabía que eran prematuras.

Veinte

Con el cuervo que remataba el báculo sujeto hacia adelante como si fuese la punta de una pica, Reinmar cargó sin esperar a que sus atacantes se detuvieran; fue el movimiento correcto porque ellos intentaron parar cuando lo vieron venir, pero llevaban demasiado impulso y el esfuerzo sólo los volvió más torpes. Uno tropezó y cayó, arrastrado a pesar de sí mismo por el impulso del pesado garrote. Sin embargo, el hombre que lo atacó con mayor osadía fue el que llevaba el cuchillo, que alzó como si quisiera separarle la cabeza de los hombros.

No tuvo ni una sola oportunidad de intentarlo porque Reinmar le estrelló la punta del báculo contra el esternón con toda la fuerza de que fue capaz, y el sacerdote se detuvo en seco. El cuchillo salió despedido de su mano y voló, inofensivo, por encima del hombro izquierdo de Reinmar para rebotar contra la pared de la caverna.

De inmediato, el joven describió un giro con el báculo, de modo que su extremo romo inferior golpeará el diafragma del tercer oponente, con lo que ganó justo el tiempo necesario para volverse y recoger el cuchillo caído.

Ya nadie gritaba, y los ecos que momentos antes habían resonado en el techo de aquel mundo subterráneo estaban entonces en silencio. Reinmar usó el cuchillo para intentar degollar al hombre al que había dejado sin resuello, con la esperanza de que la hoja cortaría sin problemas la carne Manda, pero no estaba ni con mucho lo bastante afilada, así que se atascó, y al caer el hombre, su peso arrancó el arma de la mano de Reinmar. Aún le quedaba el báculo, pero era muy consciente de las limitaciones de aquel objeto.

Mientras los otros dos oponentes se esforzaban por recobrase de los golpes que les había asestado, Reinmar halló, por fin, la oportunidad de usar su hábil mano derecha para aflojar el nudo que sujetaba su espada, que sacó de la vaina insto cuando los otros volvían a arremeter.

Si hubiesen sido hombres de guerra, habrían sabido qué hacer, pero no fue así. Resultó absurdamente fácil, incluso para un hombre que hasta ese día nunca había matado a otro ser humano, infligirles tajos mortales a ambos. A uno lo hirió en la cabeza y al otro de lleno en el pecho; fue una suerte que el golpe asestado al primero de los dos fuese tan eficaz, porque tuvo que apoyar un pie en la caja torácica del segundo y tirar con todas sus fuerzas para arrancar la espada.

Luego, el aire se colmó de silencio y de un hedor espantoso. Marcilla se puso de pie con los ojos llenos de horror. Estaba enmudecida, pero sus manos se agitaban ante ella. Al principio, Reinmar pensó que las tendía hacia él, pero luego se dio cuenta de que no sabía quién era él e intentaba mantenerlo a distancia.

Reinmar la amaba, y ella ni siquiera lo reconocía. En una ocasión dijo que lo había visto en sus sueños, pero entonces no parecía capaz de recordar eso.

—No pasa nada, Marcilla —le aseguró él, y se sorprendió ante la ronquera de su propia voz—. Soy un amigo, y estos hombres eran tus enemigos. ¡Por aquí!

Cogió la muñeca derecha de la joven con la mano izquierda y la llevó hacia la entrada y la luz de velas del otro lado. Ella se resistió, pero sólo por un segundo; al parecer, tomó la decisión de confiar en Reinmar, tal vez en virtud de la bondad del tono de la voz del joven y quizá porque recordó, vagamente, que lo había visto antes.

Cuando Reinmar vio que el espacio que había al otro lado de la entrada era una cueva ciega que no ofrecía posibilidad alguna de salir de la caverna, sintió una punzada de miedo en el vientre, aunque ese miedo se vio pronto reemplazado por el asombro al darse cuenta de qué era esa cueva.

Contra la pared situada a la derecha del espacio, había cinco tinajas de piedra, que, al parecer, eran los morteros de los que procedían las manos de almirez que los monjes habían intentado usar como garrotes. Tres de ellos estaban llenos hasta el borde de pulpa espesa, pero los otros dos contenían menos de la mitad de su capacidad total. De la roca del fondo de la cueva, cerca del techo, manaba una fuente de agua que descendía hasta formar un estanque somero. El agua sobrante corría hasta una grieta que la transportaba hacia las entrañas del mundo subterráneo, pero habían acumulado agua en una serie de grandes barriles abiertos, y había otros barriles colocados cerca de las tinajas que tenían embudos con filtro colocados en la boca.

Reinmar no tuvo problemas para deducir que la pulpa, después de haber sido trabajada en los morteros, era filtrada a través de los embudos para llenar los barriles con el líquido resultante. No se veía señal alguna, ni física ni olfativa, de levadura, por lo que concluyó que aunque la solución filtrada probablemente no era más que una base, el proceso mediante el que se hacía el vino de los sueños no implicaba la fermentación ortodoxa.

Los estantes de madera que se alineaban en la pared izquierda de la cueva no estaban llenos del todo, pero se hallaban cargados de pequeños barriles y jarras de piedra sellados, además de un considerable número de botellas de vidrio. Muchas de las botellas estaban vacías, pero otras no, y lo que contenían era un líquido oscuro, cuyo olor escapaba hacia el exterior a despecho de los tapones, y cuya dulzura se imponía al aroma mucho más delicado de la pulpa de los morteros. También había varios frascos más pequeños colocados en un sitio privilegiado dentro de un nicho del

interior de la cueva. Todos estaban vacíos, o casi, menos dos que se encontraban prácticamente llenos.

Reinmar cogió uno de esos frascos y le quitó el tapón. El perfume que le llegó del interior era tan increíblemente fuerte que volvió a taponarlo de inmediato, y luego tuvo que quedarse quieto hasta que se le aclaró la cabeza. Habían comenzado a llorarle los ojos y se sentía completamente impotente, pero cuando el líquido volvió a quedar encerrado dentro del frasco, el joven se recuperó con bastante rapidez.

Comprendió que era allí donde hacían el vino de los sueños. Era obvio que el líquido de la pulpa le confería una parte de su textura y complejidad, pero el producto final estaba muy diluido y el ingrediente más activo de todos era el que se guardaba en los frascos pequeños y se añadía gota a gota al licor embotellado. Entonces estaba convencido de que era el néctar de las extraordinarias flores que los monjes recogían con paciencia.

Se dio cuenta de que la suposición de Luther de que la producción del vino de los sueños tenía que estar sujeta al mismo ciclo estacional que los demás vinos era por completo errónea. Probablemente, en aquel lugar no había alternancia de día y noche, y mucho menos de invierno y verano. Por eso, había dicho Almeric que el monasterio podía suministrar vino tres o cuatro veces por año; no obstante, el proceso mediante el que se producía el néctar tenía que ser lento, porque aquel almacén estaba más vacío que lleno.

Marcilla se había apoyado contra la pared desnuda que quedaba a la izquierda de la entrada, pero cuando Reinmar le soltó la mano no hizo intento alguno de escapar y ni siquiera se apartó más de él. El joven se quitó el hábito robado y se lo entregó a la muchacha para que pudiera cubrir su cuerpo desnudo. Ella dudó, tal vez porque los faldones tenían manchas de sangre, pero a pesar de todo se lo puso.

—Soy un amigo —volvió a decirle Reinmar—. Permanece cerca de mí, y te defenderé con mi propia vida. Sólo confía en mí, y saldremos con bien de ésta.

Entretanto, su mirada iba de un lado a otro entre las hileras de tinajas y los montones de barriles, y se preguntaba qué debía hacer. Si las tinajas hubiesen sido de madera tal vez podría haberlas volcado, pero eran de piedra y sabía que hasta Sigurd habría tenido problemas para conseguirlo. Incluso los barriles llenos resultaban demasiado pesados para volcarlos con facilidad, pero las botellas eran frágiles y ligeras, y los frascos más ligeros aún.

Hasta ese momento no lo habían perseguido más enemigos, pero Reinmar sabía que, si quería escapar, podía perder sólo uno o dos minutos más, ya que tenía que regresar a la entrada antes de que pudiesen cerrarla. Con suerte, sin embargo, uno o dos minutos bastarían. Metió en su zurrón el frasco que había abierto, y arrojó el otro, sin abrir, dentro de la grieta de la roca por donde la corriente se adentraba en las profundidades de la tierra; el frasco desapareció y él quedó convencido de que era

irrecuperable. A continuación, tiró otros dos frascos que aún contenían unas gotas de líquido.

La grieta de la roca era demasiado estrecha para que cupiera una botella, pero Reinmar no tenía miedo del perfume diluido del vino. Lo único que tenía que hacer para reducir las reservas del producto final era correr ante los estantes de la pared izquierda y derribar las botellas, frascos y jarras para que se hicieran añicos al caer en el suelo, y eso fue lo que hizo.

Para causar un absoluto estrago en el almacén, sólo necesitó quince segundos de frenética carrera; cogió todas las jarras de barro que no habían caído y las lanzó hacia un lado u otro. El olor del vino derramado pronto se hizo lo bastante fuerte como para embriagar, pero no era ni con mucho tan fuerte como el perfume del néctar puro que había amenazado con inmovilizarlo. El mareo que experimentó sólo le hizo mover los brazos con mayor furia, hasta que en los estantes no quedó nada y sus pies se hallaron rodeados por esquirlas de vidrio. El suelo de la caverna estaba pegajoso, pero el vino derramado ya corría hacia la grieta por la que había arrojado los frascos.

La emoción de la destrucción era delirante, y el olor que ascendía desde el vino de los sueños sólo aumentaba ese delirio.

—¿Qué has hecho? —susurró Marcilla, recobrando la voz.

—Te he vengado —respondió él, intentando mantener el tono de su voz firme y regular, y continuó hablando con la esperanza de que eso contribuyera a calmar su acelerado corazón y jadeante aliento—. Les he dado a estos impíos monjes una lección muy necesaria respecto al verdadero precio de la carne y el alma humanas. Ahora debemos marcharnos. Tenemos que encontrar a Vaedecker y el camino de salida.

—Has matado a esos hombres —susurró la gitana.

—Así es —admitió él—. Pero lo que he visto de este mundo subterráneo convertiría en asesino a cualquier hombre virtuoso, incluso a uno que no te amara. Si alguna vez han existido hombres que mereciesen morir... ¡Ahora, ven conmigo, te lo ruego!

Volvió a coger a Marcilla por la muñeca para sacarla de la cueva, pero ella se sentía más fuerte que antes y se resistió.

—Por favor —dijo él con dulzura—. Ahora no me reconoces, pero te amo. Si no puedes confiar en mí, ambos estamos perdidos.

Miró directamente a los adorables ojos de ella con la esperanza de que la muchacha pudiese percibir su sinceridad y valorarlo por lo que era. Marcilla bajó la cabeza y no intentó apartarse nuevamente de él. Tal vez había recordado, al fin, que lo había visto en sus sueños. Reinmar la atrajo hacia él y la estrechó con fuerza entre los brazos, con la esperanza de que ese gesto la tranquilizase.

—Ahora debemos marcharnos —insistió él.

Ella parecía haber entendido esa necesidad, porque no hizo esfuerzo ninguno por retenerlo, y salieron del almacén del vino de los sueños sin echar una sola mirada atrás, hacia el desastre que dejaban.

Una vez fuera, Reinmar comenzó a avanzar con rapidez pero sigilosamente a lo largo de la pared de la caverna en la dirección que, esperaba y confiaba, los llevaría hasta la escalera de espiral. Por fortuna, a pesar de que no había sendero ninguno, el camino estaba bastante despejado. Marcilla lo seguía sin necesidad de que tirase de ella. La pared que desprendía un frío resplandor quedaba a la izquierda, y a la derecha pendían enormes campanas de ébano en el extremo de marfileños tallos, en número suficiente para formar un canillón. A medida que avanzaban contra la pared de sutil curva, las flores negras iban dejando paso a las de color rosa, y éstas, a su vez, a las de tono azul pálido; más tarde, aparecieron las que combinaban el negro y el blanco. Reinmar no dejaba de observarlas, temeroso de que si uno solo de aquellos estilos se extendía como una sinuosa lengua desde una de las enormes campanas para envolverse en torno a su cuello o cualquier parte del cuerpo de Marcilla, se encontraría con una lucha mucho más seria entre manos de la que habían presentado los cadavéricos monjes.

Pero, al parecer, las flores estaban perdidas en algún sueño propio. Si eran capaces de preocuparse por algo, estaba claro que no les importaba la pérdida de Marcilla, aunque había sido elegida para que ellas la usaran y llamada a servir las. Reinmar elevó una silenciosa plegaria de gratitud dirigida a Morr, cuya cólera, según creía entonces, tenía que haberlo ayudado de modo considerable en el desesperado ataque destinado a sacar a su amada de las fauces de un destino mucho peor que la muerte. El éxito de aquella loca acometida parecía prueba suficiente de que Morr estaba muy disgustado con los monjes herejes y su macabro jardín de almas perdidas. No obstante, cuando hubo concluido la plegaria de agradecimiento, Reinmar se apresuró a elevar otra para implorar más ayuda. Sabía que aún no se encontraban a salvo y que todavía quedaba mucho tiempo para que la divinidad pudiera intervenir en aquella aventura. En cuando hubo concluido esa segunda oración, su corazón dio un salto porque vio otra abertura en la relumbrante pared de la caverna y la reconoció como la entrada por la que él y Vaedecker habían accedido a aquel mundo subterráneo.

El monje al que Vaedecker había dejado sin sentido aún yacía, inmóvil y a solas, en la entrada del túnel. Aquella visión renovó las fuerzas de Reinmar. La alegría lo inundó al pasar bajo la última de las pasmosas flores y hallarse, de repente, entre una confusión de barriles y botellas, escalerillas y mesas hechas por el ser humano. Al oír un movimiento rápido detrás tan pronto como entró en la antecámara, lamentó haber envainado la espada; pero al volverse en redondo vio que Matthias Vaedecker avanzaba con premura tras él, con la espada manchada de sangre en la mano. La expresión del rostro del soldado era ceñuda.

—No deberías haberte alejado de mí antes de que te hiciera la señal —protestó Vaedecker con enojo—, y después de alejarte, no deberías haberte lanzado hacia ellos sin echar siquiera una mirada de reojo. ¿Estás loco?

—¿Queda alguno para perseguirnos? —preguntó Reinmar, que hizo caso omiso de la regañina.

—Creo que no..., pero no gracias a ti —gruñó Vaedecker.

—Por el contrario —respondió Reinmar—. Yo he hecho mi parte y nadie puede decir lo contrario.

Mientras hablaba, el recuerdo del hombre con la cuchilla clavada en la garganta regresó como una imagen obsesionante, pero estaba demasiado cansado para estremecerse, y excesivamente iracundo para avergonzarse.

—Será mejor que reces para que sean todavía más estúpidos que tú —le aseguró Vaedecker—. Si uno solo de ellos ha tenido la suficiente sensatez como para correr hacia la escalera en lugar de hacer frente a nuestras armas, estaremos perdidos. Nuestra única esperanza es salir de aquí y alejarnos antes de que nadie de la superficie se dé cuenta de lo que hemos hecho.

Mientras hablaba, se arrodilló y tocó con los dedos el cuello del monje desmayado para buscarle el pulso.

—Supongo que debería degollarlo, pero no representará ninguna amenaza para nosotros si nos movemos con rapidez. Al parecer, maese Wieland, te había subestimado. No pensaba que fueses el tipo de hombre capaz de comenzar una guerra con tanta temeridad. Acudimos aquí como prudentes espías, no como un ejército de dos hombres dispuestos a volverse frenéticos.

—Fuiste tú el que acudió como espía —le recordó Reinmar—. Yo vine a salvar a Marcilla como fuese necesario. A mí me parece que la guerra comenzó en cuanto se volvieron reales los monstruos de las colinas. Yo no empecé nada.

Vaedecker sacudió la cabeza, pero con un gesto que no carecía de simpatía.

—La guerra empezó en Marienburgo —dijo—. Yo he estado en marcha con Von Spurzheim desde entonces, pero si nuestro campo de batalla aún no había sido decidido, probablemente tú lo hayas determinado ahora. Si hubiésemos logrado escabullimos sin que nos vieran, podríamos haber traído la lucha hasta aquí cuando no nos esperaran; sin embargo, el dios maligno que haya establecido este sitio, sin duda se tomará a mal el hecho de que hayamos matado a sus sirvientes. Con independencia de lo que nos aguarde en lo alto de la escalera, y por muy rápidamente que nos marchemos después, se celebrará una reunión completa de nuestros enemigos..., y los medio humanos que nos atacaron antes serán probablemente los más insignificantes del ejército reunido. No tienes ni idea de lo que has hecho, Reinmar Wieland.

El sargento estaba intentando censurarlo con gran ahínco, pero era obvia una

reacia aprobación debajo de la crítica. Tal vez Vaedecker había ido allí como espía, pero era un guerrero por encima de todo.

—No —replicó Reinmar—. No tengo ni idea de lo que he hecho..., pero no podía quedarme parado cuando vi lo que tenían intención de hacer con Marcilla.

—Entonces, ¿mataste a los tres que te persiguieron?

—Ya lo creo. E hice lo que pude para estropearles la cosecha. Encontré el almacén y derramé los vinos que había en él. Dudo que haya quedado una sola botella, de vidrio o barro, que aún esté intacta —dijo con tono orgulloso, esperando ganarse una mayor estima.

Vaedecker, sin embargo, sólo frunció las cejas. Estaba claro que tenía poca idea, o ninguna, de qué consecuencias podría acarrear el hecho de haberse metido con la reserva de vino de los sueños de los propios monjes, y no pidió más detalles de lo que había hecho Reinmar.

—Bueno —dijo el sargento—, a veces la temeridad de la juventud aventaja a la habilidad del estratega, aunque los estrategas astutos suelen vivir más que los héroes impetuosos. Dado que estamos comprometidos, supongo que debemos causar todos los daños posibles aquí.

Dicho esto, el soldado entró en el túnel para coger una de las velas que lo alumbraban y acercó la llama a la pata de una de las mesas. Dado el desorden de los varios objetos amontonados en torno a la entrada, resultaba obvio que el fuego se propagaría con rapidez y no sería fácil de apagar. No había manera de saber si los humos del mismo serían capaces de perjudicar a la horrendas flores, pero, sin duda, contribuirían a impedir que alguien del mundo subterráneo los persiguiera.

—Ahora —dijo Vaedecker en cuanto el fuego estuvo bien encendido— debemos subir esa escalera. Si nos quedamos atrapados a medio camino, la sangre que hemos derramado hasta el momento parecerá algo trivial. ¿Estás preparado?

Estas últimas palabras las dijo por encima del hombro cuando se volvió para asegurarse de que Reinmar y la muchacha estaban detrás de él. Lo seguían muy de cerca mientras avanzaba con rapidez por el túnel. Reinmar no tenía ni la más mínima intención de entretenerse mientras el ondulante humo se alejaba en todas direcciones.

—Estoy preparado —respondió, y hablaba en serio.

Veintiuno

—No lo entiendo —susurró Marcilla, aunque consintió en dejarse llevar hacia la escalera—. ¿Dónde estoy y qué está sucediendo?

—No te preocupes, amor mío —imploró Reinmar—. El mundo que conocemos nos aguarda allá arriba, y tenemos todas las probabilidades de lograr escapar. Sólo confía en mí, y yo me ocuparé de tu seguridad.

Se habría sentido mejor de no haber captado la expresión de los ojos de Matthias Vaedecker mientras decía eso. El sargento volvió, de inmediato, la mirada al frente y no dijo nada, pero si Reinmar lo había interpretado bien, el soldado tenía la clara convicción de que, incluso en ese momento, sería mucho mejor para ellos dejar atrás a la muchacha con independencia del destino que le aguardara.

Llegaron al pie de la escalera cuando el aire que respiraban aún estaba limpio.

—Sube tú primero —dijo Reinmar con un tono tan sereno como pudo—. Yo te seguiré.

—Asegúrate de hacerlo —murmuró el sargento al poner un pie sobre el primer escalón. Marchando con toda la precisión militar que pudo reunir, Vaedecker comenzó el ascenso, y Reinmar lo siguió.

Mientras subían la escalera, Marcilla empezó a tironear de la mano con que Reinmar la aferraba y proferir gemidos lastimeros, pero el muchacho no la soltó, y mientras él insistiera ella no tendría la fuerza necesaria para liberarse. El joven experimentó una conmoción de miedo en el corazón al ocurrírsele la posibilidad de que la falsa muerte inducida por la droga —y el tiempo pasado en la sepultura— pudiese haberla trastornado de modo muy profundo, incluso hasta dejarla completa e irremediadamente loca. No obstante, cuando se volvió a mirarla le pareció que sus ojos, aunque desconcertados, estaban iluminados por la cordura.

—Ten paciencia —le susurró—. Yo soy Reinmar Wieland, tu libertador. Debemos subir, adorada mía, tan rápidamente como podamos, porque hemos estado en un mundo sepulcral y debemos ascender estas escaleras para regresar.

Ella osciló, y podría haber caído si él no la hubiese tenido sujeta con tanta fuerza.

—¡Este es el sueño más extraño de todos! —dijo la muchacha con voz débil.

—¡Esto no es un sueño, amor mío! —dijo él tras sacudirla—. Esto es real, y todo puede perderse aún si te niegas a subir. ¡Sube, amor mío, sube!

Tiró de ella para hacer que ascendiera los escalones detrás de él, pero sabía que no podría arrastrarla durante todo el ascenso. La muchacha tenía que subir por su propia voluntad y con la fuerza de sus frágiles piernas.

«¡Ayúdame, Morr! —imploró en silencio—. ¡Puede ser que seas el Dios de la Muerte, pero ahora te ruego que me ayudes a salvar a mi vida adorada hasta que seas tú quien la reclame... porque comprendo perfectamente bien que la he salvado tanto para ti como para mí mismo!»

No sabía si su plegaria había sido oída o no, pero Marcilla comenzó a subir, aunque sus pies descalzos habían empezado a sangrar y tenía los tobillos manchados por la sangre que empapaba el hábito que le había dado Reinmar. Mientras el muchacho se forzaba en describir vueltas y más vueltas para ascender, ella lo seguía con docilidad y se ayudaba sujetándose con fuerza a la barandilla. Una vez que se puso en marcha y sólo le restó repetir el mismo movimiento, comenzó a subir más y más deprisa, precedida por un Reinmar convencido de que cada paso que daban para alejarse del misterioso mundo subterráneo de luz blanca y acercarse a la dorada luz del sol era ya una diminuta salvación.

Reinmar no sabía cuánto habían tardado en llegar a lo alto de la escalera, pues no intentó contar las velas ante las que pasaba ni tampoco los escalones que pisaba. Su cuerpo se encontraba aún peligrosamente cerca de los límites de la resistencia y le dolían muchísimo las piernas. Era como si todo su ser estuviese inundado por una especie de fuego que no le permitiera hilvanar ninguna cadena de pensamientos consecutivos, pero grabara a fuego una sola intención en su mente: la de poner un pie delante del otro de modo tan implacable como pudiese, con la esperanza y la fe de que llegaría al final del recorrido.

Eso hizo, y continuó haciéndolo hasta que los tres llegaron, por fin, a lo alto de la escalera y a la pantalla de tela que separaba el mundo al que regresaban del mundo del que habían huido.

Matthias Vaedecker apartó el tapiz y miró el espacio que se abría al otro lado del altar, para luego avanzar con rapidez, con el fin de ver el interior del templo. Reinmar no se había dado cuenta de lo tenso y cansado que estaba el soldado, hasta que oyó el suspiro que éste dejó escapar al comprobar que el edificio estaba vacío.

—Tenemos suerte, maese Wieland —anunció—. Si alguien hubiese dado la alarma en la zona de habitaciones, sin duda nos habrían tendido una emboscada aquí. Aún tenemos que pasar junto a la granja, pero eso debería ser bastante fácil. Para cuando el monje que hemos dejado al pie de la escalera se recupere y vaya a ver qué hemos hecho en el mundo subterráneo, ya estaremos lejos. A pesar de todo, lo mejor sería escapar sin que nos vieran.

Salieron del templo por la misma puerta por la que había entrado, y se alejaron con rapidez en dirección a la granja de Zygmund. Vaedecker abría la marcha sin

prisas, y se valía de todos los sitios en los que podía ponerse a cubierto. Reinmar sabía que no resultaría fácil pasar ante los edificios de la granja sin que los vieran, pero tampoco sería un desastre si no lo lograban; aunque Zygmund estuviese acompañado de trabajadores, éstos se lo pensarían dos veces antes de atacar a dos hombres armados con espadas ensangrentadas.

Permanecieron dentro del bosque mientras pudieron, y aún los ocultaban los arbustos cuando llegaron al borde de los campos de cultivo de la granja. Desde allí, Reinmar vio que había un grupo de cinco hombres reunidos en el sendero que llevaba a la granja. Estaban detenidos y parecían trabados en intensa discusión. Dos de ellos, que tenían la espalda vuelta hacia él, resultaban irreconocibles, excepto por el hecho de que llevaban hábito monacal; pero uno de los que estaban de cara, que se encumbraba por encima de los otros, era inconfundible.

—¡Sigurd! —exclamó Reinmar, exultante—. ¡Es Sigurd, que ha venido a buscarnos!

Vaedecker alzó una mano para advertirle a Reinmar que no se moviera, y el joven obedeció de buena gana; pero Marcilla también había reconocido a alguien, y el joven Wieland había aflojado la presa sobre su muñeca lo bastante como para permitirle soltarse y salir corriendo del bosque hacia el terreno abierto que había ante ellos.

—¡Ulick! —gritó—. ¡Ulick! ¡Estoy aquí!

Vaedecker maldijo, pero fue sólo por hábito, no por alarma. Reinmar recordó lo que había oído acerca de que el valle permanecía oculto para todos excepto para los que habían oído la llamada. Si eso era verdad, él y Vaedecker habían logrado encontrarlo sólo porque habían seguido a Marcilla; Sigurd, por tanto, había necesitado a su propio guía, y nadie más que Ulick podría haberlo llevado hasta allí.

Por un momento, el joven Wieland abrigó la esperanza de que el quinto hombre, oculto a medias, pudiese ser Godrich; no obstante, en cuanto comenzó a correr tras la muchacha, los cinco rostros se volvieron hacia él, y vio que se trataba de Zygmund.

Matthias Vaedecker lo siguió. Avanzaba con mayor cuidado, pero había renunciado a toda intención de permanecer oculto.

Al acercarse más a los hombres que aguardaban, Reinmar vio, cosa que no le sorprendió demasiado, que los dos monjes eran Noel y Almeric. La conmoción de ambos fue, con mucho, la mayor al reconocer que era Marcilla la persona que corría hacia ellos. Almeric se puso blanco de asombro, y los ojos de Noel ardieron con alarma. Los monjes sabían perfectamente bien que la muchacha gitana no había estado muerta en ningún momento, pero desde luego no esperaban que volviese a salir a la luz del día. Cuando Ulick corrió a reunirse con su hermana, los dos monjes permanecieron quietos, petrificados por la confusión.

En el momento en que Reinmar dio alcance a los hermanos, sabía que los monjes tenían que haber adivinado ya cómo había llegado la gitana a estar otra vez allí. El

hecho de que llevara puesto un hábito de monje cuyas manchas aún no secas del todo resultaban muy obvias les daba a entender que la joven había sido recuperada por la fuerza y que la pelea había sido sangrienta. No obstante, los monjes podían ver tan bien como Reinmar lo enorme que era su desventaja. Aunque ellos y Zygmund hubiesen estado bien armados, no habrían tenido ninguna oportunidad en una lucha contra Sigurd y Vaedecker. El hermano Noel posó una mano tranquilizadora sobre un brazo de Almeric, y le susurró una orden a Zygmund, presumiblemente para que no hiciera nada. Para cuando Marcilla hubo abrazado a su hermano mientras Vaedecker llegaba junto a Reinmar y ambos se situaban cara a cara con los dos monjes, Noel ya había decidido cómo actuar.

—Tú no entiendes lo que has hecho, maese Wieland —dijo el hermano Noel con voz queda—. Habrías sido muchísimo más prudente si te hubieses marchado en paz cuando tuviste oportunidad de hacerlo. ¿A cuántos hombres inocentes has herido?

—He salvado a una muchacha inocente de una horrible muerte en vida —contestó Reinmar, que había tenido casi tanto tiempo como su adversario para prepararse para una batalla verbal—. No le he hecho daño a nadie que no lo mereciera, y cada golpe mortal que asesté fue en defensa propia.

Almeric hizo una mueca de dolor al oír la palabra mortal, pero Noel ya había vuelto la cabeza para mirar a Matthias Vaedecker a los ojos.

—Y tú, supongo, eres un hombre de Machar von Spurzheim. Has salido de tu escondite para ayudar a este estúpido en su equivocada empresa.

Reinmar dedujo que el hecho de que Vaedecker hubiese logrado entrar en el valle tenía que haber sido el contenido del mensaje susurrado que había cambiado la actitud de Noel hacia él. Tal vez, uno de los trabajadores de Zygmund había sido enviado a investigar la historia de Reinmar sobre la carreta averiada, y el hombre se había quedado durante el tiempo suficiente como para enterarse —probablemente, por boca de uno de los gitanos que habían acudido a recoger a los chicos— de cuántos pasajeros iban en el vehículo y cuántos habían seguido a la aturdida muchacha cuando se alejó por el bosque.

—Soy un soldado —fue la tranquila respuesta de Vaedecker a la provocación de Noel—. Cumplo con mi deber para con Reikland y el Imperio, y para con los dioses buenos.

—Deber que te impulsa a derramar la sangre de hombres desarmados —observó el hermano Noel con bastante imprecisión—. Bueno, todos tenemos nuestras obligaciones. Será mejor que regreses por dónde has venido, puesto que no podemos impedirte... pero vale más que le digas al cazador de brujas que nunca encontrará el valle, aunque lo busque durante un siglo. Y serías muy prudente si dejaras a la muchacha y al chico con nosotros, que es donde les corresponde estar.

—¡No! —declaró Reinmar, ansioso.

Vaedecker no estaba dispuesto a hacer concesiones ante un hombre al que consideraba como enemigo y agente del mal.

—Me parece que no —replicó el soldado—. Mientras permanezcan bajo nuestro cuidado, tal vez seguiremos preparados para encontrar de nuevo este sitio, y te aseguro que tengo la intención de regresar en cuanto pueda con un ejército. Aquí hay trabajo que hacer.

Reinmar pudo ver la amarga furia que ardía en los brillantes ojos del hermano Noel, pero el monje tenía un buen dominio de sí mismo y su voz conservó la serenidad.

—No tenéis ni la más remota idea de lo que habéis hecho aquí —respondió—, ni de qué consecuencias acarreará. Un sólo trago del vino de los sueños podría haber bastado para salvarte, maese Wieland, pero me temo que ahora es demasiado tarde.

«Espera a saber lo que he hecho con tus preciosas reservas —pensó Reinmar—. Entonces, entenderás que es más tarde de lo que parece».

—Un solo trago —dijo, en cambio, en voz alta— fue cuanto hizo falta para enviar a Marcilla hacia una horrenda condenación..., o habría bastado para lograrlo si yo no la amase lo bastante como para impedirlo.

—¿Eso crees, maese Wieland? —contrarrestó Noel—. En ese caso, eres un estúpido y más aún que eso. Ni siquiera has comenzado a entender el mundo en el que vivimos ni lo que significa vivir. Yo creo que tal vez ya te has sumado a esa mayoría de la raza humana que está destinada a morir joven y de manera desdichada, cuando podrías haberte unido a las filas de los elegidos, y al robarle a la muchacha su destino, la has despojado de la mejor suerte que existe. Acudiste aquí como invasor, aceptaste nuestra hospitalidad, nos contaste mentiras y, luego, te volviste contra nosotros con violencia. No sé a cuántos has herido o matado, pero ni siquiera deberías haber desenvainado la espada, y pagarás un precio por haberlo hecho. Le has vuelto la espalda a la esperanza, y a partir de ahora no habrá más que sufrimiento en el mundo para ti. Podrías haber disfrutado de una buena vida enriquecida por el vino de los sueños, pero tu legado será una sed abrasadora que ya nunca podrás apagar del todo por mucho que lo intentes. Tienes una última oportunidad de hacer algo virtuoso: ¡deja aquí a la muchacha y a su hermano!

Reinmar se llevó la mano a la empuñadura de la espada y necesitó una considerable fuerza de voluntad para no desenvainarla.

—¡Lo he visto todo! —dijo con tono irascible—. He visto con total exactitud lo que les hacéis a los que son elegidos por el dios maligno al que adoráis. He descendido a vuestro pequeño infierno, y he salido de él siendo un hombre mejor y más sabio de lo que podría haberlo sido jamás en caso de no haber estado nunca allí. Ahora sé el valor que tiene la vida y cómo hay que defenderla. Estoy preparado para hacer lo que debo, y la muchacha se quedará conmigo hasta que ella y yo hayamos exhalado el

último aliento en defensa de nuestra condición humana. No tengo nada más que decir.

Cuando Reinmar concluyó su osado discurso, vio que Matthias Vaedecker sonreía, aunque con expresión ceñuda, y supo que, al fin, había complacido al soldado. El hermano Noel y el hermano Almeric, sin embargo, tenían expresiones mucho más tormentosas, aunque aparentemente habían concluido que no había nada más que decir.

—Debemos marcharnos ya, maese Wieland —dijo Sigurd, que habló por primera vez—. Los gitanos están con Godrich. Lo ayudarán a defender la carreta si la ataca algo o alguien, así que el mayordomo está a salvo, pero deberíamos ponernos en camino. Tu padre querrá que te llevemos a casa sano y salvo sin más dilación, y no lo decepcionaré.

Reinmar entendió que el gigante estaba lanzándoles una sutil advertencia a los monjes.

—Tiene razón, maese Wieland —dijo Vaedecker—. Esta discusión 110 es más que una táctica dilatoria, y no debemos permitir que nos distraiga.

—¿Acaso pensáis que vamos a perseguiros? —preguntó Almeric con amargo tono de exigencia—. ¿Unos frágiles ascetas podrían perseguiros con palos y maldiciones mientras nos cortáis en tiritas con vuestras espadas? Marchaos..., pero no penséis en ningún momento que estáis libres. En este día habéis contraído una deuda que no se pagará con facilidad.

Reinmar tendió una mano y volvió a coger la de Marcilla.

—Vamos —dijo—. Debemos marcharnos ya. Tú también, Ulick. La llamada que oíste era el cebo de una trampa terrible destinada a arrastrarte a tu perdición. Debéis acompañarnos a Eilhart; sólo allí estaréis seguros.

Los monjes no dijeron nada al oír eso, pero en los labios de Zygmund apareció una sonrisa torcida, que, de algún modo, resultó más amenazadora que cualquier cosa que hubiesen dicho los monjes. Si bien éstos apenas parecían humanos a los ojos de Reinmar, el granjero era un hombre como cualquier otro de los que vivían en Reikland.

—Los que habéis sido elegidos haríais mejor quedándoos, niño —dijo Noel, aunque estaba claro que no esperaba que sus palabras surtiesen efecto.

Sólo hizo falta que Sigurd posara una de sus enormes manos sobre un hombro del chico para disipar cualquier posible vacilación.

—¿Te han hecho daño? —le preguntó Ulick a Marcilla, y ella sacudió la cabeza con lentitud.

—Parece que sí —dijo con asombro—, pero no sé qué fue daño y lo que fue un mero sueño. He visto a este hombre en mis sueños, pero parece que es real y que es mi libertador.

Matthias Vaedecker no aguardó a que la explicación concluyera. Había echado a andar a paso rápido para abrir la marcha, dejando que Reinmar cogiera a la muchacha de la mano para seguirlo con celeridad. Sigurd empujó con suavidad al chico y cerró la marcha; de vez en cuando se volvía para asegurarse de que nadie los seguía. El granjero y los monjes habrían sido estúpidos si lo hubiesen intentado, y se quedaron donde estaban mirando cómo los cinco pasaban con rapidez junto a la granja y continuaban hacia la entrada del valle y el bosque que se extendía más allá.

Reinmar se volvió una vez para mirar hacia el valle cuando aún podía ver las expresiones de la cara de los monjes. Descubrió que todavía eran muy hoscas, aunque el enojo que había habido en ellas ya se había disipado para dar paso a la perplejidad y la ansiedad. Supuso que les daba miedo, lo que encontrarían cuando bajaran al mundo subterráneo y tenían motivos para ello. Sin duda, les haría falta su camposanto, no sólo como artimaña, sino como lugar de descanso final para al menos una docena de miembros de su compañía. Y cuando fueran a inspeccionar sus reservas de vino de los sueños, conocerían la verdadera extensión del golpe que se le había asestado a su comercio.

Mientras Reinmar aún miraba atrás, el hermano Almeric sacó algo del zurrón. Al principio, el muchacho pensó que un arma, pero cuando el monje alzó el objeto, vio que se trataba de una botella de cristal llena a medias con un líquido color ámbar. El trastornado monje se la llevó a los labios y bebió un sorbo, y después se la pasó a su compañero.

Reinmar volvió la vista al frente, pero en el momento de girar la cabeza, oyó que una voz le susurraba al oído: «Tú no sabes lo que has hecho. Ella ya ha sido elegida. Puede ser que creas que la has salvado para otra boda, pero jamás podrá ser tuya. ¿Y para qué la has salvado, a fin de cuentas, si no para una vida corta y embrutecida, llena de duras pruebas y tribulaciones, y para que tenga un final de desdicha y dolor?».

La voz no procedía de ninguna parte concreta, y Reinmar estaba seguro de que ninguno de sus compañeros la había oído; pero no tenía miedo y no sintió necesidad de responder. Había hecho lo que debía y se sentía orgulloso por haberlo hecho. Marcilla era suya hasta que fuese de Morr, y tenía intención de conservarla.

Veintidós

Atravesaron el bosque sin incidentes, a marcha regular a pesar de su estado de agotamiento. Junto a la carreta reparada los aguardaba una docena de gitanos, incluidos Rollo y Tam. Los nómadas quedaron atónitos y descontentos cuando vieron cómo iba vestida Marcilla, pero Godrich, al comprobar el lamentable estado en que se encontraban Reinmar y Vaedecker, les pidió que aguardasen hasta que les diesen una explicación.

El cansancio venció a Reinmar casi inmediatamente después de llegar, pero logró murmurarle al mayordomo un esquemático relato de lo sucedido.

El sargento confirmó todos los detalles de la historia con breves asentimientos de cabeza.

—Debemos marcharnos, y de prisa —declaró Vaedecker cuando Reinmar concluyó—. Los monjes se mofaron de la idea de que pudiesen perseguirnos, pero los que trabajaban en el mundo subterráneo se mostraron demasiado dispuestos a luchar, incluso cuando no tenían armas a mano. Si se quedan donde están es porque desde allí pueden causar más daños. ¿Podrías convencer a los gitanos y a su jefe de que dejen que nos llevemos a su hijo y su hija..., o mejor aún, de que él mismo nos acompañe hasta Eilhart?

—Lo intentaré —respondió Godrich—, pero debéis permitir que Sigurd se encargue de vuestras heridas mientras hago lo que me pides.

Hasta ese momento, Reinmar no se había dado cuenta de que estaba herido, pero cuando hizo inventario de sus magulladuras y rasguños le parecieron bastante triviales.

Vaedecker pidió agua en la que ambos pudieran bañarse, e insistió en que Reinmar se aseara.

—Debemos ponernos la ropa de recambio —dijo el soldado—. Un hombre que conserva sobre sí la sangre y suciedad de sus enemigos se busca una infección. Ulick, debes pedirle a una de las mujeres que se encargue de que Marcilla se bañe y vista adecuadamente.

El chico asintió y se llevó a Marcilla mientras Godrich hacía un aparte con Rollo, Tam y un hombre de más edad. Para cuando Reinmar se hubo bañado y vestido con ropa limpia, la conversación había acabado, y Godrich regresó para informar de los

resultados. El joven Wieland había vuelto a ponerse el cinturón y el zurrón, a pesar de que ambos estaban salpicados de sangre casi seca. No tenía la más mínima intención de dejar el zurrón a un lado o cambiar su contenido a otro mientras contuviese el frasco que había cogido de la cueva. Tampoco pensaba comunicarles a Godrich y Vaedecker que tenía ese frasco. De momento, era su secreto, en exclusiva.

—Están asustados —informó Godrich, al fin, en referencia a los gitanos—. Han visto el cadáver del hombre bestia. Saben que la gente de la zona pensará que están confabulados con los monstruos, aunque el de más edad no tiene una mejor idea que nosotros respecto a quiénes son los monstruos ni por qué se encuentran aquí. He conseguido convencerlo, no sin dificultad, de que no es ningún privilegio ser elegido, y que el sendero que va al valle oculto conduce sólo hacia la muerte y la destrucción. Dice que podemos cuidar de Ulick y Marcilla, puesto que estamos dispuestos a ello, pero que Rollo y Tam tienen que dedicarse a hacer correr entre los gitanos la noticia de lo sucedido. Deben celebrar una especie de reunión, al parecer..., y hacer magia menor, diría yo. No saben cuál será el resultado, pero Rollo dice que acudirá a buscar a sus familiares cuando llegue el momento. He consentido en ello... No me contradigas, maese Reinmar, con independencia de cuáles sean tus propias intenciones. Debemos marcharnos, y deprisa. No sé qué encontraremos al llegar a casa, pero debemos esperar que tu padre tenga la situación bajo control.

—Con independencia del control que se ejerza ahora —intervino Vaedecker, que estaba escuchando—, puedes estar seguro de que habrá problemas. Lo que debemos esperar es que von Spurzheim pueda haber reunido un destacamento considerable y que esté preparado para ponerse en marcha. Esto es la guerra, amigo mío, y el conflicto crucial se nos echará encima mucho antes de lo que habíamos previsto.

Godrich sólo asintió con la cabeza a modo de respuesta y regresó junto a los gitanos para ofrecerles una amistosa despedida. A continuación, subió a la carrera y gritó que todos los que tuviesen intención de viajar en ella debían subir. El único que no se dio por aludido fue Sigurd, pues Vaedecker se encontraba demasiado agotado para caminar.

Apenas se habían puesto en camino cuando volvió a llover, pero no era más que una llovizna comparada con la tormenta que los había lanzado al enfrentamiento con los hombres bestia. Los que viajaban en la carreta con los barriles se protegieron bastante bien con trozos de la lona rota que se echaron sobre los hombros. No era estrictamente necesario que se apretujaran, pero Ulick y Marcilla querían estar tan cerca como pudieran el uno del otro, y Reinmar deseaba permanecer cerca de Marcilla, así que acabaron los tres juntos.

Cuando los caballos adquirieron más velocidad, Marcilla le preguntó a Reinmar qué le había sucedido antes de que despertara en el mundo subterráneo y se pusiera el hábito manchado de sangre. Al principio, Reinmar no estaba muy seguro de cuánto

debía contarle, pero al fin decidió que tal vez ella necesitaba saber la verdad y narró toda la historia con tantos detalles como pudo recordar. Ulick escuchaba con total atención, al igual que Matthias Vaedecker, aunque este último tenía los ojos medio cerrados.

—Recuerdo la flor —comentó Marcilla en un momento dado—. Pensaba que la había soñado y que en mi sueño yo misma era una flor sin otro deseo que el de encontrarme y fundirme con mi pareja.

—Fue por el vino de los sueños —le aseguró Reinmar—. Es seductor, pero maligno. Cualquiera cosa que te hayan dicho sus consumidores es mentira.

—Pero tú mismo estás en el comercio del vino —objetó Ulick—. Me lo has dicho.

—Y así es, estoy en él —asintió Reinmar con voz queda—, pero no soy consumidor. Ahora comienzo a entender el daño que el vino de los sueños le ha hecho a mi abuelo, y no creo que le haya procurado ningún bien a su hermano. Si mi padre hubiese sido un hombre de menos carácter, tal vez también yo tendría en mi interior la enfermedad que podría haberme llamado al valle.

—Pero tú lo encontraste —le recordó Ulick—. Se dice...

—Porque estaba con Marcilla —se apresuró a señalar Reinmar—. Fue ella quien nos condujo hasta allí, como tú condujiste a Sigurd.

—¿Quién fue el que llevó el mensaje cuando ibas a catar el vino, maese Wieland? —preguntó Matthias Vaedecker, de repente—. Cualquiera podría haberles dicho que yo había entrado en el valle y que era un soldado sin uniforme, pero... ¿quién les contó que era un hombre de Machar von Spurzheim?

—No vi al mensajero, sólo al monje que le transmitió la noticia al hermano Noel —replicó Reinmar—. Los rumores corren con rapidez por esta zona. No sería de extrañar que la noticia de la llegada de Von Spurzheim a Eilhart haya viajado con la misma velocidad que nosotros. Cualquiera podría haberla traído.

—El ama de llaves de tu tío abuelo es gitana —le recordó Vaedecker, aunque no era necesario—. No estaba en la casa cuando fuimos a arrestarla.

—Eilhart es una población comercial de dos mil almas, además de un importante puerto fluvial —le recordó Reinmar al soldado, a su vez—. Constantemente pasan por allí viajeros..., centenares de ellos que llegan por los caminos y por el río. Cualquiera podría haber traído la noticia hasta aquí.

—Incluido el hijo de Albrecht, Wirnt —dijo Vaedecker—. ¿Podría haber sido él?

Reinmar se quedó sin palabras durante un momento, y cuando se dio cuenta de que el silencio podría ser tan elocuente como una confesión, ya era demasiado tarde para hablar.

—No te preocupes, maese Wieland —dijo el sargento—. He mencionado su nombre porque ahora confío en ti, no porque desconfíe. Me has demostrado tu sinceridad, y estaré encantado de decirle a Von Spurzheim que podemos fiarnos de tu

persona. No te culpo por no haber mencionado el nombre, dado que sois parientes..., pero creo que sabes lo peligroso que puede ser ese tipo de pariente.

—Creo que sí —asintió Reinmar.

—Cuando llegue el momento de luchar, maese Wieland, y te aseguro que llegará, será mejor que recuerdes ese peligro. El más grandioso poder de nuestros enemigos no reside en que puedan dejar demonios sueltos por el mundo, sino en que pueden retorcer sus cuchillos en el corazón de aquellos a los que conocemos y queremos, para volver al primo contra el primo y al hermano contra el hermano.

Mientras el soldado hablaba, Reinmar sintió que la cabeza de Marcilla caía sobre su hombro y supo que la joven se había quedado dormida. Eso hizo que sintiera gran ansiedad porque no había manera de saber hasta qué punto podía ser natural su sueño ni qué espantosas pesadillas la acompañarían durante el mismo; no obstante, sabía que tenía que prestar atención a lo que decía Vaedecker.

—¿Los hombres como Noel y Almeric pueden realmente dejar demonios sueltos por el mundo? —preguntó Reinmar, asombrado.

—Son peones del juego —replicó Vaedecker—. Como lo somos tú y yo..., pero incluso a los peones se les concede a veces una visión de la realidad más vasta, que subyace bajo la superficie del mundo que conocemos. Hoy, a ti y a mí, se nos ha concedido una especie de visión, aunque no sé si debemos considerarnos afortunados por eso. Hemos visto una especie de jardín atendido por unos hombres que están al servicio de algo muchísimo más poderoso y aficionado al juego.

—¿Al juego? —preguntó Reinmar—. ¿Crees que una pesadilla como ésa puede ser sólo un juego?

Los ojos medio cerrados de Vaedecker se abrieron del todo por un momento.

—¿Te resulta agradable una palabra como ésa? —preguntó—. No debería gustarte, sino más bien al contrario, de hecho. Para un mundo como el nuestro podría no tener importancia la existencia de dioses malignos, por poderosos que parecieran, si no fueran también aficionados a jugar.

»He oído las charlas de taberna de gordos tenderos y aristócratas menores, amigo mío. Dicen que si existen dioses malignos que tienen el poder de sorber nuestras vidas en una sola inspiración, ¿por qué no lo hacen? Si pueden soltar demonios por el mundo, ¿por qué no envían ejércitos irresistibles de demonios? Si tienen poderosos hechiceros a su servicio, ¿por qué esos magos no están siempre llamando a nuestra puerta para exigir tributo? Si se deleitan en convertir a los hombres en bestias y monstruos, ¿cómo es que quedan hombres en el mundo, más aún hombres que comen y beben como nosotros y que disfrutan de tanto respeto entre servidores y vecinos?

»La verdadera tragedia, mi héroe acabado de forjar, no reside en que los dioses malignos sean poderosos, sino en que les gusta jugar. No sé si nos odian o aman, ni

cuál de esas posibilidades deberíamos considerar que es peor, pero sé que les gusta provocarnos y tentarnos, ponernos a prueba y aterrorizarnos. Sí, pueden enviar demonios al mundo, pero lo hacen con extrema discreción. Sí, se deleitan en convertir a los hombres en bestias y monstruos, pero más se deleitan con la confusión. Sí, tienen poderosos hechiceros a su servicio, pero se divierten dejando que los hombres de esa clase abriguen esperanzas y crean, absurdamente, que son los señores, y que los dioses y demonios son sus sirvientes. Les gusta jugar, y ésa es la característica más terrible de ellos, porque todo el terror que sentimos y toda la sangre que derramamos no es más que un juego para ellos.

»Creo que hoy viste con total exactitud lo aficionados al juego que pueden ser los dioses malignos, aunque no hayas comprendido el significado de lo que viste. Si piensas que hemos escapado del dios que construyó ese jardín, piénsalo mejor. Puede ser que ahora estés más atrapado en su juguetona mano de lo que lo habrías estado si hubieses bebido tu parte, y más, del vino que intentaron venderte los monjes.

—No parecía que pensaras así cuando subíamos esa escalera —puntualizó Reinmar—. Entonces, imaginé que creías que era posible escapar, y no te vi dudar antes de aprovechar la oportunidad.

—Llevo toda la vida participando del juego —replicó Vaedecker con voz cansada—. No sé nada más..., pero sí sé que una vez que un hombre ha tomado las armas contra los Dioses Oscuros, más vale que haga todo lo que pueda para permanecer en el juego y ganar las victorias que se le ofrezcan, o sufrirá de modo más terrible del que pueda imaginar. Estoy intentando advertirte que la lucha no siempre te resultará tan fácil como hoy. Lo único que has logrado es hacer que suban las apuestas de los conflictos por venir.

—Ahora hablas como el hermano Noel —le espetó Reinmar—. ¡Nunca habría pensado que eras uno de esos hombres profundamente solemnes que piensan que lo mejor de todo es no nacer y, en segundo lugar, morir joven!

—No lo soy —le aseguró Vaedecker—. Soy un peón que entiende lo que significa ser un peón, un soldado que sabe lo desesperada que puede ser una lucha real. Hasta ahora, maese Wieland, has matado a unos cuantos viejos, armados con herramientas de jardín, pero descubrirás que no puedes detenerte en eso. Aunque no hubieses insistido en llevarte a la muchacha, los poderes que se han formado contra nosotros no te habrían permitido detenerte en ese punto. La lucha real aún no ha llegado, y cuando llegue, tendrás que defenderte del enemigo interno, y del enemigo que tengas detrás, y del que tengas delante.

Reinmar se dio cuenta de que el soldado intentaba darle el mejor consejo posible, no para asustarlo, sino para prepararlo. Pero también se dio cuenta de que el tipo de lucha que anticipaba el soldado no era la única que él debía prever. En casa lo aguardaría un conflicto de una clase mucho más íntima cuando su padre pidiera que

le rindiese cuentas de todo lo que llevaba consigo y de cada transacción realizada para obtener los suministros. De momento, era la perspectiva que lo hacía sentir más turbado, porque le parecía más vejatoria que cualquier cosa que hubiese hecho con una espada manchada de sangre.

—Si no nos quieren en Eilhart —le susurró al oído, para que nadie pudiese oírlo, a la muchacha gitana dormida—, nos iremos a probar suerte en Marienburgo.

Se sorprendió cuando Ulick, como si le respondiera, habló inmediatamente después; pero cuando oyó lo que decía se dio cuenta de que el chico había estado escuchando a Matthias Vaedecker con tanta atención como él.

—No deberíais haber venido aquí, señor —le dijo el chico gitano al soldado—. No deberíais haber seguido a mi hermana cuando oyó la llamada. Puede ser que esto sea un juego para ti, pero para nosotros es cuestión de vida o muerte. No deberíais haber interferido.

—Si no hubiésemos interferido —replicó el sargento—, tú y ella podríais estar ahora muertos a la sombra de un granero, muertos a palos por unos patanes. Si no hubiésemos continuado interfiriendo, vuestras gargantas podrían haber sido desgarradas por hombres lobo. Y si no hubiésemos insistido en entrometernos hasta el final, las entrañas de tu hermana estarían incubando una planta monstruosa mientras su carne se iría convirtiendo lentamente en piedra. Un poco de gratitud no estaría de más.

—No lo entiendes —insistió el chico, aunque con cierta incomodidad—. Nuestra clase no es tu clase.

—Tu padre tiene de mi clase una idea lo bastante buena como para confiaros a mi cuidado —señaló el soldado—. Con independencia de lo que antes pensara sobre las llamadas y los elegidos, ahora ha cambiado de opinión.

—Pero tú mismo has dicho que esto no ha acabado —discutió Ulick—. Por lo que habéis hecho vosotros, se producirá una lucha terrible. Habéis atraído una maldición sobre nuestras cabezas.

—No —lo contradijo Reinmar—, no es así. Lo que hice lo hice con el fin de acabar con una maldición, y si tengo que volver a luchar para que nos salvemos, lo haré una y otra vez. He encontrado algo por lo que merece la pena luchar.

Por fortuna, Vaedecker no le discutió si realmente había acabado con alguna maldición ni quién podría estar incluido en aquel «nos». En cambio, el sargento dejó que sus párpados se cerraran del todo. A pesar de que la carreta se zarandeaba más de lo normal al correr ladera abajo y de que la lluvia tamborileaba implacable sobre la tela que le cubría los hombros, el soldado dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

Reinmar sabía que el sargento no podía estar más cansado que él mismo, pero sus pensamientos eran demasiado confusos y agitados para que pudiera siquiera pensar en dormir, así que se quedó sentado donde estaba, muy quieto para no despertar a

Marcilla, e intentó con toda su alma pensar en el futuro y en todas las posibilidades que ofrecía. Cuando su mano derecha comenzó a temblar, se dijo que sólo era a causa del frío de la lluvia, pero sabía que se trataba de una mentira. No tenía frío.

«¿Y qué si he matado a un hombre? —pensó—. Y si son tres, ¿por qué ha de ser peor que uno? ¿No me habrían matado ellos si me hubiese parado a pensar en la misericordia, por débiles y mal armados que estuviesen?»

Pero la mano continuaba temblando y no había manera de detenerla por mucho que la apretara contra el torso.

El camino de regreso a casa fue largo, y pareció más largo aún; esa inquietud lo acosó durante cada centímetro del tedioso recorrido, pero al final llegaron, sanos y salvos, a la vista de las luces de Eilhart. Reinmar sabía que hallaría a su padre preocupado, ansioso y nada preparado para acoger a la muchacha gitana como amada de su hijo, y que la batalla de voluntades que se avecinaba sería larga y dura; pero era una batalla que sabía cómo librar. En cuanto a las otras de las que había hablado Vaedecker, no podía hacer más que esperar hasta que comenzaran, y aprender a librarlas lo mejor posible sobre la marcha.

Veintitrés

Ya hacía una hora que había oscurecido cuando la carreta se detuvo, por fin, ante la bodega de Gottfried Wieland. Los caballos deberían haber descansado mucho antes, pero Godrich no lo permitió porque supuso que ya tendrían tiempo más que suficiente para recobrase del extraordinario esfuerzo. Durante los últimos kilómetros, su carga se había aligerado, porque Reinmar y Vaedecker habían bajado para caminar junto a Sigurd. El soldado no había vuelto a subir al vehículo tras haber dormido trece horas seguidas después de la huida del valle, ya que había recobrado fuerzas con bastante facilidad.

Reinmar no había tenido tanta suerte; aunque los esfuerzos hechos habían tenido un efecto mucho mayor sobre sus limitadas fuerzas, apenas había logrado dormir más de una hora seguida durante los días y noches siguientes a las aventuras vividas en el mundo subterráneo, ya que despertaba en cuanto comenzaban a inquietarlo sueños desagradables. Marcilla había dormido durante mucho más tiempo y más profundamente —y, si las apariencias eran fiables, mucho mejor—, pero cuando despertaba parecía hallarse sumida en un perpetuo aturdimiento.

Mientras recorrían los caminos no los habían atacado ni hombres ni monstruos, pero a veces, al mirar atrás cuando descansaban, habían visto siluetas oscuras que acechaban desde los bosques o los salientes de las colinas. No obstante, como para combatir esos signos ominosos, cuanto más descendían más benigno se volvía el clima, y la amable luz diurna, sumada a la mayor familiaridad con el terreno, había llevado un poco de paz a las mentes de los viajeros.

Matthias Vaedecker había aprovechado la primera oportunidad que había tenido para lavar la sangre coagulada y otras manchas de la ropa que había llevado puesta al entrar en el valle, y Reinmar siguió su ejemplo; sin embargo, ninguno de ellos volvió a ponerse esas prendas cuando las de recambio se ensuciaron, ya que no eran capaces de sentir que estuviesen limpias, con independencia de lo mucho que las hubiesen frotado.

Gottfried Wieland se encontraba en la calle para recibir a la carreta, pues un centinela le había avisado de la llegada con antelación. Tenía a tres trabajadores preparados para transportar la carga a la bodega, y el grupo que aguardaba, compuesto por rostros ansiosos, sumaba más del doble de ese número. Machar von

Spurzheim estaba entre los presentes, con dos acompañantes armados. También la esposa y el hijo de Godrich se encontraban allí, así como Margarita. Las reacciones de cada uno fueron tan variadas como cabría esperar, pues ninguno había recibido información avanzada sobre lo acontecido a los miembros de la expedición.

Cuando Godrich se llevó a Gottfried aparte para susurrarle su informe, y Vaedecker hizo otro tanto con el cazador de brujas, Reinmar se encontró cara a cara con Margarita, que parecía muy entusiasmada por oír todo el relato de sus aventuras. Él, por su parte, estaba ansioso por saber qué había sucedido en el pueblo durante su ausencia.

—Nos hemos traído estos dos gitanos de un pueblo donde los atacaron los campesinos —explicó Reinmar al mismo tiempo que permitía que Ulick se responsabilizara de rodear los hombros de Marcilla con un brazo protector—. Luego, nosotros también sufrimos un ataque, pero, como puedes ver, estamos todos vivos e ilesos. Si el soldado no hubiese estado con nosotros, la cosa tal vez habría sido diferente, pero él y Sigurd hacen buen equipo. ¿Qué noticias hay de mi tío abuelo?

—Todavía está en prisión —respondió Margarita—. Cada día han ido llegando más soldados al pueblo..., además de otros que desde luego no son soldados, aunque podrían ser alguna clase de guerreros. Tres de los almacenes que están junto al embarcadero han sido transformados en barracas, y hay oficiales alojados en todas las posadas y pensiones. Hay hombres durmiendo en establos y despensas, y sus intendentos están comprando enormes cantidades de provisiones, aunque parecen muy reacios a pagar el precio correcto. El mercado se ha convertido en un campo de batalla. Algunos de los del pueblo han vendido sus casas y se han trasladado río abajo; otros han enviado fuera a la esposa y los hijos, pero se han quedado con los sirvientes masculinos por temor a que si se marchan todos sus casas sean requisadas o saqueadas. Nadie sabe cuándo tienen intención de continuar viaje los soldados, ni si pretenden hacerlo, ni adónde irán si se marchan. ¿Qué está sucediendo, Reinmar? ¿De verdad está reuniéndose un ejército de monstruos en las colinas?

Reinmar se vio salvado de la problemática necesidad de improvisar una respuesta a esa pregunta por la intervención de su padre, que se lo llevó de manera perentoria. Gottfried le dijo a Margarita que se marchara a casa sin molestarse en ser demasiado cortés. Ella no hizo el más ligero movimiento para obedecer, y los siguió hasta el interior de la tienda para oír lo que tenía que decir Gottfried y lo que pudiese responder Reinmar.

—¿Esperas que busque una habitación para esos gitanos? —preguntó Gottfried con tono de exigencia.

—Tenemos lugar de sobra, padre —replicó Reinmar, obstinado—. Les hemos dado protección, y nos asisten buenas razones para creer que aún la necesitan.

—¿Razones suficientes para abandonar la carreta e ir a vagar por el bosque?

¿Razones suficientes para dejar solo a Godrich cuando estaba herido y la carreta averiada? ¿Razones suficientes, a pesar de que os habían atacado?

El efecto que tuvieron estas preguntas fue estimular un enojo que Reinmar había llevado dentro durante mucho tiempo, y sus réplicas sin duda habrían provocado más problemas; sin embargo, no tuvo tiempo para verbalizarlas porque Margarita fue otra vez apartada a un lado con rudeza cuando Machar von Spurzheim entró en la tienda.

—Deja en paz al muchacho —ordenó el cazador de brujas al mismo tiempo que hacía caso omiso del asombro que, de inmediato, se apoderó del rostro de Gottfried Wieland—. Ha sido valiente además de osado, según dice mi sargento, y su valentía podría haber sido muy beneficiosa para nuestra causa. Ya podrás darle la bienvenida a tu manera más tarde; de momento, tengo necesidad de él y debe acompañarme.

Gottfried abrió la boca para protestar, y las palabras estuvieron a punto de salir de su boca antes de que recordara con quién estaba hablando y lo delicados que habían sido sus tratos con el cazador de brujas. De haber estado mejor iluminado su rostro, probablemente se habría apreciado con más claridad la ira que sentía, pero la lámpara se hallaba situada de tal forma que su cara quedaba en sombras, aunque de todas formas Von Spurzheim no lo habría mirado, porque ya había tendido una mano para coger a Reinmar por un brazo, y en ese momento se lo llevaba hacia la puerta.

—Haz que la muchacha esté cómoda, te lo ruego —fue cuanto Reinmar tuvo tiempo de decirle a su padre antes de ser sacado otra vez a la calle—. Debes ocuparte de su seguridad.

—Haz lo que dice el muchacho —añadió Von Spurzheim, que se detuvo por un breve instante en la entrada, tras haberse interpuesto entre padre e hijo—. El chico y la muchacha podrían ser de vital importancia para nuestra empresa. Redundará en beneficio de todos que te ocupes de su seguridad.

Reinmar no pudo ver cómo reaccionaba su padre ante aquella orden, pero podía imaginarlo con total claridad. Dado que Gottfried era el hijo de un hombre sospechoso de practicar la hechicería y el sobrino de otro, no podía permitirse el lujo de ofender al cazador de brujas, aunque la necesidad no hacía que le resultase más fácil soportar la indignidad.

Mientras Von Spurzheim marchaba con Reinmar por las calles, Matthias Vaedecker y otros hombres de armas los seguían. Reinmar se sentía incómodo, pues para cualquiera que los viese parecería que lo habían arrestado; además, tal apariencia se vería reforzada por el hecho de que no se encaminaban hacia la casa del burgomaestre, donde Von Spurzheim se alojaba como huésped, sino hacia la cárcel del pueblo, donde Albrecht Wieland aún permanecía retenido bajo vigilancia. También se sentía incómodo por otro motivo: si Von Spurzheim ejercía el derecho de registrarlos, la presencia del frasco que guardaba en el zurrón podría, en efecto, dar lugar a su arresto y encarcelamiento.

Aunque las calles no estaban en absoluto abarrotadas de gente una vez que se alejaron de la bodega de Gottfried Wieland, Reinmar estaba seguro de que había abundantes ojos siguiendo su avance. En las casas en que había cortinas, tuvieran las ventanas cristales o no, las ropas se apartaban ligeramente a un lado para que los aprensivos habitantes pudieran seguir lo mejor posible el desarrollo de los problemas que habían llegado al pueblo.

—No tengas miedo, muchacho —fue lo único que le dijo Von Spurzheim mientras caminaban por las calles—. El sargento Vaedecker me ha contado lo que hiciste, y te lo agradezco con toda mi alma, aunque tus motivaciones puedan no haber sido tan puras como yo podría haber deseado.

No existía ninguna respuesta razonable que Reinmar pudiera dar a ese comentario, así que prefirió guardar silencio hasta llegar al blocao donde los policías de la ciudad desempeñaban sus funciones oficiales, y donde retenían a los delincuentes hasta las sesiones del tribunal en las que eran juzgados. Una vez dentro, Von Spurzheim no perdió tiempo en llevar a Reinmar hasta la celda en la que se hallaba confinado Albrecht Wieland.

El muchacho se alegró al ver que su tío abuelo no parecía haber sido maltratado; el anciano no tenía heridas visibles ni aspecto de haber pasado hambre. El colchón sobre el que había estado durmiendo era tosco pero constituía una diferencia razonable en comparación con el duro piso, y el hedor del cubo de hierro que estaba situado en una esquina no era demasiado insoportable. Se hizo evidente el sobresalto de Albrecht al ver a Reinmar en compañía de Machar von Spurzheim, pero parecía tener pleno control de sus facultades, porque su única reacción, tras desvanecerse el asombro inicial, fue fruncir las cejas con aire de concentración. Matthias Vaedecker cerró la puerta de la celda detrás de él y dejó fuera a los otros hombres de armas.

—El hermano de tu abuelo ha estado ayudándonos, Reinmar —dijo Von Spurzheim cuando Vaedecker se detuvo junto a él—. Su memoria es un poco vaga cuando se trata de nombres y lugares, pero, por lo general, recuerda a sus viejos amigos en cuanto ponemos los nombres ante él. Hay una comunidad de eruditos a la que él perteneció en otra época y en cuyas actividades hace tiempo que estamos interesados, aunque ahora queda poco de ella. Por desgracia, no sabe qué ha sido de su hijo Wirnt, ni de su antigua ama de llaves. Por supuesto, hemos vigilado su casa día y noche, al igual que la tuya, por mera precaución, pero no había llegado ningún visitante cuando cambió la última guardia. Es posible que Wirnt esté en Holthusen, donde aún quedan algunos de los supuestos eruditos, pero también podría haberse dirigido al sur para ir al lugar que tú has tenido ocasión de visitar recientemente. Espero que le hables a tu tío abuelo de tus aventuras, para que pueda hacerse una idea más clara de la naturaleza maligna del asunto en el que se ha involucrado.

Las últimas palabras estaban obviamente destinadas a provocar una reacción en

Albrecht, pero el anciano se había preparado para una jugada semejante, y su expresión apenas cambió.

—Por fortuna, magíster Albrecht —prosiguió Von Spurzheim, que pronunció la palabra magíster con tanto sarcasmo como antes había pronunciado la palabra eruditos—, Reinmar ha sido más útil para nuestra causa de lo que jamás podríamos haber esperado; es obviamente hijo de su padre. Ha tenido éxito donde tú y tu hermano, al parecer, fracasasteis. Encontró el origen del vino de los sueños al primer intento, lo cual me inclina a creer que no podía ser tan difícil de hallar, después de todo. No sólo guio al sargento Vaedecker hasta allí, sino que penetró en sus más profundos secretos y, luego, fue artífice de la huida. Y hay más, ¿no es cierto, Reinmar? ¿Qué hiciste, con exactitud, cuando el sargento y tú os separasteis durante un rato?

Reinmar vaciló antes de responder. Tenía los ojos fijos en el rostro de su tío abuelo, más a causa de la preocupación por el anciano que porque deseara evitar los ojos del cazador de brujas, pero sabía que el juego que allí se desarrollaba era controlado por Von Spurzheim, y no estaba nada seguro de que quisiera jugarlo según las reglas de éste.

—Descubrí el método con el que hacen el vino de los sueños —replicó con voz queda, aunque sabía que no era una respuesta adecuada para la pregunta—. Quienes lo beben y valoran no pueden tener la más mínima idea de sus orígenes, o nunca permitirían que pasara a través de sus labios por dulce que pueda ser.

—Lo hacen a partir de plantas alimentadas con carne humana —declaró Von Spurzheim a modo de ampliación—. Pero tú estuviste en una mejor posición que el sargento Vaedecker para comprender con exactitud cómo funciona el proceso, ¿no es cierto?

—Sólo vi el almacén —replicó Reinmar—, nada más; pero no vi ninguna fruta ni prensa alguna. Únicamente había enormes morteros donde se molía la pulpa vegetal, y barriles en los que se decantaba el líquido resultante. Las flores que producen el vino del mundo subterráneo eran tan gigantescas que no pude evitar preguntarme si el vino podría ser su néctar, aunque no puedo asegurarlo. A esas plantas las alimentan con personas, tío abuelo. Los que son elegidos oyen una especie de llamada cuando sueñan. Personas jóvenes, que tienen toda la vida por delante, son drogadas con el vino, y luego les plantan las semillas en el cuerpo vivo dentro de un mundo subterráneo, cuyas rocas brillan con luz extraña y deslumbrante. Lo siento, pero es la verdad.

—Los falsos monjes que crían estas flores asesinas intentaron venderle a Reinmar algunas de sus cosechas más recientes —añadió Von Spurzheim cuando quedó claro que Albrecht aún no tenía nada que decir—. Él las rechazó incluso antes de saber qué eran, aunque, cuando encontró el almacén, lo supo. ¿Qué hiciste, entonces, Reinmar?

Ni siquiera Matthias parece saberlo con precisión.

—De haber sido capaz de volcar las tinajas de piedra para derramar el contenido, lo habría hecho —replicó Reinmar—. No pude hacerlo, pero rompí todos los recipientes a los que pude ponerles la mano encima, y vacié el contenido de los que pude llevar hasta la grieta de desagüe que se adentra en las profundidades. No sé con qué proporción de sus reservas acabé, pero sospecho que la escasez se notará bastante en las poblaciones del río y en Marienburgo antes de que puedan comenzar a aliviarla.

—Yo tenía la esperanza, magíster —intervino Yon Spurzheim, al parecer imitando la suavidad de la voz de Reinmar—, de que tal vez pudieras asesorarnos sobre los posibles efectos de esa escasez.

—No tengo ni idea —fue lo que dijo Albrecht cuando, por fin, se decidió a hablar—. Hace demasiado tiempo que perdí los contactos.

—Pero has visto a hombres sumidos en la confusión y la locura a causa de la falta de vino, ¿no es así? —insistió Von Spurzheim—. Tú, por supuesto, posees una envidiable fuerza mental y física, yo diría que más que tu hermano Luther, pero has conocido a otras personas cuya dependencia era mayor. ¿No has visto hombres impulsados a la automutilación, el suicidio y el asesinato, y otros, reducidos a meros despojos balbuceantes mientras sus pesadillas marcaban sus cuerpos con terribles cicatrices?

—He visto hombres angustiados —admitió Albrecht con voz débil—, que culpaban de su angustia a la sed del vino y a los sueños que habían pasado de ser buenos a ser malos. Algunos hombres son menos capaces que otros de tolerar las pesadillas; pero los que se vieron impulsados a la violencia ya eran violentos antes de beber un solo sorbo del vino.

—¿Eso crees? —preguntó Von Spurzheim—. Yo no estoy tan seguro.

—Pareces haber hablado del tema con tanta gente como yo, al menos —replicó Albrecht con tono pétreo—, y también con métodos más persuasivos. Supongo que estás en mejor posición para saberlo que yo, aunque jamás te has dignado poner a prueba tus gustos.

Von Spurzheim se echó a reír, pero la ligereza de su risa era falsa.

—Tal vez sí que estoy en mejor posición —replicó—. En cualquier caso, tengo que hacer planes. Yo diría que tienes cuestiones privadas de las que hablar con tu sobrino, así que os dejaré solos. Matthias vendrá a recogerte dentro de poco, Reinmar... Aún me quedan algunas preguntas que hacerte, si no estás demasiado cansado.

No esperó la respuesta y salió de la celda junto con Vaedecker, que la abrió y luego la cerró a sus espaldas.

Reinmar no era tan estúpido para creer que podía hablar abiertamente. Sin duda, habría alguien escuchando, aunque la puerta era gruesa y Albrecht no era para nada duro de oído. Se llevó a su tío abuelo al rincón de la celda más alejado de la puerta, y

acercó los labios a un oído del anciano.

—¿Estás bien? —le preguntó—. ¿Te han hecho daño?

—No tuvieron necesidad —murmuró Albrecht—. Al salir de Marienburgo, ya habían averiguado más de lo que yo puedo contarles. Me han mantenido aquí para asegurarse de que no hable con Luther, que ya está bien encarcelado en su casa con un carcelero muy respetuoso de la ley. Y no culpo a Gottfried. Entonces, ¿es todo verdad? Supongo que, de lo contrario, el cazador de brujas no te habría permitido venir aquí.

—Es todo verdad —confirmó Reinmar—. La magia del vino de los sueños arraiga en el horror. Hay que detenerla. En eso, Von Spurzheim tiene razón.

Ni por un instante consideró Reinmar la posibilidad de revelarles a su tío abuelo que él tenía un frasco del ingrediente activo del vino de los sueños, o uno de los más oscuros licores afines al mismo.

Albrecht no parecía saber qué decir a continuación, pero al fin se decidió.

—Probablemente, sea demasiado tarde para darte consejos, pero debes tener cuidado —murmuró en voz muy baja—. Con independencia de lo que puedas pensar, no creo que hayan sido ni la suerte ni la inteligencia las que te guiaron hasta un lugar que ningún hombre de Eilhart ha sido capaz de encontrar jamás. Se ha producido un choque de planes, y la llegada de Von Spurzheim sin duda provocará una pronta respuesta de alguna clase. Ten mucho, mucho cuidado, o acabarás aplastado o cortado en pedazos en medio de esa colisión. Si te dejan marchar, márchate al menos a Holthusen. Los que huyen del pueblo son los prudentes. Síguelos si puedes.

Veinticuatro

Cuando Reinmar salió de la celda de Albrecht, Matthias Vaedecker cerró la puerta tras él. El sargento se quedó en el blocao cuando Machar von Spurzheim se llevó a Reinmar del local de la policía y lo condujo al otro lado de la plaza, hasta el ayuntamiento. Una vez allí, el cazador de brujas fue con él hasta una sala que presentaba un contraste tan marcado como podía imaginarse con aquella que Reinmar acababa de dejar. Las paredes estaban ocultas tras colgaduras de terciopelo, y el suelo, cubierto por gruesas alfombras. Todas las sillas tenían asientos de mullido tapizado, y sobre la enorme mesa de roble con superficie de cuero ante la que Reinmar fue invitado a sentarse, había más pilas de pergaminos de las que el muchacho había visto nunca en un solo sitio.

Von Spurzheim se sentó ante él y, con las manos, apartó los rollos de pergamino hacia los lados, formando con ellos dos pilas aproximadamente iguales, para luego apoyar los codos en el espacio que había despejado.

—Bueno, maese Wieland —comenzó—. Parece ser que tengo algo que agradecerte.

—Deberías dejar que mi tío se marchara ya —dijo Reinmar—. Es inofensivo.

—Tal vez lo sea —respondió el cazador de brujas—. Tu padre me ha asegurado lo mismo respecto a tu abuelo, pero aún no hemos limpiado del todo el nido de víboras que había en Holthusen, así que hay otros en libertad con los que él podría reunirse y posiblemente formar una compañía que sería más fuerte a causa de su presencia. Verás, tu primo Wirnt les advirtió de nuestra llegada como antes había advertido a otros, incluidos tu abuelo y tu tío abuelo..., a menos, por supuesto, que lo hicieras tú.

Reinmar no respondió nada a esa última frase, y Von Spurzheim abrió las manos con gesto de indiferencia.

—No tiene importancia —declaró—. Ahora estoy seguro de que sólo hiciste lo que creías correcto. Matthias dice que eres un hombre que conoce el significado de la palabra deber. También dice que eres un necio, pero ése podría ser un juicio demasiado duro. Hay cosas que debo mantener en secreto incluso ante él. Confieso que no entiendo del todo por qué, pero también yo soy un hombre respetuoso del deber y, cuando me prohíben hablar de ciertas cosas, no hablo de ellas. Eso hace que mi tarea sea más difícil, pero también estoy obligado a no protestar. Si te pidiera que

fueses a Holthusen para ayudarnos a hacer que salgan los amigos de Wirnt, ¿lo harías?

—Me han aconsejado que me marche de Eilhart —replicó Reinmar con cautela—, pero dudo que mi familia apruebe que lo haga en calidad de espía. Creo que no debería dejar solo a mi padre, y no puedo abandonar a la muchacha gitana.

Von Spurzheim frunció un poco el entrecejo al oír eso, pero no pareció sorprendido.

—Tus lealtades aún son confusas —observó—. Es natural. Aunque yo pudiera contarte todo lo que sé, tal vez no verías la situación con más claridad. Pero supongo que escucharás lo que puedo decirte.

—Por Supuesto —replicó Reinmar.

—Muy bien. Cuando entraste en el extraño mundo subterráneo con Matthias Vaedecker, tuviste una visión de algo que muy pocos hombres inocentes han tenido la desgracia de ver. No me refiero al mundo subterráneo en sí, sino a algo mucho más grande de lo que ese mundo no es más que una parte diminuta. El mundo que conoces no es ni con mucho tan seguro y estable como parece; existe a la sombra de una terrible amenaza que se manifiesta de maneras muy distintas. Matthias sabe de este mal mucho más que la mayoría de los hombres, pero sólo se ha enfrentado con sus manifestaciones más directas y brutales. Los hombres como yo tenemos el cometido de hacer frente a amenazas más sutiles, amenazas que no se acumulan sobre las tierras civilizadas desde sus fronteras sin ley con la intención de mermarnos mediante la fuerza bruta de las armas, sino que se infiltran con sigilo hasta en los mejores baluartes del orden y la humanidad.

»Incluso en Eilhart, maese Wieland, debes haber oído rumores que dicen que no todo anda bien en las ciudades del Imperio. Incluso en Altdorf, el corazón mismo del más grandioso Imperio de los hombres que haya existido jamás, se han producido brotes de horror y violencia. Los apetitos de los hombres forman parte de nuestra preciosa humanidad, pero también son puertas abiertas hacia los corazones y las mentes, a través de los cuales pueden pasar invasores sutiles. Algunos hombres son vulnerables a causa de su orgullo o su propensión a la cólera; otros, por su amor al lujo y la embriaguez. Hay quienes son traicionados por su propia curiosidad y ansia de sensaciones extrañas. La salud de la humanidad está siempre bajo asedio debido a las enfermedades del cuerpo y las enfermedades del espíritu, y las grandes ciudades son un buen campo de cultivo para las enfermedades de todo tipo.

»Las fases de la decadencia son fáciles de ver para aquellos que han sido educados para verlas. La primera es la autogratificación; la segunda, la adicción; la tercera, la desesperación. Todos los hombres comienzan por pensar, como en su momento pensó tu abuelo y como tu tío abuelo aún piensa, que pueden probar tentaciones tales como el vino de los sueños sin volverse dependientes de ellas; pero todos descubren, como le sucedió a tu abuelo, que una vez que esos apetitos aumentan no hay vuelta

atrás, ni pueden abandonarse sin pagar un doloroso precio. Una vez que los hombres se convierten en esclavos del vino de los sueños, su sed aumenta de tal modo que necesitan licores cada vez más fuertes para apagarla. Tiene reputación de ser gratificación de eruditos superiores y arrogantes aristócratas, algo que confiere una envidiable categoría a sus consumidores; pero su propósito es propagar un cáncer dentro de las castas más elevadas y los enclaves de mayor sabiduría de la civilización humana.

»Imagina, Reinmar, por favor, la magnitud de la conspiración necesaria para transportar el vino de los sueños y los licores afines más oscuros desde el mundo subterráneo situado debajo de las Montañas Grises hasta una ciudad de algún punto del Imperio. Imagina también que eso es meramente una parte de una conspiración de dimensiones aún mayores, que tiene en su punto de mira a todas las ciudades del Imperio; no sólo a Altdorf y Marienburgo, sino también a Nuln y Talabheim, e incluso a la lejana Middenheim, a pesar de las distancias a que se encuentran. Pero imagina también una conspiración destinada a contrarrestarla, dirigida por los defensores de todo lo bueno que tienen la humanidad y el Imperio, una conspiración que ataca al cáncer que crece en una ciudad y comienza a exprimirle la vida maligna que hay en él, al mismo tiempo que sigue laboriosamente su extenso rastro a lo largo del Talabec, el Stir o el propio Reik. La primera conspiración ha sido el trabajo de siglos y, del mismo modo, la conspiración contraria es una tarea de generaciones. El escenario principal de preocupación ha cambiado una docena de veces, al igual que la relación de fuerzas del combate, pero en la generación actual se ha producido un cambio crucial en esa relación de fuerzas, al menos en lo que respecta al vino de los sueños.

»Esta arteria del suministro de vino oscuro no es, en absoluto, la primera que se ha cortado, pero hace algún tiempo que creemos que es la más directa y la que nos acerca más al origen del caldo. No sólo hemos seguido la línea a lo largo del Reik hasta el Schilder para llegar a Holthusen y luego a Eilhart, sino que cada eslabón de la cadena ha sido roto con tanto cuidado que la línea de suministro ha quedado interrumpida de modo decisivo. Me gustaría enormemente poder decir de modo definitivo, en lugar de decisivo, pero no me atrevo, ya que ese tipo de esperanzas se han tenido antes y han resultado falsas. Ahora podríamos habernos aproximado más que nunca al origen, y podría ser la mejor oportunidad que jamás hayamos tenido de destruir ese origen, pero... ¿Ves cuál es mi problema, Reinmar? ¿Te das cuenta de por qué no me atrevo a tomar del todo al pie de la letra lo que me habéis contado tú y Matthias?

Al principio, Reinmar se sintió desconcertado, pues no podía comprender adonde quería ir a parar Von Spurzheim; pero luego comenzó a entenderlo.

—Es demasiado perfecto —dijo—. La oportunidad es demasiado buena. Mi

abuelo y Albrecht han buscado el vino de los sueños durante mucho tiempo y con gran ahínco, y otros hombres como tú también lo han hecho, aunque por razones distintas; pero nadie lo había encontrado nunca hasta el día en que vosotros llegasteis a Eilhart después de haber acabado con casi todos los elementos de la línea de suministro. Crees que os han preparado una trampa cuidadosamente cebada.

Se trataba de una idea que no se le había ocurrido antes, pero entonces veía lo monstruosa que resultaba la coincidencia. «¿Es posible —se preguntó— que Marcilla me haya conducido hasta el valle oculto? ¿La situaron contra la pared de aquel cobertizo del pueblo con el solo propósito de que pudiese rescatarla?». De ser así, la muchacha podría haber sido algo más que un peón sin conocimiento alguno de la maquinación... Pero si Matthias Vaedecker y Machar von Spurzheim tenían razón respecto a la taimada naturaleza juguetona del enemigo, sin duda resultaba concebible. ¿Y cómo podía dudar de la espantosa sutileza del jugador después de lo que había visto en aquel horrible mundo subterráneo?

«Pero aunque Marcilla me condujera hasta el valle —pensó Reinmar—, ¿cuánto de lo que sucedió a partir de entonces estaba incluido en el plan previo?». Los artífices de la trampa no podían esperar que él hallara el camino de entrada al mismísimo mundo subterráneo, ¿verdad? Ése debió ser el punto en que el plan cuidadosamente trazado comenzó a torcerse. No había manera de que nadie pudiese haber previsto que él encontraría el almacén y destruiría las existencias. Si lo habían atraído hacia una trampa, como incluso Albrecht creía probable, él había logrado volver las tornas contra aquellos que se la habían tendido, y había convertido en desastre la ventaja que esperaban obtener.

—Se suponía que yo debía encontrar el valle —dijo Reinmar mientras intentaba razonar el asunto—. Se suponía que debía seguir a la muchacha en solitario, así que el sargento Vaedecker fue una complicación inesperada. Se suponía que los monjes debían comprobar con mucho cuidado cuál era mi actitud hacia el vino y ganarme para su causa si podían. Pero cuando los gitanos llevaron la noticia de que el sargento había entrado conmigo en el valle, el hermano Noel decidió que sería mejor dejar que nos marcháramos lo antes posible. Por supuesto, no sabía que Vaedecker había visto cómo desenterraban a Marcilla, ni que yo insistiría en seguirla. Vi el asombro en su rostro cuando apareció la muchacha y se dio cuenta de lo que habíamos hecho Vaedecker y yo, y tengo la total convicción de que no había imaginado, ni por un momento, que haríamos lo que hicimos; pero incluso entonces pensó que la estructura principal del plan aún se mantenía en pie. Quería que tú pensaras que era posible encontrar el valle, y que Ulick y yo podíamos conducirte hasta él. ¿Por qué?

—Veo que entiendes cuál es mi problema —dijo Von Spurzheim al mismo tiempo que asentía con la cabeza—. Con toda probabilidad, aunque sin duda de modo totalmente inocente, tú y el chico habríais conducido a las tropas que he reunido con

tanta prisa a una emboscada o una trampa mágica. Si hay valles que no se pueden encontrar, tienen que existir otros de los que sea imposible salir. Llegarían más soldados, por supuesto, y mis informes han sido transmitidos a Altdorf a intervalos regulares; pero si nos destruyen ahora a mí y a mis tenientes de confianza, podrían deshacer todo el trabajo que hemos llevado a cabo, y nuestra causa sufriría un revés que le costaría años.

—Ya no —dijo Reinmar—. Ahora, por primera vez, sabes con exactitud a qué te enfrentas, y no resultará fácil reconstruir la cadena de suministro si no hay mercancías que suministrar.

Von Spurzheim sonrió al oír eso y asintió para manifestar su agradecimiento, pero no parecía del todo tranquilo.

—Reconozco que viste mucho más de lo que se suponía que debías ver —afirmó—, y que al verlo emprendiste una acción valiente y completamente inesperada. Creo que les asestaste un golpe auténtico y eficaz a nuestros enemigos y que desbarataste sus planes de modo magnífico..., pero podemos estar seguros de que reaccionarán con toda la rapidez y la eficacia de que sean capaces. ¿Qué crees que harán, ahora?

Reinmar no tenía ni la más remota idea.

—El hermano Noel y el hermano Almeric se tomaron el trabajo de advertirme que me había causado a mí mismo más mal que bien, incluso antes de saber que había destrozado las existencias —recordó—. El sargento me advirtió que debía esperar represalias, pero en ningún momento me detuve a considerar las más amplias consecuencias de mis actos.

—¿Cómo era de grande el mundo subterráneo, Reinmar? —le preguntó Von Spurzheim con voz queda.

Reinmar se dio cuenta de que no tenía ni idea. Sólo había visto una parte que se encontraba cerca de la entrada del interior del templo. Aunque había echado a correr con pánico cuando hubo rescatado a Marcilla de la depresión en que la habían tendido, había acabado en otro anexo de la misma pared situado a no más de doscientos pasos de distancia. En la otra dirección, el mundo subterráneo podría extenderse hasta varios kilómetros de distancia, o hasta decenas de kilómetros. Las Montañas Grises eran enormes y constituían una barrera de muchos centenares de kilómetros de largo, que se interponía entre el Imperio y Bretonia, y que sólo podía atravesarse por los pasos situados a grandes intervalos. Aunque la caverna que había visitado no fuese más grande que el valle bajo el que se hallaba, ¿cuántos mundos subterráneos similares podría haber?

Se dio cuenta de que, a pesar de haber visto demasiado, no había visto suficiente. No tenía ni idea de cuál era la verdadera fuerza del enemigo, ni base alguna para conjeturar qué nuevo plan podría reemplazar al que había salido mal.

—Tal vez, por tu propia seguridad, debería enviarte a Holthusen de todas formas,

aunque no quieras trabajar como espía para mí —dijo Von Spurzheim—. Pero no hay ningún sitio en el mundo que sea realmente seguro, y las ciudades del Imperio son ahora menos seguras que antes. No sé lo útil que podrías ser como cebo de una trampa tendida por mí, pero entenderás que debo considerar esa posibilidad. Quizá debería dejarte que tomaras tus propias decisiones, pero a pesar de eso he de tomar las mías. ¿Debería ponerme en marcha mañana, con el chico o la muchacha como guía, y arriesgarme a caer en una emboscada? ¿O debería quedarme aquí y aguardar con la esperanza de que el enemigo esté ahora lo bastante furioso como para luchar en cualquier terreno por desventajoso que le resulte? Y si me quedo, ¿podré defender la población? Si se lo preguntara a la gente del pueblo, me atrevo a aventurar que me rogaría que me marchara sin importarles si avanzo o retrocedo, pero la gente de aquí no sabe lo que sabes tú, ¿verdad?

»Al romper el día, supongo que las alas del rumor habrán llevado a todas las tiendas y casas alguna noticia sobre tus hazañas, pero la gente que oiga esos rumores no sabrá ni una cuarta parte de lo que tú sabes. Tengo reputación de ser un buen estratega, aunque todos los hombres vivos de mi clase también lo son porque la primera derrota que sufren suele ser la última. Pediría consejo si pensara que en Eilhart hay alguien capaz de dármelo, pero no es así. Todos los habitantes de este pueblo que saben algo que merezca la pena conocer son, por esa misma razón, indignos de confianza. Incluso tú, Reinmar; incluso tú.

Reinmar meditó durante unos instantes, pero no se sintió tentado de sacar el frasco del zurrón y entregárselo al cazador de brujas. Si todos los que sabían algo debían ser considerados indignos de confianza por la familia Wieland, Von Spurzheim era, sin duda, el menos digno.

—Aún tengo sólo una vaga idea de contra quién o qué luchamos —declaró Reinmar, dubitativo—. Si vienen, ¿debemos esperar hombres o hombres bestia, o algo aún peor, como demonios, tal vez?

—No lo sé —admitió Von Spurzheim—, pero me alegra oírte hablar en plural porque quiero que estés de mi lado. No puedo decirte con exactitud qué forma adoptará el enemigo, pero debo advertirte que esperes los hombres bestia más espantosos que puedas imaginar, y cosas aún más aterradoras. De ese modo, al menos, estarás mentalmente preparado. No obstante, siempre recuerda lo siguiente: se puede luchar contra esos monstruos. Su poder es limitado de una manera que no puedo aspirar a entender. Incluso los demonios, al parecer, sólo pueden entrar en nuestro mundo durante periodos de tiempo limitados, y su naturaleza, aquí, es frágil. Mientras están aquí se les puede herir como a cualquier criatura mortal. Si eres capaz de no perder la cabeza y de usar el cerebro, contarás con ventajas que la mayoría de tus enemigos no tienen. Pueden ser cualquier otra cosa, pero no son grandes pensadores, y la disciplina que tienen es muy débil en verdad. Puede vencérselos. Con

independencia de lo que suceda, recuerda esto: no son invencibles; poderosos, malvados, traicioneros, insidiosos, sí, pero no invulnerables.

—La gente de Eilhart —observó Reinmar con una mueca torcida— no está acostumbrada a habérselas con unas preciosidades como éstas.

—Bueno —replicó Machar von Spurzheim al mismo tiempo que se levantaba y caminaba hacia la puerta de la sala—, espero, como sin duda esperas tú también, que no se vean forzados a acostumbrarse..., aunque no me atrevo a ser optimista. Ahora márchate a casa, pero piensa en lo que te he dicho. Si realmente has logrado perjudicar a la causa de nuestros enemigos en lugar de servir como mero instrumento de su astucia, tal vez no sea yo quien escoja el campo de batalla. Si has provocado su deseo de venganza, es probable que el ataque llegue con rapidez y que tú obtengas una gran parte de las atenciones del enemigo. Duerme si puedes, y presta mucha atención a tus sueños.

Mientras concluía este discurso, el cazador de brujas condujo a Reinmar al exterior de la sala, aunque luego dejó que bajara solo las escaleras para salir a la calle.

Reinmar echó a andar en solitario hacia su casa, nervioso ante cada paso que oía y sombra que veía a causa de las posibilidades que le había sugerido von Spurzheim. Mientras, no dejaba de preguntarse qué tipo de recepción le tendría preparada su padre.

Veinticinco

Reinmar esperaba encontrar enojo, recriminaciones y quejas, pero no lo aguardaba eso. Por el contrario, Gottfried Wieland parecía haberse decidido por presentar una actitud anormalmente calma y llena de preocupación. Resultaba evidente que había mantenido una larga conversación con Godrich y Sigurd, y que había asimilado completamente lo que le habían contado.

—El chico y la muchacha están bien alojados —le aseguró el comerciante de vinos a su hijo—. Disfrutarán de todos los habituales privilegios de la hospitalidad hasta que su familia venga a buscarlos. ¿Has visto a Albrecht?

—Sí —replicó Reinmar, un poco desconcertado ante los modales corteses de su padre—. Creo que el cazador de brujas lo dejará libre por la mañana. En el caso de que lo haga, tal vez para él sería mejor marcharse a Holthusen, y también para el abuelo, si puede viajar. Eilhart no es un sitio seguro. Aunque los soldados se marchen a buscar el valle, es probable que aquí vaya a haber problemas. En parte, eso podría ser culpa mía.

—No, no lo es —declaró Gottfried, que continuaba actuando de una manera impropia de él—. No es más culpa tuya que mía, ni mía más que de mi padre. Puede ser que nuestros vecinos prefiriesen que la culpa acabara allí, pero no es posible. Eilhart ha sido un pueblo tranquilo y plácido durante generaciones, y aquí no hay una sola familia que no sepa que se ha pagado un precio por esa tranquilidad. En este pueblo ha habido muchos que han sido más tolerantes que yo con el tráfico del vino de los sueños, y ni siquiera yo hice ningún intento serio por detenerlo y me contenté con alejarlo de mi tienda. Tal vez habría sido mejor para todos que el cazador de brujas no hubiese seguido la ruta de suministro hasta aquí, pero ahora que lo ha hecho no hay nadie de recursos moderados que pueda afirmar honradamente que su propiedad no ha sido subvencionada por él comercio del vino oscuro. Con independencia de lo que suceda, Reinmar, a esta casa o a este pueblo, no es culpa tuya. No sé qué te ha dicho el cazador de brujas, pero Godrich me ha contado que te has conducido con nobleza y valentía, y me enorgullece oírlo.

Reinmar no había oído nunca antes un discurso semejante en labios de su padre, pero estaba demasiado cansado para experimentar un asombro o gratitud excesivos.

—Gracias por entenderlo —fue lo único que pudo decir.

—Ahora debes irte a la cama —sugirió Gottfried—. Pero cuando te vistas por la mañana, será mejor que no olvides la espada. No tengo ni idea de lo que puede traernos el día de mañana, ni tampoco la tiene nadie, pero me temo que será necesario que nos defendamos al máximo.

—No son invulnerables —le aseguró Reinmar, que pensaba que debía hacer el esfuerzo—. El cazador de brujas insistió con entusiasmo en ese punto. Puede vencérselos.

—Eso ya lo sé —replicó su padre—. He vivido toda mi existencia con la esperanza y expectativa de que así fuese, porque de lo contrario haría mucho que habría seguido el camino de mi padre o el de quienes sufrieron destinos mucho peores que el suyo. Ahora dame las buenas noches y vete a dormir.

Por una vez, Reinmar estuvo encantado de hacer lo que su padre le decía.

En la habitación de Reinmar había una docena de escondites lo bastante grandes como para dar cabida al frasco que había robado en el mundo subterráneo, y se alegró de tener la posibilidad de librarse por un tiempo de aquella carga en particular. Lo puso en el escondrijo que siempre había considerado que era el mejor: una grieta que había entre dos piedras y que podía disimularse fácilmente con un trozo de mortero que ante el ojo inquisitivo no presentaba evidencia alguna de no estar firmemente adherido a la pared.

Cuando por fin pudo descansar la cabeza sobre la almohada, Reinmar se quedó dormido de inmediato y al despertar estaba seguro de haber permanecido en ese estado de placidez durante varias horas, pero mucho antes de despertar se vio turbado por sueños cuya turbulenta sustancia acabó por cuajar en una visión de notable coherencia.

Le pareció que lo alzaban de la cama y que salía flotando por la ventana abierta del dormitorio, donde lo situaron en posición erecta antes de que comenzara un majestuoso ascenso hacia el cielo oscuro y estrellado. Extendió los brazos a ambos lados como si fueran alas, al mismo tiempo que tenía buen cuidado de mantener las piernas rectas y los tobillos bien juntos.

Cuando estuvo a la altura suficiente para ver los tejados de todo Eilhart, el ascenso cesó y su cabeza fue inclinada hacia adelante para que pudiese ver lo que había abajo. Le pareció que la población estaba rodeada por un gran anillo de niebla rosada en la que se movían sombras de color azul y púrpura. Junto a esas sombras había grupos de humanoides feos, bajos y anchos, y seres híbridos en los que se combinaban elementos humanos, animales y de insectos; pero no eran más que sombras y la niebla aún no se había cerrado sobre los límites del pueblo. Sin embargo, allí donde había luces en la calle —y había muchas más de las habituales, en especial junto a los muelles, donde se encontraban acuartelados numerosos soldados—, revoloteaban algunas mariposas nocturnas.

Mientras Reinmar forzaba la vista para verlas con más claridad, las mariposas nocturnas parecieron aumentar de tamaño. Cada vez que miraba, las más grandes se separaban de inmediato de la nube reunida en torno a las farolas y comenzaban a ascender hacia él como para responder a su curiosidad. Reinmar empezaba a preguntarse si también él brillaría como una farola, no con fuego sino con alguna extraña radiación de color blanco puro que pertenecía a las profundidades del mundo.

Cuando las mariposas nocturnas comenzaron a girar a su alrededor, se vieron, en efecto, iluminadas por algún tipo de luz, y entonces pudo ver que en lugar de cuerpos y cabezas de insecto, tenían cuerpos y cabezas de maniqués humanos femeninos, aunque sus ojos de color verde oscuro eran grandes y compuestos, y cada una tenía un solo pecho. No obstante, mientras revoloteaban a su alrededor vio que las dos piernas de cada cuerpo de apariencia humana estaban fundidas en una sola y envueltas por una cola larga. Sus alas eran muy hermosas, y los azules pálidos y rosados que constituían los colores predominantes formaban confusos remolinos que mareaban aún más que el rápido batir de las alas.

Una voz procedente de la nada le susurró al oído, y de inmediato la reconoció como la que le había hablado al salir del valle oculto, al que —entonces estaba seguro—, lo habían atraído de modo intencional.

—No es demasiado tarde, niño mío —dijo la voz—. Otros ya están condenados, pero para ti aún hay esperanza. Con independencia del daño que hayas causado, retuviste la posibilidad de arreglar las cosas cuando aceptaste una parte de mi poder, una parte mucho más potente de lo que da a entender su tamaño. Acertaste al adivinar que el néctar de las flores constituye el ingrediente vital de su virtud, pero no presenciaste el cuidadoso proceso de disolución y adulteración al que normalmente se le somete. El frasco que está en tu poder contiene néctar puro, y en una sola gota de ese jarabe hay tanta virtud como en un barril del vino que te dieron a catar. Tú temes, y correctamente, que has cometido una ofensa contra mis propósitos al derramar las botellas de vino, pero yo soy el tipo de señor que conoce el valor del perdón. Un instrumento en el centro del campo rival tiene abundantes oportunidades de reparación y recompensa. Las mejores victorias se logran con el sigilo, y las mejores de todas son aquellas en las que el enemigo no conoce ni el tipo ni la extensión de la derrota.

»En los días venideros verás horrores, niño mío, que te harán entender que mi jardín del mundo subterráneo debe ser considerado un paraíso por derecho propio..., pero puedo prometerte que no acabarás hecho pedazos ni quemado vivo, y que tu mente no se disolverá en la locura. Esto lo hago libremente, sin pedirte ninguna recompensa a cambio. Me conformo con que sepas que tienes los medios para recompensarme, y no sólo a mí, sino a aquellos a quienes amas, y que yo, a mi vez,

tengo los medios para concederte placeres que van mucho más allá de las escasas capacidades de los hombres corrientes.

»Cuando tomes la decisión en los días venideros, plantéate esta pregunta: ¿qué merece realmente la pena tener en la vida? ¿El tiempo tiene algún valor por sí mismo, o lo que nos proporciona más felicidad es la calidad de cada momento más que la cantidad del conjunto de todos ellos?

Reinmar podría haber respondido a este discurso si su garganta y su boca no hubiesen estado petrificadas, pero carecía del poder para hacer que vibraran las cuerdas vocales. De todas formas, sabía que no se esperaba ni deseaba respuesta alguna. Cuando el monólogo concluyó, las mariposas nocturnas comenzaron a acercarse más a Reinmar, describiendo espirales. No era más capaz de protegerse de la colisión que preveía que de hablar, así que se limitó a aguardar los impactos, pero no sintió ninguno. Parecía que las mariposas entraban en su cuerpo con la misma facilidad con que pasaban de la sombra a la luz de las estrellas, sin hallar resistencia ninguna.

Pero, ¡ay!, cualquiera que fuese la luz que las atraía hacia él estaba lejos de ser benigna, puesto que en cuanto entraban en su cuerpo estallaban en llamas. Sintió cómo cada una se encendía como si se tratase de un elemento de una galaxia de soles diminutos que iluminaran su pecho y su vientre, su cabeza y su entrepierna. No experimentó ni la más ligera sensación de dolor durante el proceso de aniquilación, pues el destello en que se consumía cada diminuta forma le proporcionaba una ola de puro placer, una erupción de éxtasis incandescente. El deleite era tan extremo que aunque no era capaz cerrar los ojos dejó de ver, cegado por su propia fuerza de voluntad.

Cuando todo el grupo de mariposas quedó aniquilado, que Reinmar volvió a aceptar la visión y miró hacia abajo.

Un fuego brutal inundaba el pueblo de Eilhart con una aguda voracidad destructiva; abrazaba con avidez cada viga de madera y cada bala de tela, y reducía a cenizas todos los carruajes y barcas. Oía los alaridos de dolor de las víctimas del fuego, pero no podía sentir el calor de las llamas ni oler el humo que ondulaba en el aire. Tampoco podía distinguir con claridad el tipo de sombras que danzaban en las llamas y cuyas garras y armas, usadas con júbilo, tenían efectos mortales. A Reinmar todo aquello le pareció que no era más que un juego: un gran juego de dolor y placer, que había comenzado mucho antes de que él naciera y fuese fundado el Imperio, y que continuaría no sólo después de que él muriese, sino mucho después de que el Imperio fuese olvidado por la historia y la leyenda.

Y en ese momento, despertó y se encontró con que lo sacudían con mucha más fuerza de la que habría sido necesaria.

Cuando condescendió y abrió los ojos, descubrió que la luz diurna brillaba con

fuerza detrás de la cortina que cubría su ventana, pero continuaba convencido de que era demasiado temprano. Habría preguntado qué hora era, pero aún lo sacudían con tanta insistencia que sus dientes sólo podían entrechocar.

Se quedó atónito al descubrir que el hombre que lo sacudía era su abuelo Luther, que no debería haber tenido la fuerza suficiente en los brazos para levantar un cuenco de gachas. El anciano estaba arrodillado junto a su cama como si hubiese gateado hasta allí —cosa que sin duda había tenido que hacer a menos que un milagro le hubiese devuelto las fuerzas—, pero sus brazos estaban poseídos por una furia que no podía pertenecerle del todo.

—¡Reinmar! —susurró el anciano con tono plañidero—. ¿Tienes el vino? ¿Has traído el vino?

Reinmar no necesitaba preguntar a qué vino se refería el abuelo, ni tampoco dudaba que el que tenía en su poder era realmente, como le había asegurado la voz del sueño, mucho más poderoso de lo que sugería su tamaño.

—¡Basta, abuelo! —se quejó Reinmar a la vez que apartaba las furiosas manos—. Estoy despierto.

—Necesito el vino —dijo Luther con voz ronca—. Mucho más que Albrecht o su crío. ¡Si supieras qué sueños he tenido! Necesito el vino, Reinmar, por piedad. Moriré pronto, y debo conseguirlo ahora o nunca. Debo conseguirlo ahora, o no podré enfrentarme con la muerte. Si has traído vino, debes dármelo a mí y a nadie más. Eso me lo debes, hijo, porque he sido para ti un amigo y un padre mucho mejor que cualquier hombre vivo.

Por fin, Reinmar logró coger las manos del anciano y obligarlas a detenerse.

—¿Qué sueños? —preguntó con tono brusco—. ¿De qué sueños me hablas?

—Ellos vienen hacia aquí, Reinmar —susurró Luther al mismo tiempo que sus grandes ojos miraban a los de Reinmar con fija expresión demente—. No les gusta la violencia por sí misma, pero cuando se vuelven violentos son terribles. Los monstruos vienen hacia aquí, Reinmar, y Eilhart está condenado. En cuanto se hayan reunido todos, vendrán, y yo debo conseguir el vino. Debes darme lo que has traído, aunque sea una sola botella. Debo beberlo. Tengo que hacerlo.

Fue la confusión más que la crueldad lo que hizo que Reinmar continuara con su obstinada negativa. Pero aun en el caso de que hubiese actuado de inmediato, no podría haber sacado el frasco del escondrijo para permitir que Luther bebiera de él, porque su padre y Godrich ya habían entrado en la habitación a buscar al anciano.

—No ha traído nada —dijo Gottfried mientras se inclinaba sobre el anciano para apartarlo de la cama de su nieto—. No fue tan estúpido porque conoce el valor de la cordura. Hizo todo lo posible para asegurarse de que de ese sitio no salga ni una gota de vino oscuro durante mucho tiempo, porque yo le he enseñado las verdades de la vida mucho mejor de lo que tú me las enseñaste a mí. Cualesquiera que sean los

monstruos que vengan, los hombres de Eilhart les harán frente sin más vino que el mío para apagar su sed y fortalecer su valor.

Mientras hablaba, Gottfried había levantado a su padre del suelo como si fuera un saco, y en cuanto hubo acabado se lo entregó a Godrich como si fuese, en efecto, un objeto de la casa. Godrich cogió a Luther con un poco más de delicadeza, pero se alejó con rapidez para sacar al anciano de la habitación del muchacho y devolverlo a la suya.

—Lamento lo sucedido, hijo —dijo Gottfried—. Te habría dejado dormir más si hubiese podido, pero tal vez sea mejor que hayas despertado. Margarita está con la gitana, pero no parece estar haciéndole mucho bien.

—¿Margarita? —repitió Reinmar—. ¿Qué está haciendo Margarita con Marcilla?

—La muchacha gitana tiene mucha fiebre, y en el pueblo no quedan más médicos que no sean los que han sido llamados por los oficiales para que ayuden curar a sus soldados. Margarita no es una sanadora, pero tiene paciencia y es tierna, y se ofreció para permanecer junto al lecho de la enferma.

Reinmar sospechaba que no eran ni la paciencia ni la ternura lo que había impulsado a Margarita a ofrecerse para un acto tan caritativo como ése, sino más bien una celosa curiosidad respecto a la muchacha que él había sacado de las colinas; pero no lo dijo. En cambio, le pidió a su padre que lo dejara mientras usaba el orinal y se vestía, y le prometió que iría a ver a Margarita y Marcilla antes de bajar a desayunar.

Aunque se puso el mismo cinturón manchado de sangre que había llevado durante sus aventuras en las colinas, Reinmar cogió un zurrón nuevo y dejó el frasco donde estaba, contento por verse libre de su ominosa presencia durante algún tiempo más. Siguió el consejo de su padre y se aseguró de que la vaina de la espada quedaba bien sujeta al cinturón.

Ulick estaba con Margarita junto al lecho de Marcilla, y fue el primero en reaccionar ante la aparición de Reinmar.

—¡Se está muriendo, señor! —dijo con evidente angustia—. Se ha negado a obedecer la llamada, y ha perdido el sentido.

Reinmar cogió el brazo de Marcilla que estaba sobre la colcha. Incluso la muñeca estaba caliente, y el pulso era muy acelerado. Su adorable rostro tenía un rubor rojo oscuro, y sus labios se movían en silencio como si recitara algún hechizo secreto.

—No es más que fiebre común —le aseguró Reinmar, aunque lo dudaba—. Se la han provocado el esfuerzo excesivo y la lluvia.

—Ha pedido vino —dijo Margarita—. Le hemos dado agua, pero eso sólo ha hecho que sus demonios se hicieran más ruidosos. Al final, le di un poco de vino blanco, pero lo escupió. Ahora está sin sentido, pero cada vez que dice algo en voz alta es para pedir vino. No sé a qué vino se refiere, pero si tú tienes lo que pide podrías dejarla que bebiera un poco. No sé si eso la salvará, pero temo que nada más pueda

hacerlo.

—No sabe lo que necesita —insistió Reinmar—. Nunca ha sabido qué le convenía. La fiebre pasará cuando llegue el momento.

Si Marcilla quería que le diera lo que ansiaba, tendría que esperar hasta que estuviesen ellos dos a solas; no se atrevía a confiarles ni a Ulick ni a Margarita el secreto de que tenía aquel frasco.

Margarita se puso de pie y se plantó delante del hombre que había sido su probable esposo desde el día en que nació.

—¿Por qué la has traído aquí, Reinmar? —quiso saber.

Sabía que podía confortarla con una mentira. Podía decir que el sargento Vaedecker la había juzgado valiosa, al igual que al chico, como vital medio para localizar el valle escondido. Podía decir que Machar von Spurzheim le había ordenado mantenerla a salvo. Podía decir que hacerse cargo de ella era un sencillo acto de bondad y misericordia. En cambio, le dijo la verdad.

—Porque la amo —replicó sin más—. La he salvado de un destino terrible y estoy decidido a mantenerla sana y salva mientras pueda. La he defendido contra monstruos, y continuaré haciéndolo con independencia de qué monstruos puedan atacar en el futuro.

Margarita se encogió dos veces mientras Reinmar hablaba, pero cuando concluyó ya había dejado de hacerlo.

—Todos dicen que los monstruos de las colinas están reuniéndose para atacar —murmuró—. Todos dicen que habrá una batalla, y que el cazador de brujas ya se ha demorado demasiado para esperar los refuerzos. Cuando esta mañana salí a la calle, vi familias que llegaban de las granjas en carros, y otras que cargaban los suyos para dirigirse a los muelles. Si no estuviesen llegando tantas gabarras cargadas de soldados con sus armas, no habría ninguna que pudiera llevarse a los que quieren huir río abajo; pero el tráfico es constante en ambas direcciones. Los supersticiosos ven presagios en las mariposas nocturnas que se apiñan alrededor de las farolas, y juran que no son mariposas, sino espíritus enviados para espiarnos de modo que los atacantes puedan trazar sus planes con todo detalle. El mundo entero está volviéndose del revés, Reinmar..., pero no pensaba que también tú lo harías. Veo que llevas la espada aunque estás en casa. Cuando te veía practicar, pensaba que tal vez un día lucharías para defender a tu padre, a la tienda, a Eilhart e incluso para defenderme a mí, pero jamás pensé que lucharías por una puta gitana que ya se ha perdido tras la adoración del mal.

—Es una muchacha como cualquier otra —replicó Reinmar, con tono gélido, aunque las palabras de ella lo habían herido en lo más hondo—. Es sólo su hermosura lo que te pone celosa, y sólo los celos los que te hacen insultarla. Si no estás aquí para ayudarla, prefiero que te marches. Puedo cuidar de ella yo mismo.

—No puedes y no lo harás —lo contradijo Margarita—. Von Spurzheim ya le ha enviado a tu padre un mensaje para solicitar tu presencia. Al parecer, de momento eres su preferido. Será mejor que vayas con cuidado; por muy buen hombre que sea, su compañía es peligrosa, casi tan peligrosa, diría yo, como la de tu abuelo, el hechicero arrepentido.

—El abuelo nunca fue un hechicero —contestó Reinmar—, ni tampoco lo ha sido mi tío abuelo Albrecht, quien al menos fue un erudito. Creo que puede confiarse en Ulick para que le proporcione a su hermana todos los cuidados necesarios hasta que yo regrese, así que de todas formas puedes marcharte.

Margarita lo había mirado a los ojos durante todo ese tiempo, pero entonces bajó la vista a los pies.

—Me quedo —dijo.

—¿Para ayudar? —preguntó Reinmar.

—Para ayudar —respondió ella con valentía—. Si puedo hacer algo para salvarla, no fallaré.

Como si respondiera a esa promesa, el silencioso mascullar de la muchacha gitana se hizo de pronto audible, y Margarita se arrodilló junto a ella y le levantó un poco la cabeza de la almohada empapada en sudor.

—¡Vino! —exigió Marcilla con voz ronca—. ¡Necesito vino oscuro! ¡Por favor! Si no bebo vino, no descansaré nunca.

Reinmar se preguntó si la proximidad del frasco de néctar era en sí suficiente para alterar tanto a Marcilla como a Ulick, pero apartó el pensamiento de su cabeza. «Por muy fuertes que se hagan sus ansias —pensó—, contentar sus exigencias no sería ni útil ni moral». La oscuridad del vino era malicia y destrucción, por mucho que su dulzura pudiese aumentar el deseo de sus víctimas.

—Debo marcharme —dijo con brusquedad—. Necesito meterme pan en el estómago antes de ir a ver a Von Spurzheim.

—Necesitarás meterte algo más que pan en el estómago —replicó Margarita—. Necesitas meterte sensatez en la cabeza. Necesitas ojos para ver lo que es bueno y lo que no, en lugar de alucinaciones nacidas de la belleza.

—Regresaré en cuanto pueda —dijo Reinmar, que hizo el debido caso omiso de los insultos y habló tanto para Ulick como para Margarita—. Cuidadla bien, os lo ruego, hasta que le baje la fiebre. Dadle toda el agua que pueda beber, y comida si puede comer.

Dicho eso, giró sobre los talones y salió del dormitorio para bajar con rapidez a desayunar y ver a su padre. Casi esperaba que a esas alturas su progenitor hubiese recuperado toda su severidad y exactitud crítica, pero no vio señal alguna de ello. Gottfried logró mostrarse perfectamente cortés cuando le dijo que él se encargaría de la caja registradora mientras Reinmar iba a ver a Von Spurzheim, y su actitud fue

tierna de verdad al insistir en que Reinmar desayunara antes de salir.

Veintiséis

En cuanto acabó el rápido desayuno, Reinmar se puso en marcha hacia la casa del burgomaestre para ver a Machar von Spurzheim. Sólo tuvo que salir por la puerta de la tienda de su padre para entender qué quería decir Margarita al hablar de los carros que llevaban hasta el pueblo a las familias de granjeros y sus pertenencias, mientras los habitantes de la población cargaban los suyos para marcharse.

El intercambio de gentes no carecía tanto de sentido como podría sugerir la lógica. Un pueblo lleno de soldados era mucho más seguro que una aldea, si realmente estaba reuniéndose un ejército en las colinas circundantes, pero ese ejército iba a necesitar provisiones y, si los peores rumores eran ciertos, los oficiales no eran de los que pagan lo que necesitan ni de los que impiden que sus soldados se entreguen al saqueo. Desde el punto de vista de un granjero que ya había acabado y vendido su cosecha, Eilhart constituiría un refugio por el solo hecho de contar con la débil seguridad que ofrece el grupo humano; los habitantes del pueblo, por otra parte, pensarían de modo distinto. Muchos de ellos tendrían familiares o socios en Holthusen, y dado que era una población más grande, debía parecerles un refugio muy deseable en comparación con un pueblo que no tenía murallas defensivas ni guarnición local, y que con toda probabilidad sería despojado de la mayor parte de sus riquezas. Eilhart tendría que ser defendido, si surgía la necesidad, por soldados que no tenían allí ni familiares ni propiedades que conformaran sus prioridades, y que sin duda tendrían unas necesidades más desesperadas de comida, armas y refuerzos, a medida que pasara el tiempo.

Reinmar fue detenido tres veces por el camino que iba hacia la plaza por personas que sabían que acababa de regresar de una expedición al territorio situado al pie de las Montañas Grises. Todos querían saber si de verdad había visto monstruos y, cuando él les respondía que sí y que Sigurd y Matthias Vaedecker habían incluso logrado derramar la sangre de los hombres bestia, ellos asentían con aire ceñudo, pero no se sorprendían; lo que él les contó no hizo más que reforzar la ansiedad que sentían. Dos de ellos también estaban enterados de que el muchacho había permanecido durante un buen rato encerrado con Machar von Spurzheim, y le preguntaron qué tenía intención de hacer el cazador de brujas. Les dijo que no lo sabía, pero que cabía la posibilidad de que tal vez la decisión no dependería de él si el ataque comenzaba

demasiado pronto. Era el enemigo, quien determinaría el momento y el lugar del conflicto que se avecinaba. Acabó repitiendo, una vez más, la aseveración de que por monstruosas que fuesen las fuerzas que formaran contra el pueblo, no eran invulnerables; pero le sorprendió que eso no hiciera sentir mejor a sus interlocutores.

Nadie le preguntó por su tío abuelo, ni siquiera por su abuelo. Cuando llegó a la casa del burgomaestre, lo enviaron de inmediato al blocao donde encontró a Von Spurzheim, en compañía de dos policías, examinando un mapa con atención. El cazador de brujas interrumpió la conferencia en cuanto apareció Reinmar, y se lo llevó aparte.

—Ya no hay necesidad de tener a tu tío abuelo en el calabozo —dijo—, pero insiste en regresar a su casa. Le he dicho que la vivienda está muy apartada del pueblo y que es imposible que podamos extender el perímetro de defensa hasta allí, pero se muestra inflexible. Si pudieras persuadirlo de que fuese a casa de tu padre, podrías salvarle la vida.

—Esa tarea es más apropiada para mi padre —señaló Reinmar.

—Sí —reconoció Von Spurzheim—, pero tu padre es tan reacio a ver a Albrecht como Albrecht a verlo a él, mientras que ambos parecen conformes con dejar que tú hagas de mediador. Por su propio bien, espero que puedas persuadirlo, pero si no puedes me gustaría que al menos lo acompañaras hasta su casa para que no le pase nada. Aún tengo dos hombres vigilando la casa, pero pienso retirarlos antes de que anochezca.

Ese discurso parecía ligeramente falso, y Reinmar no tuvo dificultad para entender qué pretendía realmente Von Spurzheim de él. Se había negado a ir a Holthusen en calidad de espía, pero el cazador de brujas aún pensaba que podría resultar de utilidad en alguna tarea semejante. Von Spurzheim no parecía inclinado a darle una misión oficial, aunque sin duda exigiría que le informara con detalle de cualquier conversación que se produjera cuando Reinmar acompañara a Albrecht a casa, y de cualquier contacto que Albrecht pudiera establecer a continuación con su esquivo hijo.

«Aun así —pensó Reinmar—, tengo suficientes razones propias para complacerlo».

—Necesitaré dos caballos —fue lo que le dijo a Von Spurzheim—. Albrecht está demasiado débil para ir caminando, y si tengo que regresar solo, deberé hacerlo con rapidez.

Von Spurzheim asintió con un gesto de cabeza.

—Haré ensillar dos caballos —le aseguró—. Eres prudente al llevar la espada, pero los informes que he recogido entre los granjeros sugieren que las fuerzas enemigas están aún muy dispersas. Si esta noche sucede algo, probablemente no será más que una escaramuza.

Uno de los guardias llevó a Reinmar a los sótanos y abrió la puerta de la celda de Albrecht.

—¿Vendrás a casa conmigo, tío abuelo? —preguntó Reinmar—. Ahora estamos un poco apretados, pero podemos ponerte un colchón en mi dormitorio o en el de Luther, como tú quieras.

—No puedo acompañarte —replicó Albrecht.

—Si supones que tus pasadas aventuras en Marienburgo te garantizarán inmunidad ante las fuerzas que vendrán a atacar el pueblo —dijo Reinmar con toda seriedad—, me temo que podrías estar lamentablemente equivocado.

—No lo supongo —le aseguró el anciano—. La gratitud de los príncipes es dadivosa comparada con la gratitud de los dioses oscuros. Pero si supones que en casa de tu padre estaré más seguro que en la mía, eres tú quien está lamentablemente equivocado. En caso de estar perdido, prefiero estarlo en mi propia casa.

—Si así lo prefieres —dijo Reinmar—, te acompañaré. He pedido dos caballos. Si no estás en condiciones de cabalgar, buscaré un carruaje.

—¿Es prudente eso? —preguntó Albrecht con una ceja alzada.

—¿Por qué no? —inquirió Reinmar a su vez—. Si tú no estás seguro en casa de mi padre, tampoco lo estoy yo.

Albrecht cedió, evidentemente agradecido por el favor de la compañía de su sobrino, tanto como por contar con un caballo para realizar el recorrido. Tal y como había prometido Von Spurzheim, las dos monturas los aguardaban, ensilladas, cuando ambos salieron parpadeando a la luz de la mañana.

En cuanto hubo montado, Albrecht inclinó el cuello para mirar los picos de las distantes Montañas Grises, rodeados de nubes.

—Tendremos una noche bastante clara —dijo—, pero mañana la cosa cambiará. Cuando esas nubes se desplacen hacia el norte y lleguen aquí con su niebla gélida y sus rayos, cosas peores vendrán tras ellas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Reinmar en cuanto ambos se encontraron fuera del alcance auditivo de la concurrida plaza—. ¿De dónde proceden esos monstruos, tío abuelo?

—¿Quién sabe? —replicó Albrecht—. Las montañas de estos alrededores nunca alojaron asentamientos de enanos, pero tú parece haber descubierto que están huecas a pesar de todo..., y el hecho de que nosotros no conozcamos ningún paso que lleve directamente hasta Bretonia no significa que los seres inhumanos también lo desconozcan. Además, no nos encontramos demasiado lejos de lo Pantanos Malditos, que se extienden al otro lado de Marienburgo. Si las fuerzas de Von Spurzheim han llegado tan lejos desde que comenzaron su campaña, es fácil que sus adversarios hayan avanzado en línea paralela. Lo que importa no es de dónde proceden esas criaturas, sino cuántas han llegado. Llegarán de seis en seis, y de treinta y seis en

treinta y seis, mientras los hombres del cazador de brujas forman por decenas, pero no sabremos qué relación de fuerzas existe hasta que comience la batalla, y tal vez tampoco hasta que acabe.

—Von Spurzheim parece estar reuniendo un ejército considerable —comentó Reinmar—. Cuenta con abundante apoyo de la Guardia del Reik, así como con hombres que están bajo su mando directo, y si la guerra viene a nosotros, los granjeros y habitantes del pueblo tomarán las armas para defender a los suyos. Eilhart no carecerá de defensores apasionados.

—Eso pienso yo —replicó el anciano, pensativo—. Pero he bebido el vino de los sueños y he oído el testimonio de quienes han sondeado sus más profundos secretos. Es probable que los atacantes se valgan de soldados mercenarios al igual que los defensores, aunque los que estén más plenamente comprometidos con la causa se complacerán de tal modo en la furia de la batalla como ningún ser humano podría comprender. Yo he probado vinos más oscuros que el vino de los sueños y escapé de su presa, pero, como me recordó anoche tu nuevo amigo, he conocido a aquellos que sólo sentían avidez de beber más, y he entrevisto el placer que esas personas obtienen del tormento y el asesinato. No puedes ni concebir la cualidad extática que algunas mentes obtienen de los máximos excesos del derramamiento de sangre. Si imaginas que la fuerza que les da a los hombres el hecho de defender casa y familia constituye el motivo más poderoso que existe, estás equivocado.

A esas alturas ya tenían a la vista la casa de Albrecht. Los bosques circundantes proporcionaban tan variado cobijo que Reinmar no había esperado ver siquiera a los espías que Von Spurzheim había apostado para vigilar el edificio, y acertó. Se sobresaltó, sin embargo, al ver que de la chimenea salía un fino jirón de humo. Aunque hacía días que Albrecht estaba fuera de casa y se suponía que el ama de llaves se había marchado hacía mucho, alguien había encendido fuego por la mañana. Dado que el clima de final del verano era bastante cálido, tenía que ser un fuego destinado a cocinar.

El primer pensamiento de Reinmar fue que los espías del cazador de brujas habían sido lo bastante descuidados como para permitir que alguien se estableciese en la casa, pero el segundo fue que él mismo había sido incauto. Era probable que Von Spurzheim supiese perfectamente bien que la casa estaba ocupada y por quién, y hubiese decidido que Reinmar le sería más útil que cualquier compañía de guardias o soldados como informante o agente provocador. También Albrecht había visto el humo.

—¿Wirnt? —murmuró entre la expectación y la turbación.

El anciano se adelantó un poco para desmontar y avanzar hasta la puerta antes de que Reinmar pusiera pie en tierra, y se apresuró a entrar mientras Reinmar se entretenía en atar ambos caballos. No se molestó en rodear la casa con ellos para

llevarlos a los establos, porque no habían recorrido la distancia suficiente para que fuese necesario abrevarlos.

Al entrar, Reinmar esperaba ver al hombre cuya visita a la bodega había provocado toda aquella situación, pero lo que vio fue una mujer. La calidad de sus ropas daban fe de que no se trataba de un ama de llaves, aunque, en efecto, tenía una tetera y una sartén sobre el fuego. No era joven en absoluto, pero sí bastante bella, y sus ojos brillaban de inteligencia.

—Me alegro de verte, Albrecht, amor mío —dijo la mujer.

Reinmar reparó en que Albrecht no hizo movimiento alguno para abrazarla, y de inmediato sacó la conclusión de que se trataba de la madre de Wirnt, que había huido de Marienbeg tras su hijo, y que la persecución de los celosos cazadores de brujas de Machar von Spurzheim la habían obligado a acelerar la marcha.

—¿Estás loca, Valeria? —dijo Albrecht—. La casa está vigilada... y si no lo estuviera podría ser aún más peligrosa.

—Eso lo dudo —replicó ella—. Sí, la casa está vigilada por más de un hombre. Si los soldados hubiesen intentado apresarme, tal vez me habrían encontrado más peligrosa de lo que imaginan. El peso de los años ha comenzado a dejarse sentir en mí por la falta del vino de los sueños, pero no carezco de recursos. ¿Quién es este adorable muchacho?

—El nieto de Luther, Reinmar Wieland.

—¿Uno de los nuestros?

—Hace muchos años que los Wieland no comercian con vino oscuro —le dijo Albrecht—. Supongo que yo tengo la culpa de eso, al menos tanto como Luther... Pero al parecer Reinmar ha estado en el sitio donde lo producen y ha escapado con vida.

Reinmar advirtió que, de hecho, el anciano no había respondido a la pregunta formulada.

Sin embargo, esa información intensificó mucho el interés de Valeria, que clavó la mirada en Reinmar como si sus ávidos ojos pudieran beber todos los detalles de su rostro. No podía calcular con exactitud qué edad tenía. La carne que se asentaba sobre sus huesos parecía, al examinarla con más atención, tan fina como la de Luther, y sus cabellos canosos igual de ralos, pero poseía una especie de altivez que de algún modo preservaba su belleza a despecho de ese envejecimiento. Si había llegado a lomos de un caballo, debía haberse cambiado de ropa tras dejar el animal en el establo, porque no iba ataviada con ropa de montar. Se trataba de un vestido de color azul pálido con bordados en tono carmesí, y el diseño en espiral de los adornos le trajo extrañamente a la cabeza el recuerdo de las mariposas nocturnas que había visto en el sueño de la noche anterior.

—¿Has traído vino? —le preguntó ella con brusquedad.

—No —replicó él, aunque la mentira le provocó una leve punzada en la conciencia—. Pero vi cómo lo hacen y cómo nutren a las plantas cuyo néctar es la base del vino.

—Crecen sobre carne humana —intervino Albrecht, como si deseara ahorrarle a Reinmar la incomodidad de la explicación.

—Por supuesto que sí —declaró la mujer, aunque Reinmar no pudo creer que conociera detalle alguno de la verdad—. ¿Para qué mejor propósito podría servir la carne humana? ¿Qué lujo mayor puede haber que servir a la causa del lujo mismo, convertirse en placer puro? ¿Qué mayor aspiración puede tener el alma que ser destilada en elixir de vida? ¿Estás seguro de que no trajiste un poco? ¿Por qué otro motivo, me pregunto, habrías sido llamado? ¿Y por qué otro motivo iban a enviarte a casa para que te reunieras con nosotros?

—No me han enviado a reunirme con vosotros —le respondió Reinmar con la esperanza de que fuese verdad—. Reconozco que podría haber sido conducido hasta el origen del vino de los sueños con el fin de que pudiera prepararse una trampa, pero si me devolvieron a alguien, fue al cazador de brujas. La trampa, si lo era, se torció de modo irreparable cuando aproveché la oportunidad para contaminar la pureza de los vinos que tenían almacenados. Cuando dices que tienes recursos con los que protegerte de un intento de captura, ¿quieres decir que eres una hechicera?

Valeria chasqueó la lengua ante esa pregunta.

—Soy una erudita —le aseguró—. La brujería es magia, obra con fines malignos, pero yo sólo he estado interesada en el conocimiento..., y éste, en sí mismo, es el mayor bien de todos. La erudición es mi recurso, y mi vocación, como lo fue de Albrecht en los tiempos en que era mi amante.

Es posible que Albrecht murmurara «uno de ellos», pero Reinmar tenía aún los ojos fijos en los labios pintados de la mujer, y no pudo distinguir las palabras sólo por el sonido.

—Conozco a muchos hombres que estarían en desacuerdo contigo —replicó Reinmar, al fin—, y que se creerían autorizados para ello.

—Conoces a muchos estúpidos y patanes de campo que estarían en desacuerdo conmigo —declaró Valeria, imitando al muchacho—. Conoces hombres que tienen miedo del conocimiento mismo por temor a que amenace al ignorante Imperio de sus tenaces creencias. Conoces hombres que han probado el conocimiento y han retrocedido ante él, aterrorizados por la perspectiva de perder la buena opinión que de ellos tienen sus vecinos, sólo por convertirse en sabios. Tal vez incluso conoces cazadores de brujas ávidos por destruir todo lo que amenaza su cobarde confianza en la simplicidad de la bondad. Pero no conoces a nadie que esté autorizado a mostrarse en desacuerdo conmigo.

—No deberías haber venido aquí, Valeria —opinó Albrecht—. No es seguro.

—No he venido porque fuese un lugar seguro —contestó Valeria con acritud—, sino precisamente porque no lo es. Si estuviese a salvo, no tendría nada ante mí que no fuese la tumba, y nada más que mis sueños para plagar mi lento camino hacia ella. Prefiero correr el riesgo y tener la oportunidad de satisfacer mis necesidades. ¿Has visto a nuestro hijo?

—No.

—¿No? —Valeria pareció genuinamente sorprendida—. Bueno, sin duda lo verás. Será un placer y un privilegio estar juntos otra vez, ¿no? Una familia reunida por su causa. Por casualidad, Reinmar, ¿sabes tú dónde está mi hijo?

—No —replicó él—. Lo he visto, pero parece haber desaparecido. Le indiqué el camino para llegar a esta casa, pero no llegó. Tal vez haya ido a buscar una botella de vino oscuro para su amada madre sin saber que no queda ninguna.

—¿Ah, no? —preguntó Valeria, sin dejar de mirarlo con curiosidad—. Ahora tienes el olor del mentiroso, cosa por la cual no te culpo en lo más mínimo. Has probado el vino, ¿verdad? Has saboreado sus promesas.

—El más pequeño de los sorbos —le aseguró él—, y no obtuve de él más que pesadillas.

—Pobre muchacho —dijo ella con sarcasmo—. Tu mano izquierda apenas sabe lo que hace la derecha, pero te irían mejor las cosas si apostararas por nosotros en lugar de hacerlo por Von Spurzheim. Tal vez lo hayas hecho, pero aún no te das plena cuenta de ello. ¿Estás enamorado, por casualidad?

Reinmar no tenía ni idea de qué debía responder a eso, aunque estaba decidido a no ceder. Miró a Albrecht con la esperanza de captar la opinión del anciano, pero su tío abuelo se había sentado en su desvencijada silla y parecía estar ya ausente del mundo, excepto por la expresión de hambre que afloró a sus ojos al contemplar la tetera y la sartén. Al fin, Reinmar se salvó del problema de tener que dar una respuesta porque en la puerta sonaron unos golpes atronadores, que podrían haber sido dados con la empuñadura de una espada más que con el puño desnudo.

—Ésos serán los hombres de Von Spurzheim —dijo Reinmar, que sacó sin esfuerzo esa conclusión precipitada—. Deben de pensar que he tenido tiempo suficiente para juzgar la situación, y han acudido a arrestarte.

Dicho eso, fue hacia la puerta y la abrió, aunque habría sido perfectamente adecuado gritar una invitación para que entraran, ya que él no la había barrado después de entrar.

La abrió con alegría, pero la alegría se marchitó y murió en el instante en que vio quién había llamado.

El hermano Noel estaba en el umbral, acompañado por el hermano Almeric. Los golpes, en efecto, habían sido dados con el puño de una espada desenfundada que Noel aún sujetaba en la mano, y que estaba manchada de sangre.

Veintisiete

Reinmar dio un salto hacia atrás para ganar tiempo, con el fin de desenfundar su espada, y por fortuna, tal operación la realizó sin tropiezos. Su oponente se había visto estorbado por la estrechez de la entrada tanto como por la sorpresa. El hermano Almeric, que iba desarmado, había retrocedido en lugar de avanzar, y para cuando el hermano Noel avanzó hasta una posición que le permitiera atacar, Reinmar había levantado la guardia. Pasó un breve momento en el que Noel pareció a punto de acometerlo, pero luego lo pensó mejor. Tal vez había observado que Reinmar había recibido un buen entrenamiento en el manejo de su arma, o tal vez tuvo en consideración su propio cansancio.

—Estás lleno de sorpresas, maese Wieland —comentó el monje al mismo tiempo que avanzaba con lentitud y mantenía levantada la punta de la espada como si apuntara a la garganta de Reinmar—. ¿Has venido a estropear otra vez nuestros planes?

Almeric no estaba tan compuesto, pero no realizó ningún intento de tomar posiciones junto a su compañero.

—Mátalo —le dijo—. ¿A qué estás esperando?

—Perdona la impaciencia de mi amigo —dijo Noel con los ojos aún fijos en el rostro de Reinmar a la manera de un halcón—. No está habituado a la violencia. Como los hombres a los que atacaste y mataste en el mundo subterráneo, ha sido durante toda su vida un devoto de la tranquilidad y la paciencia..., aunque se vuelve descontentadizo cuando las cosas salen mal.

—Pero a ti no te sucede lo mismo —adivinó Reinmar al mismo tiempo que retrocedía con cautela ante el movimiento de avance de Noel.

—A mí me llegó tarde la vocación —admitió Noel.

En ese momento, Valeria habló por encima del hombro de Reinmar, con los labios a apenas unos centímetros del oído del muchacho.

—Dejad las espadas y cerrad la puerta —dijo al estilo de alguien muy habituado a que le obedecieran. Reinmar estaba a punto de objetar que el asunto no era tan sencillo, pero los monjes reaccionaron con más presteza. Almeric entró y cerró la puerta, aunque no la barró; Noel bajó la punta de la espada, aunque no la devolvió a la vaina. Reinmar vaciló por un momento, pero era evidente que las probabilidades no

estaban a su favor, con independencia de lo mal luchador que fuese Almeric. Bajó su espada, aunque la retuvo en la mano, dispuesto a levantarla otra vez si se veía amenazado.

—Lo lamento, mi señora —se excusó Almeric ante Valeria—. Intentamos aproximarnos con toda la debida discreción, pero los dos guardias estaban muy separados y vigilantes.

—Había uno de más —añadió Noel—. Herí a uno, pero mientras hablamos ambos cabalgan hacia el pueblo. Tenemos poco tiempo, aunque creo que podemos garantizar que saldrás sana y salva si nos marchamos ahora.

—¿Habéis traído vino?

Ésa parecía ser la única preocupación de Valeria.

—Por supuesto, señora.

Noel metió de inmediato la mano dentro del zurrón y sacó una botella de cristal. Valeria se relajó al verla, como si le hubiesen quitado una gran ansiedad de encima, pero Reinmar vio que Albrecht se tensaba como alguien encarado con un peligro que no había esperado encontrar.

El joven Wieland consideró la posibilidad de hacer el intento de romper la botella. Noel estaba distraído, y el peso de la hoja había hecho bajar más la punta de la espada. Tenía la oportunidad de darle un golpe lateral al recipiente e iniciar una reyerta, pero no sabía si se enfrentaría con uno, dos o tres enemigos, y si Noel decía la verdad y los centinelas habían ido en busca de ayuda, no contaría con refuerzos hasta que transcurriera un cuarto de hora.

Valeria le quitó la decisión de las manos al coger la botella que le ofrecía el monje. La destapó, se la llevó a los labios y bebió larga y ávidamente.

El pelo canoso de Valeria aún retenía la suficiente oscuridad para revelar que en otros tiempos había sido negro azabache, y el modo como su fina piel se asentaba con perfección sobre los huesos de su rostro daba a entender que en su juventud había sido notablemente hermosa. En cuanto apartó de sus labios el cuello de la botella manchado de carmín, la turgencia comenzó a volver a sus mejillas. Su frente se volvió lisa y pálida, sus cabellos fueron oscureciéndose de manera gradual hasta ser de un negro uniforme y sus ojos brillaron hasta parecer luminosos; ambos iris fueron inundados por un azul radiante. Sus labios se redondearon, y el color del carmín pareció fundirse en la piel. Los dientes, que ya no le avergonzaba enseñar, se volvieron mucho más blancos y regulares.

No obstante, el cambio más grande de todos no se produjo en su apariencia, sino en su presencia, la cual parecía tan enormemente magnífica que llenaba la habitación y la dominaba.

Apenas unos instantes antes, Valeria había sido un ser humano cualquiera, un elemento de una compañía a despecho de su presunción de dominio. Entonces podría

haberse mezclado con una multitud de personas sin parecer una simple partícula carente de interés especial. En cuanto el vino de los sueños le hizo efecto, se transformó en el centro obvio de la reunión, el núcleo a cuyo alrededor se reunían los demás y en el que debía centrarse la atención.

Reinmar pensó que podía entender por qué una persona, en especial una mujer dadas las extraordinarias costumbres del mundo, podía arriesgar muchísimo con el fin de obtener ese tipo de presencia.

Valeria le tendió la botella medio vacía a Albrecht, desde cuyo punto de vista, según sabía Reinmar, debía de estar medio llena.

Albrecht vaciló, y Reinmar sintió la tentación de decir «no lo hagas», como sin duda habría querido su padre que hiciera, pero el consejo murió en su lengua; no porque tuviese miedo de darlo en semejante compañía, sino porque temió que no fuese el consejo correcto. Albrecht sabía mucho mejor que Reinmar el precio que tal vez tendría que pagar por un trago de esa calidad, y la muerte sería sólo parte del mismo; pero ¿qué vida le quedaba a Albrecht por perder?

Aún reacio a acabar con la vacilación, Albrecht se refugió en una pregunta dirigida al hermano Noel.

—¿Fue Wirnt quien os convocó?

—No —replicó Noel, sin apartar los ojos de Reinmar—. Otro mensajero acudió para decirnos que la dama se reuniría aquí con nosotros, y para informar a nuestros amigos de la creciente fuerza y disposición defensiva del ejército de Von Spurzheim. ¿Sabes qué ha hecho este imbécil, mi señora?

El imbécil al que se refería era, por supuesto, Reinmar, pero el muchacho no protestó de momento.

—Albrecht dice que encontró el origen —replicó Valeria con tono distraído—, pero que se le dejó escapar con vida.

Parecía embriagada por el hecho de haber recuperado las fuerzas, y se estudiaba el brazo izquierdo con evidente aprobación.

—¿Eso les has dicho, maese Wieland? —preguntó Noel—. ¿Les contaste el gran héroe que eres por matar a unos pocos hombres viejos que jamás aprendieron a blandir un arma con destreza, y que de todos modos carecían de fuerza para hacerlo? Supongo que te crees un maestro de la improvisación porque causaste estragos en nuestras reservas, y un maestro del engaño porque escapaste ileso del valle y porque no te he atravesado con mi espada aunque he tenido todas las posibilidades de hacerlo. Pero si examinamos el caso con más atención, ¿en qué te has convertido al hacer caso omiso de la oferta que te hicimos? En un ladrón, un asesino, un cobarde y un estúpido. Señora Valeria, debemos marcharnos de aquí antes de que llegue la Guardia del Reik cabalgando por el camino.

—Sí —intervino Albrecht—, márchate, Valeria, antes de que hagas caer sobre

todos nosotros la cólera del cazador de brujas.

Valeria no parecía oírlo, porque miraba a Reinmar.

—¿De verdad te llevaste el néctar? —preguntó.

Reinmar quería mentir, pero cuando abrió la boca no salió sonido alguno. Valeria se metió el índice derecho en la boca y se lo chupó durante un momento. Cuando volvió a sacarlo tocó con él, aún húmedo, los labios de Reinmar. El quiso echarse hacia atrás, pero tampoco pudo hacer eso. Los brillantes ojos azules de ella lo tenían esclavizado, y sabía que si en ese momento le ordenaba a Noel que lo matara no sería capaz de parar la estocada.

Mientras tuvo el dedo sobre los labios no pudo saborear el vino, pero sí olerlo. El olor le penetró por la nariz hasta el cerebro y le trajo de vuelta el recuerdo de sus sueños; no sólo de aquel en el que era llevado hacia lo alto por encima del pueblo para que contemplara su destrucción por el fuego, sino también el anterior, en el que luchaba con un viento hostil para escalar una montaña hasta un castillo situado en las nubes, donde había sido seducido por algo inhumano y, a pesar de eso, más deseable de lo que podría serlo jamás una mujer. Se recordó que eso sólo había sido un sueño mientras que Marcilla era real, pero con el embriagador aroma en la nariz no podía estar del todo seguro de su juicio.

Valeria era entonces muy hermosa, ciertamente más que Marcilla, pero ¿era sólo humana?

Le sonrió, y su sonrisa era gloriosa. Apartó el dedo de sus labios, y él los sumió por reflejo. Sintió el sabor del vino en cuanto éste tocó su lengua, pero fue sólo una gota minúscula.

—Puedes venir con nosotros si lo deseas —dijo Valeria—, o quedarte si lo prefieres. Habrá lucha y morirán muchos, pero quiero que sepas que eso nada tiene que ver con nosotros. Nuestro papel es otro, porque somos eruditos y comerciantes honrados. No te dejes asustar por lo que has hecho, porque al final cambiará poco las cosas. Aún quedan por tomar todas las decisiones significativas, y todavía eres libre.

—No vendrá con nosotros —dijo Noel con aspereza—. De tal padre, tal hijo.

—No seas despiadado, hermano —pidió Valeria—. No conocemos el plan final mejor que él, y puede ser que él aún desempeñe su papel mejor que nosotros.

—Marchémonos, mi señora —intervino Almeric con voz tensa de alarma—. No tenemos tiempo.

—Claro que lo tenemos —le respondió ella con negligencia—. Robaremos los caballos en los que llegaron mis queridos amigos para demostrar nuestra aparente maldad..., pero, querido Reinmar, en su momento entenderás cuáles son nuestras virtudes.

Almeric ya estaba apremiando a la rejuvenecida hechicera para que se encaminara hacia la puerta, y ella consintió en dejarse guiar, aunque continuó con la cabeza vuelta

para mirar a Reinmar. El monje la soltó para abrir la puerta y sondear los árboles del exterior con mirada ansiosa.

—Todo tranquilo —dijo—. Si ahí afuera queda algún otro guardia, no se atreverá a salir a terreno abierto. Tendremos que cuidarnos de las flechas de ballesta, pero si nos movemos con rapidez, no debemos temer que nos persigan.

—¿Temer que nos persigan? —preguntó Noel—. No somos nosotros los que debemos temer eso.

Valeria ya había desaparecido de la vista de Reinmar, al igual que el hermano Almeric, pero Noel se detuvo, al salir de la casa, para soltar su discurso de despedida.

—Gracias por los caballos, maese Wieland —dijo—. Dada la escasez de suministros que hay en este momento, creo que el vino que tiene en su poder tu tío abuelo te parecerá compensación más que adecuada. Sin duda, se pondrán en contacto otra vez contigo por el frasco que robaste.

Una vez que hubo acabado, no perdió más tiempo y desapareció por la puerta, que cerró de golpe a su espalda.

Reinmar no se molestó en ir hasta la puerta para ver cuáles de ellos se habían apoderado de los dos caballos frescos, ni qué recurso le quedaba al tercero. Permaneció donde estaba, con los ojos fijos en su tío abuelo y la botella que los monjes habían dejado. Albrecht se negó a sentir vergüenza.

—¿Es cierto? —le preguntó el anciano—. ¿Trajiste vino del mundo subterráneo?

—El mismísimo néctar de los dioses, al parecer —reconoció Reinmar—. No podía estar seguro de que derramar el contenido de las jarras y botellas les causara un daño irrevocable, pero sabía que si me llevaba el ingrediente esencial reduciría sus existencias. —Se dijo que no era del todo mentira, pero no logró convencerse de ello.

—¿Y lo has escondido en la tienda? —inquirió Albrecht.

—Lo escondí —admitió Reinmar, aunque se negó a confirmar la última parte de la conclusión a la que había llegado su tío abuelo.

—Probablemente, Luther lo encontrará —supuso Albrecht—. En cuanto se quede dormido, será visitado en sueños. Si no él, sí los dos gitanos. Reinmar, no tienes ni la más ligera idea de qué estás haciendo. ¿Crees que todos los demás habitantes de Eilhart son tan disciplinados como tu padre sólo porque tienen cuidado de mantener esa apariencia en público? ¿Estás realmente tan seguro de que tu padre es con exactitud lo que parece ser? ¿O que lo es el cazador de brujas? Tenemos entre manos la máxima tentación, y tú has visto sólo una de las recompensas que ofrece esa tentación. Es el tipo de tentación que con toda facilidad puede volver al hombre contra el hombre, al esposo contra la esposa, al padre contra el hijo. Esto es la guerra, Reinmar. En realidad, es la guerra definitiva. ¿A quién puedes confiarle lo que has traído del mundo subterráneo?

Reinmar entendió que la última pregunta iba al fondo del asunto. ¿En quién podía

confiar? ¿En quién confiaba? ¿En Von Spurzheim? ¿En Matthias Vaedecker? ¿En Godrich? ¿En Sigurd? ¿En Margarita? ¿En sí mismo?

—¿Qué vas a hacer tú, tío abuelo? —preguntó Reinmar mientras volvía a envainar la espada.

—Voy a ocuparme de mis propios asuntos mientras tenga oportunidad de hacerlo —replicó Albrecht Wieland—. Si tú has tenido alguna vez esa opción, ya la has perdido. ¿Tienes la más remota idea de qué clase de juego estás jugando?

—Creo que sí —replicó Reinmar, más sincero pero aún con necesidad de convencerse—. Soy un peón, al parecer..., pero se suponía que no debía encontrar el camino hasta el mundo subterráneo. Ellos no tenían ni idea de que yo me preocuparía tanto por el destino de una muchacha a la que acababa de conocer, y no sabían que Vaedecker los vería desenterrarla poco después de haberla sepultado. Se suponía que yo debía regresar a Eilhart con Ulick para ofrecerle a Von Spurzheim un modo de encontrar el valle, aunque sospecho que sus hombres habían sido conducidos a un lugar diferente y más peligroso, en el que habrían luchado con gran desventaja. Una vez que Vaedecker y yo vimos demasiado, hubo que recalcular el plan. Ellos aún tienen la esperanza de que yo sirva a sus propósitos y me valga del negocio que ya existe para establecer una nueva ruta de suministro para el vino oscuro y los licores afines. Necesitan con desesperación un enlace de ese tipo con las poblaciones del Reik, y no me matarán mientras quede una probabilidad de que yo se lo proporcione, por mucho que los haya fastidiado. Von Spurzheim adivinó que mi descubrimiento del valle era el cebo de una trampa, así, que de todos modos, no se habría precipitado a ella. Levantará todas las defensas que pueda dentro del pueblo, y supongo que sus enemigos intentarán detenerlo antes de que haya reunido refuerzos suficientes. Eilhart no tiene más alternativa que ayudarlo y rezarles a todos los dioses buenos para que le concedan la victoria, y dado que yo formo parte de Eilhart, debo hacer eso mismo.

Albrecht sacudió la cabeza con lentitud y suspiró.

—Así es la naturaleza del vino de los sueños —dijo—. Sus promesas siempre conducen al final a las pesadillas. Regresa al pueblo rápidamente, y haz los preparativos para la batalla. Creo que será feroz. Von Spurzheim y la Guardia del Reik tendrán que valerse hasta de la última gota de fuerza y resistencia que tengan a su disposición.

Reinmar no habría obedecido de inmediato el consejo de que se marchara, si sus oídos no hubiesen captado el sonido de los cascos de los caballos; pero sabía que no quería encontrarse en la casa de Albrecht, contemplando cómo el anciano aferraba una botella de vino de los sueños, cuando los soldados irrumpieran para vengar a su camarada herido.

—Barra la puerta cuando haya salido —dijo, y se marchó de inmediato para

recibir a los soldados que se aproximaban.

Se alegró mucho al ver que el destacamento estaba encabezado por Matthias Vaedecker y no por un caballero de la Guardia del Reik. La docena de hombres que lo acompañaban eran todos seguidores de Von Spurzheim, un grupo más bien heterogéneo, aunque no dudaba que conocían realmente bien su cometido.

—Fueron los dos monjes quienes atacaron al centinela —le dijo Reinmar al sargento—. Vinieron aquí para reunirse con una mujer; sospecho que es una hechicera. Si no le habéis seguido la pista desde Marienburgo, ella sí que ha seguido la vuestra. Era vieja hasta que le dieron a beber vino oscuro, pero ahora es mucho más joven.

—¿Has luchado con ellos? —quiso saber Vaedecker.

—No —confesó Reinmar—. Si hubiesen amenazado mi vida lo habría hecho, pero me pillaron por sorpresa. Pude sacar el arma, pero me superaban en número, y ellos no tenían tiempo que perder en una lucha en la que mi tío abuelo me habría apoyado a mí, sin duda.

Vaedecker no había desmontado y miraba a su alrededor mientras escuchaba a Reinmar, obviamente sin saber qué hacer a continuación.

—¡Maldita sea su insolencia! —exclamó—. Están provocándonos, pero si los perseguimos es probable que caigamos en una trampa. ¿Dices que tu tío abuelo se ha negado a partir con ellos?

Reinmar no había dicho aquello, pero no tenía nada que objetar ante la conclusión que había sacado el sargento.

—Es un anciano —dijo Reinmar—. No puede luchar. No tiene más deseo que el de esperar en casa lo que pueda acontecer. No entiende que alguien pueda tener razones para hacerle daño.

—Yo no las tengo —asintió Vaedecker—, pero los enemigos con los que tendremos que enfrentarnos no son del tipo que necesitan razones. Los hombres bestia lo desgarrarán y devorarán tanto si tienen hambre como si no. Los mejores de sus aliados no son en nada mejores, y los peores lo son mucho más. Pero mi cometido no es defenderlo, y el tuyo tampoco. Será mejor que regreses conmigo al pueblo. A Von Spurzheim no le gustaría que te dejara ir caminando y sin protección. Piensa que puedes serle de utilidad, y los caballos que has perdido no eran suyos, para empezar, aunque podría habernos venido bien contar con ellos mañana.

—¿Crees que la batalla comenzará mañana? —preguntó Reinmar mientras avanzaba para reunirse con los soldados, dispuesto a caminar entre las dos filas que formaban si Vaedecker no lo dejaba montar a la grupa de uno de los corceles.

—Ya ha comenzado —replicó el sargento, que, tras sólo un momento de vacilación, le tendió a Reinmar una mano para que montara detrás de él—. A partir de ahora, su furia sólo aumentará. Dudo que hoy se produzca un asalto en toda regla,

pero de todos modos nuestros adversarios estarán ocupados, y nosotros también.

Sin embargo, una vez que Reinmar se instaló bien y que el pataleo de las cuatro docenas de cascos sobre el suelo seco les proporcionó una pantalla sonora de privacidad, Vaedecker cambió de tono.

—¿Qué sucedió allí dentro, maese Wieland? —susurró por encima del hombro—. ¿Por qué han venido a buscarla cuando no podían saber que los guardias resultarían tan ineficaces? ¿Por qué no te llevaron con ellos?

—No lo sé —replicó Reinmar, consciente de que parecía una respuesta débil, aunque estaba a muy poca distancia de la verdad—. Tal vez sabían que los centinelas estarían con la guardia baja. Quizá la hechicera tenía el poder suficiente para garantizar eso, incluso cuando parecía más vieja. Por lo que a mí respecta, aún piensan que soy un peón del juego, adecuado como cebo de trampas y para hacer recados, al igual que lo pensáis vosotros, al parecer.

—Yo, no —lo contradujo Vaedecker, con lo que insinuó que tal vez otros sí lo pensaban—. Yo te he visto en acción. ¿Quién es la mujer, maese Wieland?

—Se llama Valeria —respondió Reinmar—. Mi tío abuelo la conoció en Marienburgo.

—¡Ah! —comentó el sargento—. Hemos oído su nombre. Von Spurzheim probablemente se alegrará de que esté aquí. Quiere que la batalla sea concluyente, además de ganarla. Esta campaña ha sido larga y ardua.

—No parece estar completamente de acuerdo con él —observó Reinmar.

—La vida es una campaña larga y ardua —respondió el soldado—. Siempre me ha parecido más fácil librar batallas pequeñas, una en cada ocasión. Dado que nunca nos quedamos sin enemigos, parece tan innecesario como imprudente luchar con demasiados a la vez. Hay más placer y provecho en una interminable serie de pequeñas victorias que en una sola llamarada de gloria costosa, créeme.

Reinmar le creía, pero sabía que no podía escoger la alternativa que había descrito Vaedecker, y que tal vez tampoco podría escogerla Von Spurzheim.

Veintiocho

Cuando Matthias Vaedecker ayudó a Reinmar a bajar de su caballo en el límite de la plaza del mercado de Eilhart, el muchacho se encontró en la periferia de una agitada multitud. En el aire la ansiedad era palpable, pero no vio la causa de la consternación hasta que se abrió paso a través de la gente y llegó al centro de atención.

Expuestos a plena vista en la escalera del mercado de maíz, había seis cadáveres, y ninguno era completamente humano. Todos tenían dos brazos y dos piernas, pero, menos en un caso, se trataba de extremidades bestiales, más gruesas y cortas que las humanas. Tres tenían una sola mano, pues la otra aparecía sustituida por una zarpa, y dos de los cadáveres presentaban enormes patas con garras en lugar de pies. Lo peor eran las cabezas, ya que ninguna resultaba ni aproximadamente humana. Uno de los cuerpos tenía cabeza de toro con pesados pitones; otra era como la de un bisonte, y una tercera se parecía a la de un gato monstruoso. La cuarta cabeza era semejante a la de un lobo, más monstruosa que las de los hombres bestia con los que habían luchado él, Godrich, Sigurd y Vaedecker; los otros dos tenían la cabeza parecida a la de una serpiente, excepto por los espantosos ojos compuestos.

Reinmar no tuvo necesidad de preguntar por qué aquellos cuerpos habían sido expuestos allí, pero sus vecinos, al ver que acababa de llegar, se mostraron más que dispuestos a contárselo.

—Criaturas como éstas están avanzando desde la Colina Sagrada, situada al oeste de la granja de Schimel —le explicó Aloys Walther, el hijo del panadero—. Atacaron a Vitway y Konigmuell. El pueblo está aislado por el sur y el oeste, y al menos dos de las esclusas del río han sido destrozadas. Las gabarras ya no pueden llegar al lago Eilhart, y en Heiligregap atacan con flechas a cualquier bote de remos que intente remontar la corriente más rápida del río. Está reuniéndose un ejército de monstruos que avanza sin parar, y dicen que no recibiremos más refuerzos durante al menos dos días. Es demasiado tarde para que pueda huir nadie más; tenemos que presentarnos para que nos asignen un puesto en las defensas.

—Contamos con fuerzas suficientes —le aseguró Reinmar—. Yo ya he luchado una vez contra los hombres bestia, y son menos poderosos que horribles.

Ya había largas colas de hombres que rodeaban la mitad de la plaza en espera de que les preguntaran qué armas poseían y el entrenamiento que habían recibido en el

manejo de las mismas. Aunque permanecían en orden, no guardaban silencio, precisamente, y los rumores corrían en todas direcciones. Reinmar sólo tuvo que volver sus pasos hacia los establos a los que habían llevado los caballos Vaedecker y sus hombres, para oír otra media docena de informes como el que le había dado Aloys. A veces, variaban los nombres de los lugares, pero lo importante era siempre igual. El pueblo estaba aislado o lo estaría en cuestión de pocas horas. El flujo de refuerzos militares había mermado hasta ser un goteo, y era seguro que Eilhart sería atacado antes de que pudiera movilizarse otro contingente de la Guardia del Reik para ayudar a los defensores.

Todo esto parecía una perspectiva relativamente lejana cuando Reinmar y Albrecht habían salido del poblado, pero entonces era de una inminencia palpable y ya no parecía tan raro que el enemigo hubiese acudido a casa de Albrecht. En ese momento, daba la impresión de que cualquier morada externa al núcleo de casas podía ser invadida. Gracias a la inundación de refugiados que llegaban al pueblo con relatos de horror, y al flujo similar cuya vía de escape hacia el norte quedaría pronto cortada, no podía haber nadie en treinta kilómetros a la redonda de Eilhart que no supiera que la ciudad estaba bajo asedio, y que pronto tendría que defenderse de un asalto feroz y tremendo.

El pregonero del pueblo se encontraba ante la torre que albergaba la campana del mercado, pero su cometido no era llamar al alistamiento. Reinmar se detuvo a escucharlo, pero sólo durante un minuto. Las proclamas que estaba repitiendo, probablemente por vigésima vez, tenían que ver con la conservación del agua —al parecer el agua del río había sido contaminada y no podía beberse ni siquiera después de hervirla—, y con los poderes de requisición que les habían sido concedidos a la Guardia del Reik y a los seguidores de Machar von Spurzheim para la construcción de barricadas.

Cuando Reinmar volvió a reunirse con Matthias Vaedecker, le preguntó si él debía unirse a una de las colas y esperar que lo atendiera uno de los sargentos de reclutamiento; pero el otro le respondió que ya tenía destino asignado.

—¿Contigo? —preguntó Reinmar.

—Sí, pero no me des las gracias por mi generosidad —le advirtió Vaedecker—. Estaremos en el estrechamiento superior del río, destinados a detener y hundir todo lo que baje por él.

—Se supone que por encima de Eilhart, el río no es navegable —observó Reinmar. Sabía, no obstante, que cualquier cosa que el enemigo pusiera sobre el agua, flotaría sin mayores problemas. No llegarían en gabarras cargadas, sino en esquifes y balsas, y resultaría muy difícil detenerlos. Sin duda, los hombres de Vaedecker tenderían redes y barreras a lo ancho del curso de agua, pero ese tipo de obstáculos se podían cortar o romper, y mientras estuviesen cortándolos, serrándolos o destrozándolos a golpes, las

embarcaciones enemigas se amontonarían y dispararían proyectiles hacia ambos márgenes. Era imposible determinar cuál de las muchas barricadas erigidas en los caminos que iban hacia el pueblo resultaría la más sólida, pero algo seguro era que el estrechamiento del río sería testigo de una lucha feroz y crucial. Una vez que hubiesen abierto ese camino de entrada, las fuerzas enemigas dispondrían de una arteria vital para descargar el ataque contra el corazón del pueblo.

—Tampoco tengas miedo —añadió Vaedecker—. Estarás rodeado por los mejores soldados de infantería de Middenheim, y muchos de los pobladores que formarán con nosotros serán hombres que sepan lo que hacen. Las ballestas y las picas harán el trabajo duro al principio, y vuestra gente no se verá obligada a pasar a la lucha cuerpo a cuerpo, a menos que acometan las orillas, si lo logran, y haremos todo lo que esté en nuestro poder para asegurarnos de que no puedan superarnos en número.

—¿A qué hora tengo que presentarme? —preguntó Reinmar.

—Ya te has presentado —replicó Vaedecker—. Ahora estás bajo mi mando, aunque tendré que dejarte ir a ver a Von Spurzheim para que le cuentes todo lo que puedas sobre lo que sucedió en la casa. Cuando haya quedado satisfecho, debes regresar a mi lado para que pueda mostrarte cuál será tu puesto. Después podrás irte a casa a comer y chismorrear, pero cuando oigas sonar la campana debes volver corriendo aquí, y si la campana no suena debes prestar atención a las horas. Aunque todo esté tranquilo, tendrás que estar a las seis en punto en tu puesto, donde deberás permanecer de guardia hasta las dos de la madrugada. Si para entonces no ha ocurrido nada... Bueno, ya lo veremos cuando suceda, será aún peor que si hubiesen atacado de modo más precipitado.

Reinmar asintió con la cabeza, y luego se marchó en busca del cazador de brujas mientras Vaedecker iba a ocuparse de la organización de sus hombres.

Von Spurzheim no resultó en absoluto difícil de encontrar porque no se había movido para nada de su base de operaciones establecida en el ayuntamiento, aunque estaba ocupado con los mapas y rodeado de hombres, entre los cuales había cuatro caballeros de la Guardia del Reik. La estimación que Von Spurzheim había hecho del momento probable del ataque acababa de ser rápidamente revisada, y todo estaba organizándose entonces con gran precipitación. Los caballeros y los tenientes del cazador de brujas parecían estar todos discutiendo, aunque Reinmar supuso que ellos habrían preferido describir el altercado como conversación táctica. Tuvo que aguardar una oportunidad para hacerle notar su presencia al cazador de brujas, y luego esperar un poco más, hasta que Von Spurzheim tuviera la oportunidad para apartarse del grupo. Cuando lo logró, se llevó a Reinmar de inmediato a otra habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—Con que sólo dedicaran tanta energía a luchar con el enemigo como la que dedican a asegurar y aumentar su propia autoridad —dijo Von Spurzheim—, las

márgenes del Reik estarían en una situación mucho más feliz y segura. Todos saben perfectamente cuál es la situación y la urgencia que ahora tenemos. Saben que poseo la autorización del Gran Teogonista en persona, pero aunque estuviesen arrodillados ante el altar de la guerra y el cetro de mando, continuarían riñendo por naderías. Cuando comience la lucha se comportarán todos como héroes, pero no saben cómo ser resueltos en nada que no sea la violencia. ¿Quién hirió al centinela que no puedo permitirme perder, Reinmar?

—Dos monjes del valle, los dos que intentaron venderme el vino oscuro; pero era el hermano Noel quien tenía la espada roja de sangre.

—¿Por qué vinieron aquí? Sin duda, no fue a buscar al ama de llaves, ¿verdad?

—La mujer que había en la casa no era el ama de llaves de Albrecht —informó Reinmar—. Era una hechicera llamada Valeria.

Von Spurzheim alzó los ojos al techo, fastidiado porque nadie hubiese sido capaz de decirle eso cuando aún tenía tiempo de reaccionar.

—¡La dama erudita! —exclamó—. Pensaba que a estas alturas se encontraría a medio camino de Middenheim. ¡Qué sed debe tener cuando se ha atrevido a meter la cabeza en la boca del león! ¿Demostró poder de mando sobre los monjes?

—Desde luego, eso parecía —replicó Reinmar—. Podría haber habido una pelea si ella no les hubiese dicho que me dejaran tranquilo. Dudo que lo haya hecho por misericordia. Los monjes le llevaron vino, y ella se volvió más joven después de beberlo..., pero dijo que el ejército que estaba reuniéndose no tenía nada que ver con ella, y que su cometido era de otra naturaleza.

—No le importa Eilhart en absoluto —masculló el cazador de brujas—. Lo más importante para ella es Marienbeg. Puede ser que no tenga intención de poner su poder al servicio de la lucha, pero lo usará de un modo u otro. Lo lamento, muchacho; no tenía ni idea de que te enviaba al nido de una serpiente. ¿Qué hizo tu tío abuelo?

—Nada —abrevió Reinmar—. Se negó a marcharse con ellos, y ellos parecían pensar que él era irrelevante para sus propósitos actuales.

—¿Y qué hiciste tú?

—Nada —volvió a decir Reinmar—. No tuve oportunidad de desenfundar la espada, y no tenía ninguna razón para pensar que alguien vendría en mi ayuda si llamaba.

—Pero los monjes tienen que haberte reconocido, y no creo que opinaran que tú eras irrelevante para sus propósitos —observó el cazador de brujas, sagaz—. Cuando te encontraron con Matthias en el momento en que escapabais del valle no sabían qué habías hecho, pero ahora tienen que saberlo. A pesar de eso, te dejaron tranquilo.

—Porque tenían asuntos más apremiantes que atender —insistió Reinmar; pero Von Spurzheim sabía que tenía que haber algo más, y Reinmar tuvo que darle más explicaciones—. Albrecht y Valeria fueron amantes en otros tiempos, como

obviamente tú sabes, y tuvieron un hijo. Valeria le preguntó al tío abuelo Albrecht si yo era uno de ellos. Él insinuó que podría serlo, aunque es mentira, y por eso ella les dijo a los monjes que me dejaran tranquilo.

Von Spurzheim le dedicó una mirada larga y atenta antes de volver a hablar.

—¿Y qué actitud tenían los monjes?

—Estaban muy enojados —respondió Reinmar con incomodidad—. Le contaron a ella lo que yo había hecho en el mundo subterráneo, para probar que soy un enemigo peligroso, pero ella no quiso escucharlos.

Tal vez Von Spurzheim habría continuado interrogándolo de no haber tenido tanta prisa, pero en ese momento se encogió de hombros como si dejara el asunto para un momento más conveniente.

—Tu encantadora vida podría ser algo mucho más valioso de lo que yo suponía —comentó con una mueca torcida—. ¿Sabes dónde tienes que presentarte ante el sargento Vaedecker? —Sí.

—Entonces, será mejor que te marches. Cuando caiga la noche, todos los hombres capaces del pueblo tienen que tener perfectamente claro cuál será su papel en el conflicto que se avecina. Parece ser que se producirá con mayor rapidez de lo que yo había esperado, pero aún podemos ganar. Debemos hacerlo. —Reinmar abrió la puerta, pero Von Spurzheim decidió que no había acabado del todo, y añadió—: Luchamos por nuestra vida, Reinmar, todos y cada uno de nosotros. Ninguno de los que estamos aquí puede establecer un acuerdo privado con el destino; ninguno.

—Creo que mi tío abuelo Albrecht sabe eso —respondió Reinmar, que malinterpretó de modo deliberado el significado auténtico de la advertencia del cazador de brujas. Sin embargo, la última mirada sombríamente burlona que Von Spurzheim le echó antes de que cerrara la puerta le dijo a Reinmar que el cazador de brujas sabía muy bien que su amenaza no había caído en saco roto.

Las calles que Reinmar recorrió hacia el estrechamiento del río estaban abarrotadas de gente, y todas las personas ante las que pasó se encontraban atareadas en frenética actividad. Algunas llevaban provisiones a sus casas, otras sacaban armas; había quienes estaban tapiando las ventanas con tablas o reforzando las abrazaderas que sujetaban las barras de las puertas. No se veían niños en el exterior; los que no habían sido enviados fuera del pueblo eran retenidos en el interior, probablemente confinados en bodegas o buhardillas.

Reinmar nunca había visto tanta gente seria ni había presenciado semejante ola de ansiedad colectiva superpuesta a la palidez del miedo.

Los muelles y almacenes del puerto de Eilhart se apiñaban a un estadio de distancia del estrechamiento del río, donde el lecho había sido ensanchado de modo artificial para formar un lago profundo. El estrechamiento era debido a que había dos enormes almacenes a ambos lados de una abertura estrecha, a través de la cual las

aguas se veían forzadas a correr con mayor rapidez, aunque esos almacenes no tenían muelles de descarga. A veces, las mercancías eran bajadas hasta botes desde las amplias ventanas carentes de cristales de los almacenes, mediante sistemas de poleas instalados en vigas sobresalientes; pero el tráfico era de un solo sentido. Los almacenes se usaban para guardar grano, nabos y remolachas de las granjas circundantes, casi todo para consumo interno. Cada uno tenía tres plantas con agujeros abiertos en cada piso, a través de los cuales pasaban largas rampas equipadas también con poleas de arrastre. Cuando Reinmar llegó, había al menos un balletero en cada ventana, y el joven no tuvo dificultad para juzgar que los que se encontraban más arriba serían los que menos probabilidades tendrían de resultar heridos, contando siempre con que los edificios no fueran incendiados. Aunque la estructura externa de los almacenes era de ladrillo, los pisos y las rampas estaban hechos de madera.

Las ventanas de la planta baja, por desgracia, tenían alféizares bajos y eran anchas. Las habían construido para sacar mercancías por ellas, no para mantener a raya a los invasores. Ya habían apilado sacos llenos de arena y tierra para elevar las defensas, y habían clavado tablas cruzadas para que las aberturas fuesen menos atractivas para el enemigo; pero estas medidas, en el mejor de los casos, se improvisaban.

Matthias Vaedecker le mostró a Reinmar en cuál de esas aberturas se encontraba su puesto. Aunque no era ni la del extremo situado río abajo ni la que se encontraba emplazada en la otra punta, río arriba, sino la del medio, Reinmar no pudo ver que el emplazamiento afectara mucho a la seguridad de su propia situación.

—Cualquier barca que pase por los estrechamientos será blanco fácil para los balleteros —les dijo el sargento a todos los hombres que se encontraban reunidos y estaban destinados a la planta baja del almacén—, y es muy improbable que tengan tantas ballestas como nosotros o destreza alguna en su manejo, pero estarán armados con garrotes y lanzas que blandirán con una fuerza muy considerable si se acercan lo suficiente. Hemos puesto la mejor red que tenemos en la entrada del estrechamiento, y el cable más resistente justo detrás, y no dudo que causaremos estragos entre sus filas hasta que rompan esas barreras, pero una vez que hayan desobstruido la entrada, quedarán sólo una red y dos barreras más.

»La segunda red está situada dos metros antes de esta ventana central, para que los que queden atascados sean vulnerables a los disparos y no puedan hacer demasiado uso de sus armas. Tenemos que sacar el mayor partido de esa vulnerabilidad porque las tornas se volverán a su favor si rompen esa segunda red y la corriente se llena de botes apiñados.

»No os confiéis demasiado si al principio la lucha se vuelve a favor nuestro; cuanto más larga sea, más dura se hará. Las primeras bajas serán de ellos, pero éste no es un enemigo demasiado dado a retroceder, y continuarán adelante. No debemos

dejar de matarlos, matarlos y matarlos hasta que no quede nada que matar. Con independencia de lo que suceda, no podremos retroceder.

»Las barricadas de los caminos son posiciones tácticas que pueden abandonarse si la necesidad lo exige, pero esta entrada y estos dos almacenes son vitales para la defensa del pueblo. No cederemos terreno. Con independencia de lo que pase, permaneceremos en nuestras posiciones hasta el último hombre. Podemos esperar refuerzos si se concentra aquí el ataque con exclusión de otros puntos vulnerables, pero si no llegan refuerzos debemos luchar hasta la muerte. ¿Entendido?

Al mirar a su alrededor, Reinmar pudo ver que lo habían entendido perfectamente los hombres de uniforme que ya habían estado antes en puestos de ese tipo, pero que entre los granjeros y habitantes del pueblo destinados a darles apoyo esa información había causado una consternación considerable. A pesar de todo, entre ellos no había ninguno que no quisiera mostrarse valeroso. Todos habían oído historias de lo sucedido a las granjas que habían sido atacadas, y todos habían visto los cadáveres expuestos en la plaza del mercado. Nadie malgastó tiempo en preguntarse por las posibilidades de negociación o evacuación masiva.

—Bien —prosiguió el sargento tras hacer una pausa—, quiero que a todos los hombres que nunca han usado una pica o una espada para luchar, se les entrene el máximo posible. Mis cabos os separarán en grupos de acuerdo con el entrenamiento que tengáis, y harán todo lo que puedan por mejorar vuestra capacidad en el tiempo que nos queda. Nadie tiene licencia, excepto una hora de permiso para comer, cosa que haremos en estrictos turnos rotativos. Si alguno de vosotros ha recibido entrenamiento en el manejo de la espada o el bastón, contribuirá a entrenar a los demás.

Entonces, se produjo un poco de confusión mientras se organizaba todo eso, pero Vaedecker se llevó a Reinmar a un lado para hablar confidencialmente con él.

—Pronto podrás tomarte el último permiso —le dijo el sargento—, pero quiero que vuelvas a las seis, como te dije antes. Al principio, las picas y las medias picas serán más útiles, pero no tenemos las suficientes, y antes o después deberemos luchar con las espadas. Ahora te asignaré dos o tres muchachos bien dispuestos, mientras aún nos queda un poco de tiempo, para que les enseñes algo que merezca la pena... Pero aunque no consigas enseñarles nada más, asegúrate al menos de que no se hieran a sí mismos o unos a otros, y no los canses demasiado.

Reinmar prometió seguir todos esos consejos y así lo hizo, aunque le resultó obvio que los granjeros que le habían asignado para ser instruidos tenían más fuerza que destreza. Juzgó que podrían hacer mucho más con las guadañas y horcas que habían llevado que con las espadas herrumbrosas que habían exhumado de los sitios en que habían permanecido guardadas durante mucho tiempo; no obstante, de todas maneras, intentó enseñarles algo. Si no consiguió nada más, al menos les enseñó la

mejor manera de equilibrar el cuerpo al asestar una estocada, y cómo minimizar el blanco que presentaban al enemigo.

En cuanto le dieron permiso para marcharse, Reinmar corrió a su casa. Tenía hambre y sed, pero también sentía ansiedad por lo que le había dicho Albrecht antes de salir de su casa.

La tienda estaba cerrada, pero no habían barrado la puerta, y Reinmar pudo entrar sin problemas. Se acercó a la escalera de las bodegas para llamar, pero no obtuvo respuesta; no se veía ni rastro de su padre ni de Godrich. No era extraño, dado que debían haberles ordenado que se presentaran para ser destinados a algún puesto de defensa, como había sucedido con él. Subió corriendo la escalera y se encaminó de inmediato al dormitorio de Marcilla. La encontró a solas, pero estaba tan profundamente dormida como cuando la había dejado, y parecía bastante tranquila. Se arrodilló junto al colchón y le tomó una mano, pero lo hizo con suavidad porque no quería despertarla. Se aseguró de que tuviera agua fresca junto a la cabecera, además de un trozo de pan, y salió de puntillas.

«Es posible —pensó Reinmar—, que Ulick se haya marchado con Godrich y mi padre para reclamar un puesto en la defensa del pueblo»; pero no se atrevía a dar eso por seguro. Cerró la puerta del dormitorio de la gitana con tanto sigilo como pudo, para luego de encaminarse hacia su propia habitación. Antes de ir a buscar algo de comer, quería asegurarse de que el frasco que había robado del mundo subterráneo continuaba estando donde él lo había dejado.

En cuanto abrió la puerta, se dio cuenta de que había sucedido algo muy malo. El olor que colmaba el dormitorio lo dejó mudo e inmóvil.

Veintinueve

En la habitación de Reinmar había un desconocido que se encontraba de pie ante el espejo de la pared y se estudiaba con detenimiento. El desconocido se había puesto el mejor conjunto de ropas de Reinmar. El hombre era más alto y estaba mejor proporcionado que Wirnt, y aunque sus facciones no eran del todo desemejantes de las del hijo de Albrecht, se parecían más a las de aquél que a las de Gottfried, e incluso a las del propio Reinmar. El desconocido era mucho más joven que Wirnt, aunque no tanto como Reinmar, pero el resplandor de sus ojos resultaba tan brillante y asombroso como la luminosidad que el joven había visto en los ojos del anciano sacerdote del mundo subterráneo que había ofrecido el cuerpo comatoso de Marcilla a la ávida flor.

La naturaleza hereje de ese brillo no se reveló en su plenitud hasta que el desconocido se volvió para encararse con Reinmar. Era como si la inteligencia que había detrás de los ojos se hubiese incendiado y ardiese sin control. «Éste es un demente», pensó Reinmar, cosa que parecía hacerse aún más notable porque aquel hombre podría haber sido confundido con un hermano más joven de su padre, si éste hubiese tenido hermanos.

Hasta que el dulce olor empalagoso que había colmado la habitación no dejó de entrometerse en los pensamientos de Reinmar, el joven no se dio cuenta de que la semejanza era menos notable de lo que parecía.

—Maldito seas, niño —dijo el desconocido—. ¿No tienes nada en el armario que un hombre pueda vestir con orgullo?

—¿Abuelo? —preguntó Reinmar con voz vacilante.

No podía acabar de creerlo, por probable que pudiese haber parecido como factor de cálculo. Estaba demasiado habituado a ver a Luther Wieland como un anciano frágil, tan quebrantado de espíritu como de cuerpo. El hombre que tenía ante sí no sólo era robusto, sino también de mente aguda y aplomado, a despecho del misterioso fervor de sus ojos. Aún daba la impresión de estar loco, pero también parecía ser un hombre atractivo, un hombre de auténtico poder.

—Eres un mentiroso además de un estúpido —dijo Luther Wieland con tono acusador—. ¿Guardabas la bebida para tu bonito juguete? ¿No me debías lealtad a mí antes que a nadie? ¿Y por qué habías de preocuparte si tenías una poción tan potente?

¿No sabías lo que escondías? Podrías haberlo diluido cien veces y llenar un botellero de la bodega con el resultado. Bueno, ahora es mío. ¿De verdad creías que era seguro ese escondrijo? Sabías perfectamente bien que esta habitación fue la mía cuando era un muchacho como tú.

El desconocido señaló con un dedo acusador hacia la grieta de la pared, de la que había retirado el trozo de mortero. Las preguntas manaban de él como glorificándose de su propia profusión; era como si un tapón oxidado, al fin, hubiese girado. No había nada afectuoso en la expresión del desconocido. Sus ojos eran más oscuros y más brillantes que los del viejo Luther Wieland, y esa oscuridad no constituía una mera cuestión de color. Reinmar no dudó que aquel hombre era tan peligroso como inofensivo había sido su debilitado abuelo.

—Vienen monstruos, abuelo —dijo con rapidez—. Toda una legión de ellos. Los hay que son más o menos hombres, aunque deformados, pero hay otros cuyo cuerpo está mezclado con el de animales. Y habrá cosas peores, si puede confiarse en el juicio del sargento Vaedecker. Todo Eilhart es presa del pánico. No es un buen momento para que te manifiestes como hechicero.

—¡Hechicero! —El rejuvenecido Luther rio con amargo sarcasmo—. ¿Eso es lo que crees, niño? Pensaba que tenías más cerebro que ese desagradecido cachorro mío. Creía que tú y yo nos entendíamos. No soy ningún mago, sino un hombre. Soy todo lo que debe ser un hombre, lo que significa que no soy un fatuo tullido consumido e indefenso, maltratado por el cruel paso del tiempo. Soy un hombre, Reinmar, vivo y capaz de sentir. Han desaparecido todo el dolor y toda la ignominia. ¡Dioses, qué estúpido he sido al consentir lo que hizo de mí mi estúpido hijo! Me contentaba con ser una miserable ruina de hombre, cuando lo único que necesitaba para restablecerme era un vaso de vino de vez en cuando. ¿Cómo he podido ser tan estúpido? Siempre he intentado aconsejarte mejor de lo que lo ha hecho esa serpiente, Gottfried, pero hasta ahora nunca he sido capaz de darle fuerza a mis consejos. Escúchame, Reinmar, y escúchame bien: el tiempo es el máximo traidor, la peor de las maldiciones. Hoy tienes el don de la juventud, pero a lo largo de todos tus mañanas pagarás un precio exorbitante por ese fugaz privilegio. Lucha, Reinmar, lucha contra la tiranía del tiempo hasta con el último vestigio de tus fuerzas y tu espíritu. Nunca consientas en dejarte dominar por su maldición. ¡Lucha con toda la magia que el mundo pueda ofrecerte!

—Abuelo —dijo Reinmar, que se sentía débil después de que el olor del néctar de los sueños había desaparecido del aire—, no sabes cómo alimentan y dan forma al licor que acabas de beber. Es el producto de cuerpos humanos vivos.

—¡Por supuesto que lo es! —respondió el hombre rejuvenecido al mismo tiempo que lanzaba los brazos hacia lo alto con gesto extravagante—. ¿Y en qué se diferencia de tu propia juventud? ¿Acaso el origen de la misma es más cómodo de contemplar

cuando se lo mira con ojos analíticos? Toda carne es producto de la carne; toda juventud es producto de la juventud. Nuestras madres se ven menoscabadas por el embarazo que nos hace a nosotros, y aceptamos su voluntario sacrificio como precio de nuestra propia virilidad. ¿Qué diferencia real existe entre el sacrificio de la carne materna y el que tú viste? Nosotros somos hombres, niño, y debemos mantener nuestra hombría contra los estragos del tiempo por cualquier medio que podamos hallar. Si debemos luchar para lograrlo, tenemos que hacerlo con todas nuestras fuerzas..., y debemos amar la batalla con toda la furia de nuestros corazones.

El cinturón de cuero que Luther se había ceñido no era de Reinmar, ni tampoco el bolsillo unido al mismo. Los había sacado de su baúl. Reinmar supuso que el frasco que él había robado del mundo subterráneo estaba entonces en ese bolsillo, y se preguntó cuánto habría bebido Luther. Incluso un pequeño sorbo podría considerarse una sobredosis.

—No te resultará fácil salir del pueblo, abuelo —declaró Reinmar, tenaz—. Y si te quedas, te reconocerán como enemigo. Nuestros vecinos están dispuestos a volverse contra cualquiera a quien puedan culpar por su difícil situación.

—¿Cómo van a reconocerme? ¿Me denunciarás como hechicero aunque te jure que soy como cualquier otro hombre? ¿Hay en Eilhart algún hombre capaz de reconocerme si estuviese en otro sitio que no fuera esta habitación, contemplado por unos ojos que no fuesen los tuyos? ¿Por qué tú o cualquier otro debería pensar que soy un enemigo? ¿Por qué me trajiste el vino oscuro si no querías verme como un hombre?

Al igual que antes, en ese torrente había demasiadas preguntas para que Reinmar diese alguna respuesta coherente a cualquiera de ellas. Estaban todas muy bien planteadas y resultaba desafiantes, pero eran demasiado abundantes e inconsecuentes para formar parte de una conversación racional. Reinmar miró de más cerca las bellas y nuevas facciones de su abuelo, y vio que tenían algo de esa misma cualidad temeraria. El Luther Wieland rejuvenecido era un hombre apuesto, considerablemente más guapo que su hijo Gottfried, pero había una extravagancia profundamente artificial en el color de sus mejillas y el ardor de su mirada. La vida que el néctar del mundo subterráneo le había devuelto a Luther era demasiado febril y aferraba su alma con excesiva determinación, pero ¿cómo podría haberse resistido a tomar una dosis generosa de la esencia concentrada cuando antes había estado tan débil y tembloroso?

—¿Qué harás, abuelo? —preguntó Reinmar, que luchaba para que su voz se mantuviera baja y firme—. ¿Lucharás por Eilhart, o contra él?

—¿Soy un hombre o un monstruo? —preguntó Luther, a su vez.

—En este momento, no estoy del todo seguro —reconoció Reinmar—; por eso, te lo pregunto.

—Si llego a luchar, lucharé por la gloria —le aseguró el apuesto hombre—. Si condesciendo en luchar, lucharé por amor al conflicto, porque soy un hombre.

—A mí me parece —dijo Reinmar, pensativo— que un exceso de humanidad podría ser casi tan peligroso y demoníaco, a su manera, como una carencia de humanidad.

—En ese caso, eres un estúpido y un cobarde —le espetó Luther—. La vida humana es sensación, y la mejor sensación es el lujo. No tiene límite superior.

Al fin, se apartó del espejo y dio la impresión de que iba a empujar a Reinmar a un lado y salir de la habitación, pero Reinmar permaneció donde estaba para demostrar que no se dejaría quitar de en medio.

—¿Qué vas a hacer con el frasco y su contenido, abuelo? —preguntó.

—Guardarlo y usarlo, ¿qué otra cosa iba a hacer? —le informó el otro con tono burlón—. Te enfrentaste conmigo en una lucha de ingenio, y perdiste. La muchacha puede arreglárselas por su cuenta, y tú debes dejar que se marche. Al final, obedecerá la llamada que lleva grabada en su mismísimo cuerpo, y no hay nada que tú puedas hacer para retenerla. Ahora, apártate..., y no vuelvas a interponerte nunca en mi camino; nunca.

Reinmar vaciló, pero no podía desenvainar la espada contra su abuelo, así que se hizo a un lado para dejar que Luther saliera del dormitorio. Mientras oía los pasos que bajaban los escalones de dos en dos, sintió que un viejo estremecimiento recorría sus extremidades. Era como si hubiese entrado en él una ligera parte del júbilo del hombre rejuvenecido.

Reinmar encontró el trozo de mortero en el piso, y volvió a colocarlo en la grieta de la pared. Pensó que tal vez era buena cosa que le hubiesen quitado el néctar de las manos. Quizá la responsabilidad había sido excesiva para que pudiera soportarla. Pero le temblaban las manos cuando oyó que unos pasos ascendían la escalera con mucha más lentitud.

Cuando Gottfried Wieland apareció en la entrada del dormitorio de su hijo, su expresión era de increíble agotamiento comparada con la de Luther. También era dolorida y acusadora.

—Le trajiste vino oscuro —dijo Gottfried con voz inexpresiva—. A pesar de todo lo que viste, le trajiste el vino de los sueños.

—Es peor que eso —confesó Reinmar—. Robé un poco del néctar con el que hacen el vino. No se lo habría dado, pero lo encontré. Creo que ha bebido demasiado.

—La más pequeña gota sería demasiado —replicó Gottfried con acritud—. Ha estado desquiciado durante demasiado tiempo para obtener del lujo otra cosa que temeridad.

—Cuando se marchó parecía tener la cabeza un poco más clara —sugirió Reinmar—. La locura era menos intensa que en el momento en que llegué, cuando el olor aún

flotaba en el aire.

—¿Por qué no se lo diste al cazador de brujas? —preguntó Gottfried.

—No lo sé —replicó Reinmar con tono defensivo—; ni siquiera sé por qué lo cogí, para empezar.

—¿Has comido?

Reinmar, algo sorprendido por el cambio de tema, se llevó una mano al estómago.

—No —admitió.

—Debes comer. Ahora casi todos parecen seguros de que habrá lucha esta noche, aunque falten algunos días para la peor parte. ¿Quién es tu comandante y dónde está tu puesto?

—Vaedecker... Creo que lo solicitó él. Estaré en el almacén del estrechamiento del río.

Reinmar vio que los ojos de Gottfried se abrían un poco más.

—Es un privilegio que podrías lamentar —dijo—, pero también pidió a Sigurd, y tuve que enviarlo hace menos de una hora. Si vas a estar allí, se hace más necesario aún que te llenes el estómago. No tienes mucho tiempo, supongo.

—Me queda menos de media hora —admitió Reinmar.

Gottfried ya estaba sacándolo del dormitorio para conducirlo escalera abajo.

—Todos los criados se han marchado con su familia —explicó el comerciante de vinos—. Godrich pidió un puesto en el almacén, y lo obtuvo, pero no habría sido diplomático que yo hiciese lo mismo. Estaré en el camino oeste, un terreno difícil, pero que se puede defender. Comeremos en la cocina lo que podamos, y luego haremos paquetes con lo que quede. Beberemos una botella de vino blanco ahora, y cada uno se llevará otra; pero tendrás que compartir la comida y la bebida con los de tu puesto.

Cuando llegaron a la cocina, descubrieron que las provisiones ya habían sido seriamente mermadas por los criados, pero un hombre tan cuidadoso como Gottfried siempre tenía buenas reservas. No quedaba pan, aunque había varias carnes saladas y verduras en escabeche, algunas manzanas tocadas, un poco de mantequilla y algo de azúcar. Reinmar y su padre comieron mientras empaquetaban lo que podían.

—Si aquí no queda ningún criado —se atrevió a preguntar Reinmar—, ¿quién atenderá a Marcilla?

—Margarita puede venir a verla si le dejas la llave a su padre —replicó Gottfried—. En caso contrario, si la gitana se despierta, tendrá que arreglárselas sola.

—¿Dónde está Ulick?

—No tengo ni idea.

—La batalla que se avecina no es realmente culpa mía, padre —dijo Reinmar tras una pausa.

—Por supuesto que no —replicó Gottfried, que parecía genuinamente asombrado

por esa frase—. Ya te dije antes que no te culparas por ello. Fue algo inevitable desde el momento en que llegó el cazador de brujas. Los monstruos comenzaron a reunirse antes de que te marcharas con la carreta; fui un estúpido al enviarte de viaje, pero tenía miedo de que nos arrojaran a todos a un calabozo si Luther o Albrecht decían algo equivocado o no decían nada. Éste es un ajuste de cuentas por deudas que contrajimos mucho antes de que tú y yo nacióramos, cuando Eilhart se implicó por primera vez en el tráfico de vino oscuro. Siempre supe que yo no podría impedir el tráfico, pero tenía la esperanza de posponer durante algún tiempo el ajuste de cuentas, y lo hice. Nada de esto es culpa tuya; nada.

—Intenté destruir las reservas de vino almacenadas en el mundo subterráneo, pero también robé un frasco de néctar. Me temo que eso fue una doble provocación.

—Estas cosas no necesitan provocación —le aseguró Gottfried—. La única intención que tienen los enemigos es perjudicar, y sus sutiles brujerías son peores, a la larga, que el ataque abierto. Han reunido un ejército para luchar contra Von Spurzheim, no para castigarte a ti. Si desearan hacer también eso, que podría ser, recurrirían a medios más sutiles que el viejo hierro y la fuerza bruta. Eilhart está amenazado porque el mundo está amenazado, y el mundo está amenazado porque el mal anda suelto, no por nada que hayamos hecho tú o yo, ni siquiera por nada que haya hecho ese viejo estúpido de Luther. No te culpes por haberle dado lo que deseaba con tanta desesperación; a fin de cuentas, el deseo era suyo, y esa ansia era lo único que lo mantenía con vida.

Reinmar no podía recordar que su padre le hubiese dado jamás un discurso tan calculado y carente de crítica. Eso lo asustó, porque le demostraba lo desesperada que era la situación. Si Gottfried Wieland se había visto lo bastante intimidado como para dar rienda suelta a su generosidad, el mundo tenía que estar de verdad al borde del desastre.

—Me alegro de que Sigurd vaya a estar cerca cuando comience la batalla —comentó Reinmar tras acabar el vino de la jarra que él y su padre habían estado pasándose el uno al otro.

—También yo —asintió Gottfried—. Si tienes que resistir espalda con espalda con alguien, escógelo a él. Si tienes que escabullirte junto a Vaedecker para llegar a donde esté, hazlo.

—¿Y con quién resistirás tú, espalda con espalda, si la lucha llega a ese punto? —preguntó Reinmar.

—Ya decidiré eso cuando vea cómo va la lucha —replicó Gottfried, austero—. Con algún endurecido soldado de infantería, supongo. No con uno de mis colegas comerciantes, si puedo evitarlo..., ni con uno de los fanáticos de Von Spurzheim. Con un poco de suerte, lo único que tendré que hacer será quedarme de pie y vitorear mientras la caballería de la Guardia del Reik carga desde la plaza del mercado y los

ballesteros disparan. Será mejor que te marches ya. Tengo que asegurarme de que la tienda y las bodegas estén lo mejor cerradas posible... Las batallas tienen algo que hace que la gente olvide el respeto por las propiedades de sus vecinos.

—Pero ¿dejarás una llave para Margarita? —preguntó Reinmar.

—Si tú insistes, sí. Vete. Llévate otra jarra para Sigurd.

Reinmar obedeció, aunque ya llevaba una carga más que pesada. Luego, se despidió de su padre con la esperanza, al hacerlo, de que no fuera la última vez que lo hacía.

Treinta

Reinmar tuvo que correr por las calles con el fin de estar de regreso en su puesto antes de que la campana del mercado diera las seis, pero se consoló un poco con el hecho de que todavía no hubiesen dado la alarma.

Al aproximarse al final de la cuesta, vio columnas de humo que se elevaban hacia el cielo desde lejanos graneros y casas que habían sido saqueados e incendiados, y el azul de la crepuscular bóveda celeste ya estaba teñido de tonos púrpura y rosados. Volvió la vista para mirar al norte, y también allí vio el resplandor de partículas de humo llevadas por la brisa. Nadie había pensado que los hombres bestia y sus aliados podrían moverse con tal rapidez para rodear el pueblo, pero el que lo hubieran conseguido debía significar que sus fuerzas estaban más dispersas de lo que podrían haber querido ellos mismos; al menos, eso se dijo Reinmar.

Cuando entró en el almacén, encontró a Sigurd con bastante facilidad y le dio el vino. El estibador se sorprendió al verlo; era evidente que Matthias Vaedecker no se había molestado en decirle que había reclutado a Reinmar.

—No deberías estar aquí, maese Wieland —dijo el gigante—. Eres demasiado joven para que te destinen a la primera línea de defensa; demasiado joven.

—Prefiero estar con los mejores soldados en vez de con los peores —replicó Reinmar—. No habrá ningún lugar seguro hasta que ganemos la batalla.

—Muy cierto —concedió Sigurd—. Quédate cerca de mí, señor. Si caemos, caeremos juntos..., pero aún no ha nacido el monstruo que pueda lograr eso. Aunque sólo quedáramos tú y yo en el mundo, saldríamos sin un arañazo.

—Estoy seguro de que no llegará hasta ese punto —le aseguró Reinmar—. Von Spurzheim no se dejará derrotar después de haber llegado tan lejos. Aplastará al enemigo, y luego marchará contra el valle y el mundo subterráneo que hay debajo del monasterio. Es imparable.

De modo deliberado, no hizo alusión alguna a la magia, aunque en su fuero interno se había tomado la libertad de preguntarse si el séquito de Von Spurzheim incluiría sacerdotes que pudiesen neutralizar cualquier hechizo que fueran capaces de hacer los semejantes de la dama Valeria.

—Así se habla, muchacho —intervino otra voz, ansiosa por participar en la conversación. Era uno de los soldados de infantería de Vaedecker, que si bien no los

conocía, obviamente creía que valía la pena trabar amistad con ellos—. Por lo que he visto, las cosas contra las que tendremos que luchar son los restos de las reservas enemigas, repugnantes pero carentes de destreza. Al final del día, incluso los mejores de ellos son poco mejores que animales. Nosotros somos hombres.

Reinmar se acordó de la similar insistencia de su abuelo en afirmar su humanidad.

—¿Crees que atacarán esta noche? —preguntó—. Antes, Von Spurzheim nos ha dicho que probablemente no atacarán hasta mañana por la noche.

—Ya lo creo —replicó el soldado de infantería con el tono de un hombre que ha aprendido mucho de la experiencia—. Atacarán esta noche, aunque es demasiado pronto para que hayan tenido tiempo de prepararse como es debido. Ya han comenzado su obra asesina, y cuando esas criaturas empiezan no se las puede detener. Son animales: astutos, pero no inteligentes; malvados, pero no diestros. Atacarán ahora, y en cuanto lleguen nos trabaremos en combate. Pero ganaremos. Como tú mismo dices, somos imparables.

Resultaba demasiado obvio que el soldado hacía grandes esfuerzos por convencerse de lo que decía, y Reinmar reconoció lo sabio que era hacer ese tipo de esfuerzo, en beneficio propio y en el de todos los presentes. Se levantó y se marchó en busca de Matthias Vaedecker, que aún estaba intentando inculcarles algo parecido a la disciplina a los habitantes del pueblo más duros de entendederas.

—Están preparados, sargento —dijo el muchacho, en voz baja, y luego la alzó para añadir—. A fin de cuentas, éste es su hogar; lo defenderán hasta con la última pizca de sus fuerzas. Eilhart es la mejor población del Schilder. Nadie que viva aquí hará menos que el máximo para salvarlo de las alimañas que están decididas a ensuciarlo.

Matthias Vaedecker lo miró y le dedicó una ancha sonrisa.

—¡Maese Wieland! —exclamó con una voz más alta de lo necesario—. ¡Otro valiente matador de hombres bestia! Te creo... Conoces a esta gente mejor que yo.

Cuando hubo despedido a los hombres tras decirles que descansaran durante un rato, se puso mucho más serio.

—Va a ser duro, Reinmar —le aseguró en tono confidencial—. Tú y yo hemos visto lo que ese ejército enemigo debe defender. No es un mero trozo de tierra. Las noticias de su existencia ya viajan hacia el norte, así que vendrá otro ejército si Von Spurzheim fracasa, y otro después de ése, pero nosotros hemos estado en camino durante mucho tiempo. Nadie tiene los conocimientos que ha adquirido Von Spurzheim, ni su convicción. Quienquiera que acuda a reemplazarlo, si lo hace alguien, no estará ni la mitad de decidido a encontrar el valle, y mucho menos a impedir que se restablezca la línea de suministro. Por una causa como ésta, el enemigo, sin duda, enviará demonios al igual que bestias, y éste es el punto que más desearán quebrantar con el fin de acabar con el propio Von Spurzheim. No sé hasta qué extremo estarán dispuestos a comportarse como suicidas dementes, pero sé que

va a ser una batalla muy dura.

—Pero, finalmente, somos imparables —respondió Reinmar con una mueca torcida—. Somos hombres, después de todo, y ellos son monstruos.

—Precisamente porque somos hombres, no somos más imparables que ellos —replicó el sargento, pero la respuesta fue un susurro para que no pudiera oírla nadie más.

Reinmar se sintió privilegiado por el hecho de que lo escogiera como recipiente de una verdad tan peligrosa, pero al cabo de poco regresó a su puesto para sentarse junto a Sigurd.

El tiempo se arrastraba con una lentitud tan dolorosa que Reinmar casi comenzó a desear que el enemigo apareciera y acabara con el suspenso. «Dado que el ataque es ya inevitable —pensó—, tal vez sería mejor acabar de una vez». Resultaba obvio que no sólo él pensaba de ese modo, pero lo único que descendió por el río entre las seis de la tarde y la medianoche fueron dos troncos de árbol aguzados, y ninguno rompió las redes que los defensores habían tendido entre ambas márgenes.

—Pueden enviar tantos troncos como quieran —les dijo Vaedecker a sus hombres—. Son ellos quienes lucharán desde el agua, no nosotros.

Cuando la campana del mercado dio la medianoche, una tangible ola de tensión recorrió a los allí reunidos, pero no fue una señal de alarma, y la hora llegó y pasó al igual que sus predecesoras. Media hora más tarde, sin embargo, fue un proyectil diferente el que descendió por el río: un bote sin los remos, lleno con leña y hojas empapadas en aceite al que habían prendido fuego, y para cuando las redes lo detuvieron estaba incendiado como una vela gigantesca. Las redes, al estar bajo la superficie, no corrían el más mínimo peligro de prender, pero la luz del fuego se reflejaba en los rostros de los ballesteros que esperaban y en las puntas de las picas que habían en el suelo de la planta baja.

—La luz no les dirá nada que ya no sepan —gritó Vaedecker tan de inmediato como antes—. No es más que un gesto destinado a inquietarnos. Cuando llegue el momento de luchar, el fuego en el agua será nuestro aliado, no el de ellos.

El fuego del bote se apagó hasta ser simples brasas, y finalmente se extinguió con un siseo. Fue entonces cuando apareció el enemigo, probablemente con la esperanza de contar con una pequeña ventaja a causa del efecto del fuego sobre la visión nocturna de los defensores. Los botes llegaron con rapidez, deslizándose por la superficie mientras sus ocupantes permanecían tendidos en el interior, con las armas preparadas para acometer las redes.

La señal debió llegar con la velocidad del rayo al centro del pueblo, porque de inmediato comenzó a sonar la campana del mercado, de modo frenético, para llamar a las armas.

—¡Ballesteros, preparados! —gritó Vaedecker—. ¡Picadores, esperad!

Fue la última orden que pudo dar con tanta claridad, ya que barcas más pesadas bajaban por el río tras los botes, cargadas de guerreros. Algunos, sin duda, eran hombres bestia con voces de bestias, pero incluso los que tenían gargantas y lenguas humanas profirieron gritos notablemente bestiales cuando comenzaron a volar las flechas.

Reinmar se inclinó hacia adelante para ver qué sucedía, pero Sigurd tiró de él para apartarlo del borde de la abertura ante la que se había acuclillado, por temor a que pudiese convertirse en blanco de un arquero enemigo. Por esa razón, oyó más que vio las flechas disparadas por los ballesteros de Vaedecker, que caían como una lluvia sobre las barcas, rebotaban en los cascos de madera o hendían el agua. Vio que entraban flechas en el almacén y, de inmediato, deseó que las aberturas de los flancos fuesen más pequeñas; pero los picadores aguardaban muy agachados para no exponerse a los proyectiles. Vaedecker continuaba gritando, puntuando las órdenes con imprecaciones cada vez que no tenían el efecto deseado. Los gritos de guerra de los hombres bestia y sus aliados subhumanos se mezclaban con alaridos, pero al aumentar más el ruido se hizo cada vez más difícil diferenciar los aullidos de agresividad de los de dolor.

El ruido pareció apoderarse del corazón de Reinmar casi como si fuese una especie de magia, obligándolo a acelerar el ritmo de los latidos, que también parecieron volverse irregulares. Reinmar esperaba que, al menos, eso fuese una ilusión.

El muchacho no oyó a Vaedecker dar la orden, pero los picadores situados más cerca del lado norte del edificio y los que se encontraban en la abertura central — incluido Sigurd— comenzaron a coger sus armas. Una pica normal era tan larga y su punta tan pesada que nadie que no fuese un gigante podía asestar repetidas estocadas con ella, en especial cuando el ángulo era tan incómodo, así que tales armas no resultaban todavía muy útiles, pero el hecho de que las hubiesen cogido daba fe de que las barcas más pesadas debían haberse aproximado a las paredes del almacén, y sólo aguardaban la eliminación de las redes y las barreras que les impedían continuar hacia adelante.

—¿Qué está pasando? —le gritó Reinmar a Sigurd.

La única voz auténticamente humana que pudo oír durante los momentos siguientes fue la de Vaedecker, que instaba a sus ballesteros a disparar y disparar, y a hacer que cada flecha fuese certera; pero, al fin, Sigurd pudo responder.

—¡No falta mucho! —le gritó, de lo cual Reinmar dedujo que las redes habían sido cortadas y que sólo el cable metálico que formaba la barrera ofrecía una resistencia significativa al paso de las barcas.

Los troncos habían sido enviados por delante para ejercer fuerza contra el cable, y las barcas aumentaban la tensión a cada minuto que pasaba, pero Reinmar sabía que

las criaturas que estaban dentro de los botes tenían que estar pagando un alto precio. Las flechas de arcos y ballestas los diezmarían y, cuando por fin la barrera se rompiese, los picadores del puesto en que se encontraba él aprovecharían la oportunidad.

Reinmar intentó con todas sus fuerzas obligarse a permanecer quieto por temor a comenzar a temblar mucho antes de verse arrastrado a la acción. Su autodisciplina pareció dar buen resultado, y sintió que los poderosos latidos de su corazón se suavizaban un poco. Al parecer, la barrera aún resistía, y todo estaba saliendo según lo planeado.

Y luego, en cuestión de medio segundo, el plan salió mal. De repente, había dos frentes en lugar de uno solo. Los guardias situados en las puertas que miraban a la calle comenzaron a gritar, y empezaron a entrar en el almacén hombres armados con espadas y medias picas. Las lámparas colocadas sobre las entradas permitieron que Reinmar viese que eran hombres, algunos ataviados con el uniforme de la Guardia del Reik y otros que tenían rostros que él conocía; pero de inmediato se dio cuenta de que se estaban batiendo en retirada y que la barricada que habían estado defendiendo ya debía de haber caído.

Matthias Vaedecker gritó con toda la fuerza de sus pulmones, y Reinmar sabía — aunque no pudo entender más que una palabra de cada tres— que ya tenían que entrar en acción. Él y los demás espadachines debían asegurarse de que cualquiera o cualquier cosa que no fuese un defensor de la ciudad muriese en cuanto pasara a través de una de las dos anchas entradas que se abrían sobre la calle. Los débiles intentos que hicieron los guardias para cerrar las puertas en cuanto hubieron entrado sus compañeros se vieron contrarrestados de inmediato porque los atacantes ya empleaban arietes que presumiblemente habían usado para romper la barricada del extremo norte de la calle. Ambas puertas volvieron a abrirse de golpe, y los arietes continuaron hacia el interior con las puntas aguzadas dirigidas hacia las espaldas y piernas de los defensores.

Entre los hombres que huían, los que sabían qué sucedía intentaron volverse en cuanto estuvieron dentro, pero entre ellos había demasiados que no lo sabían y cuyos intentos de esquivar los arietes y encontrar un lugar seguro interfirieron con la fila de defensores que se estaba formando para cubrir la retirada e invertir la dirección de la lucha hacia el enemigo.

Las criaturas achaparradas que llevaban la cabeza de los arietes sobre los hombros eran blancos fáciles, pero cada una recibió una docena de tajos antes de caer y detrás de ellas había más, suficientes para mantener el impulso del ariete durante unos pocos segundos preciosos. Fue cuanto necesitaron para despejar la entrada y marchar hacia el interior del almacén, y para cuando Reinmar se unió a algo parecido a una formación de lanceros y espadachines, habían perdido la oportunidad de cerrar la

brecha.

En el momento en que los arietes rebotaron y rodaron por el suelo derribando a más defensores, los enemigos sacaron espadas y lanzas suficientes para hacer que la batalla pareciese casi igualada en fuerza; en cualquier caso, lo bastante igualada para que se volviera feroz.

Había la suficiente luz para que Reinmar viese las caras de las criaturas con las que se enfrentaba, y le sorprendió comprobar que sólo había unos pocos que fuesen significativamente inhumanas, aunque el resto compensaba su falta de bestialidad literal con tanta fealdad como jamás se hubiese acumulado en unas facciones humanas. Tenían cejas enormes, mentones muy salientes, y sus apretados dientes eran amarillos y demasiado grandes. Eran muy peludos, y algunos presentaban tantas verrugas que parecían sapos; pero tenían manos y mentes, y la forma en que blandían los garrotes y espadas hablaba de mucha práctica e inteligencia maligna. Cuando se lanzaron al ataque se mostraron innegablemente temerarios, aunque no eran en absoluto víctimas fáciles.

En cuanto Reinmar asestó la primera estocada de frente y sintió que su espada chocaba con algo duro, supo que se hallaba en un terrible peligro. La línea de hombres de la que formaba parte se había organizado con demasiada precipitación, y los hombres que estaban en ella habían recibido un entrenamiento muy escaso. Ya era poco sólida y corría un grave riesgo de fragmentarse, pero tenía que resistir, o todo el espacio del interior del almacén se transformaría en una zona de caótica batalla. Si los hombres de la orilla del río querían continuar cumpliendo con su cometido necesitaban que los cubrieran; tenían que dedicar toda su atención a la batalla que tenía lugar sobre el agua, o ésta se perdería en el plazo de una hora.

Por fortuna, Reinmar no era el único que sabía que la línea debía resistir, y los hombres de Vaedecker no iban a permitir que la torpeza de unos granjeros y tenderos estropeará su formación. Los que iban armados con medias picas ya formaban una línea con espadachines entre ellos, y su precisión fue tan manifiesta que incluso los habitantes del poblado más duros de mollera pudieron darse cuenta de qué estaban preparando y por qué. Reinmar se insertó con destreza entre dos hombres que sabían cómo usar las puntas de sus medias picas, y en cuanto vieron que él sabía manejar la espada, le dejaron espacio para moverse. Sus armas eran más pesadas que cualquiera de las que llevaba el enemigo, que necesitaba una suerte considerable, además de destreza, para pasar más allá de las afiladas puntas.

En cuanto alguno lo lograba, Reinmar, que estaba preparado, adelantaba la punta de su espada con la confianza y celeridad de una lengua de serpiente dirigida hacia la garganta del oponente si podía, o hacia el vientre en caso contrario. Por supuesto, los adversarios respondían también con estocadas, pero la constitución baja y achaparrada que había sido para ellos una ventaja a la hora de usar los arietes no

resultaba tan útil en ese tipo de lucha, e incluso el que intentó herirlo con una lanza fue demasiado lento y torpe.

Reinmar giró a un lado para dejar que la punta de la lanza pasara ante su pecho sin rasgar siquiera la tela del justillo, y para cuando el lancero intentó golpearlo de lado con el asta de la lanza en las costillas, la espada de Reinmar había penetrado por un ojo del atacante hasta el cerebro. Habría sido una mala estocada en una lucha más abierta porque tardó varios segundos en arrancar la hoja de la cabeza del otro para blandiría otra vez, pero con las puntas de las medias picas moviéndose en las proximidades no había posibilidad alguna de que un enemigo pudiera aprovecharse de ese instante de indefensión.

Cuando Reinmar consiguió liberar la espada, tuvo que dar una larga zancada porque la línea avanzaba. Entonces los arietes yacían en el suelo, e incluso los que iban armados sólo con horcas habían visto cómo se hacían las cosas y dónde se los necesitaba. Acometían a los enemigos en la calle y dentro del almacén, y el número de éstos era diezmado con rapidez; la furia de su asalto los había hecho ganar terreno, pero el coste había sido demasiado alto, y los hombres del pueblo estaban mucho mejor desplegados para reforzar la posición comprometida.

Reinmar había esperado que aquellos hombres feos lucharan como seres salvajes, pero en ese momento recordó que incluso los hombres bestia con los que se habían enfrentado en el soto habían demostrado que tenían un cierto conocimiento táctico. Estos humanos achaparrados no carecían en absoluto de disciplina, y sabían lo suficiente de estrategia como para comprender que no tenía sentido insistir cuando una causa ya estaba perdida. Entonces, les tocó a ellos hacer una sólida formación al mismo tiempo que retrocedían para salir por la puerta, lo que hicieron con casi tanta eficacia como podría haberse esperado de los soldados de infantería de Vaedecker.

«¿Serán soldados, después de todo? —se preguntó Reinmar—. ¿Serán mercenarios que se dedican a la lucha como negocio en lugar de como manía? Tal vez lo sean..., y tal vez muy pronto veamos cosas mucho peores, cuando se haya acabado la estrategia y la lucha se transforme en locura». No dejaba de estocar con su espada mientras se formulaba estas preguntas, aunque la ensangrentada hoja no hendía más que aire entonces que los brutos retrocedían, hacían uso de la cautela y paraban con bastante facilidad las estocadas de las medias picas blandidas por los doloridos brazos de los hombres de Vaedecker.

Si los hombres del pueblo hubiesen logrado formar en el exterior de las salidas, podrían haber hecho pedazos a los hombres que retrocedían; pero la batalla aún estaba trabada en las calles, y la última docena de invasores se escabulló con facilidad. Uno de los cabos de Vaedecker les gritó de inmediato a sus hombres para que aseguraran las puertas y no dejaran entrar ni salir a nadie; después, comenzó a agarrar a los hombres del pueblo y los lanzó hacia las puertas y de vuelta a las plataformas de

carga, donde aún se necesitaba apoyo.

Reinmar avanzó en dirección al río sin esperar a que lo seleccionaran, con la intención de ocupar otra vez su sitio junto a Sigurd.

Treinta y uno

En ese momento, Sigurd estaba ocupado y no podía evitar que Reinmar mirara hacia la espumosa superficie del río.

Los enemigos habían roto la primera barrera, así que la apretujada compañía de botes se había desplazado cuarenta metros río abajo, pero su vanguardia había quedado atrapada y retenida por la segunda barrera. Los hombres y hombres bestia de los botes podían disparar y lanzar estocadas contra los hombres que defendían los almacenes de ambos márgenes, pero como estaban atrapados en medio de un fuego cruzado —y directamente debajo de las ballestas de las plantas superiores—, estaban sufriendo bajas enormes.

Reinmar vio de inmediato que la mayoría de los hombres bestia se encontraban allí, y que aquél no era ningún movimiento premeditado del tipo que los mercenarios pudiesen haber calculado y ejecutado. Las criaturas de los botes arrojaban proyectiles en todas direcciones al mismo tiempo que bramaban como dementes y saltaban hacia las plataformas de carga como perros enloquecidos; pero se parecían mucho menos a perros que los hombres bestia similares a lobos que habían sido sorprendidos por el carro desbocado de Godrich. Éstos eran todavía más horribles que los cuerpos que había sido expuestos en la plaza del mercado, con cabezas astadas, ojos relumbrantes y zarpas en lugar de manos.

El contraste entre esa lucha y la que Reinmar había contribuido a ganar momentos antes era tan asombrosa que en la garganta se le hizo un nudo que no lo dejaba tragar. No había nada útil que él pudiese hacer, de momento, porque las picas de larga asta aún causaban daños más que abundantes blandidas por las manos de hombres que tenían la fuerza y la destreza necesaria para manejarlas..., y porque Sigurd estaba causando tantos daños como cualquiera de los veteranos de Vaedecker, por su mero alcance y poder.

Los ballesteros habían hecho ya la mayor parte de su trabajo y reservaban las saetas, aunque se mantenían preparados para disparar contra objetivos seleccionados. Reinmar vio que la mayoría de los picadores usaban sus armas tanto para empujar como para herir, y derribaban a los hombres bestia al agua en lugar de causarles profundas heridas en la cabeza o el torso. Sigurd era el único que usaba la punta de la pica casi como si fuera una hacha de batalla alargada, y abría tajos en rostros y

extremidades.

Reinmar suponía que los soldados sabían lo que estaban haciendo, aunque no pudo evitar una tremenda ansiedad al ver que, a pesar de su disparatada anatomía, los hombres bestia eran capaces de nadar. Los que habían sido arrojados al agua corrían un considerable peligro de ser aplastados por las barcas que se empujaban unas a otras, pero los que evitaban quedar atrapados entre ellas podían avanzar bastante bien por el agua. Aguardaban con impaciencia, pero aguardaban de todos modos, a que se presentara una oportunidad para unirse de nuevo a la lucha de un modo eficaz, mientras otros de su especie intentaban romper la segunda barrera.

Reinmar advirtió que las redes ya habían sido cortadas por las zarpas curiosamente diestras de los hombres bestia, y calculó que la barrera no resistiría más que unos pocos minutos. Aferró la espada con fuerza, en previsión del futuro uso que haría de ella.

—¿Preparado, muchacho? —le gritó Sigurd por encima del estrépito, un grito que a Reinmar sólo le resultó audible porque se encontraba pegado a él.

Por toda respuesta, Reinmar alzó la punta manchada de sangre de su espada. Estaba preparado y sabía que debía estarlo porque la lucha iba a volverse aún más feroz. Una vez que el enemigo pudiese usar el río como camino hasta el corazón de la ciudad, no sería tan fácil rechazar otra incursión como la que había derribado las puertas del almacén, porque ya no habría refuerzos preparados para intervenir. Cuando el río quedara abierto, todos los hombres de la ciudad se encontrarían en plena acción. Entonces, y sólo entonces, quedaría clara la fuerza relativa de los dos bandos. Entonces, y sólo entonces, los defensores descubrirían qué clase exacta de monstruos emplearía el enemigo para aprovechar las brechas abiertas por sus tropas de choque.

Reinmar apoyó la punta de la espada en el suelo para no cansar los músculos de los brazos. Podía ver que incluso los brazos de Sigurd comenzaban a fallar. Las picas resultaban más útiles cuando podía clavarse su extremo posterior en la tierra para dirigir las puntas, como una muralla de espinas gigantes, hacia la caballería que cargaba. No estaban destinadas a blandirías como gloriosas lanzas, y Sigurd estaba pagando el precio de su falta de ortodoxia. Reinmar no veía a ningún otro picador que no apoyara la parte posterior de su pica en el suelo, ni a ninguno cuya frente no estuviese cubierta de sudor a causa del prolongado esfuerzo. A pesar de eso, los hombres bestia luchaban desde un poco más cerca que unos momentos antes. Morían en cantidad considerable, pero continuaban lanzándose implacablemente. Y no sólo continuaban acometiendo, sino que comenzaban a avanzar.

Dos de cada tres picas habían sido ya aferradas por brazos rematados por zarpas y mucho más fuertes que las cansadas extremidades de sus dueños. Los hombres bestia usaban las armas desplegadas contra ellos como palancas y escalerillas. Entonces

había defensores en el agua, además de atacantes, y estos últimos contaban allí con ventaja; tanto si los humanos eran gentes de la ciudad como soldados de Vaedecker, carecían por completo de experiencia en lucha sobre el agua, y la pura furia animal de los adversarios habría sido decisiva aun en el caso de que no los hubiesen superado tanto en número.

Eran cada vez más y más los hombres bestia que intentaban agarrarse a las plataformas de carga, y había pocas armas para empujarlos a todos. Sigurd fue el último en soltar la pica, pero lo hizo y se volvió para coger su cayado, el arma a la que estaba más habituado.

—¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora! —les gritó a Reinmar y todos los que lo rodeaban.

Ninguno de ellos tenía la menor duda de que se requería el máximo esfuerzo y que la batalla por el almacén se ganaría o perdería durante el cuarto de hora siguiente.

Luego, la segunda barrera quedó rota, y la tercera, casi inmediatamente después, y Reinmar supo que la más grande batalla por el destino de Eilhart acababa de pasar a la más terrible fase, aunque lo mismo había sucedido con el conflicto menor en que había participado. A partir de entonces, no habría descanso hasta que quedara decidida la batalla.

Reinmar tuvo que concentrarse de modo absoluto en la supervivencia. La infantería de Vaedecker ya estaba intentando formar una especie de línea defensiva, de modo que el enemigo se encontrara con una serie ininterrumpida de armas; pero habían sufrido bajas, y algunos aún se encontraban fuera de su puesto porque habían sido enviados a defender las puertas del otro lado del edificio.

La escaramuza anterior la habían ganado con facilidad, aunque eso había tenido sus efectos sobre la organización, el desplegamiento y la disposición de los soldados entrenados. En ese momento, las gentes de la ciudad tenían que demostrar lo que podían hacer contra criaturas de pesadilla. Reinmar y Sigurd se situaron en la línea y, de inmediato, se trabaron en furiosa lucha.

El joven Wieland golpeaba con rapidez a la izquierda de Sigurd, para protegerse a sí mismo, y porque el gigante necesitaba que una espada colaborara con la obra de su cayado. Como no tenía una pesada punta metálica, el arma de Sigurd era menos eficaz de lo que podría haber sido para partir cráneos, pero la ventaja de su ligereza relativa significaba que el hombretón podía moverla con la velocidad del rayo.

A pesar de lo cansados que tenía los brazos por la lucha con la pica, los reflejos de Sigurd eran incomparables y, a medida que los monstruos salían del agua, él los golpeaba con fuerza, de dos en dos e incluso de tres en tres. Algunos volvían a caer al río, y los que no quedaban despatarrados sobre el suelo de piedra, expuestos a las estocadas de la espada de Reinmar, que asestaba tajos y más tajos. Pero los enemigos continuaban regresando, y cada uno tenía brazos y zarpas, piernas y zarpas, y una cabeza brutal con cuernos que podían ser tan largos como el brazo de un hombre.

Al joven, el manejo de la espada siempre le había resultado razonablemente fácil cuando se entrenaba, cuando las estocadas sólo tenían por finalidad demostrar la posibilidad de herir. Entonces, había pensado que poseía aptitudes para ello, pero en ese momento se daba cuenta de que la aptitud no resultaba de gran utilidad en la lucha real, donde los factores más decisivos eran la fuerza bruta y la resistencia. Reinmar ya había descubierto que el hecho de herir de verdad era mucho más engorroso y trabajoso que la mera demostración de una capacidad, y los hombres bestia que salían del agua sanguinolenta acabaron por confirmar esa lección.

Ya había sido bastante duro asestarles tajos a los achaparrados subhumanos o a los de cabeza de lobo, pero el tipo de hombres bestia con los que Reinmar se enfrentaba en ese instante, eran mucho más difíciles de herir. Ni uno solo de ellos llevaba coraza artificial, pero era debido a que no parecían necesitarla. Los brazos rematados por zarpas, en particular, estaban recubiertos por caparazones impenetrables, y los cuernos que coronaban sus cabezas no eran meramente decorativos, ya que siempre estaban moviéndose de un lado a otro para parar los golpes de toda clase con tenaz solidez.

Al principio, Reinmar intentó atacar las zonas más blandas de los hombres bestia—sus vientres y gargantas—, pero esa clase de estocada era desviada con facilidad y resultaba ineficaz aun cuando hacía manar sangre. Se dio cuenta de que si quería asestar golpes que los incapacitaran, debía buscar puntos débiles que fuesen más fáciles de herir. No obstante, cuando su espada rebotó dos o tres veces en las extremidades rematadas por zarpas, se dio cuenta de que había una desventaja en el tipo de coraza integral que recubría a los hombres bestia. Las extremidades de tales criaturas no eran ni con mucho tan diestras como las humanas porque tenían articulaciones demasiado rígidas, que constituían los puntos más vulnerables. No se podía infligir ninguna herida mortal al clavar la espada en lo que un hombre bestia tenía en lugar del codo y la muñeca, pero sus zarpas, una vez inutilizadas, se convertían en pesos muertos peores que inútiles.

Reinmar gritó su descubrimiento a pleno pulmón por si alguien lo escuchaba, aunque no había manera de saber si podían oírlo o entender lo que decía. Por su parte, continuó lanzando tajos a diestra y siniestra, y luego otra vez a la derecha, mientras el activo cayado de Sigurd le preparaba los objetivos y desviaba cualquier arma dirigida contra su cabeza o corazón. Reinmar debía ser prudente, pero era mucho más ágil que aquella clase de torpes hombres bestia y se sentía en pleno derecho de considerarse un agresor, con dominio del estilo y el ritmo de la lucha.

Eso cambió. De modo lento y gradual, la situación se vio transformada, y no en beneficio de ellos. Él y Sigurd fueron obligados a retirarse de la orilla, paso a paso, y al retroceder quedaron separados de los espadachines y lanceros que habían intentado formar una línea con ellos y que entonces también se veían forzados a recular porque

se habían abierto brechas al caer algunos hombres.

Reinmar sabía que él y Sigurd tenían que retrasar todo lo posible la eventualidad que los obligaría a luchar espalda con espalda, aislados de cualquier otro apoyo y sin más alternativa. Si llegaba ese momento, sabía que su pequeña parte de la batalla estaría prácticamente perdida aunque, al intentar forzar precisamente esa situación, los enemigos estaban sufriendo bajas sustanciales. Los hombres bestia que los acometían se negaban a morir, pese a que ya parecían tener poco más que su terrible masa para amenazar a los defensores. Reinmar, Sigurd y sus compañeros más cercanos habían inutilizado por completo demasiadas zarpas con fuertes golpes y estocadas de pica, y los ojos saltones de las repugnantes criaturas comenzaban a ser muy vulnerables a medida que sus cuernos perdían destreza.

Si los hombres bestia con cornamenta de toro hubiesen constituido la última ola de enemigos que intentaban apoderarse del almacén, probablemente la batalla para defenderlo se hubiese ganado en pocos minutos más; pero eran sólo la segunda línea de atacantes, poco más que arietes destinados a derribar hombres, sembrar la confusión y ganar terreno. Era imposible interpretar la expresión de sus rostros inhumanos y horribles ojos, pero luchaban más como autómatas que como hombres; con terca determinación, pero sin ningún fervor real.

Las criaturas que llegaron después eran muy diferentes, mucho más aterradoras y muchísimo más peligrosas.

Treinta y dos

Después de que todos lograron salir de los botes que los habían llevado hasta allí, los recién llegados no eran más de seis ante una compañía de defensores que aún sumaban cerca de cien, pero se trataba de monstruos de una clase más extravagante que cualquiera que los defensores hubiesen visto antes.

Contaban seis extremidades, con los cuartos traseros de reptil, si se exceptuaba el hecho de que los enormes agujiones que tenían parecían de escorpión. Los cuartos delanteros presentaban apenas una traza de humanidad en las articulaciones de los brazos, pero éstos estaban rematados por zarpas, como en el caso de los hombres bestia astados. Sus cabezas eran de insecto, con grandes ojos compuestos, pero sus bocas se parecían más a esfínteres circulares desde los que se extendían enormes lenguas tentaculares que se retorcían como serpientes. Eran muy grandes, y más largos y altos que caballos.

Esos enemigos, a diferencia de sus predecesores, eran silenciosos, lo cual le dio a Vaedecker la posibilidad de hacerse oír.

—¡Espadachines, retroceded! —gritaba—. ¡Ballesteros, disparad! ¡Inundad al enemigo con flechas! ¡Ahora! ¡Ahora!

Reinmar apenas había tenido tiempo de reparar en los variados hedores que habían impregnado el almacén durante las etapas anteriores de la lucha, pues su olfato estaba insensibilizado por el penetrante olor de la madera quemada, y mientras había estado jadeando a causa del esfuerzo había respirado por la boca. El olor del icor que manaba de los hombres bestia astados era mucho menos dulce y empalagoso que el de la sangre, y su malignidad se había superpuesto al asco que, por lo general, va aparejado con otros olores típicos de un combate mortal. No obstante, Reinmar reparó, por un instante, en aquella obscena variedad aromática, porque se vio de repente combinada con algo infinitamente más dulce que se impuso a todo lo demás, algo que de inmediato le recordó la conmoción que había sufrido en el mundo subterráneo cuando su olfato se vio asaltado por los olores del vino de los sueños derramado.

Esa conmoción había aumentado aún más cuando olió el néctar con el cual se hacía el vino de los sueños..., y lo mismo le sucedía en ese momento. Reinmar se sintió como si una espada invisible le hubiese herido el pecho y algo le hubiese metido

dentro de la cavidad pectoral una zarpa que le aferrara el corazón.

Vaedecker aún les gritaba a los hombres de la planta baja del almacén para ordenarles que retrocedieran ante las criaturas a las que había llamado enemigos. A Reinmar le pareció que esa orden no debería haber sido necesaria, en especial cuando los ballesteros estaban echando rápidamente mano de sus reservas de flechas. Pero pronto se hizo obvio que no todos eran capaces de obedecer. Los hombres que se hallaban más cerca de los monstruos avanzaron hacia ellos en lugar de alejarse, y no lo hicieron con una evidente intención agresiva.

Reinmar advirtió, casi como si se observara a sí mismo con ojos distantes y ajenos, que él se hallaba entre el grupo que avanzaba en lugar de retroceder, y comprendió muy bien, mientras el olor hacía que la cabeza le diese vueltas, qué debía estar sucediendo. Allí había un perfume animal relacionado con el néctar floral con el que hacían el vino de los sueños; lujoso, hipnotizador, disparatadamente adictivo. Sus efectos eran inmediatos, aunque podrían resultar pasajeros, pero cualquiera que aspirara la suficiente cantidad de esa esencia perdería la cabeza durante el tiempo necesario para correr hacia los brazos abiertos de los monstruos, donde los aguardaba la máxima y definitiva brutalidad.

Mientras los hombres hipnotizados avanzaban, indefensos, los seis agujones atacaban una y otra vez, no para herirlos a ellos sino a aquellos que iban a ayudarlos y arrastrarlos hacia atrás. Los brazos provistos de garras asestaban algún golpe como sables blandidos con destreza, pero las serpentina lenguas parecían igualmente ávidas y casi igual de peligrosas. Los golpes que daban esas lenguas no eran violentos en absoluto —de hecho, parecían lamer con lascivia—, pero a pesar de eso resultaban eficaces. Esos lametones, aparentemente, no mataban a las víctimas, pero todos los alcanzados por las serpenteantes lenguas caían sin sentido o saltaban estúpidamente a un lado, al parecer incapaces de ejecutar ninguna otra acción inteligente.

Reinmar tenía ganas de gritarles a los hombres situados detrás de él que debían dejarlo tranquilo y salvarse, pero de nada habría servido. Sigurd trabajaba para la familia Wieland, y nada en el mundo podría haberlo persuadido de retroceder cuando Reinmar se encontraba en peligro mortal. El estibador aferró a Reinmar con un brazo mientras la mano del otro dejaba caer el bastón para recoger una media pica que había en el suelo.

Reinmar no pudo evitar ponerse a luchar contra el brazo que lo sujetaba y sintió que sus fuerzas aumentaban al hacerlo, como se dice que sucede con la fuerza de un demente; pero Sigurd era un gigante, y él, a pesar de todo, aún era un muchacho. Si la magia del monstruo era irresistible, también lo era la resolución de Sigurd, y éste estaba decidido a que el monstruo que había capturado a Reinmar no pudiese conservarlo. Cuando el agujón salió disparado, lo mismo hizo la media pica, y lo que se partió e hizo añicos fue el exoesqueleto sobre el que se asentaba el agujón.

Las zarpas ya avanzaban hacia él, y Sigurd no tenía ni tiempo ni espacio para esquivarlas, así que en ese momento tuvo que utilizar ambas manos. Al soltar a Reinmar, el gigantesco brazo lo hizo rotar como una peonza y lo lanzó girando y dando traspiés hacia un lado, incapaz de seguir la orden que se le había metido en el cerebro.

El espantoso perfume aún llenaba la cabeza de Reinmar y se negaba a permitir que en su mente se formase cualquier determinación que no fuese la de lanzarse hacia el monstruo; pero en la caída había sufrido arañazos y golpes, y el aire salió de golpe de sus pulmones, por lo que no tuvo más alternativa que la de quedarse allí tendido como una marioneta con los hilos cortados.

Entretanto, Sigurd atacó al monstruo con toda la furia de que era capaz. Una zarpa se hizo pedazos y la punta de la media pica penetró en un bulboso ojo de la criatura, pero la zarpa restante aferró el cuello de Sigurd como una tijera y apretó con una fuerza terrible. Un hombre menos fuerte habría sido decapitado en un santiamén, pero el cuello de Sigurd era tan resistente como el resto de su persona, y dispuso de uno o dos segundos para reaccionar. La punta de la media pica volvió a cortar, esa vez el cuello del monstruo.

Fue el último golpe de Sigurd, pero tuvo toda la fuerza de una herida definitiva. Cuando la tráquea del gigante quedó destrozada y las arterias de los laterales del cuello se transformaron en fuentes de sangre, la abominable criatura que lo había matado murió a su vez con la horrible cabeza medio separada del cuerpo compuesto. Reinmar había pensado que su incapacidad para moverse era la peor expresión del total dominio a que lo sometía el vil olor de la criatura, pero entonces descubrió que no era así. Lo peor de todo fue la emoción extraña que explotó en su conciencia al sentir la ola de exultación que experimentó el enemigo en el instante de destruir a Sigurd y, simultáneamente, el lacerante destello del mortal dolor del gigante.

Como una cucaracha sin cabeza, el monstruo no murió de inmediato, sino que salió corriendo como un carruaje desbocado, aunque ya no tenía poder para causar ningún daño físico.

Pero, ¡ay!, el poder de su perfume no era tan fácil de neutralizar, y Reinmar se sintió como si la conmoción de la muerte de la criatura le recorriera el cuerpo desde la cabeza a los pies como un duro rayo de tormenta. Había desaparecido la compulsión de lanzarse hacia los brazos abiertos de la criatura, pero su ausencia transformó sus sentidos en un torbellino y tuvo que luchar con toda su fuerza mental sólo para permanecer consciente y reparar en lo que sucedía dentro del almacén.

En un intervalo de dos o tres minutos, quince o veinte hombres habían quedado muertos o incapacitados, mientras que sólo uno de cada dos atacantes habían caído bajo la lluvia de flechas de ballesta. Los proyectiles tenían la fuerza suficiente para perforar la armadura natural de las criaturas, pero los órganos que perforaban no eran

lo bastante vitales como para derribarlas.

—¡Lanzas! —estaba gritando Vaedecker.

—Arrojadles cualquier cosa que tengáis a mano..., pero ¡manteneos a distancia!
¡Manteneos a distancia si valoráis la vida!

Reinmar calculó que Vaedecker no estaba en absoluto lo bastante lejos, y cuando la formación de monstruos se abrió en abanico y avanzó, las criaturas se movieron con la rapidez suficiente como para atrapar a muchos de aquellos que estaban intentando obedecer la orden del sargento y alejarse. En la prisa por huir, los hombres chocaban unos con otros y tropezaban con los cuerpos caídos. Algunos aún intentaban arrastrar a los compañeros hipnotizados a una distancia segura, pero por cada uno que lo logró, otro fue capturado.

Las flechas continuaban haciendo tres y cuatro blancos por vez, pero los monstruos no caían.

Matthias Vaedecker recogió una lanza y se la arrojó con todas sus fuerzas a una criatura que se encaminaba directamente hacia él. Parecía un acto de vida o muerte porque tuvo que afirmar bien los pies para hacerlo, y la criatura corría a tal velocidad que el hombre tuvo que quedarse dentro del radio de influencia de su mortal perfume; sin embargo, la lanza le acertó de pleno en lo que habría sido el pecho si la criatura hubiese sido humana, y la punta lo atravesó limpiamente para asomar por detrás.

La visión de Reinmar estaba nublada, pero no podía equivocarse con la expresión de puro júbilo del rostro de Vaedecker. Nunca había visto a un hombre tan exultante. Lo más notable fue que provocó un eco en el alma del Reinmar cautivo, una renovación de la sensación que lo había inundado cuando su sometimiento al primer enemigo lo había obligado a compartir el éxtasis del asesino deleite.

La lanza de Vaedecker había causado más daño del que era capaz de soportar incluso una criatura como aquélla, y el monstruo se desplomó, aunque no murió y continuó exudando su seductor perfume.

Vaedecker debería haber retrocedido, pero, en cambio, avanzó, atraído sin remedio. La exultación de su rostro desapareció con tan pasmosa celeridad bajo una expresión de miedo que Reinmar no pudo evitar preguntarse si la exultación no sería más que terror disfrazado. Deseó levantarse, correr en ayuda del sargento por estúpido que pudiese ser ese acto, pero en el instante en que logró mover apenas un brazo se vio abrumado por una ola de puro placer que ahogó su mente una vez más y lo dejó impotente.

Si el monstruo no hubiese estado herido, tal vez Vaedecker habría muerto de inmediato, porque el aguijón podría haberlo picado; sin embargo, los músculos que controlaban el aguijón parecían haber perdido la fuerza, y las garras yacían también en el suelo y no podía emplearlas como sables. Lo único con lo que podía hacer algo

era con la lengua serpentina que salía y entraba de la boca por reflejo. Reinmar, a despecho de su impotencia, logró fijar los ojos en aquella lengua y vio que Vaedecker quedaba empapado en su abominable saliva al cabo de pocos segundos.

Una vez más, Reinmar luchó para levantarse, intentando oponerse a la droga que lo había derribado. Se dijo que ya había catado el vino de los sueños y había soñado a consecuencia de aquella circunstancia, pero que no era su esclavo y que la resistencia que hasta ese momento había ejercido contra el vino tenía que acudir entonces en su ayuda.

Pero no sucedió así. Fue uno de los hombres de Vaedecker quien corrió hacia el sargento con prisa y decisión. Si podía juzgarse por su expresión, también él experimentó una ola de puro júbilo al golpear la lengua serpentina con la espada, cercenarla y hacer que volara lejos.

Ese golpe debería haber salvado la vida de Vaedecker. En un mundo más justo, así habría sido, pero aún quedaba un monstruo más en pie y su aguijón continuaba funcionando. La criatura pasó por encima del cuerpo de su compañero caído y, mientras Vaedecker aún vacilaba, incapaz de controlar sus piernas, la punta del aguijón le dio de pleno en la cara, le atravesó la mejilla y penetró en la mandíbula.

Esa vez, por fortuna, no resonó ninguna sensación en el propio cuerpo de Reinmar, y tuvo la libertad de experimentar angustia al ver morir a su amigo.

El monstruo fue herido de inmediato por media docena de lanzas y cayó unos diez segundos más tarde que su última víctima, pero Reinmar sabía que Vaedecker estaba acabado y nunca volvería a levantarse. La batalla del almacén habría dejado unos sesenta u ochenta supervivientes en el bando de Eilhart, los que sin duda se considerarían héroes y vencedores, pero ni Sigurd ni Vaedecker estarían entre ellos, y eso para Reinmar era una derrota.

El perfume hipnotizador no desapareció al morir el sexto y último enemigo, pero su seductor efecto sufrió un repentino cambio en la fugitiva conciencia de Reinmar, y la más absoluta repugnancia sustituyó al poder atractivo con tal brusquedad que lo hizo vomitar sin remedio. Esa vez perdió del todo la visión, y con ella todo sentido del tiempo y el espacio. No quedó inconsciente, pero no sabía dónde estaba dentro del almacén ni dentro de su propio cuerpo. Era como si lo hubiesen hecho ascender a una gran altura desde la cual el mundo entero le habría parecido diminuto si pudiese haberlo visto.

No obstante, cuando recobró una parte de la visión lo único que pudo ver fue Eilhart: Eilhart en llamas que se derrumbaba en ruinas calcinadas mientras el fuego rodeaba su cuerpo; Eilhart con ogros y necrófagos que corrían por las calles, en las que la parte más afortunada de la población era pasada por la espada; Eilhart reclamado por vegetación leprosa y alimañas babosas, no más que una cicatriz en la tierra que rodeaba el maloliente pantano que en otros tiempos había sido el orgulloso

extremo final del comercio del Schilder. Era una mera ilusión, claro, no más verdadera que el soñado castillo de las nubes hasta el que había ascendido después de catar el vino de los sueños.

Cuando volvió a tomar conciencia de su cuerpo, se levantó con piernas inseguras y su nariz no percibía más que olor a sangre y hedor a mierda. Sacudió la cabeza para intentar despejarla, pero aún tenía la vista borrosa y no podía ver hacia dónde debía ir o de qué necesitaba alejarse. Durante varios segundos estuvo indefenso, y luego sintió que un brazo fuerte lo aferraba y se lo llevaba.

Había una voz que gritaba muy cerca de su oído, pero no parecía gritarle a él. Pedía más flechas y más lanzas, pero había en la voz un tono desesperado que sugería que no había más flechas de ballesta para disparar y muy pocas lanzas. El cuerpo de Reinmar continuaba resistiéndose a las exigencias de la voluntad, pero no porque continuara en poder de una magia olorosa. Advirtió, un poco para su propia sorpresa, que simplemente se habían agotado sus fuerzas. Las piernas no le funcionaban bien y su respiración era increíblemente laboriosa. Necesitaba acostarse, que le dieran un descanso durante el que pudiera recobrase, pero la batalla aún continuaba, de alguna manera. Ya no había horrores de seis patas corriendo por el almacén de un lado a otro, pero aún quedaban unos cuantos hombres bestia que luchaban con zarpas y garrotes.

—¡Vamos! —dijo la voz, con mucha mayor claridad al dirigirse sólo a Reinmar—. Tengo que sacarte de aquí. Tenemos hombres más que suficientes para acabar la limpieza.

Lo dejaron sin ceremonias sobre un piso que parecía haberse vuelto increíblemente duro, y allí quedó durante varios segundos mientras el hombre que lo había ayudado —por un momento se preguntó si sería Vaedecker, por imposible que eso fuese— se ocupaba de algo más urgente.

El almacén estaba sumido en una oscuridad mayor que antes porque las lámparas se habían apagado o estrellado contra el suelo, pero cuando la visión del joven se aclaró aún había la claridad suficiente para que viera el rostro que se inclinaba sobre él cuando lo hicieron girar para que quedara tendido de espaldas. Al principio, le pareció que era el rostro de una mujer adorable, pero luego las facciones cambiaron y se transformó en el rostro de una mariposa nocturna, como las que había visto en el sueño, y en esa forma, por alguna perversa razón, parecía aún más hermoso. Luego, volvió a cambiar de manera brusca y se convirtió en la cara del soldado de infantería que había hablado con él y Sigurd antes de comenzar la batalla.

«Este es real», decidió Reinmar, y los otros habían sido ilusiones. Sintió una presión contra la pierna izquierda, y se dio cuenta de que el soldado le había quitado la espada de la mano para metérsela en la vaina.

—Está bien —dijo el hombre con voz ronca de tensión—. Ya ha terminado, ya

está, al fin. El cabo quiere que treinta se queden de guardia y treinta vayan a la plaza para reforzar la posición de Von Spurzheim, pero tú no estás en condiciones de hacer ninguna de las dos cosas. Descansa un poco y luego vete a casa, si puedes.

Reinmar luchó para concentrar sus pensamientos.

—¿Vaedecker? —preguntó con voz débil.

—Muerto —respondió el soldado—, y el gigante también. No los hemos detenido. No importa cuántos hayamos matado, no los hemos detenido. Pero tú has hecho tu parte y has sobrevivido. Contusionado, pero sin cortes; eso cambia mucho las cosas cuando hay tanto peligro de infección. En cuanto puedas caminar, márchate a casa, pero ve con cuidado.

—¿Sigurd? —fue lo único que pudo decir Reinmar.

El soldado, sin embargo, ya había respondido a esa pregunta y no era el tipo de noticia que le gustaba repetir. Lo que sí repitió fue el consejo de que se marchara a casa. Se mostraba amable, aunque había acertado por completo en su estimación de que Reinmar era incapaz de hacer más esfuerzos.

Cuando lo dejó a solas, el joven se quedó tendido donde estaba. Necesitó varios minutos para dilucidar en qué lugar se encontraba exactamente, pero al fin lo logró y comenzó a calcular la distancia que mediaba entre él y la puerta que daba a la calle. En el almacén, reinaba un silencio pesaroso, y el aire estaba cargado de olor a humo, pero ese humo había entrado procedente de algún otro sitio porque el edificio no estaba en llamas.

Por fin, Reinmar logró ponerse de pie. Le dolían las extremidades y tenía la sensación de que sus pulmones estaban llenos de vapores nauseabundos, pero, en efecto, no presentaba corte alguno y podría no haber tenido contusiones si no lo hubiesen arrojado al suelo tantas veces.

Cuando se encaminó hacia la puerta, los hombres apostados a ambos lados de la misma no discutieron su derecho de traspasarla.

—Bien hecho, muchacho —murmuró uno de ellos.

—Ten cuidado —dijo el otro—. La calle vuelve a estar en nuestro poder, pero si vas hacia el centro de la ciudad podrías encontrarte con algún enemigo perdido.

Cuando salió a la calle, el olor a humo se hizo más intenso, aunque comparado con lo que acababa de soportar no le pareció ni desagradable ni peligroso. Había dado media docena de pasos cuando tuvo que detenerse y recostarse contra una pared, pero pudo sentir que unas reservas de fuerza de las que hasta entonces no había tenido conocimiento se apoderaban de su corazón y sus piernas.

—Vete a casa —le susurró una voz que no pudo reconocer pero que parecía muy dulce y amorosa—. Vete a casa y apaga la sed.

No había rostro alguno tras la voz, pero, cuando se volvió a mirar a sus espaldas, algo se retiró hacia las sombras y sintió en una mejilla lo que podrían haber el roce de

unas alas en vuelo. La fuerza que lo estaba inundando continuaba en aumento, pero de pronto se dio cuenta de lo seca que tenía la garganta. Miró hacia atrás y hacia adelante, e hizo inventario de los cuerpos que yacían en las proximidades de la puerta del almacén. Sólo uno de cada cuatro era un hombre de constitución normal.

Allí, al igual que dentro del almacén, su bando había sido el vencedor, pero la victoria se había pagado a un alto precio. Si Reinmar hubiese sido capaz de llorar, lo habría hecho porque tenía la sensación de saber mejor que nadie cuál había sido el precio exacto.

Treinta y tres

Reinmar se había enfrentado con espadachines, con hombres bestia astados e incluso con los escorpiones transfigurados, pero se estremeció al encontrarse a solas con los muertos. Sin embargo, no permaneció solo durante mucho tiempo. Otros hombres de la ciudad, seleccionados por los soldados de Vaedecker, avanzaban con paso trabajoso tras él. Uno o dos de ellos tenían arcadas a causa del hedor venenoso, pero a ninguno le quedaba ya nada en el estómago que pudiera vomitar. Todos necesitaban algo mejor para respirar, y se sintieron tan agradecidos como Reinmar por el hecho de que el aire no contuviese nada más asqueroso que el humo.

En el centro del pueblo, había edificios ardiendo, pero eran unos pocos. La población no quedaría destruida a menos que las cosas empeoraran mucho más, y las fuerzas enemigas parecían haber agotado sus recursos. Habían atacado de modo rápido y furioso, y había pagado un alto precio.

Reinmar continuó apoyado contra la pared mientras sufría otra náusea, aunque ésta lo hizo sentir mejor. El total vaciado del estómago lo había dejado con una sed espantosa, y pensó que moriría sin remedio si no podía encontrar pronto un vaso de agua o uno de buen vino blanco del Reik, pero sabía que sólo se encontraría a pocos minutos de su casa una vez que lograra convencer a su cuerpo de que se moviera.

Cuando por fin lo consiguió, fue capaz de poner un pie delante del otro con razonable estabilidad. Dos de sus vecinos caminaban junto a él, pero no les habló, y ellos tampoco le dijeron nada.

No había hombres bestia sedientos de sangre corriendo por las calles, aunque él y sus compañeros pasaron junto a un medio centenar de hombres tan maltratados como ellos, y su estado fue comentario más que elocuente de la ferocidad con que se había librado la batalla principal. Mientras pasaba de una calle a otra, Reinmar vio que aunque habían obligado a los atacantes a salir de la zona con bastante prontitud, éstos no se habían marchado sin dejar huella.

Ya fuese mediante magia o violencia, los enemigos de Eilhart habían llegado mucho más allá de las barricadas defensivas para propagar su malevolencia. Habían dejado sangre y cristales rotos en todas las calles, y Reinmar sabía que habría sido mucho peor en la plaza del mercado y los muelles; no dudaba que la luz de la mañana mostraría cicatrices en todas las casas de los mercaderes y fabricantes artífices y

conservadores de la prosperidad de Eilhart.

Al acercarse más a su casa, Reinmar vio que uno de los chisporroteantes incendios ardía en la vecindad inmediata de la bodega Wieland, pero no en la tienda misma, y los vecinos que habían formado una cadena para transportar agua con el fin de extinguirlo parecían tener la situación controlada. No se ofreció para ayudar, sino que se encaminó hacia la puerta de su casa.

Mientras manipulaba el cerrojo, bajó la mirada, y al ver el estado en que tenía la ropa, se dio cuenta de que debía ser una figura atemorizadora en la media luz rojiza del fuego, manchado como estaba de sangre e icor.

«Vaya —pensó—, pero si yo mismo me he convertido en una especie de monstruo...»

La puerta estaba cerrada con llave y la golpeó con toda la fuerza de que fue capaz con la esperanza de que Margarita se encontrase dentro y no estuviese demasiado asustada para abrirla. Esperó, pero no apareció nadie.

Se llevó la mano a la empuñadura de la espada como para sentir el poder que había en ella después de haber derramado tanta sangre enemiga, pero no la desenvainó. A su padre no le gustaría que forzara la puerta, y ya tendría que trabajar mucho para limpiar, afilar y pulir el arma sin necesidad de doblar la hoja por haberla usado como palanca. Sabía que debería trepar hasta el alféizar de la ventana y deslizarse a través de ella como había hecho tantas veces antes, pero vaciló al pensar en el esfuerzo que eso requeriría. Golpeó la puerta una segunda vez, en esa ocasión con más fuerza que antes. No respondieron con prontitud a la llamada y, al fin, comenzó a girar para marcharse. Entonces, oyó sonidos de movimiento dentro de la tienda, así que esperó.

—¿Quién es? —preguntó una voz desde el interior: era Margarita.

—Reinmar —replicó él.

—¿Estás solo? ¿Estás herido?

—Solo, sí. Herido..., es posible que un poco, aunque no de muerte.

Oyó el sonido de la barra que raspaba contra la puerta al ser retirada. La puerta se abrió apenas, se detuvo y luego acabó de abrirse, aunque no apareció la cara de Margarita. Pensando que la muchacha se había retirado para usar la puerta a modo de escudo, Reinmar entró. La única luz del interior era una vela colocada sobre un candelabro que habían dejado sobre el primer escalón de la escalera que llevaba al primer piso.

La puerta se cerró de golpe detrás de él, y Reinmar se volvió con presteza. Margarita estaba allí, aunque no se encontraba sola, y el hombre que se había situado detrás de ella tenía un cuchillo contra la garganta de la muchacha.

Reinmar sintió una punzada de amargo pesar por haber permitido que su entrada secreta hubiese sido vista y utilizada.

—Primo Wirnt —musitó con voz ronca—. Tus amigos y parientes han estado preguntando por ti.

—He tenido que ser cuidadoso, primo —le aseguró el robusto hombre—. Apenas acababa de marcharme de tu tienda cuando los hombres de Von Spurzheim ya me pisaban los talones. ¡Qué peste es ese hombre! No me quedó más alternativa que esconderme, y para cuando intenté ponerme en contacto con mi padre, ya se lo habían llevado. Estuve a punto de regresar a Holthusen, pero eso podría haber sido aún más peligroso, así que pensé que era mejor esperar otra oportunidad para hablar con mi tío. Cuando lo vi salir, estuve a punto de no reconocerlo..., pero luego me di cuenta de que tú debías haberle traído vino de la mejor calidad. Todavía estoy dispuesto a pagar un precio justo por la mercancía, claro... si aún puede considerarse preciosa una vida después del espectáculo de destrucción de esta noche.

—Lo siento, Reinmar —dijo Margarita con una voz casi tan ronca como la del joven.

Con ansiedad, Reinmar observó que el resplandor de los ojos de Wirnt no era el del vino de los sueños, sino algo más eléctrico. Resultaba evidente que su ansia de bebida había aumentado. No estaba loco, no como lo había estado Luther, pero se encontraba desesperado, era peligroso y no se podía confiar en la firmeza de su mano.

—Suéltala —dijo Reinmar—. Margarita no tiene nada que ver con los desacuerdos que puedas tener conmigo. Ha venido aquí para poder prestar un servicio de extraordinaria bondad.

—¿Debería amenazar a la gitana, entonces? —preguntó Wirnt a su vez, sin apartar la punta del cuchillo del cuello de Margarita—. Me temo que ésa no te servirá para nada. La llamada que el origen enviará después de esta noche de herejía será irresistible. Puede ser que incluso la oigas tú; pero yo debo estar lejos por la mañana si quiero aprovechar al máximo esta oportunidad, y no puedo marcharme sin un poco de vino. Tú tienes una abundante reserva, ¿no es verdad?

—La verdad es que no —replicó Reinmar—. Mi abuelo se lo llevó todo. No queda ni una gota en la casa.

—Cuando lo vi no llevaba ninguna botella en la mano —dijo Wirnt—, y no puede ser tan estúpido para andar por las calles de Eilhart con una jarra de vino oscuro cuando están llenas de cazadores de brujas. ¿Dónde está, primo? ¿En las bodegas? Ya basta de mentiras.

—Lo que se llevó era néctar puro, no vino diluido —aclaró Reinmar—. No te estoy mintiendo. Si le haces daño a la muchacha, te mataré. Suéltala.

La única respuesta de Wirnt a la amenaza y exigencia del joven fue presionar el cuello de Margarita con la punta de la daga y hacer que manara un hilo de sangre. La fugitiva luz de vela que se reflejaba en los ojos de ella hizo visible el terror que sentía, pero no gritó. Intentaba con todas sus fuerzas ser valiente.

—Cuéntame una mentira más, primo —dijo Wirnt con voz fría—, y podría apretar el cuchillo más de la cuenta.

—Eso ya lo has hecho —le contestó Reinmar con igual frialdad—. Ahora tendrás que ganarte suficiente consideración para persuadirme de que te deje salir de aquí con vida. No tienes ni idea de cuánto he matado esta noche, seres que no eran del todo hombres, quimeras medio humanas y escorpiones gigantes de olor hipnótico.

—¿Has matado a unos enemigos semejantes? —preguntó Wirnt con tono de burla—. Eso lo dudo, a menos que tuvieras un ejército contigo..., y si lo tenías, ese ejército no está contigo ahora. Necesito el vino, primo Reinmar, y creo que a estas alturas entiendes lo fuerte que puede ser una necesidad así. Sabes perfectamente bien que lucharé contra ti si tengo que hacerlo, y que te mataré si tengo que hacerlo, y no pareces tener fuerzas suficientes para aplastar una mosca, así que mucho menos las tienes para trabarte en combate con un hombre como yo. No quiero hacerle daño a nadie. Sólo quiero el vino que trajiste del valle, y una vez que lo tenga puedes confiar en que me lo llevaré lejos de aquí. Me lo llevaré hasta Marienburgo si puedo.

—¿Y qué te hace pensar que podrás? —preguntó Reinmar a su vez con la esperanza de que si lo retrasaba durante el tiempo suficiente podría reunir las fuerzas necesarias para luchar—. Si incluso yo puedo oír una llamada por el mero hecho de haber oído un corcho, ¿qué evitará que acabes en el valle oculto, dentro de un nicho del suelo de piedra, con una adorable flor brotándote del cuerpo? ¿O es que nadie te ha contado aún cómo se hace el vino de los sueños?

—Reinmar, por favor.

El ruego procedía de los labios de Margarita, aún aterrorizada.

—Tu amiguita no te perdonará con facilidad esta demora innecesaria —dijo Wirnt con una sonrisa ceñuda—. Y cuando se haga recuento del coste de esta noche, necesitarás todos los amigos que puedas encontrar. Tú trajiste a esos monstruos hasta aquí, Reinmar, tú. Probablemente soy el único hombre en doscientos kilómetros a la redonda que no te guarda rencor por eso, porque sé lo que tu obra ha hecho con el precio del vino oscuro y tengo intención de quedarme con tu reserva secreta. Soy bastante joven, así que necesito apenas una gota para mi propio consumo, y sé con exactitud qué precio pedirles por el resto a aquellos cuya necesidad y sed son mucho mayores. Sólo deja que coja lo que quiero, y a la muchacha no le sucederá nada. Me marcharé en un abrir y cerrar de ojos.

—Tendrás que encontrar a Luther —dijo Reinmar, entonces más desesperado.

Pero al hablar vio que los ojos de Wirnt ya no estaban fijos en los suyos. El hombre robusto miraba detrás de él, a alguien que estaba en la escalera, y a su mirada afloró una nueva certidumbre.

Reinmar se volvió con la esperanza de ver a Luther, a Godrich o incluso a Albrecht rejuvenecido, pero a quien vio fue a Marcilla, tal vez despierta pero aún

soñando.

La muchacha gitana tenía la cabeza ligeramente alzada, como si escuchara con atención o intentara captar un aroma ligero y fugitivo. Se movía con lentitud, pero su cuerpo estaba muy erguido, aunque sus ojos abiertos no veían. Al llegar al pie de la escalera, avanzó hacia el comienzo de otra, la que bajaba a las bodegas.

—Me parece que a fin de cuentas no te necesito, maese Wieland —observó Wirnt con tono triunfante—. Puede ser que tu escondrijo sea a prueba incluso de un paladar educado como el mío, pero ella le pertenece por completo al vino, y así ha sido desde el momento de su concepción. ¡A ella no puedes ocultárselo!

Reinmar no estaba seguro de que esa teoría pudiese ser correcta, dado que la madre de Wirnt parecía ser una hechicera mientras que la de Marcilla sólo había sido una gitana; pero ya le habían advertido que la gitana podría encontrar el néctar dondequiera que estuviese oculto. Él la había sacado del valle, pero parecía que nada que él pudiese hacer la liberaría de la llamada que había oído.

Por primera vez comprendió lo desesperanzado que había sido su amor, lo pequeño e impotente que era cualquier afecto ante el tipo de orden que encarnaba el perfume del ser que Sigurd había matado, y que a su vez había matado a Sigurd.

También entendió que tal vez Luther no había sido lo bastante estúpido para llevarse el néctar cuando salió de la casa. Quizás había vuelto a esconderlo en algún lugar secreto.

—¡Síguela! —dijo Wirnt con brusquedad—. Yo también os acompañaré..., y recuerda que la seguridad de esta bonita doncella está en tus manos. Si consigo lo que necesito, estará a salvo. Si no..., con independencia de lo que nos suceda a ti o a mí, ella morirá.

Reinmar hizo lo que le ordenaba. Cogió el candelabro que reposaba sobre el último escalón de madera y lo levantó lo bastante como para alumbrarle el camino a Marcilla por las escaleras de piedra, aunque ella no parecía tener ninguna necesidad de que la guiara una simple luz.

«Esto es una suerte —se dijo Reinmar mientras bajaba tras la hechizada muchacha—. No habría logrado convencer a Wirnt de que mi abuelo tenía el néctar ni de que yo no podía encontrar su escondrijo, pero ahora veré dónde está antes que él. El tiene la daga, pero yo tengo la vela».

Intentó con desesperación pensar en un modo de convertir esa discrepancia en ventaja sin exponer a Margarita al riesgo de que le cortaran el cuello. Aún era terriblemente consciente de su propio debilitamiento físico.

Marcilla llegó al pie de la escalera y avanzó con rapidez hacia los laberínticos corredores que había entre los botelleros.

Allí apenas había espacio suficiente para que la gente se moviera en fila india, y Wirnt tenía que arreglárselas con Margarita además de con su propio cuerpo, más

ancho de lo normal. Por desgracia, Wirnt sabía que era peligroso permitir que Reinmar se le adelantara demasiado, así que de inmediato le gritó una orden para que se detuviera.

—Ahora, mi querida —le dijo Wirnt a Margarita cuando Reinmar obedeció—, quiero que te acerques a tu amigo por detrás y extiendas un brazo con mucho cuidado. Quiero que le quites la espada de la vaina y la dejes caer al suelo.

Para hacer eso, Margarita tardó más de lo que Wirnt esperaba, pero lo hizo y la espada repiqueteó sobre el piso de piedra.

—Bien —dijo Wirnt—. Rodéalo con los brazos y sujétalo bien. A partir de ahora los dos debéis moveros como si fuerais uno solo, pero yo me quedaré aquí atrás con la daga y te la meteré entre las costillas si me das el más pequeño motivo para hacerlo. Ahora, moveos.

Reinmar continuó. Las manos de Margarita se aferraban con fuerza ante su pecho, y la presión de los brazos de la muchacha parecía restringir sus movimientos mucho más de lo que en realidad lo hacía. No obstante, oyó que Wirnt recogía su espada al pasar, y supo que entonces se encontraba en auténtica desventaja, aunque aún tuviese el control de la luz.

Marcilla había continuado avanzando con rapidez, pero en ese momento se detuvo y movió los brazos con incertidumbre, como si las puntas de sus dedos fuesen capaces de percibir la dirección en que se encontraba el frasco desaparecido. Entró en un corredor lateral sin salida y se encaminó hacia una zona de pared desnuda.

En aquella pared no se veía más evidencia de que hubiese un trozo de mortero suelto que en el dormitorio de Reinmar, pero el joven sabía que Luther había vivido en la casa durante mucho tiempo, y que Von Spurzheim no podía ser el primer funcionario autorizado que pensaba que debían registrarse las bodegas.

Wirnt, que obviamente había llegado a la misma conclusión, profirió un audible suspiro de expectación.

Luego, se oyó un tremendo choque cuando algo estalló sobre la cabeza del robusto hombre.

Margarita gritó cuando la espada o la daga le pinchó la espalda, y aferró a Reinmar con tal fuerza que éste soltó el candelabro. La luz de la vela osciló, pero no se extinguió, y acabó por estabilizarse otra vez cuando el candelabro se posó en la posición correcta.

Reinmar se volvió al mismo tiempo que rodeaba protectoramente con los brazos el cuerpo de Margarita y esperaba con fervor que no estuviese malherida.

No lo estaba, ya que Wirrit había sido derribado de modo demasiado repentino como para cumplir su amenaza. Lo habían golpeado desde arriba, no por la espalda, y no había tenido la más mínima oportunidad de ver u oír que el atacante se acercaba.

El atacante estaba tendido en lo alto de un botellero del que había sacado la jarra

de vino que había destrozado sobre la sólida cabeza de Wirnt. Al parecer, Ulick no había salido de la casa, sino que se había escondido en un sitio que era demasiado estrecho para que cupiese nadie que no fuese tan delgado como él.

Los ojos del chico gitano estaban abiertos de par en par y tenía que haber sido lo bastante capaz de ver para dirigir bien el golpe, pero, al mirarlos, Reinmar supo que el estado de Ulick era exactamente igual al de Marcilla y dedujo que lo habían enviado allí para vigilar el frasco que Luther Wieland había ocultado en la pared, y para guardarlo para su hermana y tal vez incluso para sí mismo.

A pesar de eso, Reinmar pensó que tenía que hacer un esfuerzo por hablarle al chico de modo sensato.

—Ulick —dijo en voz baja—, no debes permitir que Marcilla beba el néctar. Si los dos consentís en no acercaros a él, aún existe una posibilidad de que sobreviváis a este horrible asunto. Ahora entiendo que nunca debí sacarlo del valle, pero estaba confundido a causa de su perfume. Es maligno por completo y debe ser destruido.

Sin embargo, mientras Reinmar hablaba, Ulick bajó del botellero y recogió la daga de Wirnt.

El joven Wieland podría haber cogido su espada si Margarita no hubiese estado en su camino, pero no podía soportar la idea de empujarla con rudeza por encima del cuerpo caído de Wirnt y usarla como escudo. Habría sido excesivamente cruel, aunque no hubiese resultado demasiado peligroso. Aún era Marcilla a quien amaba, pero Margarita era amiga suya y ya la habían aterrorizado y había sufrido un corte por amor a él.

—¿El néctar es tuyo, maese Wieland? —preguntó Ulick con una voz que no le pertenecía del codo—. ¿Lo reclamas para ti mismo?

—No —respondió Reinmar—, no lo reclamo. No es el tipo de cosa que pueda o deba poseer un simple hombre; quien lo tiene es poseído.

En ese momento, sintió que una mano se posaba sobre su hombro desde detrás, y que los dedos de Marcilla le acariciaban el flanco del cuello. Sintió el aliento de la muchacha en la mejilla cuando ella se inclinó para susurrarle al oído, pero la voz que le habló no era de ella y supo que, por mucho que él hubiese luchado para negar el hecho, la gitana ya estaba poseída.

La voz de Marcilla, al igual que la de Ulick, era entonces la misma que le había hablado, procedente de la nada, cuando estaba bien despierto, y también la que le había hablado de modo mucho más sutil durante el sueño inducido por el vino oscuro.

—Adorado Reinmar —dijo la voz—, estamos todos poseídos desde el momento en que aprendemos a ver hasta el momento en que tenemos que aprender a morir. Estamos poseídos por nuestros apetitos y nuestra lujuria, y por mucho ahínco que ponga la razón en luchar por su imperio, esos reclamos de posesión nunca pueden

hacerse a un lado. Tú estás poseído, cariño mío, y la chiquilla que tienes entre los brazos también está poseída, sin remedio y para siempre. No tienes más alternativa que ser una posesión, y nunca la tendrás; la única libertad que tendrás es la libertad de usar esa alternativa de un modo mejor que algunos de tus congéneres. Puedes ser mío, si lo quieres, pero si no quieres ser mío sólo serás de otro, o te poseerán en común todos mis pasmosos congéneres que te lanzarán de un lado a otro y nunca conocerás el verdadero descanso, la justa certidumbre ni el placer real. Es mucho mejor que seas mío, tesoro, con conocimiento y voluntad. De ese modo, al menos tendrás alguna ligera gratificación en la vida, en lugar de preocupaciones interminables y afanes infinitos. Créeme, adorado Reinmar, no existe nada que vayas a desear más cuando te hagas viejo que la oportunidad de invertir el reloj y entregarte por entero a mí. Aprovecha ahora esa oportunidad, y ahórrate una enorme cantidad de dolor.

Los brazos de Reinmar continuaban en torno a Margarita, y ella se había relajado en su abrazo y presionaba su cuerpo contra el de él, pecho contra pecho. El joven sabía que ella había oído cada una de esas palabras, y que aguardaba su réplica con la respiración contenida.

—No puedo —respondió—. No puedo, Marcilla.

No estaba seguro de si Margarita estaría dispuesta a creer que él le hablaba a Marcilla y sólo a Marcilla, pero pensó que sería mejor que así lo creyera.

—Corrompido por la disciplina —dijo la voz con pesar—. Si pudieras matar por mí, hallarías mucho más placer en matar. Creo que eso lo intuiste un momento antes de que muriera el enemigo. ¿No puedes recordar lo que debería ser matar, amor mío? ¿Debes convertirlo en un asunto de deber y disciplina?

—Llévate el néctar y márchate, Marcilla —dijo Reinmar con la voz seca de sed—. Llévatelo, te lo ruego, y márchate.

La mano se apartó de su hombro, pero no se retiró, sino que los dedos ascendieron para presionarle los ojos con suavidad e impedirle que viera.

—¡Ay, mi querido tonto! —dijo la voz—. Podría haber hecho eso en cualquier momento desde que saliste del mundo subterráneo, pero el juego aún no ha terminado. No me entiendes en absoluto, a pesar de todos tus sueños anhelantes.

Y dicho eso, Reinmar se encontró con que se sumía lentamente en la inconsciencia. Aún tenía la garganta desesperadamente seca, pero al fin resultó que estaba todavía más cansado que sediento. Se desvaneció en un delicioso sueño sin sueños.

Treinta y cuatro

Reinmar despertó cuando le echaron agua en la cara. Al levantar la cabeza, el borde de una taza le tocó los labios y él bebió con avidez para luego coger la taza con la mano y vaciarla por completo antes de mirar el rostro iluminado por la luz de una vela del hombre que se la había dado.

—¿Godrich? —dijo.

—Exacto —asintió el mayordomo—. ¿Qué ha sucedido aquí, maese Wieland?

Por un momento, Reinmar ni siquiera supo dónde estaba, pero cuando sus ojos se posaron sobre los botelleros, lo recordó. Su primer pensamiento fue buscar a Marcilla, y sólo cuando reparó en que no estaba tomó conciencia de lo que significaba el hecho de que también otros hubiesen desaparecido.

Wirnt se había marchado, al igual que Margarita. ¿Significaría eso que había vuelto a hacerla prisionera?

Entonces, Reinmar miró la pared desnuda y vio un agujero del que habían retirado cuidadosamente un bloque de piedra. Se puso de pie al mismo tiempo que imprecaba en silencio por el dolor que afligió de inmediato sus brazos y piernas. Miró al interior del agujero, pero dentro no había nada. Metió la mano y palpó cada grieta con los dedos. Si el frasco hubiese estado allí debería haber podido tocarlo, pero no estaba. ¿Había estado allí alguna vez, se preguntó, o el drama que había tenido lugar en la bodega no había sido más que una charada desde el principio al fin? ¿Acaso Marcilla había conducido a Wirnt hasta Ulick mediante fingimientos, para que Ulick pudiese romperle la jarra en la cabeza? Godrich aún esperaba cortésmente una respuesta.

—Mi primo Wirnt estuvo aquí —le explicó Reinmar—. Buscaba vino oscuro, pero Luther se había llevado el frasco que yo traje del valle. Si mi abuelo realmente escondió aquí lo que quedaba, no tengo ni idea de dónde está ahora. ¿Qué hora es?

—Las tres de la tarde —replicó Godrich—. Deberías subir, si puedes caminar. He preparado algo de comida, aunque en el mercado no queda nada que comprar.

—¡Las tres de la tarde! Debo de haber dormido todo un día o casi.

Reinmar se dejó conducir en dirección a la escalera, pero primero buscó su espada y no le hizo ninguna gracia ver que había desaparecido.

—Yo diría que necesitabas dormir —observó Godrich cuando comenzaron a

subir la escalera sin prisas—. A juzgar por el estado de tu ropa, estuviste en pleno combate.

—¿Ha acabado?

—No del todo, pero la Guardia del Reik tiene las cosas muy controladas.

—¿La Guardia del Reik, no Von Spurzheim?

—Ha muerto. El enemigo sufrió tremendas pérdidas para llegar hasta él, pero al fin lo lograron. He oído que también ha muerto Vaedecker... y Sigurd. Pero tu padre está bien.

—¿Qué me dices de tus hijos?

—Mi familia está toda bien —respondió Godrich, con alivio evidente—. Creo que ahora estaremos a salvo todos.

—Supongo que sí —dijo Reinmar cuando entraban en la cocina—. Era a Von Spurzheim a quien querían matar. Vaedecker me dijo que lo reemplazarían, pero que su sustituto no tendría sus conocimientos ni su obsesión particular. Buscarán el valle, pero cuando no logren encontrarlo pasarán a otra cosa. La Guardia del Reik se quedará en el pueblo durante un tiempo, pero antes o después encontrarán algo mejor que hacer. La cosa no ha acabado, pero pronto volverá a la normalidad para aquellos que hayan sobrevivido.

—El camino de Holthusen ya está abierto —comentó Godrich como si fuese una prueba de lo que acababa de decir él—. Me temo que la ruta del río tendrá que esperar hasta que se hayan reparado las esclusas, que, a su vez, tendrán que esperar hasta que el agua corra mucho más limpia que ahora, pero ya han llegado más soldados para ayudar en la limpieza. Nadie ha hecho recuento de las bajas enemigas, pero las nuestras, las del pueblo, quiero decir, sin contar a los soldados, son de unos pocos cientos. No llegan al millar, por fortuna. Los soldados también han perdido centenares, por supuesto, pero las fuerzas que acaban de llegar compensarán esas bajas. Los incendios no fueron tan terribles como parecía, aunque los muelles y almacenes casi resultaron devastados y una docena de casas quedaron deshechas.

Cuando acabó esa explicación, Godrich ya volvía a llenar la taza de Reinmar con el agua de una jarra.

—Ten cuidado, señor —añadió el mayordomo—. El agua potable es tremendamente escasa.

Reinmar sintió una leve punzada de culpabilidad al darse cuenta de que ya había vaciado la taza.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó.

—Se ha marchado a buscar a tu abuelo.

—¿Adonde se ha marchado a buscar a mi abuelo? —preguntó Reinmar con el entrecejo fruncido.

—A casa de Albrecht. Deberías comer algo, señor. No tiene un aspecto muy

apetitoso, lo sé, pero deberías comer.

Reinmar miró la comida que Godrich había dispuesto. No había pan ni carne, y las verduras hervidas no parecían nada atractivas, pero sabía que el mayordomo tenía razón. Debía comer mientras pudiera. En los días y semanas siguientes habría tanta hambre que esa comida llegaría a parecer, en el recuerdo, un festín envidiable; no obstante, tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—¿El camino hasta casa de Albrecht es seguro? —preguntó mientras se sentaba y cogía una cuchara—. ¿Y la casa todavía está en pie, ya que estamos en ello?

—No lo sé, señor —respondió Godrich—. Pero Gottfried cree que si puede encontrarse a Luther, será allí donde esté.

—Sin duda, Wirnt sacará la misma conclusión —murmuró Reinmar—. Ese bastardo me robó la espada, y puede ser que aún tenga a Margarita. Debería...

—Primero, come —lo interrumpió Godrich al mismo tiempo que empujaba la cuchara de Reinmar en dirección a su boca—. Le pedí a tu padre que no corriera ese riesgo, pero... bueno, señor, hay un asunto entre ellos dos que no se ha arreglado en muchos años, como probablemente sepas.

—El asunto del vino oscuro —dijo Reinmar.

—El asunto de la autoridad en el negocio —lo contradijo Godrich—. El asunto de la autodeterminación y el poder para adquirirla. A veces, señor, los hijos no son tan obedientes con sus padres como exigen la costumbre y la moral.

Por un momento, Reinmar pensó que lo estaba acusando a él, pero luego se dio cuenta de que Godrich se refería a cuestiones que había entre Gottfried y Luther. Sus pensamientos también fueron hasta Wirnt y Albrecht..., y Valeria. Con independencia de cualquier otra cosa que el vino de los sueños pudiese darles a sus consumidores, resultaba evidente que no era demasiado bueno para los sentimientos familiares.

—¿Tienes alguna idea de lo que le ha sucedido a Margarita? —preguntó Reinmar.

Mientras, continuó metiéndose comida en la boca. Había nabo en la mezcla que le habían puesto en el plato, y repollo, pero nada que le resultase placentero comer. A pesar de eso, tenía hambre y su estómago agradeció que lo llenara.

—Estaba conmigo en la bodega. El primo Wirnt le puso un cuchillo en la garganta para obligarme, pero el chico gitano le dio a él un golpe en la cabeza. Wirnt debió de recobrar el sentido cuando yo aún estaba durmiendo, y si Margarita todavía estaba allí, por la razón que fuese...

—No la he visto —dijo Godrich—, pero deberías ir a preguntar a su casa antes de sacar conclusiones ominosas. Pero cámbiate primero de ropa... por ti mismo tanto como por su madre.

—Él tiene mi espada —repitió Reinmar, malhumorado—. Tal vez también tenga el néctar..., pero si se ha llevado a Margarita debe pensar que aún puede obtener algo

a cambio de ella, así que debo suponer que Marcilla se llevó el frasco.

Ya había acabado con tanta comida como era capaz de tragar, y volvió a levantarse.

Era obvio que Godrich pensaba que no había comido suficiente, pero no intentó detenerlo.

—Tienes razón en lo de la ropa —comentó Reinmar mientras se volvía para encaminarse hacia su dormitorio. Pero en el umbral se detuvo para preguntar—: ¿He hecho mal, Godrich? ¿Ha sido mi estupidez lo que ha perjudicado a Eilhart?

—No sé qué hiciste, señor —señaló Godrich con una cortesía tan escrupulosa que resultaba casi insultante—. No has confiado en mí.

—Se suponía que yo no debía hallar el camino hasta el mundo subterráneo de debajo del monasterio —le dijo Reinmar sin más—. El hecho de que descubriera el secreto de la producción del vino oscuro no revestía ninguna importancia particular, pero derramé las reservas que tenían y robé un ingrediente vital que podría haber sido usado para hacer más vino. Le robé a un dios oscuro una pequeña parte de su poder para obrar el mal. ¿Debería haber dejado tranquilo ese poder para que continuara con su sutil obra maligna?

—No puedo decírtelo —replicó Godrich—, aunque me pregunto por qué no le hablaste a nadie más del néctar que te llevaste de allí.

—Estaba enojado y escandalizado —confesó Reinmar—, y quería apuntarme un tanto. Quería hacer sentir mi cólera, pero también quería tener un secreto que guardar, un poder para mí solo. No sabía en quién confiar, pero ésa no fue la razón por la que me negué a confiar en nadie. Quería ser un jugador en este juego, no un peón. A causa de eso, Eilhart ha estado a punto de ser destruido.

—No fue por eso —le aseguró Godrich—. Esas cosas que vinieron anoche no tienen otra razón de ser que no sea destruir y mutilar. Si no hubiesen caído sobre Eilhart, habrían hecho lo mismo en algún otro lugar. Eilhart tiene suerte de contar con unos defensores tan apasionados. El mundo es el mundo, maese Reinmar. No es culpa tuya, ni mía, que en él exista el mal. Luchamos contra él lo mejor que podemos. Eso hiciste tú.

—Gracias —dijo Reinmar al mismo tiempo que asentía con la cabeza, antes de subir la escalera hasta su dormitorio.

Una vez en él, se encaminó de inmediato hacia su armario y su baúl. Últimamente había estropeado tanta ropa que tuvo suerte de encontrar algo que ponerse, en especial cuando Luther le había robado su mejor traje pero, para su fortuna, Reinmar era el vástago de una familia próspera. La ropa que decidió ponerse le quedaba un poco pequeña además de carecer de elegancia, sin embargo tendría que arreglarse con eso.

El agua que había junto a su cama para lavarse no se había cambiado en dos días y

supuso que no la cambiarían durante dos semanas más, así que puso más cuidado del habitual al limpiar la mayor parte de la suciedad de su rostro y manos. Lo logró bastante bien, aunque aún tenía un aspecto lastimoso cuando se miró al espejo.

Al apartarse del espejo se dirigió hacia la puerta, pero un impulso inexplicable lo hizo vacilar en el umbral. Esperó un momento mientras intentaba dilucidar qué lo había hecho detenerse y, luego, sin estar aún seguro, volvió sobre sus pasos.

Se encaminó hacia el escondrijo favorito en el que había ocultado el frasco antes de que se lo robara Luther y que, por tanto, no estaba allí cuando volvió a colocar el trozo de mortero; sin embargo, en cuanto volvió a retirarlo, vio que el escondrijo ya no estaba vacío.

Alguien había vuelto a dejar dentro el frasco del que no faltaban más que un par de gotas.

—Marcilla —murmuró, pero entonces sabía que Marcilla no era totalmente Marcilla y que era la otra parte de ella, quien la poseía, la que había vuelto a poner el frasco donde Wirnt ya lo había buscado sin hallarlo.

Al parecer, todo el mundo estaba decidido a que él fuese un comerciante de vino, por mucho que él intentara eludir esa suerte.

Cogió el frasco y lo metió en su zurrón. Luego, fue a ver a Godrich y le pidió que le prestara una espada.

Godrich le dijo que no había ninguna clase de arma en la casa, pues todas habían sido requisadas por Von Spurzheim.

—Sin embargo —añadió el fiel servidor—, sospecho que si usas los ojos cuando atraveses los límites del pueblo, puede ser que encuentres algo que te sirva.

Esta profecía resultó ser correcta, aunque Reinmar visitó la casa de Margarita antes de comprobarlo. La madre no la había visto y se sintió extremadamente descontenta al descubrir que ya no estaba a salvo en casa de Gottfried Wieland. Reinmar sólo pudo responder que lo lamentaba, y jurar por su vida que la devolvería sana y salva a casa.

Treinta y cinco

Los soldados y hombres del pueblo habían estado toda la mañana ocupados en recoger aquellas cosas que pudiesen servir para algo, pero en el exterior de las barricadas había demasiados cuerpos hediondos para examinarlos como era debido. El arma de la que se apropió Reinmar era tosca, estaba embotada y oxidada, pero el joven necesitaba su peso tranquilizador mucho más que el filo de la hoja. La sujetó en la mano mientras marchaba con resolución hasta coronar la colina y entraba en el bosque de abetos que rodeaba la casa de Albrecht Wieland.

Sobre el bosque se veía humo, pero procedía de la chimenea de la casa y no de brasas de la madera con que estaba construida. El enemigo que había caído sobre el pueblo con temeraria furia no había pasado por allí, ni tampoco parecía haber restos del monstruoso ejército que acecharan en el bosque, a pesar de que los centinelas de Von Spurzheim se habían retirado hacía más de un día. Reinmar no dejaba de mirar a su alrededor mientras recorría el sendero y volvía constantemente la cabeza para asegurarse de que nadie se le acercaba por la espalda, pero el bosque de abetos parecía desierto por completo. No cantaban los pájaros, el viento no susurraba en las hojas de los árboles, y la hierba parecía extrañamente desteñida.

Sin embargo, cuando tuvo a la vista la puerta de la casa, observó que estaba abierta, cosa que le pareció una mala señal, y aferró con más fuerza el puño de la espada. Se acercó con sigilo y tuvo buen cuidado de que sus botas no hiciesen ruido alguno al pisar el suelo cubierto de hojas que se extendía junto al sendero tosco que llevaba hasta la puerta. Al llegar al umbral se detuvo a escuchar con atención, pero no pudo oír voces.

Entró en silencio y no tardó en comprender por qué no se oían voces. Por el momento, al menos, la lucha había concluido.

Si la sala de estar de Albrecht había estado desordenada antes, en ese momento era un caos total. La mesa estaba volcada, y las sillas habían sido lanzadas a los lados. Allí donde había habido una pila, se veía una serie de objetos desparramados, algunos aplastados y otros hechos trizas.

Los cinco integrantes del combate se habían separado después de que la furia parecía haber concluido, en apariencia para contar las bajas, aunque uno de ellos estaba tan quieto que lo más probable fuera que se hallara entre los contados más que

no entre los que contaban, y otra estaba tan bien sujeta que con toda probabilidad no debía considerársela en absoluto como combatiente.

Posiblemente Margarita habría gritado al ver a Reinmar, pero estaba amordazada. También estaba atada, con las manos a la espalda y los tobillos juntos. La habían dejado en un rincón, tal vez de pie al principio, pero la muchacha se había acuclillado. Albrecht, el que parecía cadáver, yacía a la izquierda de ella, a un metro de distancia, más o menos.

El hombre estaba enroscado en una posición completamente fetal; se había llevado las manos al vientre en el momento en que lo habían herido, y tenía las piernas recogidas con gesto de dolor, de modo que las manos y los muslos compartían el intento de retener las entrañas en su sitio. El hermano de Albrecht, Luther, aún con aspecto joven y demente —aunque entonces quizá no más loco que Wirnt—, se encontraba arrodillado junto al cadáver y mostraba las manos vacías como si lo espantara su propia impotencia.

Reinmar no tenía la más mínima duda de que la espada que había abierto el abdomen de Albrecht era la suya, blandida por Wirnt, el cual aún la tenía en la mano y parecía dispuesto a usarla, aunque por el momento había adoptado una postura defensiva y había apoyado la espalda contra la otra pared, que partía del rincón en que se encontraba Margarita, acuclillada. No parecía haber sufrido herida alguna, pero jadeaba con fuerza. Tenía una botella en la mano izquierda, la cual Reinmar reconoció como la que le habían dado los monjes a Valeria y que ésta había dejado allí, llena hasta la mitad. Entonces estaba vacía y, si Reinmar interpretaba correctamente la expresión del rostro de Wirnt, el resto había sido derramado, no bebido.

Hasta que entró Reinmar, los ojos de Wirnt habían estado fijos en Gottfried Wieland, que se apoyaba en la pared opuesta, aún erguido pero herido por un largo corte que se extendía desde su hombro izquierdo casi hasta su cintura, del cual manaba tanta sangre que la camisa y los pantalones de Gottfried estaban empapados en ella. Reinmar calculó que el corte había hecho mella en una media docena de costillas y tenía que ser muy doloroso, pero, a pesar de que la pérdida de sangre parecía enorme, era probable que no amenazara la vida de su padre. Si se le infectaba, entonces Gottfried tendría que luchar por su vida, pero por el momento estaba muy vivo y plenamente consciente. De haber tenido un arma en la mano, habría sido un oponente formidable para Wirnt, que era más pequeño y menos atlético, pero en el curso de la pelea se había visto obligado a soltar el arma que entonces yacía bajo un pie de Wirnt. Por esa razón, si no por otra, Gottfried se conformaba con mantener la espalda contra la pared y no plantear ninguna amenaza obvia para su enloquecido primo.

Tanto Margarita como Gottfried le lanzaron una mirada implorante a Reinmar

cuando lo vieron, pero ninguno de ellos habló. Margarita guardaba silencio porque no tenía más remedio, y cabía suponer que Gottfried hizo lo mismo porque no sabía qué decir. Pero Wirnt sí.

—No fue culpa mía —fue lo primero que dijo, y se apresuró a explicar esa afirmación—. No tenía intención de hacerle daño a nadie, y menos aún a mi padre..., pero no quiso darme el vino. Era una disputa totalmente privada entre padre e hijo, que nunca habría acabado en derramamiento de sangre si no se hubiesen metido en la riña los que no tenían derecho a intervenir. Primero llegó este maníaco que llamó hermano a mi padre e insistió en que era mi padre quien debería beberse el vino. Fue él quien me obligó, al final, a desenvainar la espada, precisamente porque él no llevaba ninguna y necesitaba una demostración de fuerza para controlarlo... Pero, claro, estaba demasiado furioso para controlarlo, incluso con la visión de una espada desnuda. Con tiempo, yo diría que habría entrado en razón, pero entonces llegó este completo estúpido, y en cuanto vio mi espada sacó la suya y manifestó su opinión de que nadie debería tocar el vino. Incluso entonces podríamos haber solucionado la discusión como hombres civilizados si hubiese consentido en envainar la espada mientras hablábamos, tanto más cuanto el verdadero objeto de su ira era esta criatura que él llamó padre, pero insistió en conservar el arma en la mano.

»En cuanto me di cuenta de cuál era la verdadera situación me puse conciliador, un pacificador de la cabeza a los pies, pero mis intentos de calmar las cosas fueron inútiles. Hubo un momento, te lo aseguro, en que dejó de importarme si mi padre me dejaría beber el poco vino que le quedaba, porque me di cuenta de lo insignificante que era en comparación con la otra reserva, la que mi tío Luther juraba que había escondido en la bodega. Era mucho mejor, les dije, que uniéramos nuestras fuerzas con el fin de que uno o dos de nosotros pudiesen interceptar a la muchacha gitana antes de que se alejara demasiado hacia el sur, mientras alguien esperaba aquí tu llegada por si habías logrado retener el frasco. Era todo tan sencillo..., tan sencillo..., pero tu padre y su padre no podían estarse callados, y Albrecht simplemente no quería entregarme esa bebida insignificante, así que llegamos a las manos, con el resultado que ves ahora. Los herí a ambos, lo confieso, pero no fue culpa mía.

Reinmar escuchó hasta que Wirnt acabó de hablar, porque sabía que tenía que entender qué había sucedido; no obstante, en cuanto el torrente de palabras cesó, le dirigió la palabra a su abuelo.

—¿Está muerto? —preguntó, refiriéndose a Albrecht.

—Todavía no —replicó Luther con tristeza, para dar a entender que haría falta un milagro para salvarlo.

—¿Padre? —fue la siguiente pregunta de Reinmar.

—Es un corte superficial a pesar de la sangre —respondió Gottfried, ceñudo—. No moriré, pero no puedo negar que estoy débil y soy prácticamente inútil. Si alguien

lo mata, tendrás que ser tú. Si no fueses mi hijo, te diría que fueras por él y mucha suerte, pero, en el caso de que tengas lo que quiere, podríamos ahorrarnos un montón de problemas si se lo dieras.

—¿Tienes lo que necesito? —quiso saber Wirnt.

—Sí, lo tengo —replicó Reinmar, sin ver necesidad alguna de demostrarlo—. Tal vez deberías cogerlo, si te atreves.

Luther sonrió al oírlo aquello, pero era una sonrisa carente de humor.

—Esto es un asunto de familia, después de todo —dijo Wirnt—. Ni siquiera ahora existe razón alguna para que seamos enemigos. No tenía intención de herirlo. Incluso ahora, lo que deseo es la reconciliación y la armonía. Necesito el néctar, pero, una vez que lo tenga, estaré más que dispuesto a hacer pactos y contratos. Von Spurzheim está muerto, al igual que la mitad de su séquito. En Eilhart habrá soldados durante muchos años, y cazadores de brujas en las colinas, pero no ha cambiado nada fundamental. Hay otras batallas en las que luchar, otras cruzadas que organizar, y los soldados y cazadores de brujas se darán cuenta muy pronto de que serán de más provecho si actúan en alguna otra parte. Somos empresarios, ¿verdad? Comportémonos como comerciantes honrados.

—Si puedes matarlo —le dijo Gottfried Wieland a su hijo—, te agradecería que lo hicieras pronto.

—Creo que puedo hacerlo —dijo Reinmar...

Sin embargo, su oportunidad de hacerlo ya se había desvanecido. Le habría resultado bastante fácil entrar en la casa sin que lo oyeran aunque los ocupantes de la misma hubiesen estado momentáneamente en silencio, y fue aún más fácil hacerlo para aquellos que llegaron después que él. No tuvo ni idea de que había alguien a sus espaldas hasta que sintió que un brazo se deslizaba por encima de su hombro como una serpiente, y que el filo de una daga se posaba sobre su garganta.

Pero quien habló no fue el hombre que sujetaba el cuchillo, sino una mujer que había entrado detrás y que entonces pasó a su lado.

—Mi hijo tiene razón en lo que dice —declaró—, aunque sus acciones lo hayan llevado en la dirección equivocada. Por muchos desastres que nos hayan acontecido y por malheridos que estemos, somos una familia civilizada. Aquellos de nosotros que somos eruditos hemos estado apartados de los que son comerciantes, pero eso siempre fue una estupidez de intolerantes. Ahora, nuestra meta debe ser la reconciliación.

Valeria hizo lo que nadie más se había atrevido a hacer: situarse con descuido en el centro mismo de la habitación para mirar con aire regio a todos los demás ocupantes, que se encontraban arrimados a las paredes.

Lo único que Reinmar pudo ver del hombre que tenía a la espalda fue la manga del hábito, pero calculó que se trataba del hermano Noel porque le oyó murmurar la

orden de que soltara el arma. No tuvo más alternativa que obedecer.

Valeria no parecía tan joven como cuando Reinmar la había visto por última vez, aunque aún se la veía más vibrante que cuando la conoció.

—Pensaba que os habíais marchado al valle secreto —dijo Reinmar con acritud—. Pensaba que el ataque contra Eilhart no os concernía.

—Tuve un sueño —fue la réplica de la dama. Al parecer ella la creyó adecuada.

Luther se puso de pie y le volvió la espalda a su hermano inconsciente.

—¿Has venido por mí? —preguntó.

—Ha venido por mí —se apresuró a decir Wirnt—. Soy su hijo.

—Creo que descubriréis que ha venido por el néctar —intervino Reinmar con voz queda.

—No he venido a oír cómo jugáis a las adivinanzas —informó Valeria con impaciencia—. Soy la única aquí que sabe qué está sucediendo, y la única que sabe cómo se debe proceder. Soy la elegida de confianza, la única.

Reinmar se sorprendió, pero sólo un poco, ante la clara nota de ansiedad que había en la voz de la mujer. Había tenido el control de la situación la última vez que visitó la casa, pero sabía que entonces las cosas eran diferentes.

—Ninguno de vosotros goza de confianza; jamás se ha confiado en vosotros y jamás se confiará —declaró Reinmar con temeridad—. El vuestro es un juego en el que la confianza no tiene lugar, y la lujuria lo es todo.

La daga se apretó más contra su garganta, pero el filo no hirió la piel.

—¡Ahora resulta que el cachorro lo sabe todo! —exclamó Valeria al mismo tiempo que alzaba una mano con lánguido gesto de desprecio—. Al parecer, es digno hijo de su padre. ¡Qué estúpido fuiste, Luther, al someterte a gente como ésta!

—Dales lo que quieren, Reinmar —dijo Gottfried—. Ahora tienen todas las ventajas. Dales lo que quieren y llévate a Margarita de vuelta a Eilhart. Yo puedo caminar detrás de ti mientras todos ellos encuentran su propio camino hacia el infierno. Mi padre ha tenido su última oportunidad. A partir de ahora, somos nuestros propios señores, sin obligación ninguna hacia él.

Reinmar sabía que su padre hablaba con esperanza al mismo tiempo que intentaba convencerse de que todo podría salir bien. Sin embargo, él tenía pleno conocimiento de que no todo estaba bien.

—No entiendo —dijo—. ¿Por qué no trajiste el néctar cuando pudiste hacerlo, abuelo? ¿Y por qué Marcilla volvió a dejarlo donde tú lo habías encontrado? ¿Por qué vuelve siempre a mis manos?

—Tú lo robaste —murmuró Noel en su oído, aunque con voz lo bastante alta para que los demás lo oyeran—. Los ladrones deben tener cuidado con lo que roban, no sea que los objetos de su deseo los roben a ellos a su vez. Ahora eres nuestro, maese Wieland, tanto si lo sabes como si no.

—¡Eso es mentira! —se apresuró a decir Gottfried—. Todos éstos ya son esclavos, pero tú no. Deberías haber destrozado el frasco cuando lo encontraste, o haberlo derramado en las alcantarillas del pueblo para que se mezclara con la sangre que ya ha derramado. Ni siquiera ahora es demasiado tarde.

—Sí que lo es —insistió el hermano Noel.

—Callaos —les dijo Valeria a Gottfried y al monje—. Vuelvo a decir que no deberíamos estar peleándonos por esto. Éste es un asunto familiar, a fin de cuentas; incluyo a la muchacha, por supuesto, dado que parece tan deseosa de unirse a nuestro pequeño clan. Lo que llevas en el zurrón, Reinmar, es lo que nos ha reunido después de una separación tan larga, y podría mantenernos unidos a despecho de nuestros cortes y contusiones. Puede hacernos fuertes otra vez, tras demasiados años de debilidad.

—Anoche luché para defender el pueblo de monstruos salidos de una pesadilla —replicó Reinmar—. Vi cómo mataban a mis amigos y yo mismo escapé de la muerte por los pelos. ¿Crees que ahora estoy dispuesto a convertirme en parte de esa pesadilla?

—¿Qué mejor momento podría haber? —inquirió Valeria a su vez—. Pero nadie te está pidiendo eso, Reinmar. Ninguno de los aquí presentes luchaba anoche en el otro bando. Teníamos mejores cosas que hacer con nuestro tiempo y con nuestra juventud. Los jóvenes no conocen el valor de la juventud, Reinmar, pero te aseguro que yo lo conozco como cualquier persona viva. Puede ser que pienses que la uso con temeridad, pero un día lo entenderás..., como lo entendió Albrecht, aunque intentó olvidarlo con tanto ahínco, y como lo entiende Luther ahora, otra vez, aunque no siempre pudo recordarlo. Todos sabemos que es mejor apartarse de la batalla que es la existencia mundana, y más aún del tipo de batalla en la que tú luchaste anoche. Tal vez sea bueno que lo hayas hecho porque necesitas aprender, pero hay muchísimas cosas más que podrías aprender con que sólo aprovecharas la oportunidad.

—Esto es una tontería —dijo Wirnt, impaciente—. Tú puedes jugar todos los juegos que quieras, madre, pero yo vine aquí para conseguir el vino de los sueños para mi propio consumo, y sigo con la intención de conseguirlo. Puedo cogerlo, si tengo que hacerlo.

Avanzó un paso al mismo tiempo que alzaba apenas el brazo para recordarles a todos que aún empuñaba la espada de Reinmar, y que ésta era, con mucho, la mejor arma presente.

El paso que dio fue un error porque lo acercó a su madre lo bastante como para permitirle a ésta extender un brazo y cogerle la muñeca derecha con su mano delicada. Aquel acto despreocupado podría haber sido interpretado como un gesto de afecto, destinado a tranquilizarlo, pero no lo era.

De inmediato, Wirnt intentó soltarse pero no pudo hacerlo y, mientras luchaba,

su rostro se hizo algo más viejo y el gris de sus cabellos aumentó su proporción con respecto al negro. La carne pareció derretirse de su vientre generoso en exceso, y lo dejó casi tan delgado como lo había estado su padre. Entretanto, Valeria recobró la diminuta fracción de juventud que había perdido desde que bebió el vino de la botella que Wirnt aún sujetaba en la mano.

—No seas necio, Wirnt —dijo, para luego dirigirle la palabra a Reinmar—. Los hijos pueden ser muy revoltosos, pero las madres tienen siempre el dominio de ellos incluso cuando los padres no conservan ni un ápice de su autoridad.

Reinmar oyó la amordazada exclamación de asombro de Margarita, pero nadie más pareció ni ligeramente sorprendido por lo que acababa de suceder. Como ella misma había declarado de modo abierto, era la que sabía mejor qué estaba sucediendo y cómo se debía actuar..., pero había una ansiedad audible en cada frase que pronunciaba, por despectivas que pudiesen ser las palabras. Sabía cómo debía acabar el enfrentamiento, pero no estaba en absoluto segura de que fuese a concluir del modo previsto.

—Yo no seré tu aprendiz, señora —declaró Reinmar.

—Ni yo la tuya —replicó ella—, pero hay que dirigir una empresa y organizar un comercio, y eso requiere un hombre fiable. Tú eres un hombre fiable en todos los sentidos.

—Mi padre dirige la empresa —dijo Reinmar—. No tengo ninguna intención de reemplazarlo hasta que él no esté dispuesto a que lo reemplace.

—Saca el néctar, Reinmar —dijo Valeria—. Déjanos ver de qué va todo esto.

—No lo hagas —dijo Gottfried, pero Reinmar sabía que no tenía ningún sentido dejarlo donde estaba. Sacó el frasco y lo sostuvo en alto.

—Hay más que suficiente para que todos bebamos un sorbo —observó Valeria—. También la muchacha, si quiere. Nos calmará a todos y allanará las negociaciones. Revivirá a los que necesiten que los revivan, e incluso podría tener el poder suficiente para salvar a Albrecht.

Cuando la hechicera habló de beber un trago, a Reinmar se le ocurrió que ni siquiera ella tenía la más remota idea de lo poderoso que era el néctar. Luther lo sabía, si aún estaba en posesión de las facultades suficientes para saber algo, y cabía suponer que Noel también estaba al tanto, pero Wirnt y su madre lo ignoraban.

—Lo último que yo necesito es una medicina de ese tipo —gruñó Gottfried—. Yo no beberé, y tampoco lo liaré mi hijo; ni Margarita.

—Beberé encantado tu parte —le contestó Luther con brusquedad a su hijo—. Encantado.

Wirnt abrió la boca como si quisiera reclamar el néctar, pero de ella no salió más que un graznido. Parecía atónito ante su repentina debilidad, espantado por el conocimiento de que había intentado hablar y sólo había sido capaz de proferir un

sonido inarticulado que podría haber sido el suspiro agónico de un cuervo carroñero.

Reinmar continuaba estando seguro de que jamás se había previsto que él encontrara el camino hasta el mundo subterráneo, pero entonces comprendía que no todo lo que había hecho allí habían sido movimientos suyos dentro del juego en curso. Cuando había cogido el frasco había cedido a la tentación, y desde entonces ya no se había librado de ella. Ni siquiera ésa era una oportunidad para librarse de la tentación, sino sólo para posponer el conflicto hasta otro momento. Ya estaba marcado, y el vino de los sueños lo seguiría adondequiera que fuese porque él había penetrado en su más preciado secreto. Los acontecimientos de la noche anterior podrían no ser más que una muestra de las cosas que le acontecerían en el futuro si no se unía a la conspiración de Valeria. Entonces, ella sonreía, pero su sonrisa era intranquila.

—Éste es un gran día —dijo, aunque se hizo obvia la falsedad de su confianza—. La reunión de una familia; la curación de heridas nuevas y viejas; el comienzo de una empresa.

—Yo no formaré parte de ella —insistió Gottfried—. Reinmar...

—No seas estúpido, Gottfried —lo interrumpió Luther—. Eras joven y testarudo cuando te pusiste en contra de este comercio, tan joven como Reinmar lo es ahora, pero ya no lo eres tanto. Necesitas el vino más que cualquiera de nosotros, o morirás chillando cuando se te infecte la herida.

—No moriré chillando —le respondió Gottfried a su padre con un tono colérico y escandalizado a la vez—. Toda la carne debe marchitarse y morir, al igual que todo espíritu.

Nada puede impedir lo inevitable. En ese frasco no hay más que ilusión, y es breve. He visto sus promesas, y cómo se deshacían. Soy un comerciante honrado e intentaré continuar así durante muchos años por venir. Tú debes hacer tu propia elección, Reinmar, pero ya has visto lo que la vida ha hecho de mí, y has visto lo que la vida ha hecho de tu abuelo.

—He visto mucho más que eso, padre —replicó Reinmar—. He visto el lugar de origen del vino, tanto las flores como las raíces de sus tentaciones.

—No podías salvar a la gitana —le dijo Valeria, aunque él ya lo sabía—, porque ella nunca tuvo el más mínimo deseo de que la salvaran. Estaba hecha para ser una soñadora y nada podría haberla mantenido despierta durante mucho tiempo una vez que fue llamada a soñar; nada. ¿Qué podría haberle ofrecido un simple hombre cuando ya tenía el amor de un dios?

—Suéltame —le dijo Reinmar al hermano Noel—. Aparta el cuchillo y abriré el frasco.

El monje vaciló, pero tuvo que mirar a Valeria para saber qué hacer. Ella asintió con la cabeza, y Noel retiró el brazo, e incluso retrocedió un paso, por completo

convencido de que si las cosas se torcían, él tendría todas las oportunidades para apuñalar a Reinmar por la espalda.

Reinmar cambió el frasco de la mano derecha a la izquierda, pero no intentó abrirlo. En cambio, miró a Wirnt.

—Creo que tú tienes mi espada —dijo.

Wirnt dudó, y Reinmar vio que un destello aparecía en los ojos que relumbraban en el rostro de su primo, repentinamente avejentado. Wirnt liberó la muñeca de la mano de Valeria e hizo el gesto de tender la espada hacia Reinmar, pero fue la punta lo que le presentó, no la empuñadura.

—No seas necio, Wirnt —volvió a decir Valeria.

Dio la impresión, no obstante, de que Wirnt ya estaba harto de oír esa frase en particular, porque hizo un barrido lateral con el arma, al parecer con toda la fuerza que fue capaz de reunir, dirigido a su madre en lugar de a Reinmar. La hoja abrió un tajo en la garganta de la mujer, le cortó la tráquea e hizo manar un manantial de sangre de las arterias de ambos lados del cuello.

La expresión de ella fue del más absoluto asombro. Mientras Valeria se desplomaba sobre el piso sembrado de desperdicios, Wirnt liberó la espada con un tirón brusco y describió con la punta un arco que amenazaba con herir a cualquier otro que se moviera.

—Los hijos pueden ser muy revoltosos —dijo con tono burlón—, pero las madres deben aprender a soltarlos. ¿No estás de acuerdo conmigo, primo Reinmar? ¿No estarás de acuerdo conmigo en que yo no tenía elección? La verdad es que ella no debería haber intentado favorecerte a ti por encima de su propio hijo, ¿no te parece? Eso no estuvo bien. Tú no quieres realmente el frasco, ¿verdad? No te estaré robando al quitártelo de las manos.

Reinmar sonrió como para manifestar su acuerdo y tendió hacia adelante el objeto del feroz deseo del otro, como si quisiera entregárselo.

Fue entonces cuando el hermano Noel, a quien la vocación le había llegado a edad tardía, lanzó la daga con todas sus fuerzas. La hoja se hundió hasta la empuñadura en el pecho de Wirnt y le atravesó el corazón. Mientras Wirnt caía, Reinmar avanzó y se valió de la mano izquierda para arrancar el arma de los insensibles dedos del hombre muerto.

El hedor compuesto de sangre y mierda colmó la habitación, pero a esas alturas Reinmar estaba habituado a eso y no sintió la necesidad de un perfume más fuerte para combatir la repugnancia. Entonces era un hombre para quien la vista y la proximidad de la muerte resultaban cosas naturales; un hombre que podía prever la malicia de los otros y hacerles pagar el precio de su desatino. ¿Y por qué no iba a cobrar ese precio en toda su cuantía, cuando no sólo era un hombre que había luchado con hombres bestia y los había matado, y había superado en ingenio a sus

enemigos, sino que además era un comerciante honrado?

—La dama Valeria debería haber sabido, más que cualquier otro, lo débiles que se vuelven los lazos de afecto familiar cuando son manchados por el vino de los sueños —observó—. Ahora debes marcharte, abuelo. Aquí no hay lugar seguro para ti. Si logras llegar a Marienburgo, diles a cuantos te pregunten que no podrá encontrarse vino oscuro durante un año o más, y que no podrá comprarse ni una gota en Eilhart de aquí en adelante, al menos no en la tienda de los Wieland.

Tras haber dicho eso, se sintió de pronto muy cansado, pero sabía que había tomado una decisión que no lamentaría en el curso de los próximos años, mientras estuviese despierto y libre de sueños.

—Un día, Reinmar —dijo Luther en voz baja—, lo entenderás. Ahora eres demasiado joven, pero nunca tendrás el don de absoluta insensibilidad de Gottfried, por mucho que intentes cultivarlo. Un día lo entenderás.

Reinmar se volvió por un instante para mirar al hermano Noel, pero el monje había visto cómo Reinmar recuperaba su espada y sabía los estragos que esa arma había causado ya entre su hermandad, así que huía a toda velocidad. Reinmar no esperaba volver a verlo. Luther aún no se había movido para seguirlo y su actitud sugería que no tenía prisa ninguna, pero su postura incómoda denunciaba la profunda ansiedad que sentía.

Reinmar bajó los ojos hacia los cuerpos caídos de Wirnt y Valeria —que parecían entonces más viejos que antes de sufrir las fatales heridas—, para volver a mirar a su abuelo.

—No me pidas que te dé el néctar, abuelo —dijo—, y tampoco intentes quitármelo. Ya has bebido tu parte. Vete.

Luther pareció estar a punto de discutir, pero su locura no era tan aguda como antes. Los acontecimientos recientes le habían conferido una nueva cordura a su juventud duramente adquirida. Le lanzó una áspera mirada a su hijo, pero Gottfried giró la cabeza deliberadamente en otra dirección y se negó a observarlo.

Al final, Luther le echó una última mirada al estado de sus manos en otros tiempos arrugadas, y decidió que Reinmar tenía razón. Se atrevió a lanzar una mirada fugaz hacia Albrecht antes de salir, pero no se tomó la molestia de comprobar si quedaba algo de vida en el hombre caído.

Fue Gottfried quien tuvo que ponerse de pie con dolorosos movimientos y encaminarse hacia el lugar en que yacía su tío. El veredicto fue lacónico.

—Muerto. Sólo podemos esperar que haya vivido lo bastante para saber que fue adecuadamente vengado.

Cuando Reinmar volvió a bajar la vista, vio que el cuerpo de Valeria aún estaba mutando, aunque el de Wirnt había dejado de hacerlo. Su carne se había marchitado de modo considerable, tanto que la piel que cubría sus huesos parecía pergamino. La

sangre que había manado de la herida abierta en su cuello era entonces negra como la tinta y estaba seca por completo.

Reinmar supuso que Valeria debía de haber abrigado la esperanza de ser invulnerable, porque sabía un poco de hechicería insignificante. De hecho, había sido tan vulnerable como lo era cualquier ser vivo al capricho de la misteriosa criatura a la que adoraba, el oscuro dios aficionado al juego cuyo nombre Reinmar aún no había logrado descubrir, y probablemente nunca descubriría. Había muerto llena de ansiedad, tal vez porque entendía lo veleidosamente vengativo que se había vuelto ese capricho.

Reinmar recordó algo que le había dicho Matthias Vaedecker: «El más grandioso poder de nuestros enemigos no reside en que puedan dejar demonios sueltos por el mundo, sino en que pueden retorcer sus cuchillos en el corazón de aquellos a los que conocemos y queremos, para volver al primo contra el primo y al hermano contra el hermano».

Lo que más presente tenía, sin embargo, era una de las máximas que su padre había puesto gran entusiasmo en enseñarle: «El buen vino envejece bien».

—Tenemos que regresar, padre —le dijo a Gottfried al mismo tiempo que iba a desatar a Margarita y la ayudaba a ponerse de pie—. La batalla ha terminado, pero la guerra continúa. Eilhart no se reconstruirá en un año, y desde ahora hasta que muramos todos habrá gente en el pueblo que se estremezca cada vez que oiga decir que hay monstruos en las colinas.

—Siempre habrá monstruos en las colinas —le aseguró Gottfried con voz débil—. Todos debemos aprender a vivir honrada y prudentemente con nuestros miedos, como debemos aprender a vivir honrada y prudentemente con nuestra lujuria y nuestros apetitos.

—Y con nuestros sueños —añadió Reinmar mientras volvía a guardar el frasco en el zurrón, no sin antes asegurarse con gran cuidado de que el tapón estaba bien encajado y de que el vidrio no corría peligro de romperse.

Sabía con total exactitud dónde iba a esconderlo, una vez que regresara a casa.